

RAQUEL
SÁNCHEZ
SILVA

El viento no espera



RAQUEL
SÁNCHEZ
SILVA

El viento no espera




 Planeta

RAQUEL
SÁNCHEZ
SILVA

El viento no espera



 Planeta

ÍNDICE

Sinopsis
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

SINOPSIS

Una niña dormida con un futuro por vivir, una mujer embarazada, un vagabundo sin voz, una viuda que comienza a sentir el amor, una camarera que jamás lo ha sentido, una madre que se convertirá en faro una vez agotada su deriva y una famosa actriz y su falsa historia de amor. A todos ellos los va a unir el abrazo del viento extraño de Tarifa y los rincones mágicos de sus calles, en una mezcla de encuentros, desencuentros, secretos ocultos y pasiones que salen a la luz. Una historia sobre lo mejor de la vida que, como el viento, parece irse, pero siempre vuelve.

Tras el éxito de *Mañana, a las seis*, Raquel Sánchez Silva nos ofrece una historia bella y sorprendente, con personajes fascinantes que se entrecruzan a lo largo de toda la trama hasta encajar de manera impecable.

Raquel Sánchez Silva



El viento no espera

 Planeta

A Elena.

A Matías.

Mis vientos.

Hoy te he recordado tumbada en la moqueta color caldero de la habitación del fondo de la casa, aquella con la colcha de flores berenjena y naranja que tanto rascaba. Odiabas esa colcha, aunque no creo que fuese esa la razón por la que preferías tirarte en el suelo en vez de en la cama. Te gustaba mucho leer y ese era tu ritual. Imagino que lo del suelo no tenía tanto que ver con tu afición a la lectura como con tu innata rebeldía. ¿Cómo ibas tú, Noa, a leer tumbada correctamente sobre una cama si era lo que todo el mundo hacía? Era mucho más osado dejarte caer del lado derecho y colocar la oreja tan pegada a las hebras —para ti, pelusa de un suelo vivo— que apenas podías soportar las cosquillas de algún hilillo travieso que ya no era, como tú, parte de ningún nudo. Siempre pensé que hay quien nace para no pertenecer a nadie. Alguien genuinamente libre, capaz de deshacer de forma natural cualquier vínculo con la realidad y con los que la habitábamos. Creo que formulaba estas teorías para explicar tus comportamientos, cómo diría, apasionados. Te tendías despacio y, por la postura de las manos —con la palma extendida y pegada al suelo como ventosa— y por la atención que prestabas, parecías buscar pasos de otros, al igual que un indio el galope de un grupo de caballos. Solías elegir la misma esquina, la más cercana al balcón, al lado de la pata derecha del cabecero de la cama. Sabías que, justo ahí, rozaba la mesilla una gran quemadura en el suelo. La hicimos aquella mañana de enero tan fría. Cómo olvidarla después del susto que nos llevamos. Apenas unos minutos antes del accidente, te vestías tranquila, frente al calentador eléctrico. Menos mal que aún estábamos en casa, en pleno desayuno, y no camino del colegio. Mojabas la magdalena en un tazón de leche caliente y, con la modorra de la mañana, confundimos el olor

a quemado con el de tostadas en la sartén, hasta que se hizo mucho más intenso y lejano. Saltaron los plomos y eso fue lo que, afortunadamente, me hizo reaccionar. «¡El calentador!», te dije. Corrimos hasta la habitación a tiempo de desenchufarlo y confirmar que la moqueta era ya puro plástico. El calefactor con forma de parabólica había volcado, convertido en un pequeño volcán con el fuego en su interior. Una porción de la moqueta se había fundido con la resistencia y estaba pegada a ella, como tus cromos de muñecas, ensalivada y deshecha. La verdad es que no pasó nada grave, pero podríamos haber visto arder nuestra habitación con bigotes de leche. Confiamos tanto en nuestra buena fortuna en ese momento que convertiste esa esquina chamuscada en tu lugar favorito para esconderte de todo. De Agustina, la practicante que venía a pincharte de vez en cuando, y de mí, la que le abría la puerta; de los repartidores de butano y de los niños que querían jugar contigo al fútbol cerca de la iglesia; de las niñas de tu cole que venían con sus muñecas para recordarte que tú solo tenías una; del sacerdote de la parroquia y del portero, del cartero y los hijos de los vecinos. A ratos, muchos en realidad, te alejabas de todo y reconozco que me gustaba saber que eras distinta porque eso me hacía sentirme también especial. Por ejemplo, te observaba embobada cuando buscabas ese refugio para la lectura y situabas el libro frente a ti, una vez más, tumbada de lado y con un perfil pegado al suelo. Ponías el ejemplar como una teja de pie, a menos de veinte centímetros de la cara, y leías. Las mismas páginas, de principio a fin, de fin a principio, y vuelta otra vez. Cuando te miraba desde arriba, veía un pequeño pedazo de la luna negra que te coronaba y que era el recuerdo circular de aquella quemadura. Sobresalía desde el fondo de la cama como un sumidero seco y maléfico con salida al inframundo. Si yo hubiera sido niña, me habría dado miedo, pero tú eras mucho más valiente. La mancha negra parecía una puerta para los demonios de otro mundo, pero para ti era el lugar más tranquilo de la casa. Allí respirabas lento. Diría, incluso, que entrabas en una especie de trance. Solo movías los ojos y levemente los labios cuando inhalabas por la boca. El resto de tu cuerpo yacía como muerto, como si fuera la cola de una cometa que hubiera caído al suelo en un corte brusco de viento. Tu respiración, tu sonrisa en algún párrafo, el movimiento de tus dedos como si acusaran

espasmos musicales, un pie contra otro para aliviar un picor inoportuno, el sueño que llegaba por unos minutos, tu pelo enredado, la esquina puntiaguda de sol que recorría el techo como un reloj al que no habíamos invitado, la sombra de las calas en el balcón como juncos que acariciaban las cortinas y tu olor en verano, ese olor a piscina y bocadillo de queso y membrillo...

Cada uno de esos recuerdos ha salvado estos años. Te he echado tanto de menos, Noa. Sé que ahora no es fácil de entender, pero tuvimos que dejar a un lado la emoción y la duda. Pequeña, lo siento... Tuvimos que elegir por ti.

No hay peor viento que aquel que no cambia. Un día más de levante y empezarían a morir muchos de los visitantes de esa primavera temprana que anuncia, a veces de forma engañosa, una temporada vibrante y llena de cometas. Por morir, Pizco entendía marcharse, pero únicamente marcharse de Tarifa. Con el corazón latiendo con fuerza pero sin el empuje del viento. Al fin y al cabo, la vida de Pizco empezaba y terminaba donde empezaba y terminaba su calle, y lo que hubiera más allá de ese trazado no le importaba y no era de su incumbencia. Con nueve días de levante, muchos de los que llegaron sonrientes y dispuestos a volar sus cometas, hartos de buscar rincones en los que la montaña revolviere el viento hasta domesticarlo y regalarles así unos minutos de gloria, empezaron a empacar sus mochilas y a dirigirse con paso abroncado hacia la estación de autobuses. Algunos, esos que nunca se rinden, aprovechaban el ferry y se marchaban unos días a Tánger, a la espera de que poniente volviera a soplar desde el Atlántico.

Pizco los veía pasar desde el escalón de piedra. «No me extraña su frustración», pensaba al tiempo que abría la boca para despejar los oídos. Casi once años en esa misma zona del planeta, aunque solo tres en la capital del viento, su Tarifa del alma. «¿Solo tres? —se preguntó—. Con todo lo que te quiero, quizás ya sean más, quizás ya pisé esto en otra vida.» Pizco estiró el dedo gordo del pie hasta tocar el adoquín templado. «Quizás llegamos incluso antes de que soplar por primera vez el segundo viento.»

—¿Aún no te has marchado? Joder, Pizco. Pensé que anoche sería nuestra última noche —bromeó Perico—. Todos los días te veo aquí al recoger la terraza y pienso: «Este vagabundo de mierda me va a dejar

libre el escalón para que vengan un par de chiquillos a hacer su botellón antes de enrollarse». Y nada, ahí sigues, sucio y maloliente. — Negó con el dedo y guiñó un ojo—. Como todos los días. Joder, si no hay quien aguante este levante en casa, ¿cómo puedes tú soportarlo en la puta calle, amigo?

Pizco se agarró los antebrazos con fuerza en torno a las rodillas y elevó los pies. Con una media sonrisa, dirigió los ojos hacia las paredes.

—¿Los muros de las paredes, dices? ¿En serio? —respondió ágil Perico a la vez que colocaba con una sola mano tres sillas en torno a una mesa. En la otra mano aguantaba una bandeja llena de ceniceros de cristal.

El viento era ruidoso y persistente y los golpes de las sillas contra el suelo recordaban a las de las contraventanas de metal en una noche de tormenta. Rugían contra la piedra hasta frenar. Pizco sintió un escalofrío y cerró los ojos. La salud se resentía especialmente en estas estaciones intermedias. La humedad y el calor tibio del viento le desbarataban los huesos.

—Entonces, ¿no me vas a ayudar, pedazo de vago, maleante? ¡Venga, Apóstol! Que no te he visto pescar ni un mísero pececillo en tierra de atunes. ¡Levanta, hostia, si quieres un café! ¡Levanta con la levantera! —Perico reía con sus juegos de palabras con más de la mitad de la terraza ya montada.

Pizco sabía que el camarero le daría su desayuno lo ayudara o no. Perico era lo más parecido a un buen amigo. «Aunque yo no sea precisamente el más apropiado para hablar de amistad», se reprochó el vagabundo. El escalofrío regresó entero y con más fuerza hasta alcanzar un final metálico en el cielo de su boca.

—¿Estás bien, maleante? Algún día me vas a hablar y se me va a congelar la patata del susto. Yo sé que no eres mudo. Porque sordo no eres. ¡Anda que no entiendes todo lo que te digo! Sobre todo, cuando sobra atún ahumado en la cocina. Eres más listo que un gato..., y por eso, comes buen pescado. ¡Levantero te voy a llamar! Que parece que eres el único de todo este pueblo que disfruta con este viento mal nacido. Si no fuera porque se sabe que hasta hay más suicidios estos días, pensaría que te tranquiliza. Te pone cara de perro pachón —le

gritó a la vez que acercaba su cara a la suya como en un remate de cabeza.

En ese instante los dos rieron al unísono y el viento paró un momento para coger fuerza en la esquina. Una corriente aprovechó los muros para acelerarse en una especie de tirabuzón que, al regresar a la terraza de golpe, casi levanta los ceniceros de la bandeja del camarero.

—Joder, con el viento. Otro día sin vender una caña en la terraza, y eso que somos La Casa de los Vientos, que si fuéramos La Casa de los Huracanes directamente nos moriríamos de hambre. —Perico se rio de su última gracia sin exageraciones, consciente de que no era su mejor juego de palabras, pero sin dejar de disfrutar de su ingenio—. ¡Qué cosas se me ocurren, amigo! —susurró.

Pizco ya estaba levantado y desatascaba las sillas de las montoneras típicas de verano, torres de sillas apiladas más altas que un hombre de su envergadura. Ahora estaba mucho más flaco que en su último recuerdo antes de hacerse a la calle como un marinero al mar, pero mantenía su porte de guerrero y sus ojos. En todo lo demás, Pizco era irreconocible. Contó las sillas como si fueran años y malas noches. Resultaron ser trece. Ese montón tenía que ser de él porque Perico era más bien pequeño a su lado y no habría llegado a encajar la última sin su ayuda.

—Desarmas la tuya, maleante, porque no hay más cojones. Ni Magdalena ni yo tenemos cuerpo para eso. No como tú, que pareces el gigante ese de Harry Potter que le gusta a mi hijo.

Pizco volvió a reír cubierto por el viento.

—Y hoy nos toca trabajar el doble porque Magdalena no vendrá.

Pizco giró la cabeza con la velocidad del que advierte la frenada antes del choque y mostró por un segundo el descontento en su rostro.

—Con este viento, no hace falta que vengamos dos. No sale ni un Cristo de procesión. Me cago en el levante y en todos estos alemanes cagones que no duran ni cinco días. Si ellos supieran lo que es vivir todos los días con viento...

Pizco arrancó cuatro sillas de cuajo y las cargó como el que lleva un flotador voluminoso a merced de la ventolera. Las sillas se balancearon como un pendiente de aro gigante que colgara de su codo. Un chaval muy rubio y quemado peligrosamente por el sol saludó con la tabla bajo el brazo.

—Otro imbécil, maleante. Era lo que nos faltaba, un muerto en el mar para que ya no venga nadie en toda la temporada. Será gilipollas...

Pizco asintió con rabia al pensar en una temporada sin poder observar a Magdalena desde su escalón de piedra. Unos meses de levante como los de hacía dos años. Mientras todos maldecían el viento, él pensaba en la normalidad y la brisa. En que volvieran cuanto antes. Un poniente amable y fresco que llenase la terraza de clientes.

—¿Quieres un café, compadre? —Sin recibir respuesta, ni buscarla, Perico gritó en dirección al interior—: ¡Un café con leche para el marqués! ¡Y una tostada con jamón! ¡Que no pase hambre, no vaya a ser un enviado del cielo!

Perico entró al bar mientras Pizco regresaba a su escalón. Nunca se sentaba en la terraza y nunca lo haría. Había elegido no pertenecer a nada ni a nadie.

Un golpe de levante le dio en la cara como una bofetada rápida y femenina. «No pasa nada, viento. No me asustas. No a un marinero que vive en medio de la tormenta.»

La ventana se cerró de golpe y despertó a Carmen. Se había hecho tarde, casi las once, pero estas últimas noches habían sido las peores e intentaba recuperar horas de sueño peleando con la luz. Las lecturas sobre el embarazo le habían advertido sobre el insomnio repentino y lo aceptaba como circunstancia pasajera. Aparecía en medio de la noche y le robaba un par de horas de sueño.

Al amanecer, le declaraba la guerra a la luz y resultaba extraño porque nunca, ni de niña, fue capaz de dormir arropada por la oscuridad total. Necesitaba un punto de fuga en el campo de visión, una entrada de aire y de otras vidas, algún murmullo o paso perdido de madrugada que la acompañara. Ahora todo había cambiado porque cada náusea le recordaba su suerte, y con ella, una inesperada insuflación de valor que le permitía cerrar la persiana casi por completo. Aun así, un sol brillante se colaba de igual forma que el viento de levante dominaba y vencía, sabía esquivar obstáculos, dividirse cual ejército para entrar en la habitación por los resquicios, surfear la colcha de Carmen y salir como un amante furtivo con un portazo delator.

A pesar de todo, Carmen tenía buen despertar, bueno incluso cuando se sobresaltaba. Un reflejo protector le hacía llevarse las manos a la tripa ante cualquier manifestación de miedo, pero el susto no llegaba a avivar la irritación; una nota nerviosa y latente que podía saltar en algún momento muy concreto. ¿Protección? ¿Instinto? No podía compilar en una sola palabra todo lo que sentía y era nuevo. Un olfato de animal del bosque, el asco a la carne y al pescado, incluido el atún (su pez favorito y el más típico de Tarifa), y una especie de energía sensible que la erizaba como espalda de gato cuando presentía

manifestaciones de agresividad en cualquier medida. Un tono elevado en una discusión ajena podía revolver sus emociones y elevar su pulso hasta alcanzar el ritmo del corazón de cualquier presa frente a su depredador. A todo lo que sentía, esa especie de transformación de gusano, se sumaba ese insomnio, un mal humor como un café muy corto, de un sorbo e intenso, un pelo más fuerte y alborotado (aunque sus amigos dijeran que era cosa del viento), el olor de la piel parecido al de sábanas guardadas en baúles antiguos, el tacto, las terminaciones nerviosas anestesiadas de los pezones y el brillo, ese destello que venía del universo y que solo ella podía ver con claridad en el fondo de sus ojos.

«Estoy más guapa que nunca», pensó mientras miraba su silueta tumbada en el espejo de la puerta del armario. Tenía la mano derecha posada sobre el vientre sin ejercer fuerza y la izquierda colgada del borde del colchón. El pelo muy enmarañado sobre la almohada. El cojín que se puso entre las piernas cuando se fue a dormir, en el suelo, y ese camisón rosa chicle, «un poco viejo para la ocasión», decidió.

Se incorporó con agilidad, espabilada por el golpe de la ventana y el hambre. Esas mañanas de primavera, ahora que ella se sentía flor, despertaban en Carmen un apetito voraz. Melón, sándwich mixto, alguna crema fría y, luego, una tostada con mermelada de ciruela y el olor del café de algún vecino. El café no era lo mejor, por mucho que lo echara de menos. Tomaría una infusión sin teína. Algo templado y dulce. En eso pensaba cuando abrió aún más la persiana, segura de su movimiento. No pudo percibir el avance del levante, que la esperaba jugando al escondite en la parte baja del patio de la comunidad. Se lanzó hacia su ventana como un adolescente excitado para forzar un beso. El camisón se le pegó al cuerpo como una bolsa a la que hubieran sacado el aire. Hasta su vello púbico se reveló bajo la tela y el viento aprovechó la jugada para volver después de mirarse en el espejo y entrar por debajo de su falda. La acarició como mano fresca y le hinchó el corazón. Volvió a posar sus manos en el vientre y cerrando los ojos, estremecida por el abuso del visitante invisible, susurró: «Como si fueses hijo del viento».

La ducha y el desayuno potenciaban esa energía inagotable de la que ahora Carmen era fuente. Dedicaba a la cocina gran parte del mediodía. Disfrutaba con los guisos y fritos típicos de su tierra. Dejó

un plato cerca del fregadero y aprovechó para lavar la taza del desayuno. Antes retiró una bolsa de poleo menta casi deshecha.

—Muy rico el café —le dijo a un gato que la observaba desde la ventana—. Mi madre me hubiera dicho que me lo tomara a pesar de las recomendaciones.

Nada más mencionarla, el alma de Rosa la Paya volvió a entrar en la cocina con la harina suspendida en el aire. Carmen empanaba unos *pescaítos* y la olió. «Ya estás otra vez aquí, mamá. Desde que estás muerta, imira que te hago falta! Cuando estabas viva y fuerte, no te daba el tiempo para estar con la niña, de café cantante en café cantante. De Cádiz a Tarifa, de Tarifa a Tánger, y ahora todo el día en mi cocina.»

El gato seguía con rápidos movimientos de cabeza el revoloteo de las manos de Carmen. Lanzaba el pez contra la montaña de harina y lo restregaba vuelta tras vuelta sin importarle la tormenta que generaba. Si no fuera por la blancura del polvo y la ausencia del olor a humo, cualquiera hubiera concluido que algo se estaba quemando. A Carmen, dentro de su nube, empezaba a encanarle también el pelo. A ratos cantaba... El gato giró una de sus orejas hasta buscar su otra cara sin ojos en el cogote y lamió una de sus manos de pelo blanco. Como si cayera en la coincidencia, se volvió para mirar las de la mujer, enguantadas en harina y huevo. Sus uñas habían desaparecido entre la masa fuerte, el gato sacó las suyas para confirmar su existencia.

«Ay, mamá, la vida tuvo que apresarte para que no te escaparas de la muerte.» Carmen miró al gato.

—Tú te hubieras comido con gusto a mi madre, amigo. Acabó como los pájaros pequeños, en una jaula. Sin cantar. Sin poder volar. A tu merced, cual buena pájara.

El gato saltó hacia alguna repisa inexistente para cortar la conversación. No le gustó imaginarse devorando los dedos de los pies de la Paya. En equilibrio sobre las cuerdas para colgar la ropa volvió a mirar a la ventana. Carmen seguía hablando sola y la harina caía al patio como ingrediente de hechizo.

Los recuerdos le sentaban igual que un zumo ácido de naranja. Le daban la vuelta y la sacaban de su idílica realidad. Los *pescaítos* rebozados llenaban la mesa de la cocina como si fuera un obrador industrial. Siempre pecaba de cocinar para muchos, aunque fuera la

única en casa. Una costumbre de su madre que, de alguna manera, la mantenía cerca, quizás demasiado cerca ahora que se cumplían ocho años de su muerte. Los recuerdos. Ocho años de aquella llegada al hospital con la sensación de encontrar un animal abatido en la cacería de la muerte.

—Disculpe, ¿ha dicho algo? —el médico la miró desde el otro lado de la mesa.

—No..., creo que no —dudó Carmen.

—Entonces, ¿acaba de llegar?

—Sí, doctor.

—Es un viaje muy largo desde Madrid. ¿Viene a menudo?

—Muy poco, la verdad. Me marché hace tiempo y los años pasan rápido, aunque sabía que esto de una forma u otra llegaría. Su forma de vida...

—Así es, puede parecerle extremo en su... —el doctor buscó la palabra idónea— manifestación, pero lo ocurrido es una de esas cosas que, como usted dice, podía pasar. Le agradezco que haya venido en cuanto ha podido.

—Apenas me han dado permiso en el trabajo, he tomado un tren hasta Sevilla y aquí estoy. Mimo, el amigo que trajo a mi madre, me ha dicho que tenía que hablar con usted antes de verla. Que era muy importante que viniese directamente a su despacho.

—Así es, Carmen. Y ahora, dígame, ¿qué sabe de lo que le ha ocurrido a su madre?

—Mimo me ha contado que fue a buscarla ayer por la tarde para acompañarla a dar una charla a la Escuela de Flamenco de las Tres Mil Viviendas. Hay una asociación que se ocupa de los niños y ella iba a dar una clase de cante para las niñas. —Carmen notó cómo le crujía la voz. Notaba el pecho lleno de hojas secas que alguien pisara con cuidado—. A mi madre, la Paya, le gusta mucho estar entrete...

—Disculpe que la interrumpa, Carmen —dijo el doctor tras un golpe de tos fingido—. Cuando pregunto por lo que le ha pasado, me refiero al momento del accidente.

—Sí, perdone, doctor, creía que podía ser importante saber adónde iba, el estrés, el viaje a Sevilla... —Carmen se notó más

nerviosa de lo que esperaba.

—No es importante. Lo que le ha pasado a su madre no tiene nada que ver con lo que fuera a vivir después. Podría tener, en cualquier caso, relación con lo vivido anteriormente, pero posiblemente tampoco con lo inmediato, sino con toda una vida, con la edad, con el colesterol...

—Si es por la vida, tarde le ha llegado lo que sea, porque mi madre ha hecho todo lo que los demás no nos permitimos hacer. —Sonrió—. No ha vivido una vida. —Carmen cambió de postura como una actriz que se dispone a declamar desde el centro del escenario. Se irguió en la silla—. Mi madre ha vivido las vidas de todos nosotros y unas diez veces cada una.

—Me alegra que así sea. Una vida tan completa y a su edad la ayudará a asimilar el nuevo camino que tiene por delante.

Carmen volvió a la postura que la encerraba dentro de su chaqueta.

—Entonces, doctor, ¿qué le pasó? Mimo me ha dicho que no se había enterado muy bien y que creía que había sido un infarto.

—Su amigo...

—Amigo de mi madre.

—Bueno, el amigo de su madre estaba muy nervioso. Ese señor ha estado bebiendo en las últimas horas y lo estamos rehidratando en un box de urgencias.

—¿Por qué estaba en el suelo, doctor? ¿Por qué la encontraron inconsciente?

—La encontraron tumbada.

—Desmayada con los ojos abiertos, me dijo Mimo.

El doctor se levantó para mostrarle unas imágenes sobre una caja de luz.

—Su madre ha sufrido una lesión cerebral grave. Un accidente cardiovascular que ha dañado esta arteria basilar y su cerebro para siempre.

—¿Y cómo se llama lo que le pasa? —preguntó Carmen mientras borraba ese último «para siempre».

—Técnicamente, aunque sé que lo buscará en Internet, es una lesión del tallo cerebral a nivel de la protuberancia anular. Es un pseudocoma, Carmen. Una rara desconexión del cerebro.

—¿Está dormida, entonces?

—No, no lo está. Usted se refiere a un estado vegetativo que también está asociado a daños cerebrales, pero esos se dan en una zona diferente del cerebro. Su madre ha sufrido daños irreversibles en otro lugar.

—¿En dónde? —Carmen se perdía en las palabras para escapar de los hechos.

—En el encéfalo inferior. —El doctor marcó un círculo con un bolígrafo sobre la imagen iluminada—. Esos daños han provocado el conocido como «síndrome del enclaustramiento». Su madre está alerta y despierta, pero, desafortunadamente, no puede moverse ni comunicarse verbalmente debido a una parálisis casi total de todos sus músculos voluntarios. —El médico volvió a sentarse.

Carmen reaccionó con velocidad:

—¿Ha dicho «casi total»?

—Sí. Eso he dicho. —Dejó entrever una ligera y temblorosa sonrisa.

—¿Y qué puede mover? ¿Está..., cómo diría..., parálitica?

—No exactamente. Su madre solo puede mover los ojos.

—¿Los ojos?

—Los ojos y la musculatura externa de ellos. Su madre, por ejemplo, puede parpadear.

—Pero... —Carmen recibió una inspiración profunda como si no fuera suya. Sintió que el exceso de aire podía asfixiarla.

—Sé que no es fácil de comprender, pero necesito que se ponga en situación antes de pasar a verla. ¿Su madre era una mujer activa?

Ella recobró la postura en la silla y dijo engraveciendo su voz clara:

—Mi madre era la Paya. —Levantó la mano y se miró la palma como si fuera a arrancarse a cantar—. Yo nunca he sabido cantar, ¿sabe? Ni eso, ni bailar, ni viajar ni enamorarme como ella. Mi madre es un huracán. Es imposible que no se mueva. Y si no se mueve, se moverá.

—Yo estoy aquí para situarla en la realidad, no para alimentar falsas esperanzas. Estamos con las pruebas y nos llevarán días, pero las imágenes son claras y los síntomas aún más. Carmen, lo más importante es que no debe olvidar que su madre está despierta. Está.

—El médico plantó las palmas de las manos en la mesa con un golpe suave—. Aunque no hable, aunque no se mueva. —Presionó las manos como si masajeara el pecho de un paciente.

—¿Y mi madre sabe lo que le está pasando?

—Igual que usted y que yo. También...

—Perdone, doctor, que le interrumpa. Me dice que está despierta y consciente y únicamente lo sabe ¿porque parpadea?

—Porque responde con el parpadeo. Su madre es una mujer muy lista y ha encontrado enseñada la manera de comunicarse. Nos oye y entiende perfectamente.

—¿Y se lo ha contado todo? ¿Lo mismo que a mí?

—Le he contado lo que le ha pasado.

—¿Qué es lo que no le ha contado?

—Su pronóstico.

Carmen tembló desde la cintura y apretó los dientes.

—El noventa por ciento de los pacientes muere en los cuatro meses posteriores al accidente.

Carmen se recogió como el ovillo rojo que su madre guardaba en la bolsa de tejer. Se quedó inmóvil y fría. Unos segundos después, pero aún como pez encerrado, giraba en el escaso espacio de sus pensamientos. De pared a pared de cristal, la noticia que acababa de escuchar le salía al paso.

—¿Sabe, doctor? Mi madre solía contar una mentira acerca de una actuación de la Niña de los Peines y la bailaora Soledad la Mejorana en Sevilla. La contaba como si hubiera estado allí, aunque eso no fuera posible. Hablaba de una trifulca y de un enfado entre ellas. Decía mi madre que solo los que la conocían advirtieron que la Niña de los Peines cantó aquellos tangos para la artista. Ni estaban en el repertorio ni nadie los esperaba:

*No te metas en querer
porque se pasan muchas fatigas.
Mira a quien vive con penas,
que está muerta estando viva.*

Carmen respiró por la nariz y tragó saliva. Bajó la cabeza como si ya solo pudiera hablar con los ojos cerrados.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el síndrome que sufre mi madre?

—Síndrome del enclaustramiento o síndrome del cautiverio.

—Cautiva, mi madre —susurró antes de un suspiro largo—. Ella. Cautiva.

—¿Quiere verla? —El doctor tragó saliva como un principiante ante su primera situación comprometida.

Carmen lo miró a los ojos con un brillo afilado entre el dolor y el orgullo. Sin decirle nada, parpadeó dos veces con la cadencia de un nuevo lenguaje. Un código para hablar con las estrellas desde la ventana.

—¿Eso es un sí? —preguntó el doctor confuso.

Carmen se levantó y fue hacia la puerta.

—Lléveme con ella.

El timbre sonó como un despertador insolente. Despertó a Carmen y la trajo de vuelta desde el pasado. Nerviosa por la traición de su memoria, consideró la oportunidad como una excusa perfecta para desquitarse. Se dirigió rápida y decidida hasta la puerta. Arrimó el ojo derecho y parpadeó a escasos centímetros de la mirilla. Al otro lado, deformada por la lente, esperaba con su balanceo su vecina Pilar. Solo con verla, relajó su tensión.

—¡Chiquilla! Deja de observarme por la mirilla, que me pones nerviosa. ¡Abre ya!

—Tocas el timbre como si fuera la alarma de la casa de bomberos —gritó Carmen. La rabia se fue soltando como un nudo flojo en lazo de seda.

—¡Porque hay fuego!

Carmen observaba a su amiga por la mirilla y sonreía.

—Si no abres, me voy. ¡Abra la caja fuerte! ¡Es una orden!

Carmen empezó a abrir de arriba abajo los cinco pestillos ya con la risa en la cara. El ruido de cada uno de ellos liberaba la puerta y a la propia Pilar, que era más presa de ese descansillo que Carmen de su casa.

—No entiendo lo de tu manía con los pestillos. Luego tienes todas las ventanas abiertas, hablas y te oigo desde el patio, pero esta puerta

parece la de un castillo.

Carmen abrió con energía y dio un paso marcial para colocarse frente a Pilar.

—Contraseña.

—Hoy hace un día de puta madre.

—Me vale —Carmen sonrió y se dio la vuelta de camino a la cocina en una clara invitación para su vecina—. Y me valen los pestillos. Me protejo de los que conozco. Los que no conozco no me dan miedo. Imagínate esa puerta abierta todo el día. No habría quién te parase.

—¿Vas a invitar a comer a todo el barrio? —preguntó Pilar desde la entrada de la cocina al ver la mesa llena de *pescaitos* rebozados.

—Pues no, pero, si tú quieres comer conmigo, puedes.

—Lo haré.

—Como todos los días.

—Como casi todos, dirás.

—Cuatro veces por semana por lo menos. —Contó con los dedos.

—¿Y para qué voy a cocinar si tú tienes que tirar la comida? —Pilar señaló los kilos de pescado sobre la mesa.

—He pasado una noche rara —dijo Carmen de espaldas mientras encendía el fuego. Colocó una sartén sobre él.

—Una noche rara como casi todas, dirás.

—Como cuatro veces a la semana, por lo menos. —Carmen volvió a contar con los dedos. Las dos rieron—. Es lo que toca.

—Es lo que toca —Pilar siguió su discurso.

—Ha estado otra vez por aquí el fantasma de Rosa la Paya.

—¿Y ha venido con todos sus amigos o sola?

—Sola. Como el gato. —Carmen se giró para guiñar un ojo a Pilar—. Como siempre.

—Como casi todos los días, dirás.

—Como... —Iba a bromear con las cuentas de los dedos, pero cambió de opinión y puso los brazos en jarras—. Tú no sabes cómo era mi madre —respondió peleona Carmen.

—Yo lo sé mejor que tú. Era su vecina cuando tú no estabas y sé mejor que tú lo que pasaba en esta casa. Tú te fuiste y yo regresé dos años después. He vivido lo suficiente en esta casa. Aquí antes no había cerrojos. Esta era la casa de todos los que querían juerga. Cuando subíamos a regañarla, tu madre nos abrazaba y nos presentaba a un

novio. Yo le decía: «Rosa, que yo ya estoy casada». Y ella me contestaba: «Sí, pero este no es primo del demonio». Ella sabía ver que mi marido Antonio era un cabronazo peligroso. Era una buena mujer tu madre. Un poco loca, no sé a quién habrás salido, pero muy buena mujer. Era generosa y no le importaba el dinero. Si no te dejó más es porque se lo gastó todo en los que quería.

—En los que quería y en todos los que recogía por la calle, porque con unos cuantos vinos todos son amigos.

—No te quejes. La gente te quiere porque la quisieron. Tu madre es una leyenda en esta ciudad, y cuando la necesitábamos siempre estaba dispuesta a hablar, a invitar a un café, a tararear una canción para despedirte o a abrazarte. Eso no lo hace todo el mundo.

—No me quejo, ya lo sabes. Me dejó esta casa. No puedo pedir más. Y me obligó a regresar a mi hogar, Tarifa, para encontrarme con mi amor, que es...

«¿Yo?», quiso contestar Pilar, aunque finalmente dijo:

—El viento. Ya sé que es el viento.

Los primeros *pescaítos* dorados salieron de la sartén echando humo. Pilar se mordió los labios y chasqueó los dedos.

—Un vaso de agua.

—Cógelo. No tienes que pedírmelo.

—Y un beso.

—Ese es regalado.

—Pues eso.

La vecina se acercó a la nevera y buscó la botella de gaseosa rellena con agua fresca. El crepitar del rebozado en el aceite muy caliente despertó su apetito. Se giró para mirar a Carmen sin que ella pudiera verla. Después de tantos años de soledad y esclavitud, esa mujer representaba lo mejor de su vida. Los hombres habían quedado apartados de una paz anhelada durante demasiado tiempo. Los gritos, los insultos, el sexo forzado y doloroso y el alcohol ya no infectaban su día a día. Él se había marchado y para siempre. Los últimos gritos que oyó en su vida con él, los únicos que ahora le importaban, fueron los de la panadera del barrio cuando se encontró a su marido descoyuntado contra el bordillo de la acera: «¡Pilar, baja, Pilar, que a Antonio le ha pasado algo!». En aquel momento, ella planchaba una camisa, y ahora, frente a la nevera, un piso más arriba, recordaba

perfectamente cómo dio la vuelta a la prenda tranquila y siguió planchando la espalda para disfrutar de esa paz por la que tanto había rezado. «¡Pilar, Pilar!» El revuelo de los curiosos entró por la ventana. Una voz masculina que no supo reconocer ordenó: «¡Llaman a una ambulancia!». Pilar levantó la camisa a la altura de los ojos y empezó a retorcer las manos para apresar la tela de los hombros. Sintió que una figura invisible habitaba la prenda. Oyó el alarido de alguna vieja que habría defendido la humillación a la que él la sometió durante años. Ese hombre oscuro sin alma ni educación. «Una esposa es una esposa —le dijo a la camisa—. Doy gracias a Dios por haberte quitado de mi camino, cabrón.» Dos lágrimas perfectas surgieron de su alma y resbalaron sobre el tejido antideslizante de la tabla. Pilar apoyó la camisa y sus manos en el material caliente. Se frotó los ojos con los puños cerrados y se desabrochó el vestido que llevaba puesto. Con los dedos apoyados a unos centímetros del esternón, tiró de la piel del pecho para que su escote se asomara jugoso al mundo, ese gesto que nunca pudo hacer. Se dirigió hacia la puerta contra la que tantas veces él la había lanzado. Una vez en el descansillo, bajó las escaleras un poco más rápido y paró en el rincón de los buzones. Las siluetas deformadas por el cristal biselado formaban un corro en torno a algo que podría ser cualquier cosa: él, su marido Antonio, o cualquier animal muerto. Un sonido lejano de ambulancia precipitó su salida.

«¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —gritó Pilar al pisar la calle—. ¡Antonio!» Su garganta se abrió como patada al aire mientras los vecinos la recogían de brazo en brazo esperando unas lágrimas que no brotaban. Ella miraba el cuerpo tendido. Estaba muerto. Frío y tieso. Y ella, por fin, era libre.

Ese recuerdo le sentaba a Pilar como un vaso de leche caliente antes de dormir. Ese y el amor que había descubierto una vez Carmen regresó a Tarifa. Aunque sabía que en alguna ocasión visitó a su madre, no coincidió con ella. Probablemente por tantos días de encierro después de las palizas para que cicatrizasen las heridas. Cuando vio a Carmen por primera vez, se paró el viento. Pensó que nunca había visto tanta luz, tal belleza e inocencia. Amaba a esa mujer desde la fortaleza de la superviviente que era y también desde el pavor de la víctima que necesita un refugio cálido. Ahora sabía que cada una de sus heridas más profundas había cicatrizado bien gracias a los

centímetros de piel de Carmen. La miraba siempre como distraída, perdida en sus cosas de vecina, pero revuelta y excitada.

Una pequeña bolsa de aire estalló desde la sartén.

—¡Ay, coño, que me quemo! —dijo Carmen.

Pilar se apresuró a coger la botella de aceite.

—Déjame la mano. —Cogió la palma de su amiga—. ¿Dónde te has quemado?

—Aquí —le señaló el centro.

Pilar untó el aceite con rapidez.

—Nada de agua fría. Así se pasa. —Le acarició las líneas de la mano con el anular y lo dejó resbalar. Lo hizo con la prudencia necesaria y el tiempo conocido—. Ya está. Lista. Pero si sigues cerrando todos esos pestillos, no te podré socorrer.

—Lo sé —dijo Carmen sonriente, sin advertir tanto amor y deseo—, y mira que lo pienso porque en algún momento, tarde o temprano...

—La hija de la Paya, la mujer más hermosa del mundo para Pilar, recogió las manos contra el vientre y lo apretó con chispas de fuego en los ojos.

Su vecina suspiró y dejó a la ternura tomar una posición de ventaja para poder terminar la frase.

—En eso tienes razón... Tarde o temprano, en algún momento, llegará la urgencia.

La previsión meteorológica había anunciado la entrada del poniente para esa misma tarde, y la fuerza de un levante debilitado por una actividad frenética lo confirmaba. Acababa de amanecer. Pizco disfrutaba de la ducha al aire libre en la escuela de *kitesurf* Only Kite. Su dueño, un alemán que abandonó su país después de un divorcio que lo arrastró a la depresión, permitía que el vagabundo acudiera a asearse fuera del horario comercial. Pizco tenía incluso una llave del almacén del centro, en el que dejaba su neceser con jabón, champú y una toalla que, de vez en cuando, alguien lavaba y reponía. Suponía que era el propio Jan, aunque su relación con todos los monitores del centro era inmejorable y, por sus muestras de cariño, podría haber sido cualquiera. Por las tardes, en plena temporada de *kite*, Pizco los ayudaba a recoger material, reparar cometas y limpiar las tablas y arneses para que todo luciera como equipo para estrenar al día siguiente. También se encargaba de la limpieza rutinaria del centro.

Su única condición era poder hacer su trabajo en soledad cuando ya todos se marchaban a cenar al centro del pueblo. Solo permitía que Jan rondara las instalaciones para cerrar cuentas o realizar pedidos, pero si alguien lo acompañaba o los chicos del centro se quedaban en la playa para disfrutar de unas cervezas al anochecer, él prefería regresar por la mañana, raspando la salida del sol, para disfrutar de su tarea en silencio. En temporada alta, iba tres veces por semana, incluso cuatro si Jan se lo pedía, y con eso ganaba suficiente para mantenerse todo el año, volaran cometas en invierno o no. Jan nunca le preguntaba nada. Como un «eyectado» más, término con el que se definían los habitantes llegados a Tarifa literalmente escupidos por sus propias vidas. Ambos reconocían en el otro una mirada familiar; esa

que solo tienen aquellos que, al menos una vez, se han roto del todo. El mundo se dividía entre los que habían mirado a la muerte con deseo y los que no. Esa era la teoría de Pizco. Jan y él compartían soledad y silencio bajo un pacto implícito de no vulneración. Un saludo de despedida, si acaso, una instrucción para el día siguiente, pero nunca frases vacías ni preguntas sin sentido. Un «Qué tal estás» los habría ofendido; no si la cuestión venía de los otros felices (aunque no lo sepan) mortales, pero sí entre ellos, conocedores de sus tormentas. No era necesario saber qué pasó. Como si fueran presidiarios, no preguntaban por los crímenes del otro ni aceptaban consuelo.

Pizco miró a la playa y vio a una chiquilla desplegar su cometa y caminar con los hilos entre los dedos hasta dibujarla en la arena. Faltaban horas para que pudiera navegar, pero su deseo era tan determinado que esperaría allí, sentada junto a su carro de viento hasta que la brisa empezara a removerla. Por su estatura y la coleta alborotada, podría haber sido Magdalena, la camarera suplente. Pizco entrecerró los párpados para protegerse del sol y poder enfocar la figura a lo lejos. Un tatuaje en uno de los muslos de la mujer deshizo la fantasía. Magdalena probablemente estaría durmiendo, tumbada sobre su cama o mirando despierta una farola desde una acera, completamente borracha; puede que estuviera desmayada sobre otro cuerpo o sobre un montón de ellos. Magdalena no estaría dormida ni arropada por sus sábanas limpias, Pizco sabía reconocer el dolor único en los otros. Y Magdalena era ahora Jan y Pizco y tantos otros náufragos en tierra que un día se colocaron debajo del rayo y abrieron el pecho para que los atravesara. No quiso el tiempo el alivio de la muerte para ellos, sino la travesía más larga que es la vida. En ese lugar y momento estaba Magdalena, en plena lucha en medio de una tempestad digna de dioses y kraken.

Pizco llegó a su esquina a pocos minutos de las ocho de la mañana. Perico aparcaba su moto al lado del kiosco. Al quitarse el casco, Pizco advirtió una luz negra en su rostro. Acudió a su lado y le cogió el casco, que por la expresión de Perico parecía pesar dos toneladas.

—Gracias, amigo, ha sido una mala noche.

Los ojos verdes de Pizco, infectados de mar, preguntaban la razón.

—Acabo de dejar a mi mujer y a mi hija en el hospital. Estaban hechas un cristo. A eso de las cuatro, hemos tenido que meter a Lidia en la bañera con agua fresca porque no había manera de bajarle la fiebre. Su madre dice que hay un brote de escarlatina en su colegio. Ya veremos. Tiene solo cuatro años. Bueno, casi cinco. Es muy pequeña. ¡Qué manía con eso de que empiecen la escuela tan pronto! Que si a los dos la guardería, que si luego el cole. ¡Si no tienen infancia, hostias, maleante! —Perico iba recuperando su tono de mañana agitada—. Bueno, no se va a morir de nada de lo que tenga. Hoy se va el jodido levante y entra un poniente que nos va a llenar la terraza de hambrientos turistas que van a venir en manada cuando se encuentren abarrotada la terraza de Los Mellis. Me da rabia que nos ganen cada verano, pero al menos nos recomiendan cuando ya no pueden dar más de sí. ¡Mejor ser los segundos que no ser nadie, Apóstol!... Hoy te veo repeinado, una ducha, la raya al lado y esa barba de loco que por lo menos no tiene piojos. ¡Tiene más mi niña por ir al cole que tú! —Perico agarró de los hombros a Pizco y lanzó una carcajada al aire capaz de despertar a todos los pájaros de la plaza—. Ese puto cole de monjas que mi mujer defiende a muerte, pero que está lleno de gérmenes y cosas. La niña está siempre enferma.

Pizco bajó la cabeza como si supiera de lo que estaba hablando.

—Tú qué vas a saber, maleante, de estas mierdas de la paternidad y de las monjas. Es mejor estar como tú, al fresco, a la playa, al cafetito, a lo que venga, en definitiva... Tú eres el más listo de todos. ¡Jefe! —gritó en dirección al interior del bar—. ¡Vaya poniendo dos cafés calientes! Uno sin tostada y el otro con dos, que Pizco va a bendecir esta terraza sin monjas a ver si se llena de...

Pizco se dio la vuelta hartado de la euforia de Perico, provocada o por la falta de sueño o por alguna discusión con su mujer. El camarero era un buen compañero de la calle, pero él no tenía por qué aguantar sus descargas de adrenalina y sus restos de mal humor.

—¿Montamos la terraza, maleante? A ver si hoy la llenamos de buena gente. Lidia se recupera y Magdalena no nos muerde. Es viernes y necesitamos el refuerzo de la niña. Sí, hoy viene Magdalena. Que no sea escarlatina, que no sea escarlatina, virgencita, que no sea escarlatina... —Perico empezó a cantar y, a su ritmo, montaron la terraza.

Cuando terminaron, a eso de las ocho y media de la mañana, se sentaron en la mejor mesa de cara a un sol brillante y desayunaron juntos. En algún momento como ese, cálido y silencioso, Pizco era capaz de olvidar quién era y Perico también. Los dos amigos cerraron los ojos y dejaron que la mañana pasara por la plaza hasta que llegara el primer cliente.

El cambio de viento transformaba Tarifa en una ciudad en fiestas. Todo el mundo, hasta los más enfadados con el levante salían a la calle, a los mercados y a las terrazas a comentar los días de asedio y su enorme paciencia. Las comparativas históricas rodaban de barra en barra para describir aquellos días en los que los abuelos hablaban de levanteras de semanas con una violencia que asustaba a los marineros más diestros. Esta tierra de unión se convertía en el lugar más alejado del mundo. Como si el viento tuviera la facultad de alejar la tierra de la tierra a fuerza de revolver el mar. Los amigos, los familiares, los niños y los ancianos ocupaban cualquier rincón para recordar a sus vecinos que seguían allí, muy a pesar del maléfico viento.

La terraza estaba a reventar al mediodía cuando llegó la esposa de Perico con Lidia de la mano. Se acercó a él mientras atendía una mesa y le dejó a la niña asida a su delantal. Pizco pudo ver cómo se marchaba aquella mujer enfadada y visiblemente hastiada por la maternidad. En cuanto dobló la esquina, Perico cogió la mano de la niña y le señaló el lugar que ocupaba Pizco. Lidia corrió hacia el vagabundo y, con la aceleración de un levante joven, lo abrazó con fuerza. Él sujetó su cabecita con ambas manos y olió su pelo sudado por la fiebre. La niña no ardía. Perico se acercó en cuanto anotó la nueva comanda.

—¿Estás bien, preciosa? Me ha dicho mamá que no es la bruja escarlatina.

—No. No lo es. Es solo la garganta.

Lidia abrió la boca y les mostró a ambos unas abultadas amígdalas.

—Tienes placas, mi niña. ¿Te duele?

—Sí, duele.

Pizco volvió a acariciarle el pelo con cariño. Perico recibió un wasap.

—Será tu madre con el parte médico. —Perico empezó a leer—: «La niña tiene anginas. Yo no me puedo ocupar...». —Dejó el teléfono y se agachó para mirar a Lidia a los ojos—. Que tiene mucho trabajo hasta la tarde. Que hoy comes aquí y juegas con Pizco. Toma. —Le dio al vagabundo veinte euros—. Compra un termómetro en la farmacia.

—No hace falta —contestó Lidia—. Tengo todo en la mochila.

Pizco abrió la mochila y le pasó a Perico una bolsa de plástico. En ese instante alguien lo reclamó desde la terraza: «¡Camarero, hombre, que no tenemos todo el día!».

Perico besó rápidamente a Lidia.

—¿Te ocupas? —Miró a Pizco esperando un sí que nunca había oído y se fue.

El vagabundo abrió la bolsa de plástico. En su interior había un termómetro, un frasco de amoxicilina y paracetamol. Leyó el informe médico que confirmaba la amigdalitis. La madre había apuntado en un lateral la hora de la última toma, exactamente una hora antes, según el reloj de la iglesia.

—Me falta mucho para las medicinas. —Lidia recogió el kit médico y lo volvió a meter en su mochila—. ¿Me la guardas?

Pizco movió tan ligeramente la cabeza que la niña no supo si le había contestado. Cogió la mochila y la puso detrás de su segundo cartón, al lado de una sudadera y una bolsa con un par de calcetines.

—Yo sé que tú me entiendes —dijo la niña mientras empezaba a bailar sobre una baldosa de piedra—, y además, sé por qué no hablas.

Pizco se recostó en los escalones para escuchar la última teoría de Lidia. Con cada visita, traía una diferente con la ilusión de que rompiera el hechizo que lo mantenía mudo.

—He soñado que te caíste de un caballo. Eras un príncipe y tenías ese caballo desde niño. Cuando ya eras mayor, te tiró porque se asustó al ver una rana que hablaba. Y por eso, la rana habla y tú no. Por eso no hablas. Por el caballo y la rana, que ahora son tus amigos. —Lidia giró sobre su pie derecho y regresó al regazo de Pizco—. De todos nuestros cuentos, este me gusta. —Le tiró de la barba—. Los príncipes no tienen barba así, pero tú has tenido caballo seguro.

Pizco abrazó a Lidia, que muerta de risa dijo:

—¿Me prometes que, si algún día vuelves a hablar, me dirás a mí la primera palabra? ¿Me lo prometes?

Los ojos verdes de Pizco se tornaron brillantes y acuosos. La niña recogió la cara ajada y curtida por el sol entre sus pequeñas manos.

—Yo te prometo que estaré aquí para que me la digas.

Dos niñas aparecieron por la esquina. Corrían al lado de un perro. Lidia se sumó rápidamente a la persecución. Pizco se puso de pie para vigilarla desde lejos. Desde la entrada del puerto, llegaban decenas de personas que cerraban sus negocios y se dirigían al centro a comer. Entre ellas, un cuerpo buscaba lugar para adelantar a la multitud, se encajaba como anguila entre los espacios que dejaban los peatones. Pasaba de lado entre ellos. Venía fumando. Los hombros elevados cerca de las orejas, el cuerpo encogido en cada contacto. Las zapatillas llenas de agujeros, las uñas descarnadas y esos ojos pintados de negro como los de una maga que trajera noche o guerras. El reloj de la iglesia tocó las dos en punto. Magdalena acudía como siempre a su trabajo con una escrupulosa puntualidad.

A las dos y cuarto, Magdalena ya estaba codo con codo en la terraza con Perico. Le había dado tiempo a ponerse el uniforme, recogerse el pelo en un moño y quitarse un par de anillos y pulseras para ofrecer la imagen más limpia ante los clientes. Perico admiraba su rapidez y seriedad. No era la más simpática, pero para gracioso y risueño ya estaba él. Magdalena manejaba más de la mitad de la terraza con soltura. Acababa colocando lo que la cocina tenía preparado y dejaba a sus clientes satisfechos por su ritmo frenético. Les hacía creer que eran los mejor atendidos de Tarifa, en donde las comidas y cenas se eternizan en temporada alta por la cantidad de comensales. No era fija porque el negocio no iba tan bien y porque tenía un carácter difícil fuera de la terraza. Mientras trabajaba, todo fluía. La fiera estaba controlada entre bandejas, restos de comida, cañas bien tiradas y datáfonos. Cuando el bullicio terminaba, rellenaba las cámaras de bebidas sin hablar con nadie. Pizco le traía repuestos del almacén y Perico cerraba la caja mientras ella fumaba de forma compulsiva y terminaba su trabajo. Como un caballo de carreras que se hubiera desfondado en los últimos metros, Magdalena tenía una especie de cansancio que no le correspondía ni por edad ni por talento. Pero estaba agotada. Esa tarde, Pizco la observaba desde la puerta del

convento; distribuía su atención entre Lidia y ella, y de vuelta a Lidia, como si asistiera a un partido de tenis. Ambas rápidas. Ambas rotundas y despiertas. Y ambas, una del cuerpo y otra del alma, enfermas.

La idea de pasar sus años de jubilación viviendo de los ingresos de un chiringuito en una playa perdida de Brasil premiaría su entrega absoluta al trabajo. Por esa razón, Elena verbalizaba su plan siempre que podía en cualquier cena o comida, ya fuera de trabajo o personal. Sus interlocutores mostraban sin ningún pudor su escepticismo. Un escepticismo cimentado en la falta de valor de la mayoría y en su incapacidad para soñar. Pero Elena era el polo opuesto de los cobardes. «No volcar energía en los sueños es más económico para el rendimiento emocional», solía repetir en algunas de sus conferencias. «Hay que ser muy valiente para ser feliz», era otra de sus frases preferidas. No estaba hecha para alcanzar el lugar confortable de la queja permanente, la paz de las falsas víctimas sociales que vagan de reunión en reunión para contagiar su malestar. Ella era quien quería ser: una mujer triunfadora que le regalaba dieciséis horas diarias a su empresa, incapaz de desconectar de su repleto mundo digital y agradecida por las oportunidades que disfrutaba. Era feliz porque exprimía con ahínco cada segundo de un nuevo proyecto o de sus escapadas de ocio. Viajes preparados durante semanas, lujos puntuales y descubrimiento constante. Elena sabía vivir. No tanto por la gestión del tiempo como por el espíritu de *groupie* con el que potenciaba cualquier cosa que hacía. Sabía hacerse feliz y eso la convertía en una persona envidiada. Una envidia que dejaba vacío al que se comparaba con esa mujer chispeante y, a la vez, agradecido porque fuera ella, y no otra, quien disfrutara de ese don para la alegría. Probablemente, esa fuera la prueba más potente del «acierto en su gestión vital» —apunte frecuente en las notas de su *coach*—: Elena podía estimular sin ofender y deslumbrar sin herir.

Desde ese lugar con escasos habitantes, Elena cuidaba de Carolina. Su mejor amiga de la infancia y posiblemente su antagonista si no fuera porque Carolina también era una estrella, aunque en otro universo más descontrolado y de menor exigencia. Una alta ejecutiva y una actriz de moda. Una madurez abrumadora frente a una madeja de inseguridades de poca importancia. Decidieron cuidarse y entregarse la una a la otra cuando eran aún unas niñas.

Fue en un día de verano mágico en la parte trasera de un mercado de abastos. Carolina y Elena saltaban de la mano. Los operarios de la limpieza acababan de regar los pasillos y los vapores esparcían el olor a pescado. Las niñas jugaban en una callejuela perpendicular a la entrada más baja, la que daba a los puestos de género fresco como carne, pescado y pollo. «El sitio de los animales muertos», decían las niñas junto a cuatro escalones de cemento. Carolina bailaba el último éxito del verano. Esa tarde había llevado un radiocasete, dos pilas grandes y la cinta con las canciones más sonadas. Había preparado su plan con esmero e ilusión porque la euforia de aquellas sorpresas que se regalaban la una a la otra reforzaba día a día su amistad. Carolina saltaba envuelta en un par de pañuelos de seda que había sacado sin permiso del cajón de su madre. Elena la observaba. Aplaudió su penúltimo golpe de cadera y, sin dejar que terminara la coreografía con su espectacular salto con rodilla al suelo, rebobinó la cinta para que volviera a empezar.

—No quiero que termine —dijo Elena a la vez que pulsaba el botón con la pegatina *Rewind*.

—¡Tonta! Deja de aplaudir y ven a bailar conmigo —le dijo Carolina, e imitó con su brazo el movimiento seductor de un pañuelo al viento.

—Luego —le contestó Elena entre risas—. No puedo dar el salto final porque yo no sé abrirme de piernas.

—Eso no importa —sonrió Carolina—. Si te pones al otro lado y sujetas la otra parte del pañuelo, podremos hacernos un nudo, y luego una pasa por debajo de la otra, y lo desenredamos. Ven. Ven a probar. —Carolina sujetaba el pañuelo con una mano y ofrecía su punta con la otra.

—No me sé el baile y a mí me gusta ver cómo bailas tú.

—Pero bailar sola es más aburrido.

—Tú ensaya. La función empezará en unos minutos. La gente está llegando a la plaza del teatro. —Elena miró hacia la entrada del mercado y su imaginación la transformó en un *hall* brillante de cortinas rojas de terciopelo. Los escalones de piedra negra recién regados pasaron a ser parte de una preciosa escalinata de mármol. Al fondo, esperaba un escenario soberbio, solo digno de las grandes estrellas mundiales de la danza.

—¿Lo ves, Carolina? No puedes fallar a tu público. Han venido solo para verte a ti. —Elena corrió hasta situarse en el último escalón a la vez que señalaba hacia el interior del mercado convertido en auditorio.

Carolina entró en la fantasía de su amiga guiada por una detallada descripción.

—Esta noche se han puesto sus mejores vestidos. ¡Mira esa mujer con el vestido color oro! —Elena señaló un cuerpo invisible sobre el tercer escalón—. Las carrozas no tienen sitio para parar, Carolina.

—Me han dicho que vendrán los duques. —Carolina se agarró las manos y se las pegó al pecho—. En su palacio hay ciervos y tigres.

—Vuelve a tu camerino, primera bailarina. Quedan pocos minutos para que empiece la función. —Elena entró de lleno en su papel de asistente.

—Pero falta mucha gente aún. Quizás sea demasiado pronto.

—No, Carolina —respondió tajante su amiga—. Tú debes estar lista a tu hora, después esperaremos a que la sala esté llena.

Carolina bajó los escalones y se sentó en el suelo a unos ocho metros de Elena. Se inventó un camerino y agrandó espacialmente la fantasía. Simuló mirarse a un espejo de tocador mientras se empolvaba la cara con una borla invisible.

—Termina de maquillarte. Tengo que ir a un sitio.

Elena corrió hacia la entrada del mercado para perderse tras la esquina. Carolina casi podía oír el murmullo del público en el patio de butacas. Su amiga regresó pronto y visiblemente acalorada.

—¡No te lo vas a creer! No hay entradas. No queda ni una. —Agarró las manos de la diva—. ¿Estás lista?

—Lo estoy —dijo solemne Carolina.

Se levantó y subió los cuatro escalones de su particular *backstage* con la ligereza de una gran figura internacional de la danza clásica. Una niña de porcelana. Las escaleras daban a un patio interior con paredes blancas sin ventanas. El suelo de esa pequeña plaza se precipitaba hacia un gran sumidero central sobre el que se colocó Carolina. Asió su pañuelo con fuerza y miró de perfil para enviar una señal afirmativa a Elena, que previamente había rebobinado la cinta, miró al patio de butacas y pulsó el botón de *Play*. La orquesta comenzó a tocar.

Carolina arrancó la coreografía con decisión. El agua sucia le manchó las zapatillas en uno de los saltos y el olor a pescado se adhirió a sus tobillos. Elena la miraba desde el rincón. El público permanecía hipnotizado. Carolina lanzó el pañuelo al aire con tal fuerza que se desplegó en la caída para quedar perfectamente extendido frente a ella. Entonces saltó y realizó un perfecto *grand écart* en cuarta posición. La canción terminó con un último movimiento de cabeza con el que Carolina se quedó mirando al público.

El aplauso fue inmediato. Una oleada de entusiasmo. Elena salió al escenario para entregarle un ramo de flores. Carolina le dio la punta del pañuelo. Las niñas se separaron y giraron hasta chocar para luego desenredarse.

—¿Ves como tenías que bailar? Todos saben que parte de este éxito es tuyo —le dijo Carolina sobre los aplausos.

Elena miró al frente emocionada y recibió el cariño del patio de butacas, de oro y terciopelo, en pie. Carolina se inclinó y la arrastró a una reverencia.

—Damos las gracias —susurró para aclarar el propósito de su gesto—. Y ahora, cuenta hasta diez y nos vamos despacio y salimos por allí —desvió la mirada hacia la derecha— sonriendo.

Las dos amigas se agarraron de la mano y regresaron a casa en silencio. Deshicieron la fantasía en apenas unos segundos.

En el portal de Carolina, la risa de las dos niñas las envolvió como un remolino de hojas.

Aquella noche de los Goya, Carolina les dedicó su premio como actriz revelación a su amiga Elena y a su madre. Era la más joven de la

historia del cine español que lograba el galardón. Con once años ya se había convertido en una de las caras más reconocibles en el ámbito internacional por interpretar a Alisa, la primera humanoide diseñada en Europa, la primera Eva de laboratorio. La trama de la película, una coproducción británico-alemana-española, su éxito en taquilla, un hito para el cine europeo, más el impacto de la imagen de Carolina como símbolo del futuro la elevaron a la categoría de icono. Fue seleccionada entre miles de niños en un *casting* realizado en los tres países. Pedían «una niña única». Esta demanda despistó a los agentes: muchos apostaron por una joven actriz de estética plana y futurista. Un rostro sin alma. La agencia de Carolina la presentó debido a la insistencia de la pequeña, que quería ir a todas las audiciones para probar su valía. Carolina no era precisamente inexpresiva, sino cándida y de una ternura muy lejana a los robots. Su labio inferior parecía estar siempre lanzando besos y unas pestañas extraordinariamente largas llevaban su mirada mucho más allá del límite de las máquinas.

Pero fue la elegida. En la prueba de cámara inmovilizó su mirada y dejó caer sus manos como si fueran dos péndulos que esperaran el impulso. El equipo, que hasta entonces murmuraba entre papeles, perfiles, fotos y apuntes, enmudeció. Aquella niña interpretaba sin haber recibido sus directrices. No necesitó ni una indicación para mostrar a la humanoide que llevaba dentro. El director del *casting* se dirigió a ella:

—Mírame, Alisa —le dijo.

La niña avanzó con un paso mecánico y lo buscó con los ojos en un golpe certero.

—Si te digo que tú serás la primera niña robot de la historia, ¿te emocionarás?

Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas que brotaron alteradas como salmones en contra de la corriente.

—Aún tiene que pulir el control de las emociones —dijo entre risas un miembro del equipo a quien ella no pudo ver tras los focos.

—Así lloraría mi robot —dijo el director y, desde ese momento, su nuevo amigo—. ¡Hasta aquí el *casting*! —gritó—. La tenemos.

Carolina recordaba ese momento cuando rompió a llorar ante el atril de los Goya casi dos años después. Toda la profesión la ovacionó por la profundidad de su trabajo, digna de una actriz mucho más madura. La interpretación de Carolina era tan detallada e intensa que el *remake* estadounidense se hundió con su ausencia y con una niña fría como el hielo o «mal dirigida», decía ella. Su película ganó varios Premios del Cine Europeo y fue nominada en la categoría de habla no inglesa de los Óscar. *Letter* conmovió a medio mundo y la convirtió en una estrella. Esa noche del 27 de enero de 1989, en el Teatro Real de Madrid, Carolina Arjona firmó un pacto con la fama. El realizador de los Goya analizó las imágenes a su disposición en el muro de monitores y pidió desde el control, a través del audio interno, que no dejaran de enfocarla hasta que abandonase el escenario: «¡Todas las cámaras a la niña! ¡Todos buscando a Carolina!».

Fue su noche, a una hora en que las niñas normales ya dormían. Todas menos su amiga Elena. Tantos acuerdos y promesas entre muñecas, tantos juegos y tardes en la entrada del mercado habían hecho su amistad indestructible. «Nos cuidaremos siempre, pase lo que pase», fue su juramento, y la última frase de Carolina cuando terminó su discurso como premiada. Aún bajaba las escaleras y el realizador mantenía el plano cuando, lejos del micro, dijo con una sonrisa llena de orgullo: «Te quiero, Elena».

—Tú, especialmente tú, no deberías estar aquí —susurró Darío muy cerca de Carolina mientras la sujetaba con fuerza. Con un golpe de diafragma, expulsó lo que le quedaba de aire en el pecho y sacó la lengua hasta meterla en el hueco de su oreja.

—¡Cerdo! —se defendió ella—. ¡Suéltame!

Él insistió en el forcejeo hasta encontrar el placer del control.

—No tiene gracia —dijo Elena desde el otro lado de la mesa—. ¡Déjala en paz!

Las carcajadas de Carolina llenaron la cafetería de la facultad de Ciencias de la Información, uno de los sitios más concurridos del campus.

—Yo te defiende y tú te ríes. —Elena encendió el segundo cigarro de su cortado.

—Son los nervios... —respondió Carolina aún presa de Darío—, y que me hace cosquillas, joder.

Darío la soltó y le pellizcó los trapecios en un gesto de complicidad.

—Y lávate las orejas, guarrilla. Que me saben amargas...

—No me quiero imaginar dónde habrás metido tú la lengua ya. Pervertido —dijo un chico desde la mesa de al lado.

Sus amigos de partida de mus pararon el juego a la espera del enfrentamiento. El rostro de Darío mutó a una máscara blanda, se recogió dentro de su propio esqueleto como un caracol y se sentó entre Carolina y Elena. El grupo rio para vergüenza y terror del estudiante de primer curso.

—Vámonos —dijo Elena, poco amiga de los conflictos—. Hace un día estupendo. Nos tiramos en el césped...

—Y a frotaros las unas con las otras —insistió el chico sin dejar de mirar su jugada de cartas.

—Eso. A frotaros. Y coño con coño —añadió su pareja de mus.

Los tres amigos se levantaron sin contestar. Elena y Darío salieron de la cafetería. Carolina se acercó a la barra.

—Cóbrame, Martín —le dijo a un hombre con una extraña acumulación de pliegues en la papada que se dio la vuelta desde la cafetera.

—¡Voy, estrella!

—No me llames así. Eso no me ayuda.

—Lo que no te ayuda es proteger a ese chiquillo, que se gana todas las que recibe.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando uno llega a cualquier lugar tiene que entrar de puntillas y no dando portazos. Ese mierdecilla se ha acercado a vosotras para estar cerca de ti y que se le vea.

—Es muy inteligente y divertido. Nos cae bien.

—Perfecto. —El camarero se recostó en un taburete auxiliar dentro de la barra—. Pero es un tocacojones. Y para colmo, marica.

—¿Y eso qué importa? No seas antiguo.

—Tú, la chica más guapa de toda la universidad, encima una estrella de cine, y pierdes las horas con un imbécil que se pasa el día haciendo ruido.

—Y con Elena.

—No entiendo lo que hacéis con él ninguna de las dos.

—Follar con el raro —respondió el de la mesa de mus.

—¡Eso no es verdad! —se indignó Carolina dándose la vuelta.

—¡Órdago a la chica! —gritó el compañero del líder.

La tensión subió en la mesa como si cincuenta focos la iluminaran en el centro de un *ring* en Las Vegas.

— Lo veo. ¿Qué llevas?

—¿Y tú? —dijo el que había lanzado el órdago.

—Yo he visto. Tú primero.

—Dos pitos, cuatro —respondió.

El contrincante lanzó las cartas al aire para no ensañarlas.

—Ganas —sentenció.

—¿Qué tenías?

—Lo mismo que tú, pero con un pito menos.

El líder recogió los amarracos del centro del tapete y miró a la barra.

—Con un pito menos. Es lo que se dicen Carolina y sus amigos cuando se miran los tres la entrepierna. Porque ese pito no tiene, señorita Goya. Con la falta que te haría uno.

—¡Ni pitos, ni chochos ni líos! —gritó el camarero—. Este es mi bar. Ya por la noche os liais en lo que sea, pero lejos de este lugar.

Carolina tragó saliva y se marchó. Con ella se llevó aquel desprecio como un puñetazo en el hígado.

Elena y Darío estaban tumbados en el césped a solo unos metros de la entrada principal de la facultad.

—¿No había otro sitio más discreto?

—¿Y por qué ha de ser discreto? —preguntó Elena.

—Por estar tranquilos —dijo Carolina sin intención de comentar lo ocurrido.

—A mí la discreción me parece lo más aburrido del mundo —respondió Darío—. Te recuerdo que he llegado este año a la facultad para convertirme en el periodista del corazón más famoso de este país.

—¿Y por qué crees que lo serás?

—Por dos razones: por mi dominio del espectáculo y el contraespectáculo, y porque lo necesito como el comer. No como tú, Carolina, que bien podrías estar en tu casa leyendo guiones sin tener que hacer el paripé de niña estudiosa.

El tonillo afeminado al final de sus frases hacía que un viento cortante e hiriente se transformase en brisa para Carolina. Garantía de no ataque. Nunca la desearía como tantos que, siendo ella aún una niña, nunca ocultaron su lascivia cuando colocaban sus manos estratégicamente sobre ella para indicarle una posición o dejaban los ojos adheridos a su escote mientras ella declamaba su texto. Darío nunca le haría algo así. Y además, Elena nunca lo permitiría.

—Pero estar aquí es lo mejor para los tres, ¿o no? —insistió Carolina en su intento por tapar con tierra mojada el episodio ofensivo de la cafetería—. Sobre todo para ti, Darío, que casi acabas siendo abogado.

—No sabía qué hacer y me parecía un buen lugar para putear a la gente.

Los tres rieron la maldad.

—¿Por eso estudias Periodismo? ¿Para putear a la gente? —Elena encendió un nuevo cigarrillo.

—¡Pues claro! —gritó Darío, y extendió los brazos hacia el cielo—. ¿Por qué si no?

—¿Por informar? —respondió Elena.

—¡Bravo! Los profesores han hecho un buen trabajo con vosotras. Cinco años de carrera, y a unos meses de terminar os habéis tragado todas sus mentiras.

—Yo no creo que sea periodista porque prefiero la interpretación —dijo Carolina—, pero creo en la información y en su poder, y me alegro de haber estudiado esta carrera. A lo mejor, algún día ejerzo y os hago una entrevista.

—O mejor te la hacemos nosotros a ti, ¿no crees, estrellita? —dijo un Darío cada vez más sarcástico.

—Lo mismo, con el paso del tiempo, a ti también te convencen de la responsabilidad que implica una profesión como esta. Acabas de entrar en primer curso. Algo mayor, todo hay que decirlo...

—Señor abogado, podemos llamarte —apoyó Carolina.

—Nunca me licencié. Solo he hecho tres años.

—Lo sabemos —dijeron las amigas a la vez.

—Es posible que dentro de cuatro años seas un periodista decente.

—Eso no será posible.

—¿Por qué?

—Porque no lo quiero ser —dijo Darío muy serio, ya sin finales melódicos ni gestos de balanceo—. Eso es lo que nos diferencia. Yo, no como vosotras, par de pijas, tengo muy claro quién quiero ser.

Carolina distinguía bien cuándo alguien interpretaba y cuándo exhibía en un descuido su verdadero yo.

—Yo seré el más agresivo, el que no tendrá escrúpulos y el que no dudará en mentir si eso le beneficia.

Elena comenzó a reír como si fuese un chiste. Con un ligero retardo y mucho cuidado de no parecer sobreactuada, la siguió Carolina. Darío se levantó y se situó ante ellas. Con ambas manos perfiló el cuerpo de un gran titular:

—El pasado lésbico de Carolina Arjona. Sus calientes años de universidad.

—¡Idiota! —gritó Elena—. Eso no es verdad. Sabes que no somos novias.

—¿Y eso qué importa?

—Es la verdad —dijo Elena.

Carolina lo observaba como si estuviera dentro de una secuencia de una de sus películas.

—¿Y a quién le importa la verdad? Solo importan las buenas historias. Sexo, violencia, muerte y perversión.

—La verdad se impone.

—No, cariño —dijo en susurros Darío—. La verdad se hunde. Cualquiera, ante dos versiones de una misma historia, siempre preferirá la más truculenta.

—Das miedo. Menos mal que somos tus amigas. —Elena se lanzó contra Darío y lo derrumbó entre risas.

—Eso. Menos mal —dijo Carolina mientras dirigía la mirada a la ventana de la cafetería.

Unos meses después, Darío había logrado destapar una maldad que Carolina reconocía como innata. Elena y Darío se divertían juntos y sellaban una relación de igual a igual, a la vez que la envidia por el éxito de la actriz crecía descontrolada como hiedra en el corazón de él. Carolina le parecía una mujer exasperante, incapaz de celebrar su suerte. «Carolina Arjona es una desagradecida dotada de un talento que no merece», había llegado a decir en la redacción de la radio local en la que trabajaba. Darío despuntaba. Era rápido, ácido y no tenía miedo a nada ni a nadie. Su control de las situaciones contrastaba con su aparente locura a la hora de publicar titulares cada vez más arriesgados. Sus colegas de los medios pequeños, que prestaban atención a sus noticias, pensaban que estaba loco. Otros, que era un genio de la falsedad bien argumentada. «Parece más verdad que la verdad cuando lo lees», decían. Gracias a ese talento, Darío también había logrado «meter la cabeza» en un medio digital como *free-lance*. Tenía claro que dependía de su capacidad de mentir y de su sentido del sensacionalismo. Darío había sido un gran lector. Tenía mucho más conocimiento y vocabulario que la mayoría de los periodistas que lo rodeaban. Y había algo, intangible y preciso, como el fino olfato del

perro de caza, que impregnaba su cerebro de ideas malvadas pero extraordinarias.

El entrenamiento en los primeros medios y su progresivo ascenso lo alejó de Carolina hasta que solo fue reconocible el cariño que ella sentía por su amigo de la universidad. Consciente de lo problemático que era, siempre sintió que esa maldad solo era un castigo real para él. «¿Qué puede hacer alguien que nace malo? —solía preguntar cuando algún compañero insultaba a periodistas que ejercían su profesión en los mismos términos—. No es algo personal.» «Mi vida es algo muy personal, Carolina», le dijo el coprotagonista de su última película. «Quiero decir que nadie te odia, solo eres rentable.» Ella brillaba por su comprensión y tolerancia, pero estaba equivocada. Darío sí vivía cada ataque como algo personal. La ira de un animal salvaje que disfruta bañado en la sangre y el dolor de otros.

Una semana antes de que llegara el verano, el director de la web de cotilleo en la que trabajaba le dijo delante de sus compañeros: «A ti te irá bien. Eres un tiburón divertido que solo mata a quien se lo merece. —La redacción rio al unísono—. Quédate este verano con nosotros. Estás contratado». Todos aplaudieron al recién llegado — solo habían pasado dos meses desde su primer artículo— y Darío se emocionó. No con lágrimas. No con un temblor en la garganta. Con un rugido de monstruo en el centro del pecho, el lugar donde él ubicaba su alma oscura y enfermiza.

La decana de la facultad pidió silencio. Más de la mitad de los estudiantes de Periodismo se había hacinado en una sala con una capacidad para unas cuatrocientas personas. Costaba respirar. Los menos tímidos habían ocupado incluso las escaleras del escenario. La decana presentaba el cierre del curso y anunciaba la visita de Iñaki Gabilondo, director y presentador del *Hoy por hoy*.

Darío, Carolina y Elena estaban sentados en la segunda fila. Habían logrado un puesto tan privilegiado con turnos de una hora cada uno en la cola desde las diez de la mañana. Llevaban más de siete horas en el auditorio. Iñaki Gabilondo entró en el escenario y un aplauso cerrado lo recibió. Un par de silbidos desde el fondo

pellizcaron el estómago de la decana, «siempre tan perfecta y aburrida», pensó Darío.

—Está aquí —dijo Carolina, gran admiradora del periodista—. La última vez, yo estaba en un rodaje y no pude verlo. Fue cuando empezábamos Periodismo, ¿te acuerdas, Elena?

—Sí. Yo vine y fue espectacular.

—Lo escucho todas las mañanas y siempre sueño que en una de sus conexiones me dirá: «Carolina, cuéntame lo que ves». Ser sus ojos fuera del estudio.

—Buenas tardes a todos —comenzó Iñaki—. Gracias por...

Los siguientes minutos se llenaron de radio. Su poderosa voz encontró resquicios en los huecos entre cuerpo y cuerpo, por pequeños que fueran. Y en esa sala, por fin, se sentó también el silencio para dar réplica y respiro.

Carolina estaba emocionada cuando Gabilondo terminó su discurso alentando a todos a vivir con intensidad su vocación de periodistas. Creyó que en algún momento muy breve, casi como una ráfaga, Iñaki la miraba. Esas siete horas de espera habían merecido la pena. Darío escribía notas caóticas en su libreta. Carolina no distinguió en ellas nada parecido a lo que acababan de vivir.

—Ha sido muy especial, ¿verdad, Elena? —dijo arropada por el aplauso.

—Sí. Mucho.

Numerosos alumnos se quedaron para conocer en persona al maestro. Se formó un tapón en el pasillo a los pies del escenario y Carolina decidió marcharse a pesar de que era la mayor fan del grupo. Demasiada gente y bullicio. Esos segundos serían insatisfactorios, seguro. Recogía su mochila junto a Elena y Darío antes de salir al pasillo. Acababa de dar la espalda al escenario cuando oyó:

—¡Carolina! Eres Carolina Arjona, ¿verdad?

Ella se volvió y se encontró con las caras de todos los que esperaban a saludar al invitado.

—Sí, señor Gabilondo. Soy yo.

—¿Te importaría esperarme unos minutos? Enseguida termino. Me gustaría hablar contigo.

Los tres volvieron a sus asientos y vivieron la cuenta atrás con la ansiedad de un fan. Carolina y Elena se preguntaban qué querría

Gabilondo. Darío retorcía una frase en su cabeza: «¿Qué ha hecho Carolina para merecer también esto?».

Las primeras filas se vaciaron. Solo un grupo de curiosos se atrevió a esconderse en la penumbra para ver qué ocurriría. Gabilondo recogió una libreta de la mesa y bajó las escaleras hacia el patio de butacas. Los tres se levantaron de un salto para salir al pasillo a recibirlo.

—Carolina Arjona —dijo Iñaki mientras le cogía las manos—. Tú no me recuerdas, ¿cierto?

—Creo que nunca nos hemos visto, señor Gabilondo.

—Tienes razón, pero hemos hablado.

—Tampoco lo recuerdo.

—Normal. Solo tenías once años. Acababas de ganar un Premio del Cine Europeo por tu magnífica Alisa y entraste en directo en el programa.

—Era muy pequeña y me pasaban el teléfono. No sabía ni con quién hablaba.

—Voy a pedir la grabación de aquel día y te la voy a mandar a la facultad porque fue una intervención maravillosa.

—¿Por qué? —preguntó Darío seco y arrogante.

Iñaki lo miró un segundo y volvió la vista hacia Carolina:

—Porque hablabas como si vivieras verdaderamente en el futuro. Yo te pregunté: «¿Te puedo llamar Alisa?». Y tú me contestaste: «¿Y de qué otra forma podrías llamarme? Soy Alisa». En aquel momento pensé que bromeabas conmigo y que en cualquier momento tu carcajada entraría como torrente en las ondas. Pero no, tu voz fría entró en el estudio desde el mismo corazón de tu personaje.

»Yo había visto la película y, por supuesto, era un gran admirador de tu trabajo, pero entendí enseguida que no debía preguntarte por el premio. Estaba hablando con la humanoide, no con la niña. Después tu agente nos aclaró que, a veces, lo hacías para defenderte de situaciones de promoción que no sabías cómo solventar. Preferías ser Alisa, más mecanizada y eficaz. Me pareció coherente y de una tremenda inteligencia. Quedaban apenas un par de minutos para las señales horarias. Mis compañeros en el estudio me miraron impacientes.

—Entonces, Alisa, nos hablas desde el futuro.

—Sí, si usted me habla desde el pasado.

Todos rieron en el control.

—Efectivamente, te hablo desde el pasado. Y tú, Alisa, la niña humanoide que ha conquistado el corazón de muchos miles de personas eres la única pista que tenemos de lo que está por venir. — Iñaki intentó situar y aclarar la coyuntura de la entrevista a los oyentes.

—Así es. ¿Usted se llama Iñaki? Es lo que me han dicho.

—Sí, me llamo Iñaki.

—¿Y qué necesita saber?

—Me gustaría saber cómo es el futuro que solo tú puedes ver.

Quedaban apenas unos segundos para las señales horarias. El silencio de la niña al otro lado de la línea incrementó la expectación de los oyentes, que en sus casas o en el coche subieron el volumen. Al fin, Carolina, o mejor dicho, Alisa, contestó:

—El futuro es mejor de lo que esperas. Eso seguro.

Las señales horarias entraron en el estudio como una alarma que rompiera un portal a otra dimensión.

—Pues sí que era mejor —rio Iñaki al mirar a la mujer que tenía frente a él—. No te ha podido ir mejor.

—¿Eso es todo lo que dije? ¡Qué vergüenza!

—No sabía que estudiaras Periodismo.

—Fue una de las condiciones de mi padre: que estudiara una carrera aunque continuase con lo que más me gusta.

—El periodismo es fabuloso, aunque es difícil mejorar una buena ficción.

—Es lo mismo que opino yo —dijo Darío desde el resentimiento y el complejo.

—A él le gusta la prensa del corazón —dijo Elena.

Iñaki asintió sin hacer ningún comentario y se dirigió a ella:

—¿Y tú? ¿También quieres seguir los pasos de tu amigo?

—No —Elena se sonrojó—. Yo creo que le veré de nuevo en otoño porque voy a hacer el máster de *El País*.

—Gran elección. Sin duda, te ayudará mucho —dijo Iñaki. El siguiente silencio dio por finalizada la conversación—. Espero verte pronto en el cine, Carolina, y espero escucharte de nuevo en el programa, esta vez desde el presente.

—Si volvéis a llamarme, ¿puedo pedirle algo?

—Claro.

—¿Me preguntará dónde estoy y qué veo?

Iñaki se enterneció al identificarla como una fan del programa y sonrió.

—Lo haremos. Procura escoger un buen lugar para lucirte. Hasta pronto, Carolina.

—Hasta pronto.

Iñaki saludó a los tres con la mano mientras se marchaba. Cuando desapareció, Carolina dio un pequeño salto hasta Elena y la abrazó.

—Ha sido..., ha sido... —tartamudeó emocionada.

—Un coñazo —completó Darío y elevó la voz—. Ha sido un puto coñazo empalagoso y cursi entre las dos estrellas del cine y la radio. Nunca pensé que entre vosotros fuerais tan pesados, tan engolados, tan... falsos.

Carolina lo encaró molesta y cortante:

—¿Por qué siempre que tienes la oportunidad de arruinar cualquier cosa la aprovechas? ¿Por qué no eres capaz de ser feliz y basta? ¿Qué te pasa por dentro para ser tan...?

—¿Hijo de puta? —volvió a completar Darío acercándose a Carolina y enfrentando su pecho con el de ella.

—Arisco —respondió ella rápida y enojada—. Odioso, malvado.

—Ya está bien —dijo Elena mientras los separaba—. Carolina tiene razón, Darío. Deberías ser capaz de alegrarte por ella.

—Solo he dicho que son unos pesados insoportables. Y lo son.

—Eso de decir siempre lo que uno piensa no es muy social, ni muy inteligente.

Carolina se dirigió a la puerta del auditorio. Después del ataque de su amigo, no era capaz de recordar lo que le había dicho Iñaki. Y no pudo evitar oír las últimas palabras de un Darío enfurecido:

—Ese es el error, Elena, pensar que me importáis...

Carolina salió con un portazo y se concentró en su capacidad para olvidar. Podía hacerlo. Nunca había sido rencorosa y seguro que había

alguna razón para que Darío se comportase así. Ella, que preparaba con tanto mimo personajes complejos y en muchos casos traumatizados, no debía dejar que unos minutos de tensión arruinasen esa incipiente amistad. Por otra parte, intuía que para Elena era un magnífico estímulo. No podía estar con su amiga todo lo que quería y le constaba que él la hacía muy feliz. Perdonaría su respuesta brusca y volvería a quererlo. La vida, sin embargo, no quiso escucharla y la alejó de él como tablón a merced de la corriente.

Las mañanas se sucedían entre rajadas de melón y caricias de gato. Carmen salía tarde a la calle, sin prisa por llegar al mercado, donde el bullicio y el cariño la esperaban. Acudía a la llamada de los puestos como quien va a bailar a la verbena. En los pasillos hallaba toda la comprensión que necesitaba para alimentar cuerpo y alma en un momento tan delicado y especial. Bajaba la cuesta a esas horas en las que el tráfico rodado se adueñaba del pueblo con la excusa de los repartos y las descargas. Acelerada por la pendiente, llegó a la esquina de la calle de Sancho IV el Bravo y giró a la derecha para encontrarse con la brisa del puerto, en el límite de los adoquines se paró unos segundos y dejó que la fortaleza del castillo de Guzmán el Bueno hiciera frente al sol. Desanduvo sus pasos camino de la cuesta de la Santísima Trinidad.

Entró en el mercado y empezó a saludar uno a uno a todos los tenderos.

—¡Carmen, guapa, hace mucho que no vienes a verme! —dijo el charcutero.

—¡Olé, las niñas bonitas que vienen a que les cargue la cesta! —se sumó el frutero desde el otro lado del pasillo.

—¡Cómo tengo el mejillón, Carmen, cómo lo tengo! —gritó el pescadero para atraerla a su puesto.

—Sabes que ahora no aguanto los moluscos.

—Pero tendrás que comerlos. Más ahora, Carmen. Más ahora. ¡Que tienen mucho hierro!

—Ya lo sé, pero dame algo de pescado mejor.

—Un atuncito, reina. Eso te gusta.

—Sí, es verdad. El atún me gusta siempre, hasta en el desayuno.

—Como a tu madre, la Paya. Un buen atún y a reír y a soñar y a hacer lo que le daba la gana. Por eso me gustas, Carmen, porque no te importan lo que digan. Tú a lo tuyo, como debe ser. ¿Quieres ser mi novia?

—¡Chsss! —dijo la esposa del pescadero desde la esquina del puesto.

Pilar apareció como una sombra que hubiera estado pegada al suelo y se irguió hasta dar con el cuerpo de Carmen.

—¿Otro novio que te sale? No está para novios, capitán Pescanova.

—Si ya lo sé —afirmó el pescadero. Su esposa sonrió y mandó un beso a Carmen desde lejos—, pero a las mujeres bonitas hay que recordarles que son muy bonitas siempre que uno puede. Eso es cosa de los hombres de mar.

—¡Y de los de tierra! —volvió a entrar el frutero con sus gritos.

—Pues eso. —Un corte seco dejó caer sobre la piedra un grueso filete de atún—. Que tú te mereces muchos piropos por ser nuestra princesa. A la gente que es buena hay que tratarla bien.

Pilar sintió cómo el vello de sus brazos se erizaba. La sonrisa de Carmen era un regalo más esa mañana. Estaba contenta. Muy contenta. Sacó un billete del monedero y pagó la cuenta.

—Déjala, Pilar, que habrá quedado con su verdadero novio, ¿o no, Carmen? —Ella se sonrojó.

—No es mi novio. Ya lo sabéis.

Pilar sintió los celos como la pinza del bogavante que la observaba desde el acuario en busca de una postura menos forzada.

—Yo no tengo novio, ni lo quiero. Es mi amigo. Solo mi amigo. — Carmen cerró la bolsa y comenzó a caminar hacia la plaza de San Hiscio—. Luego nos vemos, Pilar. ¡Buena mañana a todos!

—Adiós, Carmen, bonita. ¡Ven a verme a mí otro día! Las cosas guapas salen cuando para el viento.

Una lluvia de piropos se interpuso en su recorrido como telón de teatro. Un hombre regaba la entrada del mercado. Los pies de Carmen atravesaron un río de sangre, mondas y espinas.

Carmen apretó el paso y endureció los muslos. Aprovechó las subidas y bajadas del laberinto que era el casco antiguo de Tarifa para precipitarse hacia las calles en las que podría hallar a su vagabundo.

Cuando lo encontró apoyado en una pared de la calle de Jerez le dijo sonriente y sin mediar saludo:

—Tú sabes que te llamas Pizco por mí.

Él asintió con la cabeza gacha y también sonriendo.

—Siempre te lo cuento porque las cosas bonitas hay que recordarlas continuamente. —Carmen partió el pico de la barra de pan y se la entregó. Después le agarró la barbilla con las manos y levantó su cara hasta que encontró el verde de sus ojos—.Te llamas Pizco porque siempre que te miro siento un pellizco en el corazón.

Los vagabundos se camuflan en su entorno como estatuas de arena contra las piedras. Pizco era un saco de restos erosionados de algún lugar que nadie conocía. Las puertas de los conventos y los portales parecían haberlo tenido siempre en su regazo, aunque ese «siempre» fueran solo unos pocos años respecto a los siglos de aquella fachada. Carmen lo había localizado entre todas ellas como insecto a su camaleón; dispuesta a caer en su boca solo por el sino que los unía. De alguna forma, ella sentía que estaban hechos el uno para el otro. No como los amantes, sino como los hermanos gemelos. Una unión varios pasos más allá de lo romántico.

Cuando llegó a Tarifa, era también una vagabunda con historias que se quedaron en algún otro sitio cercando a otras personas. Carmen tenía hogar, dinero y un pasado que residía en la vida de una madre famosa en el pueblo. Pizco, por el contrario, había decidido ser parte de la nada, y en busca de ella llegó hasta Tarifa. Cada semana, varios días sin orden, los dos se encontraban. Sabían buscarse como hace el agua con su camino de vuelta. Algunas veces en el entorno del bar, otras en rincones de las plazas aledañas. El escalón en el que dormitaba Pizco no era muy cómodo y, por esa razón, solían caminar hasta otros bancos, otras fuentes, otro espacio en el que reposar. A veces, vistos desde lejos, podría parecer que mantenían una conversación por la atención de él, aunque solo emitiera sonidos la garganta de Carmen; otras, ella no hablaba y se acompañaban del único sonido de su tercero, el viento.

Ella, al principio, preguntó a algunos vecinos por el origen de Pizco, entre ellos a Pilar. Le entusiasmó confirmar que nadie tenía la menor idea del pasado de su ángel. Nunca le preguntaba porque sabía que lo heriría. Y ella pretendía ser la caricia en días de frío en el alma.

Solo una vez le dijo: «Seguro que tú conociste a mi madre, la Paya», y Pizco sonrió.

Carmen no sabía determinar la fecha en la que llegó Pizco porque su regreso a Tarifa no fue muy callejero: fueron ocho años que comenzaron en la máxima soledad y encierro junto a su madre enferma. Una vez la Paya murió, ella pudo salir al mundo, pero en él no estaba aún Pizco. Sí Pilar, aunque en su corazón ella ocupaba otros territorios. Cuando encontró a Pizco en la calle, una tarde de sol radiante, lo reconoció como quien distingue su firma. El amor fue mutuo por un cruce de miradas reales y llenas de preguntas que nunca se harían. Decidieron llenar su tiempo juntos de risas, pellizcos en el corazón y trozos de pan y embutido. Lo real y verdadero, ese presente rotundo, ese pacto silencioso, alejaron de su relación el fantasma de la confesión. «¿Para qué vamos a decirnos las verdades, mi Pizco? Esas no son las que nos trajeron aquí.» El vagabundo solía cogerle la mano al despedirse de ella con el brillo en los ojos de un pariente muerto que regresara por un instante a la vida. Ellos construían en la tierra un lugar intermedio entre la muerte y el ahora. Sabían quiénes serían en cada minuto y quiénes ya nunca podrían ser. Sus secretos eran sus lazos. Y su amor, tan puro como enredado, un nudo irrompible.

Dieron un largo paseo. Bajaban por la calle Guzmán el Bueno cuando Carmen le dijo:

—He visto cómo miras a la chica de la terraza. Ella parece estar en este mundo mucho más que nosotros, pero, a veces, dudo. Sé ver el dolor de los demás como una mancha antigua de aceite en una camisa.

Pizco se miró los pantalones. Llevaba más de una semana sin lavarlos.

—No lo digo por tu ropa, lo digo por cómo se mueve.

Se pararon en la fuente del Grifo frente a la entrada del Lola.

—¿Te has dado cuenta de que desprecia los piropos y las miradas de los clientes? Mueve la cadera bajo una prenda ancha y trabaja, trabaja, trabaja. Es aplicada y lista, pero muy poco habladora, como tú.

Él dejó caer de nuevo la cabeza.

—Te gusta cuidar de los demás, mi Pizco. La gente buena sabe de sus ángeles. Cuidas de Perico, de Lidia, de mí y también, aunque ella no lo sepa, de Magdalena. Somos afortunados por tenerte.

Pizco sacudió su mano como quien aparta un mosquito o un halago. Carmen depositó la suya en su vientre y suspiró profundamente hasta que pudieron oír de nuevo los pájaros.

—Esta plaza me gusta.

Parecía el final del laberinto de las calles, la habitación escondida detrás de las paredes oblicuas, esas que en los videoclips ocultan un juego de espejos.

Dejaron pasar varios minutos de silencio compartido, era lo mejor que tenían: la entrega generosa de la calma de cada uno. «¿Qué mayor regalo puede haber que darte mi calma?», pensaba Carmen cada día que veía a su vagabundo.

—Ya es casi la hora —dijo a la vez que se levantaba de un pequeño salto—. Deberíamos ir hacia la terraza por si te necesitan y para que no te saltes el turno de la comida. Ya sabes que hay que estar pendiente de las sobras para pedir las a la carta.

Ambos rieron e imaginaron a Perico seleccionando lo mejor para su amigo. Lo hacía cada jornada, guardar lo mejor que devolvían desde mesas invadidas por la gula. «¡Bendita gula y benditas vacaciones! Si no fuera por ellos...» Carmen miró al cielo como si las cometas de *kitesurf* pudieran alcanzar la altura de un avión.

Caminaron hasta la terraza e hicieron varias paradas: para tocar una reja, besar los geranios de su chaflán favorito o contar las piedras del suelo. Les gustaba mucho apoyarse en las paredes de una esquina hasta que sus hombros formaban una igual. Unirse a los muros como soldados que fueron de un tiempo mucho más difícil en el que esconderse era, a veces, la única opción. Pero eso había quedado atrás ahora que podían mirar a otro sin miedo a decepcionarlo. Pizco a Carmen. Carmen a Pizco. Llegaron a la terraza y el bullicio de las comandas les recordó a un enjambre de avispas. Trotaron juntos como si un par de ellas, rabiosas y determinadas, los persiguieran.

—Aquí te dejo —dijo Carmen desde la puerta de una tienda de la calle principal—, con tus niños.

Perico y Magdalena atendían la terraza a un ritmo acelerado y preciso. Las bandejas llenas de comida y cañas sobrevolaban las cabezas de los clientes como platos chinos en un espectáculo circense. Pizco agarró la mano de Carmen y dejó que la emoción le llenara los ojos de oportunidades.

—Yo hoy comería: tomate con ventresca, aceitunas y un flan de la casa.

Una de las bandejas llevaba parte de ese menú con otros entrantes hacia una mesa. Magdalena la bajó hasta la altura de su hombro y empezó a depositar platos y vasos. Los clientes, una pareja que parecía esperar el momento del *check in* en algún hotel por la maleta grande que portaba, comenzó a dudar sobre el plato principal de cada uno y preguntaron a Magdalena por sus recomendaciones. Ella miró a Perico que, de reojo, como un halcón entrenado, dijo: «Ha venido pescado del día muy bueno». La pareja divagó unos segundos más y, por fin, cayó en la trampa. «¡Pescado del día!», gritó Magdalena al alcanzar la puerta del bar. Al llegar a la barra se rascó uno de los codos hasta herirse. Vio la sangre. Se limpió con una servilleta, que, en vez de absorber, repelió el líquido. Magdalena recogió una a una las gotas de sangre, las depositó en la yema de su índice y se la llevó a la boca: «¡Vaya mierda!», susurró. Carmen estaba en la puerta y la miraba.

—¿Me das un vaso de agua? —le preguntó sin lograr sobresaltarla.

Magdalena entró rápidamente en la barra y le sirvió un vaso del grifo. No llegó a mirarla, ni a sonreírle. Carmen se dio cuenta de que ni siquiera había llegado a verla. Magdalena vivía entre los demás pero no los veía, no les ponía nombre.

Cuando Carmen emprendió el camino de casa, Pilar le salió al paso como un perro perdido que busca un hogar y sigue una mano. Se reunió con su vecina y caminaron de vuelta a su castillo de gatos y tendederos. Carmen se giró levemente para ver salir a Magdalena resuelta a despachar decenas de mesas llenas de gente a la que no vería.

—¡Cuánto daño hay, Pilar! Y qué poco suena.

Noa es el nombre perfecto para alguien que puede volar, derruir montañas o construir puentes entre tierras imaginarias. Lo hacías con un gesto sencillo de las manos. Las palmas alargadas revoloteaban por la habitación hasta fijarse como pegamento o explosivo según fuera necesario. Intentabas recrear con la elongación de tus brazos la longitud de la barra de la cortina, que te encantaba porque terminaba en estrellas. Yo te decía que si la bajaba y la ponía a tus pies sería más grande, al acercarla a ti. No lograbas entenderme y, con un gesto de negación, describías decidida su trayectoria de un lado a otro del cuarto. Eran puentes largos, robustos y, por la extensión de tus brazos, aunque tiritaran, muy firmes. Tú sola, sin necesidad de impulso, desarrollabas esos proyectos y, cuando te cansabas, me buscabas por la casa para jugar al escondite los domingos por la mañana. Era nuestro momento favorito juntas. Ese, y rérnos de aquellos que no nos gustaban.

¿Te acuerdas de nuestras risas? Yo lo recuerdo todo perfectamente. Casi puedo sentir el calor del aire y tus encías con los vacíos de los dientes de leche que ibas dejando en las mesillas de la casa.

Otro lugar mágico era la pequeña habitación del espejo. Era ovalado y te encantaba darle vueltas. Lo rescaté de un tocador que habían tirado en un punto limpio y lo pinté de blanco para ti. Has estado frente a él cientos de veces. Mi niña morena de pelo corto con trasquilón en el flequillo —te lo debiste hacer mil veces porque no tengo ni una foto en la que aparezcas con el flequillo recto—. Mi Noa de ojos negros y grandes y cicatriz en la ceja derecha, tres..., cuatro puntos, creo. No sé, hace tanto tiempo... Fueron seguro unos cuantos.

Te gustaba llevar petos de lana y camisetas blancas..., y bailar. Te gustaba mucho bailar. Tanto como dormitar sobre esa horrible moqueta quemada.

El recuerdo entró en el cerebro de Noa como el vendaval que abre la ventana en plena tormenta. Un viento con ruido de truenos que descarga más de lo que cualquier fortaleza pueda soportar. Un temporal de ansiedad y miedo. Su pecho se hinchó al punto de estallar y recogió el grito y las lágrimas. Los contuvo para no perder la imagen que había apresado, la voz que oía, como dos peces que nadan a contracorriente para no ser atrapados por la red. Sintió que se aferraba a esa especie de pomos sobre los que, solo unos segundos antes, reposaban inertes sus manos. En su mente, arqueó la espalda y estiró las piernas para aguantar la punzada en el corazón. Y la vio. Bien clara. La niña bailaba y daba vueltas sin parar frente a ella, tan nítida como las flores enmarañadas de su vestido. No llevaba ningún peto, pero sí tenía los puntos de una herida fresca en la ceja derecha. Un trasquilón pronunciado y una llamativa delgadez. Sonreía. Quiso llamarla. Quiso musitar con los labios secos: «Noa». Las risas de la niña se elevaron hasta alcanzar límites insoportables. Resonaban dentro de su cabeza como alfileres agudos que evitan un poderoso imán. El recuerdo le provocaba dolor. Pareciera que fueran a estallarle los oídos mientras, en su sueño, boqueaba como pez a punto de morir.

—¿Tú serías capaz de hacer cualquier cosa por dinero?

—Sí, eso creo.

—Entonces, tendrás que demostrármelo.

Dos horas después, otro amante ocasional abandonó la casa de Darío para no volver a pisarla.

—Tú, tío, no estás bien. Mira que he visto gente rara, pero lo que te gusta a ti...

—Vamos a empezar con la escenita del gimoteo, ay, ay, ay... — Darío se llevó los puños a los ojos y se burló de él. Le sacó la lengua y le señaló una piedra áspera sobre la cómoda—. Ahí está tu dinero. Sin propina. No te la mereces. Eres... mediocre.

—Y tú, un gilipollas.

—Sí, es cierto, pero no soy mediocre.

La conversación terminó ahí. Una más. Otro rato de sexo rápido y precipitado como vómito. Por lo prescindible que resultaba para Darío, por lo asqueado de su compañero. Antes de levantar el teléfono o fijar la cita a través de una de sus aplicaciones, paladeaba la excitación del torturador, el olisqueo de una víctima lejana, pero, pasados esos minutos previos, el cuerpo a cuerpo se le hacía insoportable y repetitivo. No había quien entendiera el regusto del daño como él; el único daño que importa, que es aquel que no deja marcas. Herir, humillar, destrozar a quien apresadas. Esta última visita no había sido tan mala: la misma cara de sorpresa de otras veces, el rechazo a los insultos y los giros de cabeza ante las amenazas o los deseos fatales. «Es solo un juego, no tengo tiempo para hacerte daño en tu mundo de mierda. Solo me interesa la simulación.» Sus amantes miraban el reloj y ese desapego y falta de profesionalidad llevaban a

Darío a un lugar en el que se sentía cómodo. «Solo te irás cuando a mí me dé la gana, imbécil.» Y se iban, ¡claro que se iban!, siempre entre quejas y palabras huecas, insultos a destiempo —no como los suyos—, y con la valentía y el resquemor liberados únicamente dinero en mano. Nunca antes. Pobres diablos. «Ahora tendrá que irse a pillar una buena borrachera para olvidar lo que ha tenido que hacer hoy —se compadecía Darío—. Si no quieres que te recuerden que eres basura, procura no serlo o adora tu condición.» Y a sus becarios los exhortaba: «No entendéis nada. Idiotas. En este mundo nunca, jamás, ganan los buenos. Si no recordáis esto, nunca llegaréis a nada». Los chicos y chicas recién salidos de la universidad y primerizos en la redacción lo miraban como al monstruo que era.

Su último compañero de cama cerró de un portazo, algo muy frecuente entre sus visitas. Darío sonrió y se levantó de un salto. Aún podía saborear los insultos en la punta de su lengua. Toda una mucosa impregnada de esa ira que lo convertía en la mejor versión de lo que un día llegaría a ser. Ya estaba en camino. Sus compañeros lo odiaban y lo temían. Solo unos pocos lo admiraban por su falta de escrúpulos y su sueño tranquilo de psicópata. La vida se abría de piernas para él sin reparar en la epidemia que representaba.

«Sádico, dice», murmuró mientras leía un chat cargado de rabia. Se imaginó al pobre chico caminando por las calles de Chueca con el cuerpo retorcido sobre su móvil, con un tecleo fuerte de los pulgares golpeando la pantalla. Les pasaba a casi todos. No acababan de entender que ya les había pagado por su servicio y que sus emociones posteriores no eran de su incumbencia. Un mensaje más, corto y compulsivo, con cuatro palabras de las cuales solo una estaba bien escrita. «Estarás llorando —canturreó—. Pobre muerto de hambre.» Darío cerró la aplicación de contactos y dejó un alma en pena más, a la deriva. Entró en otra franja vital y borró lo acontecido en un clic. Se puso a trabajar y respondió eficazmente a varias decenas de *mails*. Su éxito se basaba en su rapidez y su maldad, una combinación mortal. Sus redactores jefes y directores de los diferentes medios en los que trabajaba lo adoraban. No lo querían como enemigo y reconocían su carácter único para precipitarse al vacío del odio como un trapealista que rebota feliz en su red de seguridad. En los territorios en los que otros sufrían, Darío disfrutaba.

Aunque hacía siete años de su licenciatura, empezó a trabajar mucho antes. Ya en tercero de carrera, se ocupaba de varias secciones del corazón en radios pequeñas, pero que ganaban repercusión día a día gracias a él. Sus artículos en páginas web eran consultados por las estrellas de su sector que encontraban en su modo kamikaze una mina de nuevas ideas y mentiras brillantes. Darío pasó de ser el chico malo y divertido a convertirse en un arma química de la información. Un gas letal capaz de crear el caos y asumir la autoría. «Un inconsciente», decían los pocos compañeros que aún abrazaban las verdades aunque fueran menos vistosas. «Un visionario», rebatían aquellos otros admirados por lo que entendían como la responsabilidad de un hombre sin temor. Buenos o malos periodistas, defensores de la verdad o amantes del escándalo, todos hablaban de Darío. Una notificación entró por el lateral de la pantalla. Un compañero de profesión, de los que Darío definía como «de alto rango», le escribía:

«¿Sabes quién es Ángel Correjón? Te dejo este enlace en Google y dime si no te está pidiendo “compañía”...».

El entrecomillado era algo más que una insinuación. Ese periodista trabajaba en una publicación muy importante que aún no estaba al alcance de Darío, pero que, de esta forma, coqueteaba con sus habilidades. La revista más leída del país le lanzaba un guante. Debajo del enlace, un *Save the date* con los datos de una fiesta a la que el tal señor Correjón asistiría.

Darío necesitó apenas tres minutos para hacerse a la idea de quién era Ángel. De entrada le pareció sexi y alocado, de mirada turbia y pasión de lobo. Las fotos predominantes entre las imágenes de Google pertenecían a un mismo reportaje realizado en la casa de sus padres en las afueras de México D. F. Todos los enlaces incluían la palabra «playboy», «siempre tan exagerada», murmuró Darío, y sintió un leve pinchazo entre las piernas. Una leve excitación en principio, como un ruido lejano, que le acabó por provocar una erección inesperada, rotunda y de una naturaleza olvidada para él. «¿Qué te estoy queriendo hacer y no te hago, Ángel?», dijo mientras se agarraba con fuerza. Amplió una de las fotos del *playboy* en bañador y no deseó odiarlo, lo cual le inquietó. ¿No acababa de correrse con ese trozo de carne que no dejaba de acribillarlo a través del chat? ¿Qué pasaba y, sobre todo, por qué no lo podía controlar? Se dejó llevar por un jadeo

ronco cuando entró un mensaje que se interpuso entre su sexo y el cuerpo moreno y desencajado de Ángel.

«Hola, perverso amigo. Como sabes que te quiero y siempre quiero verte, te invito a la fiesta de presentación de la nueva película de Carolina. Es un drama español-argentino de esos que no te gustan, pero sabes que me encantaría que vinieras. Puedes aburrirte y criticar la película tanto como quieras.»

Elena era única. Solo ella era capaz de quererle con la profundidad de las relaciones en el tiempo. El amor era un sentimiento que Darío no comprendía, pero era capaz de reconocer el buen sabor de ser importante para alguien. Darío tuvo un presentimiento. Dejó de tocarse y contestó:

«Hola, Elena. ¿Y a Carolina? ¿Le gustará que vaya o se hará la loca y no se enterará como siempre?»

«Si te lo digo es porque ya ha pasado tiempo y somos mayores. Si tú y yo somos amigos, los tres deberíamos serlo también. Es muy estúpido que sigáis con esta pelea de egos.»

«¿Egos? ¿Quién soy yo para hacerle sombra a una superestrella?»

«Alguien con capacidad para hacer mucho daño.»

«Pues... te diré... que el otro día me acordé mucho de ella.»

Darío volvió a sentir el pinchazo entre las piernas y una cierta humedad sobre el vientre. No supo qué le excitaba más, si las imágenes de Ángel semicubiertas por el chat abierto o el burbujeo de la mentira.

«¿Fue por algo bueno? ¡Sorpréndeme!»

«Conocí a alguien que me hizo recordarla. Se llama Ángel y es ese tipo de chico que le gustaba a Carolina. Guapo, apuesto, varonil, educado, rico, con una polla enorme...» Añadió un emoticono de sorpresa.

«Jajaja. No sabes si las tenían enormes.»

«Ella siempre decía que sí. ¿Y si nos mentía, Elena? ¿Te imaginas?», insistió irónico con tres emoticonos más.

«Carolina no miente. Ya la conoces. Puede que se equivoque de otra forma, pero no es mentirosa.»

«Si sigue igual que siempre, tan fácilmente impresionable, caerá rendida ante mi galán mexicano. ¡No sabes cómo está, Elena! —

Adivinó el final del vientre de Ángel tras el cuadro de la conversación —. Por cierto, ¿cómo anda de amores la niña?»

«A ti no te cuento ni lo que ha comido Carolina esta mañana. Eres un cotilla hasta con los amigos. ¡Malvado!»

«Bueno, si quieres que vaya, me acercaré, pero tengo que llevar a este chico. Es mi invitado estos días y me he comprometido. Si luego no le gusta y no quiere nada con él, ya le como yo...»

Elena se apresuró a cortar la frase con un largo:

«Nooooo... Tú sí que sigues igual. Jajajaja. Venid los dos y ya veremos qué pasa. No soy nada fan de las telenovelas, y galán mexicano me recuerda a la época de *La dama de rosa*.»

«Ese culebrón no era mexicano, Elena.»

«¿Y a quién le importa? Allí os esperamos. Te quiero.»

El siguiente mensaje de Elena fue una imagen con la invitación de la premier. Darío pretendió responder a su cariño con un «Y yo también», pero la frase le produjo «el asco de lo conveniente». «Yo no soy como todos, Elena. Tendrás que quererme sin que yo te quiera», pensó, y tecleó un *mail* de respuesta al periodista que le había presentado digitalmente a Ángel: «Necesito saber en qué hotel se va a alojar y cuándo llega. Lo demás, déjame a mí».

La luz de la pantalla emitía leves fogonazos en plena oscuridad. Darío se pasó la lengua por el labio superior al enviar el mensaje. Lanzó un «ok» aséptico a Elena y cerró todas las ventanas para volver a ver a Ángel casi desnudo en la foto. La piscina a sus pies, azul turquesa, y esas hamacas derrochonas y terriblemente horteras. «No es nada personal, Carolina —dijo mientras volvía a tocarse—. No es nada personal, Ángel. Nunca es nada personal.»

Darío apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Estiró su brazo y, con mucha tensión, logró rozar la pantalla del ordenador antes de gritar.

La recepción en la embajada de México se celebraría dos horas antes del estreno de la última película de Carolina. Darío contaba con esos tiempos para poder llevar a su enviado de un lugar a otro. La premier había citado a decenas de personas en los cines Callao y la embajada no quedaba demasiado lejos. Llegó al hotel Urban sin tan

siquiera haber conocido antes al mexicano. Su presa era tan fácil que no opondría resistencia alguna. Una gran fiesta del cine en Madrid con el cebo de poder conocer a una estrella internacional como Carolina Arjona, muy popular también en Latinoamérica, era irresistible. Darío sacó un billete de cincuenta euros del bolsillo y pidió un *gin-tonic*. Solo necesitó deslizar el billete por la mesa y girar la pantalla de su *tablet* para que el camarero entendiese qué información buscaba.

—¿Lo has visto? —preguntó Darío.

—Ha estado hace poco aquí. Ha comido con otros mexicanos y se han alargado en la sobremesa. Creo que no ha salido del hotel, por lo que me ha dicho mi compañera de la barra, que no le ha quitado ojo ni un segundo.

—¿Puedes enterarte de si está por aquí y de su número de habitación?

—Claro —respondió el camarero al recoger el billete con la habilidad de un mago que ocultara una carta señuelo.

Darío sabía que las mejores suites del Urban eran las de los dos últimos pisos del hotel. La ubicación de la habitación de Ángel, muy por debajo de los áticos, confirmaba sus sospechas. O no era rico o solo lo era su padre, que racionaba escrupulosamente la vida alegre de un hijo con pinta de no servir para nada. No había ninguna referencia en Internet a los negocios de Ángel. Sí, por el contrario, a la historia de trabajo y crecimiento de su progenitor, un hombre respetado e importante en su país. Darío solo necesitaba dos minutos con Ángel Correjón para saber cómo respiraba su alma. Lo que vio en esas fotos era la desnudez de la vulgaridad. No sería difícil convencerlo, arrastrarlo ni manipularlo. Su galán de oro, necesitado de quehaceres, pensaría rápidamente en utilizarlo, y él le dejaría campo libre para sentir un poder que nunca tendría. «Estos chicos guapos... —pensó Darío—. Espero que estés tan moreno como anoche. ¡Cómo me sonreíste, Ángel! Si le sonríes así, te la llevas a la cama en un rato y, de alguna forma, a mí con ella.» Una sonrisa acuosa le devolvió un regusto a la gominola que acompañó su último sorbo al *gin-tonic*. La campana del ascensor anunció la parada. La puerta 516 estaba justo enfrente. «Prepárate, Ángel. Vas a ser secuestrado en tres, dos, uno...»

El médico abandonó a Carmen a unos metros de la puerta de la habitación. Esa esquina siempre idéntica a la siguiente, típico patrón de hospital. Mientras avanzaba, le pareció que el discurso del neurólogo se desvanecía como las canciones que pierde el coche en la carretera, esa señal de radio que muere a golpe de interferencias. No le había gustado su trato ni sus previsiones. Su manera de afrontar la pérdida de una mujer de la grandeza de la Paya correspondía a un profesional menor. Encontraría algo mejor, aunque Cádiz no fuese Madrid y, por tanto, no brindase las mismas oportunidades. Buscaría a alguien que la ayudase a interpretar a su madre (ahora que se había transformado en punto intermedio entre los vivos y los muertos). «Entender a la Paya —pensó—. ¿Cómo se me ocurre? Si nunca fui capaz, ¿por qué me siento en este momento obligada a hacerlo cuando es probablemente el momento más difícil para lograrlo?»

La relación madura de Carmen y su madre era distante y difícil, tal y como era la artista. De niña, los recuerdos de miel se mezclaban con lágrimas difusas y dolores detrás de las costillas que Carmen siempre interpretó como soledad infantil. Sí, la Paya no sacrificó ni un minuto de su tiempo por su hija; pudo, quizás, compartirlo, pero nunca entregarle del todo a la pequeña sus momentos de placer. La recordaba de juerga gitana. Ella, pequeña de zapatos lustrados, se retorció el pelo en las esquinas y recibía las miradas de atención de los amigos de su madre desde un lugar que detestaba: el consuelo. Su madre cantaba mucho al consuelo y a la tristeza. Era el dolor mucho más rico en matices para una voz desgarrada hasta el fondo de la laringe. Cuando la Paya lanzaba su pena por la garganta, el mundo se encogía como una cría de caracol, al menos así lo recordaba su hija.

Los que la escuchaban lloraban y se agarraban el pecho como las mujeres al paso de la Virgen en Semana Santa. Cuando eso ocurría en un concierto, el público explotaba en aplausos, pero cuando ocurría en una juerga, los privilegiados borrachos que la acompañaban rompían en besos y abrazos que extendían a la niña, a la que vitoreaban y manteaban mientras ella, casi dormida, rezaba para salir de ese remolino de euforia alcohólica.

En una ocasión, se balanceaba en un sueño tan profundo que, cuando la despertaron, rechazó a los buitres de una patada. Un hombre la agarró de la cintura y la sujetó como a un animal histérico. «Es mi cachorro», gritó la Paya desde el centro de la sala. La niña se resistía a golpes y mordiscos. El hombre, sin soltar nunca su vaso, quiso acercarla para que su madre la calmara, pero la artista gritó: «¿Adónde piensas que vas? Ahora mismo la sueltas en el piso, que solo se le pasa con unas vueltas. Ella sabe que estamos a nuestras cosas».

Carmen habría apaleado a aquellos borregos si con eso hubiera conseguido un solo abrazo de su madre. Ahora, tantos años después, a los pies del acantilado que representaba esta situación límite, y cerca ya del quicio de la puerta de la habitación, recordaba algunos. Eran abrazos y golpes de amor contados pero poderosos. Su madre disfrutaba de los paseos los domingos por la tarde. Le gustaba acercarse al mar y cantar susurrando a las olas. Algunas veces, un chófer amigo las acercaba hasta la duna de la playa de Bolonia, y la Paya, sentada en la arena, acurrucaba a su hija dentro de su falda como si fuera un marsupial. Caía la tarde lenta, y la cantaora se mantenía con la espalda erguida y su descendencia entre las piernas. Solo al cabo de unas horas, la pequeña recuperaba la confianza y la fuerza de ese nudo prieto en el mismo canal de parto, y se deshacía entre las rodillas de su madre para acabar acurrucada en esa cueva de tela y canto único. Una tarde de otoño, la Paya acabó tumbada con su hija dentro del cuerpo, las dos se hicieron nudo de nuevo y giraron la una en torno a la otra como las bolas magnéticas del tapón del tarro de pompas de jabón de la pequeña. Carmen creyó sentir en el latido del corazón de su madre el origen de las mareas. La luna emergió desde el horizonte ardiente con la vista entornada. «Tú le ves la cara a la luna, ¿verdad?» Las olas remataban las frases de la Paya dando el compás. «Sí, mamá.» «¿Y sabes lo que dice siempre que sale?» La niña giró la

cabeza. «Pues dice: ¡Mírame a la cara, mundo!, que hoy te voy a volver loco. ¿Tú quieres ser de los que le dan la vuelta al mundo como si fuera un calcetín? ¿Te quieres comer su corazón y volverlo loco de amor?» La cabeza diminuta negó de nuevo entre los muslos carnosos. «¿Y por qué no, chiquilla? ¿Quién no querría cambiar el mundo?»

La niña miró a la luna y deseó que algún día fuese sol y día de playa.

A la puerta de su habitación de hospital, Carmen se detuvo para, esta vez, oír su corazón. En la de al lado, una familia sollozaba inmersa en la despedida. Le había costado mucho dejar de querer a su madre para poder quererse a sí misma, pero «la vida es como una ola que da la vuelta al planeta», una frase que la Paya adjudicaba a algún marinero de los que amó. El llanto de una mujer dentro de la habitación contigua le hizo preguntarse si realmente quería hablar con su madre ahora que la pronta muerte y este encierro previo la obligarían a hacerlo.

«Ella te oye —había dicho el médico—, aunque no pueda reaccionar como esperas.»

Carmen se miró los pies y contó los pasos sin perder de vista las punteras. Entró en su habitación con el quejío ya amortiguado del llanto familiar y el sonido medido y acompasado de sus tacones anchos. Paró cuando la rueda de la cama entró en su campo de visión y respiró fuerte antes de levantar la cabeza. Lo hizo como la bailaora que encara al público a punto de romper el suelo. Sintió un escalofrío que le recorrió las clavículas y cierto frío en la garganta. La Paya yacía con una bata de hospital sobre la cama blanca. Una sábana bien colocada la cubría hasta el vientre. Estaba despeinada y rígida. La posición del cuerpo era una traición a su espíritu. Lo primero que pensó Carmen fue en peinarla y acicalarla como a ella le gustaba. Su madre nunca hubiera permitido que nadie la viera así. Pensó en unos pendientes de filigrana que le encantaban y en una de sus medallas. Imaginó que estarían en el joyero de conchas sobre la cómoda de su dormitorio. «Los traeré mañana.»

Avanzó hacia la cabecera para mirarla de frente. La Paya parpadeó deprisa hasta forzar las lágrimas. Carmen casi pudo advertir un falso temblor en los ojos que, presos, parecieran querer escapar de su trampa. Le agarró una mano con fuerza. Toda la vida que advertía

en su mirada estaba ausente en la extremidad lánguida e inerte. Le dio miedo. Su madre sin fuerza en ese cuerpo: cárcel de carne. «Los ojos son el espejo del alma», solía decir la vecina cuando las encontraba juntas en la escalera al advertir la tristeza de la niña en una mirada puntiaguda y avejentada. La Paya siempre respondía: «Mientes, porque el espejo del alma es la voz, no los ojos». La vecina contraatacaba: «¿Y qué vas a decir tú, Paya? ¿Verdad, mi niña?». Carmen recordó la caricia de la vecina como un torrente de amor y auxilio. «Tenía razón la costurera —pensó Carmen—. Por mucho que tú cantaras, mamá, ella siempre tuvo la razón porque supo ver que yo estaba triste.»

A la mañana siguiente, rozando el alba, Carmen se quitó los zapatos en la puerta de Jerez. Quería volver a sentir el pueblo en las plantas de los pies como cuando era niña. Esta nueva situación agónica la devolvía al lugar que más amaba en el mundo. Sentía que el proceso tuviera que ser tan duro para su madre, pero no podía esquivar cierta felicidad. Era el momento de acompañar a la Paya en el camino hacia la muerte, pero también de recoger el fruto de sus sacrificios. Una vida lejos de ella, por fin, pero no lejos de lo que amaba: esas cuestas, ese sol picante y el alma de esa casa que, de alguna forma, nunca abandonó. Plantó el pie en las piedras y descendió despacio para hundirse en su hogar, como si pisara una cama de algas.

Las primeras dos semanas fue incapaz de comunicarse con su madre más allá de gestos rotundos y únicos como un apretón de manos, un masaje en los pies y los tobillos o un beso en el centro de la frente. Cada mañana aparecía por el hospital y pasaba las horas de mejor luz cerca de su cama, pero no a su lado. Se sentaba en el mismo rincón de las juergas y la miraba como entonces, desde lejos. Ahora ella, la mujer huracán, parecía sola y asustada. Sin embargo, Carmen no sentía un dolor punzante por la tortura que todas las enfermeras comentaban. «Ella, la Paya, con lo que fue. ¡Qué desgracia!» «Es como encerrar el fuego en una caja.» «¡Ay, mi Paya, grande y buena! ¿Por

qué te ha mandado Dios esta prueba?» Algunas se animaban a tocarle los carrillos o el pelo. Todo el hospital la conocía. Conocía su voz y su leyenda y la trataban como a un prisionero inocente condenado a cadena perpetua. Carmen miraba a unos y otros desde su rincón. Recogía los envíos que se sucedían sin que faltara nunca un jarrón repleto de flores frescas cerca de la ventana. Sentía como siempre el tremendo amor que su madre despertaba. La Paya era una mujer de sombra ancha. Una mujer de mala vida querida por su arte y por su generosidad. Su mala suerte en este final recorrió los rincones de Cádiz como un tango que alcanzara su máxima intensidad en el corazón de cada uno de los emisores. «La Paya está encerrada. El alma de la Paya está bajo cerrojo. Dicen que tiene el cante en los ojos.» De cantina en cantina, de pueblo en pueblo, la condena de la Paya acabó por hacerse canción y sonar de casa en casa.

Las esquinas de los pasillos de hospital y el olor de sus desayunos se repiten para desafiar al tiempo y al espacio: «No paran hasta que logran desvincularse de la realidad de afuera», bromeaba Carmen sin que nadie dentro del centro médico la entendiera. Cada mañana, con el olor de los desayunos pegado todavía a los carros llenos de bandejas, los médicos saludaban a Carmen a su paso por las habitaciones. No entraban a verla o simplemente asentían desde el umbral de la puerta confirmando lo inevitable e irreparable de la situación. Carmen les sonreía tranquila y lenta desde su rincón.

Uno de esos días —Carmen había decidido no contarlos—, todo el equipo de Neurología del hospital entró para verla. Fue una visita inesperada y definitiva. Comunicaron a Carmen la marcha de su madre. La situación era estable y sin evolución positiva. Lo lógico —según le explicaron— era que el deterioro se hiciera paso y acabara por matarla (aunque no utilizaron explícitamente el verbo «matar» por si la enferma llegaba a entenderlos). Las estadísticas decían que la Paya podía aguantar tres o cuatro meses. Su madre era experta en llevar la contraria y su hija sabía que su casa la fortalecería. «Eso no quiere decir que pueda salir de esta situación. Ya sabemos que es la Paya y que merecería un milagro, pero nosotros, como médicos, lo vemos realmente improbable.» Carmen les preguntó cómo podía agradecer a todo el equipo de enfermeras la dedicación y el cariño mostrado. Los médicos glosaron el arte de la Paya. Dijeron sentirse honrados «por

haberla podido atender en estos días». Las alabanzas sobrevolaron el cuerpo de la Paya sin peso; ligeras y efímeras, como siempre fueron.

—Rosa —el neurólogo que la diagnosticó se dirigió a la Paya—, ¿puede oírme?

La mujer postrada movió los párpados una vez.

—Eso, si no lo recuerdo mal, es un sí. —El médico se giró y compartió una sonrisa con su equipo—. Se va usted a casa con su hija. No podemos hacer nada por el momento. Váyase tranquila y deje que ella la cuide, ¿de acuerdo?

La Paya parpadeó de nuevo, mucho más lentamente.

El traslado se realizó un día después. El vecindario al completo esperaba su llegada. Cuando los sanitarios bajaron la camilla, una corte de fans, amigos, compadres de fiestas y familiares lejanos arrojaba la entrada de su portal; también el Camaleón, uno de los cantaores más reconocidos de Cádiz, y varios compañeros a la guitarra que, en muchas ocasiones, también tocaron para la Paya. El sonido de las cuerdas de las guitarras convirtió el descenso de la camilla en una tarde de fervor religioso. El Camaleón se arrancó con una soleá y los camilleros pararon a la Paya a la puerta de su casa. Nadie se acercó para satisfacer su curiosidad, nadie le buscó los ojos. Ella, tumbada, solo podía mirar al cielo azul.

Esos segundos de flamenco la devolvieron a ese mismo punto de Tarifa tantas mañanas con la primera luz del día, joven y preciosa, eufórica por el amor y los nuevos besos. Recordó el calor del primer sol y el viento que le enredaba las faldas antes de que se las remangase ella misma en su portal. Cuántas veces había dejado que la amaran detrás de la puerta, con una urgencia que no podía sobrepasar la cerradura ni el rellano. Al lado de los contadores de luz y los buzones oxidados, con las piernas enredadas en los tres escalones que separaban el portal de las escaleras principales. Sintió los besos y la saliva en el cuello y quiso tragar sin lograrlo. Parpadeó diez veces seguidas para recordarse que aún seguía viva.

*Si yo pudiera
mover las varillas
del reloj del tiempo,
estaría a tu verita*

*en este momento.
¡Ay, quién pudiera,
ay, quién pudiera
cerrar los ojillos
y que el tiempo pasara
cuando yo mis ojos abriera!*

El timbre retumbó en la casa como platillos de orquesta. Carmen había preparado cuidadosamente la habitación de su madre. Retiró la cama de cabecera de forja para instalar una cama articulada. En ella yacía la Paya. Su hija aún no había podido realizar el acercamiento entre ellas que la casa parecía pedir a gritos. El silencio había cedido el espacio a los ruidos comunitarios: los gatos, las vecinas, las sábanas al viento, un plato que se estrellaba contra el suelo, el burbujeo de una olla en la cocina. Carmen pasaba por la puerta del dormitorio de su madre y respiraba más fuerte, como una niña en sus primeras zambullidas. Llenaba los pulmones para apretarse el corazón y masajearlo, no fuera a ser que justo ahora, por el dolor, se le parase.

El timbre sonó por quinta vez. Al otro lado de la puerta había una mujer pequeña y morena. Tenía los ojos más negros que jamás hubiera visto Carmen. Pestañas largas que parecían acariciar el cristal de la mirilla. Llevaba una camiseta rosa jaspeada, vaqueros y alpargatas. ¿Quién sería a esa hora extraña? Carmen recordó que, en los pueblos, las diez de la mañana entran en la franja de la primera hora. «Cuando las ciudades ya gritan, los pueblos despiertan», reflexionó antes de abrir los cerrojos. Tiró de la puerta en un golpe preciso y solo la entreabrió. Asomó la cara:

—Buenos días.

—Buenos días, Carmen.

—Disculpa, no esperaba a nadie a estas horas...

—Son las diez y diez —la visitante se miró el reloj—. Soy madrugadora y suponía que, con tu madre enferma en casa, madrugarías.

—En realidad, no lo hago... mucho..., a menudo, quiero decir. — Carmen se sintió inesperadamente avergonzada.

—Soy Pilar, tu vecina. Hija de la Paqui, la costurera. ¿La recuerdas?

Un camino de hormigas recorrió las orejas de Carmen y la cara interna de sus antebrazos. Recordó las caricias de la Paqui en las escaleras; los tirones contados y suaves por cada cumpleaños, y la intensidad de su amor cuando la abrazaba. Muchas de esas veces, Carmen, muy niña, estaba sola, sentada en el rellano esperando a que alguien saliera de esa misma casa que ahora abría.

—Tú eres la hija de la Paqui...

—Exactamente. La pequeña. No coincidimos porque como sabes, bueno, o quizás no —Carmen advirtió que Pilar se ruborizaba—, mis padres se mudaron poco después de que te marcharas. Yo era muy pequeña. Afortunadamente no llegaron a vender esta casa porque siempre fue su hogar, y ahora yo disfruto de ella. Vivo aquí.

—¿Desde hace tiempo?

—El suficiente como para haber sobrevivido a un matrimonio. La Paya fue... —Pilar bajó la vista y dejó que se le torciera la voz— muy importante para mí.

—Tu madre también fue muy importante para mí. Era muy cariñosa conmigo. Pero... —Carmen se dio cuenta de que no la había invitado a pasar—, entra, por favor. Te invito a un café.

—Gracias. —Pilar se coló en el piso de lado.

Carmen solo había entreabierto la puerta unos centímetros más por miedo al resto de los vecinos. No quería cotilleos.

—La Paya está bien. No hay mucho más que decir —repitió mecánicamente la misma información que daba a los demás.

Pilar no pudo contestar porque, un segundo antes, había rozado sin intención el cuerpo de Carmen debido a lo estrecho del paso. Ambas habían sonreído por la falta de cálculo y Pilar aún estaba estremecida. La sensación de su brazo acariciando el pecho de Carmen ocupaba todos sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó Carmen desde el pasillo.

—Sí, claro... —Pilar buscó un hilo de conversación—. Si la Paya está bien, todos estamos bien. Supongo que tú más que nadie.

—Sí y no —respondió tajante Carmen.

—Debe ser muy duro.

—Lo es. —Carmen permitió que Pilar mirase a la Paya desde la puerta.

—Está encerrada.

—Prisionera.

—Ella, que...

Carmen interrumpió una nueva frase de leyenda y dijo:

—Ella, que nunca pudo controlarse, ahora no tiene más remedio.

—Carmen se arrepintió inmediatamente de ese comentario sincero.

Pero Pilar le devolvió una sonrisa.

—Tu madre no era una mujer fácil. Lo sé. ¿Puedo? —Pilar señaló con la mano el interior del dormitorio.

Carmen asintió. Pilar le inspiraba confianza y bondad. La vecina se acercó con un pequeño paso de baile a la cama.

—Hola, Rosa, mi Paya, mi torbellino. —Carmen no podía ver su cara, pero por la entonación supo que sonreía—. Me han contado que te caíste de repente y que no te habías tomado ni una copa. Eso te pasa por cuidarte... Hazme sitio. —Pilar movió el brazo de la Paya para tomar asiento al lado de su cuerpo—. Tiene cojones, Paya, que para una vez que pierdes el conocimiento, estabas serena, pero con lo malo de verdad rondando la cabeza. ¡Ay, mujer, el caso es dar la campanada allá por donde vayas, aunque sea un hospital!

Carmen miró a los ojos de su madre. Parpadeaba tranquila y acompasada en señal de disfrute.

—Está todo el mundo muy preocupado por ti. Dicen que puedes oírnos. ¿Es verdad, mi vecina huracán?

La Paya exageró el parpadeo. Pilar no se asustó y le acarició la frente. Un silencio profundo precipitó todas las emociones hacia ella y Carmen presintió que la vecina iba a romper a llorar. Por primera vez, empujada por el amor y no por la obligación, se acercó. Y Pilar se dejó llevar. Reclinó el cuerpo sobre la mujer postrada y le dijo:

—Tú me ayudaste tanto, y ahora no puedo hacer nada para liberarte. Me enseñaste que rezar a los santos es perder el tiempo. Me enseñaste que nos podíamos reír juntas aunque fuera se estuviera acabando el mundo, pero no me dijiste que tenías una hija tan guapa y tan tarifeña. —Pilar volvió a acariciarle la frente agarrada de sus bromas cada vez más frágiles.

Carmen ya estaba a solo un metro de las dos.

—Voy a venir a verte todas las veces que me deje tu hija y, de paso, así la veo también a ella y compartimos nuevas alegrías.

Carmen sintió la conexión. Ahí estaba. De forma inesperada, una mujer pequeña, morena, sabia y sobria era el enlace con su madre. En esa casa, por fin, reinarían las mañanas.

Fue así durante varios meses. Las palabras de Pilar pasaron a ser las de Carmen, y la hija dejó en manos del verbo de la vecina todo lo que ella ya no podía decir. Pilar atesoraba amor por las dos y amaba a la Paya como a una madre. Su entrega acercó a Carmen a su madre mucho más que ninguna mañana en aquella casa. Juntas la abrazaron, lavaron y zarandearon entre juegos. «Si esta tiene que ser tu prisión, que sea divertida, al menos», decía Pilar cuando la giraba para lavarla con una contundente palmada en el trasero. Carmen pensaba que nadie había sido capaz de quitarle importancia a la Paya como Pilar. La quería por encima de su leyenda, por debajo de su falda, como debería haberla amado una hija.

El amor nace en cuencas azarosas. Durante las diez semanas que Pilar y Carmen pasaron junto a una Paya prisionera, la luz del sol y el viento racionaban sus entradas para darle a aquella mujer, que encarnaba a la propia Tarifa, la despedida que merecía. En aquellas mañanas de risas y cante, los gatos hacían fila en la ventana para acariciar con su lomo las plantas de los pies de la Paya. Carmen y Pilar no permitieron que la vieran más que sus verdaderos amigos y artistas colaboradores. Con ellos vinieron las risas y la música. «Ni una frase triste. Ni una lágrima delante de ella —pedían a las visitas—. Recordad que ella nos oye.» Cada uno de los que entró a verla salió riendo gracias a la mediación de Pilar. En los últimos días de la Paya, cuando ya sus párpados eran la lámpara de un faro a punto de apagarse, Pilar invitó a Carmen:

—No dejes que se vaya sin echarle todo en cara. No tengas la cobardía de no darle una bofetada si es lo que deseas. No la abrases si no quieres. No la beses si no te sale, pero no te quedes ahí mientras se va porque solo se marchará una vez.

Carmen se acercó a la cama y con una mirada despidió a Pilar.

Un viento trenzado entre el Mediterráneo y el Atlántico entró por el balcón y despeinó a madre e hija. Los gatos saltaron de los tejados y se dejaron caer por las cañerías hasta las bolsas de basura. Empezaron

a arañarlas entre maullidos como llantos de bebés. Carmen recogió la cabeza de su madre entre las manos y la apretó como si estuviera protegida por la melena de un león.

*Allí arribita, arribita,
hay una pila de oro,
donde lavan las mocitas
los pañuelos de los novios.*

*Eres una y eres dos,
eres tres y eres cincuenta;
eres la iglesia mayor,
donde toíto el mundo entra,
toíto el mundo menos yo.*

Entre sábanas de Holanda, La Niña de los Peines

La noche y la madrugada bailaban un palo lento en las calles sucias del centro de Cádiz. Un grupo de noctámbulos se despedía en una esquina mientras dos de ellos, un hombre y una mujer, disimulaban y se escabullían para marcharse juntos. Dos amigos, al otro lado de la gran plaza, apuraban el contenido de dos vasos de plástico y fumaban de forma compulsiva al lado de un hombre tendido en el suelo.

—Muere la Paya. Joder, esta le gustaba mucho a mi madre —dijo uno de los chicos al retirar el papel de periódico de la cara del vagabundo.

El hombre sangraba por la nariz y la boca. Se agarraba el abdomen con fuerza y respiraba con dificultad.

—Déjame ver —dijo el más agresivo y responsable de las patadas más fuertes—. Es de hace seis días, gilipollas. Está más muerta que este, aunque todavía puedes alcanzarla, mendigo.

—Te podrían haber enterrado a su lado —dijo el primero antes de volver a patearlo—, pero a tu entierro no habría ido nadie, no como al suyo. —Volvió a mirar la portada con el gran titular y una foto de la multitud que rodeaba el ataúd a la salida de la iglesia de San Mateo.

—Si la hubieran enterrado aquí, mi madre habría ido seguro, pero Tarifa...

—¡Que estamos en Cádiz, subnormal! Estamos al lado. Si tu madre hubiera querido ir, habría ido.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—Es temprano entonces.

—¿Vamos al *after* y contamos que casi matamos a uno?

—Lo van a flipar. ¡Vaya hostia le has dado en toda la puta cabeza cuando no ha querido responderte! ¿Y si era mudo, chaval? ¿Te imaginas? ¿Y si era mudo? ¿Y si era mudo?

Los amigos rieron y con sus risas se fueron los golpes.

El hombre herido se giró hasta pegar la cara en el suelo, ahora que podía exponer la nuca. Encontró una postura que amortiguaba el dolor de alguna costilla rota. Escupió sobre el cartón y susurró: «Me cago en mi puta vida».

Darío tocó la puerta antes de llamar. Imaginó un incendio en el interior del cuarto provocado por el cuerpo ardiente de Ángel. «Has venido a trabajar —se dijo—. Que al depredador no le confunda su propia víctima.» Respiró hondo. El galán mexicano de anuncio antiguo de paquete de cigarrillos probablemente dormía. Por el silencio esperaba que solo, aunque, por el personaje que ya le había otorgado en sus fantasías, bien podría haber arrastrado a cualquier amante de tarde a su cama. Espero que no me decepciones. «Tú tienes que ser el galán que me cambie la vida de una vez.»

Cerró el puño con fuerza y golpeó tres veces la puerta. Después recogió el puño en la otra mano y esperó. No hubo respuesta. Repitió la secuencia, esta vez un poco más fuerte. Le pareció oír un alejado «¿Quién llama?». Volvió a repicar y añadió un golpe más, seco y largo. Dejó el puño pegado a la madera y sintió los pasos en el interior. Recolocó su postura y contó hasta cuatro. La puerta se abrió y desveló una oscuridad casi imposible en pleno día. De ella surgió el cuerpo desnudo de Ángel, apenas cubierto con un calzoncillo torcido y descolocado.

—Esa siesta solo te procurará un terrible dolor de cabeza —dijo Darío mirándolo a los ojos aún entrecerrados.

—Disculpe, creo que se ha equivocado de habitación.

Darío identificó rápidamente una buena educación y algún tiempo en España.

—¿Has vivido aquí?

—Sí... —respondió sin pensar y empezando a despertar—. Pero ¿quién es usted?

—Mi nombre es Darío López y he venido a conocerte personalmente porque creo que tengo una oferta que te puede interesar.

—¿Cómo me ha encontrado y por qué me busca? —Ángel se frotó la cara con las manos y se irguió. Su voz empezaba a aclararse y su actitud también.

—Tenemos amigos comunes en la fiesta de la embajada a la que acudirás esta tarde. Aunque no lo sepas, la prensa española ya te ha echado el ojo por tu popularidad en México y varias empresas de eventos y celebridades españolas quieren contar contigo en sus citas. Hoy hay un estreno y vengo a invitarte en nombre de los organizadores. —Darío revolvió los hechos a su antojo y manejó la entonación y las manos con una solemnidad un tanto ampulosa, atento a las referencias de telenovelas y doblajes sudamericanos.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por lo que sé, llevas tiempo con la idea de establecer una mejor posición en España. Encontrar un lugar en el que triunfar sin la sombra de tu padre. ¿Tienes intereses profesionales en la fiesta de hoy?

—He venido a visitar a un amigo.

—Vienes a la fiesta, por tanto. A festejar, quiero decir.

—Vengo a ver a un amigo, sí. Los negocios surgen.

—De eso mismo te hablo yo, de los negocios que surgen. Te ofrezco aumentar tu área de influencia en un campo en el que ya eres relevante y famoso en México: la vida social. Hoy se estrena la nueva película de Carolina Arjona. ¿La conoces?

Ángel abrió los ojos un poco más. Sujetó la puerta con el pie y se llevó las manos a la cintura. Darío pudo ver la contundencia de sus manos y necesitó tragar saliva.

—¿Hay alguien que no la conozca? Es una de las actrices más...

—Saxis del mundo.

—Yo iba a decir...

—Tú ibas a decir eso y a esconderlo detrás de un calificativo más correcto para una primera impresión, pero ya habías pensado eso antes de que yo lo dijera.

—Sí, es una de las mujeres más hermosas del mundo y una actriz muy reconocida también en mi país.

—Hoy la conocerás y podrás charlar con ella. Yo conseguiré que lleguéis a tener incluso algunos minutos a solas. Lo que tú logres a partir de ese momento dependerá de ti.

—Pero... Todo bien, como dicen por aquí, pero todo esto es muy extraño. ¿Por qué yo? ¿Por qué me han elegido a mí? —Ángel abrió los brazos y lanzó su cadera hacia delante como un matador incita a un toro.

—Aún estás algo borracho después de la comida y la sobremesa de *gin-tonics*. No te alarmes. No te he seguido. Me lo ha contado un camarero. Entenderás que necesitaba conocer tus circunstancias antes de llamar a tu puerta. Por ejemplo, si hubieras venido acompañado en este viaje, no nos habríamos conocido.

Ángel respiró fuerte y expulsó el aire por la nariz de un golpe.

—La recepción de la embajada de México es a las 19:30. Te veré allí. A las 20:45 nos iremos al estreno de la película. Lograré que pases por el *photocall*. Habrá una pantalla en el interior y todos los invitados te verán y se preguntarán quién eres. Necesito que estés espectacular. ¿Qué traje pensabas ponerte?

—Traje azul marino sin corbata y camisa blanca.

Darío sintió la docilidad de su presa que le acercaba el cuello sin temor a ser desangrado.

—Bien. Estarás perfecto.

—Sé de lo que me hablas —dijo Ángel orgulloso.

—Sé que estás acostumbrado a esto en tu tierra. Hoy será tu estreno español.

—¿De verdad podré conocerla?

—Es una de mis mejores amigas. Hoy no solo la conocerás. Yo me encargaré de que no te olvide.

Darío se dio la vuelta sin despedirse y regresó al ascensor. Ángel se quedó en la puerta de su habitación. Recordó que había mirado la hora en el reloj justo antes de levantarse y marcaba las 17:50. Se agarró el pelo y bostezó llenando de oxígeno su torrente sanguíneo. Se fue a la ducha y abrió el grifo.

Antes de entrar, buscó en Google imágenes de Carolina, abrió un editorial de moda publicado dos días antes con motivo del estreno de la película. En las fotos, llevaba una chaqueta blanca de hilos cuyas transparencias dejaban ver una piel tersa y unos pechos pequeños. El

encuadre no permitía ver más allá de su ombligo, pero la imaginó desnuda y con la mano apoyada en un taburete justo delante de su sexo. La deseó de inmediato, algo que ya había hecho en alguna otra ocasión, «como la mitad del planeta», pensó. Entró en la ducha trastocado, con un ligero mareo y unas terribles ganas de acorralarla, de abrazarla y morderla.

La Policía municipal desvió el tráfico del carril bus de la Gran Vía. Cientos de fans abarrotaban la entrada de los cines Capitol. Ocupaban gran parte de la acera de la calle y poco a poco invadían la calzada. Un camión municipal llegó a los cines cargado de vallas amarillas. Los agentes acotaron un espacio para albergar a los curiosos que se unirían a los que llevaban horas allí para saludar en primera fila y hacerse un *selfie* con sus estrellas. Un grupo de chicas coreaba el nombre de Carolina. Quedaban dos horas para el estreno y empezaba a anochecer. Ángel estaba en la recepción del hotel. Buscó en Google Maps la ubicación de la embajada de México y miró la ruta. Salió a la calle. El bullicio de Madrid lo recibió como grada de campo de fútbol. Sonrió. Se sintió poderoso y afortunado.

La recepción en la embajada de México reunió a artistas emergentes de ambos países. Los galeristas españoles y coleccionistas de arte acudieron alentados por las noticias de un círculo artístico en Ciudad de México que podía marcar una década rentable y estimulante. Las últimas aportaciones de artistas mexicanos en Arco, la principal feria de arte en España, lo anunciaban desde hace años. La cita en la embajada proporcionaba al mercado de arte español una oportunidad única para conocer en persona a esos artistas y poder representarlos y estudiar sus métodos de trabajo y sus aspiraciones en territorio español. Darío observaba a los invitados desde una esquina. Un par de periodistas del corazón en horas bajas se mezclaban con inversores y empresarios, y peleaban por los canapés. Darío, al ver su comportamiento, sentía cierta lástima. Esa forma de olfatear la noticia y el cotilleo en las fiestas le parecía apolillada y, en su opinión,

escondía un deseo social no cumplido. Él no estaba interesado en confraternizar con ningún famoso; sí, por el contrario, en utilizarlo.

Su antigua relación con Carolina y su descubrimiento mexicano podían ser la combinación perfecta de algo inesperado y difícilmente rastreable. Darío no buscaba méritos, sino comercio. La gloria llegaría después, pero antes debía cocinar la pócima. La puerta del salón estaba cubierta por dos cortinones de terciopelo verde que, por su caída, parecían pesar toneladas. La cara de Ángel apareció entre ellas y Darío supo que lo buscaba. Ya nada significaba para él esa recepción sin futuro repleta de personas que ya conocía, o bien de la noche mexicana, o bien de la relación con sus padres. Los relacionados con el mercado del arte en España no eran de su interés, ni tampoco del de su madre, gran aficionada a gastar dinero sin tener claras sus inversiones. Una mujer de impulsos que él había heredado. Quizá por esa razón su padre lo quería, pero no lo consideraba un heredero digno. Ángel se movía por el mundo buscando su pequeño pozo de petróleo, para mirar desde otro territorio a Villa Coyote —el cuartel general de sus progenitores— y poder decir que había un lugar más allá que competía en felicidad y envidias con la casona donde lo aprendió todo. Darío era capaz de intuir todas esas carencias sin llegar a refinarlas, aunque estaba claro que Ángel estaba necesitado de hallar. Solo necesitaba un empujón, un lugar, un pequeño altar con un tesoro, y él se lo proporcionaría.

—En México, ¿las fiestas son tan aburridas?

—Muchas veces sí. Las fiestas ya no son mi prioridad —le respondió Ángel a la vez que recogía la copa de vino que le ofreció Darío.

—Pero lo fueron, seguro.

—Por supuesto... Y podrían volver a serlo. Siempre me parecieron el lugar perfecto para ponerles cara a los peligros y los placeres de la vida.

Ambos rieron. Ángel rememoró algunas de las más impactantes a las que había acudido. Darío enumeró mentalmente todas aquellas en las que quiso estar y a las que no tuvo acceso.

—Eres un hombre confiado para ser un niño rico. ¿Tus padres no te educaron para sospechar de los oportunistas?

—Sí. Pero ¿quién te dice que el oportunista aquí no soy yo?

—Espero que lo seas más allá de tu capacidad de respuesta rápida. Es evidente que te sabes desenvolver y que no eres otro niño bien idiota. Espero que eso te sirva. Carolina no es una mujer cualquiera.

—¿Y cómo es entonces? No me digas que es una de esas actrices insoportables de las que abundan en México...

—Y en España, si hablamos de las paranoicas.

—Puede que paranoicas, pero yo pensaba más en egos del tamaño de la plaza de la Constitución en Ciudad de México.

—Para vivir esas paranoias persecutorias hay que confundir mucho tu tamaño real y el de tu ego. Aquí son insoportables. Detestan la prensa del corazón, pero no pueden vivir sin hacer campañas publicitarias, a las que llegan gracias a su repercusión social. Son unas desagradecidas y unas paletas. —Darío reconoció un excesivo desprecio en su último comentario y sintió que estaba desnudándose ante Ángel. ¿Por qué perdía el control con tanta facilidad ante el mexicano? Volvió a mirarlo e intentó desviar la atención de su boca. No le resultó fácil.

—Y ¿ella es así?

—¿Carolina? —Darío se dio unos segundos para contestar—. Carolina es especial. Somos amigos, y desde que nos conocimos en la facultad respetó mis aspiraciones y mi forma de entender el periodismo. Quería cambiarme —Darío intentó sujetarse, pero por alguna razón sentía un confort inédito en la charla con Ángel— y reconducirme hacia el periodismo convencional. No fue posible — lanzó un brindis que Ángel devolvió con una sonrisa.

—No creo que seas tan malo.

Darío quiso contestarle que era mucho peor de lo que podía imaginar. Que estaba lleno de recovecos como las cuevas a los pies de los acantilados marítimos. Que lo estaba utilizando y que no dudaría en hacerle daño en un futuro cercano si eso lo beneficiaba. Retomó el trazado de la conversación:

—Carolina es una mujer apasionante. —«Y por eso mismo, detestable», pensó—. Tiene mucho talento y es una buena chica. Una combinación extraña. Tiene capacidad para la empatía y el perdón. Comprende la falibilidad del ser humano. Se considera una privilegiada por lo que tiene y adora estar enamorada.

—Supongo que si me estás contando esto es porque no tiene pareja.

—Creo que no, aunque también creo que tú eres capaz de romper cualquiera que tenga.

—¿De verdad lo crees? —Ángel se llevó el vaso a la boca y Darío deseó abrazarlo y responderle con otro tipo de fuerza.

Llevó sus ganas hasta los hielos de su propio vaso y se aclaró la boca para responder seco y tajante como un corte de publicidad:

—Veámoslo.

La llegada de Ángel al *photocall* provocó los gritos de muchas fans que se agolpaban en la entrada del cine. Ya era de noche y las luces de la entrada del Capitol las iluminaban como las primeras filas bajo el escenario de un concierto. Su aparición se transformó en un murmullo descontrolado que culebreó de lado a lado de las escaleras principales. «¿Quién es?», preguntaban. Darío asistía desde las puertas de cristal al espectáculo. Sin nombre ni profesión reconocible, Ángel había sido capaz de acaparar la atención. El responsable de los invitados se acercó a Darío.

—¿Dices que es muy famoso en México? Me están preguntando su nombre. ¿Qué digo? ¿Es actor?

—Tú ¿qué quieres que sea?

—¿Lo próximo que pase por mi cama?

—Buena idea, pero no va a ser...

—Ya me imaginaba que no. Me ha recordado a otros tantos. — Devolvió un gesto de desapego—. Pero tiene algo. Tiene... ángel.

—Así se llama: Ángel Correjón. Y es, cuando te pregunten, un famoso *playboy* mexicano, heredero de una gran fortuna y productor de cine y espectáculos. Lo de *playboy* cuéntalo como si fuera un secreto, porque lo es.

—Quieres que diga que es un malote.

—Un malote rico y despreocupado.

—Con tiempo para dedicarse a lo que le dé la gana.

—A sus deseos, para ser más concretos.

—Primarios, por favor.

—Eso espero. Muy primarios e inevitables, como en las telenovelas.

—Te veo venir, Darío, aunque no sé por dónde vas a salir. Si estás mirando adonde yo creo, te deseo suerte. —El teléfono del responsable del *photocall* sonó y el nombre de un famoso director de cine apareció en su pantalla—. Te dejo, que esto se me va de las manos.

—¿Quieres al chico en tu próxima fiesta?

—Por supuesto. Tú tráelo, limpito y arreglado, y tendrá un hueco en mi lista.

Ahora fue el teléfono de Darío el que comenzó a vibrar. Contestó después de dejarlo sonar tres veces:

—Dime que te has puesto un traje de chaqueta muy masculino con un bolsazo y zapato cómodo.

—Tal cual —respondió Elena.

—¿Vas con la niña?

—Aquí la llevo.

La voz de Carolina se metió en la conversación desde el altavoz:

—¡Darío! —gritó—. ¡Qué bien que hayas venido! Me hace mucha ilusión.

—Si te hago preguntas personales, ¿también? —Darío agarró el teléfono con fuerza.

—Si son para tu conocimiento, las que quieras.

—No empecéis —intervino Elena—. Sois insoportables.

—¿Hoy me guardarás los secretos, amigo de batallas adolescentes?

—Te los guardaré todos, aunque sean de carne y hueso —Darío sembró la expectativa.

—¿Por qué dices eso? —dijeron las amigas a la vez.

Darío pudo advertir la excitación en su pregunta.

—Tengo un secreto —susurró Darío.

—¿Y cuál es? —rieron al otro lado del teléfono como si estuvieran tumbadas en el césped de la facultad.

—Tiene una barba cerrada de esas que raspan. Ojos profundos y pelo negro.

—¿Es tu víctima de esta noche? —dijo Carolina a carcajadas.

—Eso quiero. ¿Me ayudaréis, amigas? Os dedicaré el polvo en caso de victoria.

—Hecho. ¿Cómo se llama ese señor guapo? —preguntó Elena.

—Se llama Ángel. Es un millonario mexicano que está de visita en España.

—Muy bien, Darío —aplaudió Carolina al otro lado—. Comando protagonistas armado y preparado para actuar.

—¿Tú qué te has puesto, superestrella? ¿Me dejas que dé esta superexclusiva en mis redes? —Darío buscó la complicidad y el acercamiento.

—Claro. De negro y de Gucci. Con dos loros en la cintura y un escote por el que en cualquier momento se me va a escapar una teta. ¡Bendita cinta de doble cara!

El buen humor de Carolina era el mejor de los presagios. Su colaboración inmediata para convertirse en la celestina de Darío era su trampa perfecta.

—¿Dónde nos vemos?

—Las copas son en un local de la calle Barquillo —respondió Elena—. Se llama Cafrune. Estás en la lista de puerta más uno. Nos vemos allí. Lo de Gran Vía va a ser una locura. Te dejo, que llegamos ya.

Darío pudo oír los gritos de la muchedumbre que se colaron por el teléfono como ola del norte a punto de romper contra la orilla. «Carolina, Carolina. Una foto. Aquí, Carolina.» El periodista colgó y sintió la mano de Ángel en su brazo.

—¿Estás listo? —le preguntó—. Ahí llega Carolina.

Los dos la vieron descender del coche rodeada por varios guardaespaldas que la acompañaron hacia las escaleras. Ella insistió en parar para hacerse fotos y firmar autógrafos. Cuando Darío la vio inclinarse y abrazar a sus primeros fans, entendió gran parte de su impacto. «Todos la quieren.» Y por eso precisamente, él la odiaba. «No sabes la que te espera, querida Carolina», pensó. Se volvió para mirar a Ángel, que la observaba hipnotizado, lejos de su propio cuerpo. Darío dejó macerar el deseo. Un deseo que, con suerte, en breve estaría a su servicio.

El estreno fue un éxito. Los aplausos comenzaron en los primeros segundos de los créditos, y el reparto y el equipo al completo se levantaron en la fila intermedia del patio de butacas que ocupaban durante la proyección. El público se puso en pie y los ovacionó con

silbidos y hurras, especialmente a Carolina Arjona por su papel de una voluntaria en un centro de acogida para inmigrantes en Melilla. Su interpretación contenida y silenciosa emocionó a todos. La ovación se prolongó durante minutos mientras familiares y amigos se mezclaban entre abrazos y besos con los protagonistas. El equipo al completo acabó aplaudiendo a los invitados en un gesto de agradecimiento por tanto calor. Darío y Ángel aplaudían también desde una de las primeras filas. Carolina no podía verlos por el brillo de los focos. Elena controlaba la ubicación de todos desde uno de los palcos. Miró a Darío y le hizo una seña para verse en el vestíbulo. «Todo marcha sobre ruedas —pensó Darío—. Si llego a escribirlo, no hubiera sido tan perfecto. Esta vez, la realidad superará a la ficción.»

La fiesta en Cafrune, un restaurante y local de copas a unos minutos a pie del cine, estaba repleta de curiosos. Los más allegados habían recibido invitaciones para sumarse a la copa posterior al pase, y otros, sin entrada o sin vínculo con el equipo, habían logrado colarse. Darío, Ángel y Elena estaban al lado de la ventana que daba a la calle.

—La esperaremos aquí. Tiene muchas ganas de librarse de sus obligaciones con la promoción, pero el trabajo es el trabajo.

—Desde luego —respondió Ángel—. Mucho más en una noche así. La verdad es que está soberbia en la película.

—Carolina es espectacular y una actriz portentosa —dijo una Elena orgullosa y sinceramente feliz por su amiga.

—A mí me ha gustado mucho ella, aunque a la película le sobran por lo menos veinte minutos —opinó Darío.

—Puede ser —respondió Elena—, aunque no me gustaría ser el director de una película cuando tiene que empezar a arañar minutos de lo rodado. Cortar y desechar debe ser lo más difícil.

—Elegir bien siempre es lo más difícil —dijo Ángel, y se llevó su cóctel a la boca sin abandonar la sonrisa.

—¡Eres un mexicano con poco acento! —observó Elena.

—Está ahí, agazapado, pero aprendí a domesticarlo. Solo me vence cuando me enfado o cuando me puede el cansancio. Supongo que es un esfuerzo mantenerlo a raya.

—Debe serlo. Nosotras somos de Madrid y nunca hemos tenido que pelear con eso.

—¿Y tú, Darío? —preguntó Ángel.

—Yo también nací en Madrid. Tampoco he tenido ese problema.

—¿Y qué les parece más seductor: un mexicano con acento o sin él?

Elena vio en la pregunta una oportunidad para ayudar a Darío y dijo:

—A ti, Darío, ¿te gusta más con acento? ¿Más puro?

Darío vio pasar el lazo imaginario de Elena y, en el fondo, agradeció su inocencia y su cariño verdadero. Él no había logrado desarrollar de forma sana un sentimiento de amor por nadie y Elena representaba esa carencia. Ojalá hubiera sido capaz de quererla de forma recíproca porque lo merecía.

—Me gustan más con acento domesticado —apuntó certero Darío, para consolidar su coartada.

—Entonces, lo tenemos todo para que esta sea una noche realmente triunfal. —Elena levantó su copa e invitó al brindis. Los hombres la siguieron. Después de beber, Elena continuó su juego—: ¿Cómo os conocisteis?

Darío entró en acción al segundo para evitar errores de Ángel.

—Ya sabes cómo es este mundo del periodismo de sociedad...

—Corazón —corrigió Elena.

—Como quieras, corazón, si lo prefieres... Es un mundo pequeño, y más ahora. Los famosos son famosos y su nacionalidad ya no es relevante. Su potencial es lo importante.

—¿Mi amigo Darío está queriendo decir que eres muy famoso en tu país? —Elena se dirigió a Ángel.

—Soy... reconocible.

—¿Y a qué te dedicas? —las preguntas saltaban a una mayor velocidad.

—Soy empresario.

—Eso es lo que siempre contestan los que no pueden justificar sus ocupaciones.

—Por eso insisto en que soy empresario.

Ambos rieron y jugaron con el misterio. Darío intervino:

—Su familia es muy conocida en México. Su padre es un —carraspeó con intención— empresario cuyos negocios inmobiliarios le hicieron triunfar económicamente en los años sesenta y setenta. Ahora conserva su imperio y se ha convertido en un hombre de amplio poder político también.

—Más bien —le cortó Ángel—, es un hombre muy disciplinado y con muy buenos amigos.

—Un padre recto... —dijo Elena.

—Muy recto, casi militar, diría yo. Aunque ¿quién logra todo lo que ha conseguido mi padre si no lo es?

Un murmullo cerrado y los gestos de la mayoría de los presentes en el local al buscar su móvil anunciaron la llegada de Carolina. El mismo coche que la había dejado en la entrada del cine estaba parado en la calle frente a la ventana que ocupaban Darío, Elena y Ángel. La actriz iba acompañada del coprotagonista. Él ya había salido y le tendía la mano para ayudarla. El escote de Carolina se volcó ligeramente al salir del vehículo. Cuando alzó la vista se encontró de golpe con los rostros de Darío y Elena casi pegados al cristal. Sin pensarlo, se soltó de su acompañante y corrió hacia ellos. En un gesto completamente espontáneo, idéntico al de aquella niña que emocionó al mundo entero como Alisa, pegó su boca contra el vidrio en busca de los labios de Elena al otro lado. Después de cerrar el beso de cristal, hizo lo mismo con Darío. Abrió los ojos y apoyó las palmas de las manos con una sonrisa que apenas le cabía en el rostro. Carolina brillaba como una lámpara de fuego con exceso de combustible. Enseguida se topó con el rostro de Ángel, que la observaba absorto y casi fundido en alguno de esos besos que no recibió. Carolina se incorporó sin dejar de mirar al mexicano. Recordó la charla con Darío y en un movimiento, más propio de la humanoide que interpretó, alejó al desconocido de sus pensamientos para regresar a la mirada de Darío. Carolina le demostraba su lealtad. La rabia de Darío se revolcó en su interior. «Nunca fallas, Carolina, siempre atenta y generosa. ¿Por qué eres tan insoportable?», la voz interior de Darío resonó tan fuerte dentro de su cabeza que, por un momento, creyó que lo habían oído.

Elena y Carolina se encerraron en un abrazo durante casi un minuto. Lloraron juntas por el éxito. Reían como cuando eran niñas,

descontroladas y libres.

—Lo has vuelto a hacer, mi pequeña —le decía Elena al oído.

Carolina apretaba las yemas de sus dedos en la espalda de Elena e intentaba cerrar, aún más, el abrazo.

—Te quiero, Elena. Te quiero, amiga.

—Bueno, ¡basta de telenovelas!, que para eso hemos traído a un mexicano —intervino Darío para cortar la felicitación.

—¡Darío! —gritó Carolina con las manos alzadas. Se abrazó a él como amante que espera en el andén.

Ángel observó que la capacidad de amar de esa mujer no parecía tener límites. Darío se apartó al cabo de unos pocos segundos. El amor de la actriz lo incomodaba sobremanera.

—Enhorabuena, Carolina —le dijo.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella con mucho interés.

—Tú estás magnífica. Otra nominación este año y unos cuantos premios, que ya no vas a saber dónde guardarlos... —La envidia de Darío le produjo una sudoración inesperada. Un golpe de calor y odio.

—¿Estás bien?, ¿te noto acalorado?

—Es porque... me ha emocionado volver a verte —mintió Darío con un sobreesfuerzo. La mentira era un recurso que no solía costarle, pero el halago a Carolina le resultaba demasiado difícil.

—A mí también. ¿Dónde te has metido estos años? Sé de ti porque Elena me informa, pero estás un poco desaparecido.

—Trabajo mucho, como tú, aunque lo mío sea mucho más... sordo.

—Sé que te va muy bien y me hace muy feliz.

—Está bien. Ya. Terminemos con esto. Quiero presentarte a Ángel, mi amigo mexicano.

Carolina se separó de Darío para ofrecerse a su nuevo interlocutor. Iba a darle dos besos, pero, atenta a lo que le había contado Darío, prefirió darle la mano.

—Encantada —musitó al tocarlo por primera vez.

—¿Voy a ser el único del local que no reciba tus besos?

Elena miró a Darío con un gesto de sorpresa. Carolina ya se había acercado para besar al mexicano. La piel áspera le rozó la cara y deseó sentir el mismo tacto en el cuello y los hombros. Se apartó cautelosa.

—Pues... empieza nuestra fiesta. ¡Celebremos lo bueno que ha ocurrido!

Elena se dirigió a la barra, pero, antes de que pudiera pedir, se acercó un camarero con una bandeja llena de copas con todas las bebidas posibles para que Carolina escogiera.

—¿*Champagne*, señora? —preguntó.

—Cerveza fresquita estará bien. —Carolina tomó una de las copas e inmediatamente comenzó a bailar.

Dos horas después seguían bailando. Se habían trasladado a la parte de abajo del bar, a una zona más privada en la que solo unos pocos podían entrar. La productora no quería que nadie pudiera hacer fotos a Carolina ahora que estaba disfrutando de su tiempo libre y su intimidad. Ángel se pasó la noche a su lado, sin llegar a invadir su espacio, pero cerca. A una mano, un guiño, un beso de lejos. Fue prudente, pero no dejó de mirarla ni un segundo. Carolina intentó escabullirse al pensar en Darío, pero después de un tiempo se dejó llevar por el juego.

—¿Me está tirando los tejos o son imaginaciones mías? —le preguntó a Elena en un rincón.

—Está claro que Darío no le interesa en absoluto.

—¿Y Darío? ¿Te ha dicho algo?

—Darío no le quita ojo al maquillador de la película, el que tiene tatuajes desde los pies hasta las sienas. —Las amigas rieron—. Le ha estado enseñando sus fotos en el Orgullo vestido de *drag* con unas botas de charol con treinta centímetros de plataforma. Nunca me imaginé que a Darío le gustasen esas cosas. La verdad es que el chico tiene un tipazo, y su maquillaje para el desfile era espectacular.

—Lo dices como si supiéramos qué le gusta y qué no le gusta a Darío —valoró Carolina.

—A mí me cuadraba más Ángel.

—Y a mí. Pero ¿Ángel es gay? ¡No lo es! —dijo rotunda Carolina.

—No. No lo parece.

—Y... —Carolina no terminó la frase y se volvió para mirar a Ángel.

El mexicano la observaba desde un lugar oscuro al lado de la mesa del DJ.

—Y a ti te gusta...

—¿Te extraña? —dijo Carolina entre risas.

—No. No me extraña. No le extrañaría a nadie. Al final, eres tan facilona y vulgar como todas. Ves un guapo y pierdes el paso.

Carolina abrazó a Elena.

—Me encanta ser vulgar.

—Pues si estás en ese punto, es el momento. Quiero ver a la Carolina más ordinaria y borrachuza.

—A sus órdenes, capitana.

—Capitana Zorra —corrigió Elena bañada en la euforia reciente del alcohol.

—Capitana Zorra, voy al baño.

Carolina se perdió por un pasillo de ladrillo visto. El baño estaba al fondo. La luz de unas escaleras que servían a los camareros para distribuir las bebidas era su referencia en el extremo. Era una zona oscura para ser un restaurante. Vio la puerta del aseo a la izquierda, estaba entreabierta y parecía estar libre. Iba a girar para entrar cuando sintió que dos manos le agarraban los antebrazos. El cuerpo de alguien se pegó al suyo. Vio el rostro de Ángel que, por primera vez en toda la noche, no la miraba. La guio en el paso hasta el hueco de la escalera.

Allí, cubierto por una oscuridad de capa, Ángel la giró y, sin que pudiera decir nada, la besó cogiendo su cara entre las manos. Carolina se agarró a ese beso con una lujuria que necesitaba salir a respirar. Demasiada prudencia en la vida de una estrella. Las manos de él la sujetaron entonces por la cintura; sin abandonar el primer beso, respiró en su cara y le acarició la boca con su lengua. Carolina lo abrazó. Ángel bajó las manos hasta el inicio de sus muslos y comenzó a subirle la falda como si excavara en la tierra. Carolina gimió y le agarró del cuello para devolver el beso. Los dedos de él rozaron entonces el encaje de su ropa interior a solo un par de centímetros de su clítoris. «Sexo», pensó Carolina. Ángel se detuvo de golpe. Volvió a agarrarle la cara con las manos. Se pegó más para que Carolina pudiera sentirlo y la rozó hasta tres veces. Ella se desató de su cuello con la intención de bajarle la cremallera del pantalón y tocarlo, seguir, agacharse... Ángel la miró fijamente y se apartó de ella. Salió con paso acelerado por el pasillo. Carolina se quedó parada sin entender lo ocurrido. Rápidamente se colocó el vestido y, entonces, oyó los pasos de alguien

bajando las escaleras. Resultó ser el camarero, que llevaba la bandeja llena de copas.

—Señorita Arjona —le dijo desde el último escalón—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Buscaba el baño —respondió ella aturdida.

—Es esta puerta. Permita que la acompañe. —El camarero abrió la puerta del aseo y ella entró.

Lo primero que hizo fue mirarse en el espejo. Tenía los labios hinchados y la sangre dando vueltas por su cuerpo a toda velocidad. La piel alterada. El rastro de las manos de él. Salió de allí con las ganas de comenzar la siguiente fase de ese inesperado juego de seducción: «Seré yo quien te busque ahora». Cuando llegó al centro de la zona de baile, encontró a Darío y a Elena rozando sus cuerpos con el maquillador en actitud lasciva.

—Somos las más guarras de la noche, Carolina —dijo Darío borracho.

—¿Dónde está Ángel? —preguntó ella como si le hubieran echado un cubo de agua fría por la espalda.

—¿No está contigo? —Darío se apartó de sus compañeros de baile e intentó despejarse con un par de respiraciones profundas.

—Se ha ido. —La cara del maquillador se coló entre los dos—. Se acaba de marchar. Le he visto subir las escaleras.

Darío sujetó el primer impulso de salir corriendo tras él cuando vio la expresión de Carolina. Apartó la ligera sensación de mareo. El vestido de lentejuelas de su amiga, la estrella internacional, se había despegado de su cuerpo. El escote estaba libre y la pintura de sus labios había desaparecido. Tenía el brillo en los ojos que solo tienen los desamparados. «Las actrices son exageradas», pensó. Una expresión desmedida para lo que imaginaba que podía haber ocurrido. «¿Habrán follado en el baño? No —se respondió—. No tendría esa cara. Pero se han besado. Eso seguro. La ha tocado. Han estado juntos. ¿Dónde? ¿Cómo?»

—Supongo que ahora volverá. —La actriz se unió a Elena y comenzó a bailar—. Ahora te cuento —le susurró al oído a su amiga.

Pero Ángel no volvió.

Una hora más tarde, al despedirse de Elena y Carolina, Darío la miró de nuevo a los ojos y ese brillo casi plástico seguía ahí. Ángel

había superado sus expectativas. No solo la había seducido siguiendo sus indicaciones, además la había herido de alguna manera.

Darío caminó en el sentido contrario a las dos amigas. Decidió abrir su aplicación de contactos para celebrar tanta felicidad. El éxito de esa noche había saltado como una garrapata y ahora se alimentaba únicamente de él.

¿Recuerdas tu primer beso, Noa? No me refiero al primer beso que diste cuando eras aún un bebé y que yo sí recuerdo con claridad, sino el primer beso, ese que se da y dicen que nunca se olvida. No tengo memoria de que me lo contases y, después de tres semanas en las que te he descrito gran parte de tu vida y de la mía, me recomiendan que ahora te anime a buscar aquello que nunca me dijiste; los recuerdos esenciales de las primeras experiencias, las huellas de lo inolvidable.

Hemos decidido en la última reunión que el primer beso podría ser una de ellas, también el primer amor infantil. Cualquiera de ellos se vive con una intensidad prohibida que despierta el resorte de la nostalgia adulta con enorme facilidad. Yo, de hecho, recuerdo muy bien ambas experiencias. Puede que te las mencionara de pasada en alguna ocasión. Es raro, muy raro, contártelo ahora, cuando ni siquiera tengo la seguridad de que me oigas, pero ¿no ha sido todo lo ocurrido lo más extraño que hemos vivido juntas?

Mi primer amor fue tan arrebatado como mi infancia. El olor a los pasteles que las monjas horneaban a la hora del recreo endulzaba más aún ese patio en tiempos de felicidad. Así es como recuerdo yo la infancia, Noa, como un tiempo de absoluta felicidad. También recuerdo la tuya de la misma forma. Tu salida de la misma guardería, ya sabes que quería darte lo mejor de lo que yo había vivido, con esa sonrisa y aquellos gritos que eran la prueba de que acerté en la elección. La verdad es que había otras instituciones públicas más modernas y preparadas, pero aquellas escaleras de caracol y el olor mágico del patio eran razones suficientes para darte la oportunidad de pasar esos años de infancia en un entorno de fantasía. ¿Mantienes guardadas en tu memoria las mismas imágenes que yo? Los amigos de

clase de la mano para subir y bajar las escaleras que nos llevaban de la clase al patio y, un rato después, de vuelta al aula, la entrada fría por los grandes muros de piedra, la puerta pesada de convento, o los rincones de sombra en el patio con una ancha franja verde en la que hacíamos el pino y estirábamos las piernas y las puntas de los pies para alcanzar la pintura blanca que completaba la pared. También, el pequeño tobogán y algunos juegos pintados en el suelo. ¿Jugaste a las mismas cosas que yo cuando estuviste allí?

Las monjas me contaban que te mostraban con insistencia el teléfono góndola de color rojo desde el que yo llamaba a mi madre durante cada recreo. Un teléfono, obviamente sin línea, que estaba colocado en el faldón de la ventana grande de la clase de primero de infantil en la esquina derecha. ¿Puedes verlo? Sé que viste ese aparato porque las monjas me decían que te sentabas en esa esquina de la clase y que, al contrario que yo, tú esperabas mi llamada. Ellas te animaban a marcar y a buscarme en el silencio del aparato apagado, pero tú rechazabas coger el auricular e insistías en esperar a que sonara. Las monjas me lo contaban entre risas para remarcar lo distintas que éramos. Yo, por mi búsqueda de atención, y tú, por tu prudencia y control. Era un teléfono rojo, ¿te acuerdas?, de un rojo intenso y muy pesado. El cordón grueso se enroscaba con la fuerza de un muelle y oponía una resistencia al mordisco que lo hacía irresistible. Bien podía haber sido regaliz, Noa, ¿no crees? Las monjas vigilaban que no le pegásemos bocados, aunque alguno se llevó gracias a sus despistes.

Y si no recuerdas el teléfono, puede que recuerdes..., no sé, ya hemos hablado del patio, de la entrada... ¿Y el armario? ¿Puedes acordarte del armario? En él viviste otra de esas experiencias que yo no pude compartir del todo, pero que sé que ocurrieron porque otros me lo contaron. Una tarde de esas en las que tuve que alargar tu estancia en el cole por mi trabajo, te quedaste allí con dos niños más. La monja os dejó solos unos segundos en el aula. La versión de ella es que cuando regresó te encontró encerrada en el armario. Estabas de pie, muy seria y estirada. No llorabas ni gritabas. Estabas en el centro del armario vacío. El hueco era grande, pero no te sentaste ni te refugiaste asustada en el rincón. Fui yo la que te sacó de allí.

Cuando llegué a buscarte, la monja me dijo que no querías salir y que llevabas más de quince minutos dentro del armario. Subí al aula, ya no quedaba nadie. Los dos niños que supuse que te habían encerrado ya no estaban. Fui al armario y abrí la puerta sin medir mi fuerza y casi la saco de su carril. Estabas allí. De pie. Tal y como ella me había anticipado, quieta y en silencio. No parecías triste. Al verme, me tendiste la mano y adelantaste la pierna para salir. Cuando ya estabas en mis brazos te pregunté por qué no habías gritado, por qué no me habías llamado, por qué —recuerdo perfectamente cómo veía el teléfono rojo por encima de tu cabeza apoyada en mi hombro— no habías marcado el número de casa para pedir mi auxilio... Pero tú nunca me explicaste por qué decidiste quedarte allí, ni tampoco le contaste a nadie, aunque intentamos sonsacártelo durante semanas, por qué te encerraron en ese armario; si fue cruel o... lo pasaste mal. Fue otro más de tus secretos, uno de tantos, porque tú, Noa...

Uno de los monitores situados en el muro de pantallas de la pared comenzó a parpadear en rojo. Dos segundos después, otro se iluminó en un tono verde fluorescente con una flecha central que se desvanecía y volvía a dibujarse. La imagen del interior del armario ocupó la mente de Noa. De esta, saltó a un recuerdo que sintió inmediatamente anterior: dos pequeñas manos unidas que flotaban sobre el suelo de terrazo. Vio sus pies con sus zapatos amarillos favoritos y la mancha del teléfono rojo en el extremo de su campo de visión. Los pies de un niño acompañaban su paso. Los dos entraron en el armario y el niño cerró la puerta desde dentro. Se quedaron solos en aquel gran espacio en el que podían incluso correr de pared a pared. Se miraron sonrientes. De repente, la puerta se deslizó. Aterrorizados, encogieron el cuerpo y esperaron la reacción violenta de la monja. Cuando abrieron los ojos, vieron a su otro compañero. El niño que la acompañaba dentro del armario volvió a cerrar y, con la premura del fugitivo, la besó en los labios. Lo hizo con tal torpeza y rapidez que no acertó a marcar el centro de su boca. La vergüenza y cierta decepción forzaron la salida del niño, que huyó veloz. Noa se quedó sola dentro. Cerró la puerta entreabierta. Pensó en lo ocurrido durante unos segundos. Se tocó los labios para recuperar la sensación del contacto.

No supo explicar lo que sentía. ¿Era eso estar enamorada? ¿Era eso el amor? ¿Le habría pasado algo a sor Pureza? ¿Por qué no venía la monja desde hacía tanto tiempo?

Noa revivió el recuerdo con tal intensidad que pudo rememorar, incluso, el lento paso del tiempo en la infancia. La capacidad para repasar los recovecos de los minutos como si fuesen horas. Se sintió afortunada de haber vivido en ese armario el primer amor de ese niño que, a partir del día siguiente, sería su novio en el patio. Quiso que el teléfono rojo tuviera línea desde el colegio a casa para poder llamar a su madre. El teléfono de casa sí la tenía, por eso sabía que mamá podía llamar. Pero ella ¿qué podía hacer salvo esperar? Decidió quedarse allí hasta que su madre viniera, de esa forma ganaría tiempo para repensar decenas de besos, la sensación de aquel primer choque con otro. Dentro del armario nadie la vería arrugar los labios y repetir incansable una boca de piñón que besaba el aire. Lo hizo diez veces seguidas y contó hasta ocho pasos para tocar de pared a pared. Repitió la secuencia hasta que oyó que alguien se acercaba...

El sonido de esos pasos de sor Pureza en la mente de Noa se mezclaron con la carrera de un grupo de personas que recorrían el pasillo hasta su habitación. Marcaban una cadencia casi militar en su operativa. Venían a rescatarla. De su armario. De su lugar seguro. Del lugar de su primer beso.

La última plancha de cuarenta y cinco segundos cerraba las series de abdominales. Carolina era una magnífica alumna, como le recordaba su implacable entrenador personal al finalizar el trabajo de cada día. Pero esa mañana tuvo que corregirla en varias ocasiones y llegó a reprenderla por su falta de concentración. Ella alegó que se había tomado unas copas la noche anterior, pero su instructor desconfió de su excusa, ya que, en otras ocasiones, las mañanas de resaca habían sido muy productivas. Carolina sabía reponerse. «Será mejor que lo dejemos», dijo ella a diez minutos de terminar. «¿Abandonas?», se sorprendió él. «Hoy, sí. Tengo la cabeza en otro sitio.»

Le pidió un pequeño esfuerzo más y acabó por quitarle apenas tres minutos del entrenamiento. Aprovechó para centrarse en los estiramientos y terminó la clase con unos minutos de relajación. Tendida en la colchoneta, Carolina abandonó su cuerpo, y los pensamientos revolucionados acudieron a su mente como bandada de pájaros que hubieran descubierto un montículo de migas. Apenas pudo distinguir entre las imágenes de los besos, el rostro de Ángel, las sensaciones de calor, el tacto de la ropa, el olor de esa esquina, la temperatura de sus alientos. Esas sensaciones ocuparon el espacio de la tensión corporal, y los estímulos se hicieron dueños de ella. Carolina abrió los ojos de forma brusca y con el pulso acelerado se levantó:

—Te he dicho que es mejor que lo dejemos. No es el día.

—Desde luego que no —confirmó el instructor sin entender el cambio de respiración de su alumna en medio de la relajación.

—Mañana tendremos que entrenar por la tarde. Hoy me voy a Barcelona a presentar la película.

—Ok. Llámame para decirme a qué hora te viene mejor.

—Calculo que a las seis o las siete ya estaré por aquí.

—Perfecto. Pues mañana nos vemos.

El instructor recogió un par de cosas de un rincón, cargó su mochila y se marchó rápido, consciente de que su clienta necesitaba quedarse sola. Carolina se tumbó al oír la puerta de salida. Se agarró los huesos de las caderas con las manos y apretó los muslos uno contra el otro.

A media mañana y después de un desayuno algo más ligero que otros días porque le faltaba el apetito, Carolina comenzó a preparar la maleta. Un pequeño *pack* con lo justo para cualquier eventualidad: ropa interior color piel para el estreno, varios tipos de sujetador para el vestido, cinta de doble cara, pezoneras, tangas y bragas cortadas a láser; medicación de guardia: paracetamol e ibuprofeno; neceser con las cremas de cara y cuerpo, aceites para la piel, una laca pequeña, básicos de maquillaje para retoque y desmaquilladores y algodones; un libro y gafas de leer; el iPad y cargadores; protectores solares, un bañador y chanclas por si utilizaba la zona de aguas del hotel o pasaba un rato en la piscina; dos cambios de viaje: el que llevaría puesto y el de la mañana siguiente para regresar.

Antes de empezar a enrollar las prendas de algodón (sus favoritas para viajar), comenzó a descargar varios capítulos de la última serie a la que se había enganchado: *The Leftovers*. Un maratón en soledad podía ser el mejor plan de esa noche. No le apetecía alargar la fiesta. Haría acto de presencia por su contrato de promoción, pero no regalaría ni un minuto de su descanso y tiempo libre a otros. Hoy se cuidaría y aprovecharía la estancia cerca del mar para recargar gran parte de su energía, la que se dejó debajo de aquella escalera oscura y, para ella, ahora maldita.

Aunque el teléfono sonó varias veces, Carolina no pudo oírlo porque estaba en la ducha. Su tren salía en apenas una hora y media. La pequeña maleta ya estaba cerrada en la entrada. La ropa de viaje colocada sobre la cama para vestirse rápidamente. Un altavoz de diseño reproducía *Turnedo* de Iván Ferreiro, una canción que le limpiaba el corazón, retiraba la mala energía y la llenaba de nuevas oportunidades. Al salir del baño, cogió el móvil y vio las llamadas perdidas de Darío. Su primer impulso fue llamarlo, pero logró contenerse para poder charlar tranquila en los veinte minutos de

trayecto en el taxi. Se vistió y las posibles explicaciones regresaron a su cabeza. «¿Por qué se marchó Ángel? Tú me lo contarás, Darío.»

Carolina llamó a Elena, su hada inteligente, reina de la prudencia y la calma. Quería escuchar su consejo, aunque fuera para llevarle la contraria. Su teléfono apareció en la primera línea de su móvil. Su mejor amiga recibía más del cuarenta por ciento de sus llamadas, un porcentaje pequeño comparado con el espacio que ocupaba realmente en su vida. Elena no contestó. La imaginó en cualquier comida de negocios con inversores extranjeros, clientes que no entenderían una interrupción. «No tengo red —pensó—. Me lanzo sin red.» Buscó la llamada perdida de Darío y la devolvió.

—¿Elena ya te deja llamarme? —saludó Darío.

—Elena siempre me ha dejado llamarte, tonto.

—Venga, Carolina, nos conocemos. Elena cree que yo puedo ser un peligro para tu imagen social, y aunque me cuida y me quiere desde su lado, no me deja acercarme a tu orilla. Y... hoy me devuelves una llamada... —Darío le hubiese escupido algún reproche más, pero le pareció poco productivo y muy estúpido.

—Sí... —Carolina pensó la respuesta mientras jugaba con el cable de los auriculares—. Me gustó verte ayer y no quería perder la oportunidad de que nos llamásemos más.

Darío se entregó a su estrategia de batalla y decidió reconfortarla. «Una brisa fresca y temprana es un tesoro cuando llega justo antes de que uno comience a buscar el abanico. Te daré lo que quieres, Carolina.»

—Ángel me ha llamado esta mañana y me ha preguntado por ti. Quería saber si acabamos bien la noche, si nos fuimos muy tarde..., muchos detalles, ¿no te parece?

—Pues sí. Mucho quiere saber teniendo en cuenta que se marchó de repente.

Darío, que aún no había logrado hablar con Ángel, percibió el escozor de ella.

—Tenía otra fiesta, creo. Eso me dijo: que se iba porque había quedado.

—Fue extraño, sí... Y muy repentino.

—Lo vi muy pendiente de ti.

—La verdad, Darío, es que no creo que sea gay. Intenté ayudarte, pero no tuve la sensación de que entendiera en ningún momento.

Darío disfrutó por lo estúpida que le pareció Carolina. Una presa de caza sencilla, de movimientos predecibles y recursos emocionales básicos y repetitivos.

—Eso te iba a decir. Ya sabes que yo creo que todos los heteros no son gais hasta que la vida les demuestra lo contrario. Yo no podré tirarme a todos los hombres del planeta, pero eso no quiere decir que no disfrutarían con ello. Creo que Ángel sería muy feliz si...

Carolina lo interrumpió:

—Bueno, no lo conozco lo suficiente, pero me pareció bastante volcado en el mundo femenino. —La presión de sus dedos en las piernas, levantándole la falda la noche anterior, reapareció.

—Tú le gustas. Está claro. Primero te seducirá a ti y luego acabará metido en mi cama. —Darío se dio cuenta de que acababa de verbalizar un deseo.

—Lo de que va a seducirme ya lo veremos. Lo mismo te lo regalo.

«Carolina y tu manía de dejar sobras y migajas para los demás. El mundo se revuelca de placer sin ti, jodida estrella.» El odio de Darío despertaba como primer latido de célula coronaria. Aun así, optó por callar.

—¿Para qué me has llamado, Darío? —Carolina parecía algo más seria. Tensó el cable de sus auriculares para morderlo.

—Para decirte que esto... —Darío apretó la punta de su rotulador contra el papel y escribió varias veces la palabra «puta»—. Esto de los tíos no es lo importante. Que tú y yo no deberíamos alejarnos tanto esta vez.

—Tienes razón —respondió rápida Carolina—. Tu... ¿maquillador?

—Todo bien. Divertido —contestó Darío.

Recordó su salida solo del local después de que se fuera Elena. También recordó cómo había llamado a un nuevo teléfono de contacto. El pobre chico se había marchado despavorido de su casa una hora más tarde. Sus primeros minutos juntos, bajo la influencia de toda la entrega que le despertaba Ángel, habían sido sexis y fuertes, pero también suaves a ratos. Sin embargo, pronto despertó el Darío más cruel. Ese chico no era Ángel. «Eres otro mierdecilla que se vende por unos euros. ¿Tu padre abusaba de ti? En realidad, ¿sufres mucho?»

¡Ay, corderito!» Darío le hizo daño. Mucho más en el alma que en el cuerpo. El chico se marchó con un golpe en el pómulo, sangre en el labio y el diafragma paralizado por la vergüenza y la cobardía.

—Me alegro mucho por ti. Y ahora... deberíamos dejarlo aquí para no meter más la pata y poder tener una próxima conversación.

Ambos recordaron sus últimas peleas después de que Carolina y Elena terminasen la carrera. Los empeños de Darío por convertirla en lo que no era. Sus peticiones de ayuda para medrar en los medios en los que realizaba prácticas. Las negativas de ella a desvelar detalles de su vida íntima. Era evidente que la única culpable de su separación fue la ambición de Darío.

—Estoy de acuerdo —dijo él. Pensó en darle el contacto de Ángel, pero ella no se lo había pedido y podía interpretarlo como un cebo en una trampa visible. Un cebo sin cubrir. «Esperaremos, Carolina.»

—Un beso, Darío. Te dejo, que estoy llegando a la estación del AVE.

—¿Te vas?

—Sí, viaje a Barcelona. Hoy estrenamos la película allí. —Carolina se dio cuenta de que estaba compartiendo detalles con él por inercia y descuido.

—Ya lo sé —respondió Darío—. Lo comentaste ayer. Eso y que probablemente estarías en el hotel W...

—Ah..., lo conté todo, entonces —se rio nerviosa y con cierta sensación mezclada de descarga y peligro.

—¡Mucha mierda esta noche!

—Gracias, Darío. Un beso. Adiós.

El taxista ya había descargado su pequeña maleta y la esperaba en la acera. Carolina miró a la puerta de la estación y no vio a ningún *paparazzi*. Puede que estuvieran al otro lado de las puertas de cristal. Se puso las gafas y pagó al taxista con una propina generosa. Colocó el bolso sobre la maleta y dio dos vueltas a las asas sobre el tirador. Caminó ligera hacia la entrada. Una sensación de vigilancia la perseguía y no terminaba de entender la razón. Si nadie la esperaba con una cámara, ¿por qué se sentía observada? El virus que representaba Darío ya la había infectado. Como una enfermedad lenta, llegaría a devastarla, pero no sin antes despojarla de sus defensas.

La velocidad del AVE era un bálsamo para la tensión de Carolina. La dificultad para mantener una conversación por la falta de cobertura en algunos tramos la aislaba y protegía, y su mirada por la ventana la transformaba en un jinete inalcanzable. «Los demonios no alcanzan a un tren bala», sonrió. Quedaban pocos kilómetros para llegar a Barcelona. Pensó en el puerto y las mañanas de desayunos lentos de la ciudad. Le picó el sol en la cara, aunque fuera comenzara a anunciarse el atardecer. «Voy un poco justa», pensó. Su teléfono se iluminó sobre la bandeja. Entró un mensaje de un número desconocido:

«Hola, soy Ángel. ¿Cómo estás?»

WhatsApp era el peor instrumento para mantener relaciones, pero el más seductor para arrancarlas. Al misterio de los comienzos se sumaba ese lenguaje adaptable y sin mensajes claros. Moldeables a gusto del receptor.

«Hola, Ángel. Muy bien.»

Los segundos que pasaron antes de recibir respuesta fueron interpretados por Carolina como un ejercicio de prudencia por parte del mexicano.

«Anoche tuve que marcharme.»

«Ya. Me di cuenta. Abrí los ojos y, de repente, ya no estabas.»

Carolina le dio a enviar justo antes de arrepentirse del reproche. Ángel no respondió. Ella volvió a teclear:

«No debería estar enfadada, pero lo estoy. Un poco al menos. Más que una explicación, hubiera necesitado una despedida.»

«Lo entiendo —respondió al instante él—. Tenía otra cita y debía marcharme.»

«¿Una cita de madrugada? ¿Tan urgente como para salir corriendo?», pensó Carolina. La configuración de WhatsApp alentó sus ganas de lucha.

«Es mucho más sencillo decir: tengo que irme. Cuando salí de aquel hueco de escalera no entendía nada.»

«Mira, Carolina, tenía que marcharme, pero además quería hacerlo. Hubo un momento en que no deseé continuar con aquello, contigo, en ese bar. No me pareció lo apropiado.»

Carolina recordó sus propias intenciones. Envuelta en la excitación del momento, había olvidado dónde estaban y estaba dispuesta a dejarse llevar sin importarles que la descubrieran en esa

situación. Ella, que vigilaba cada movimiento de los fotógrafos en situaciones mucho más cotidianas, habría perdido la cabeza. Quiso darle las gracias, pero decidió continuar con la ofensa:

«Había alternativas. Otro lugar...»

«Lo sé.»

En la pausa, Carolina quiso que Ángel fantasease con la continuación de la escena. Concentró sus deseos y energía para que ocurriese. ¿Dónde estaría? ¿Seguiría en Madrid? Buscó sus perfiles en redes, pero estaban abandonados desde hacía más de una semana. Un último mensaje la sobresaltó:

«Debo dejarte. Estoy en medio de una reunión. He salido un momento a despejarme, pero debo continuar. Un beso, Carolina.»

La recepción del hotel W estaba extraordinariamente abarrotada. Un grupo de japoneses que parecían pertenecer a la misma empresa esperaba en silencio su turno. Carolina envió un mensaje a la maquilladora que la esperaba en un salón del hotel para disculparse por su retraso. Contactó con su agente para reorganizar su programa. Llegaría a tiempo y, si no, el estreno la esperaría. Mientras tecleaba a toda velocidad decidió que llamaría a Ángel al día siguiente y lo citaría en Madrid. Un empleado del hotel se acercó a ella:

—Señorita Arjona, pase por aquí, por favor —le indicó un camino en diagonal para sortear el mostrador—. No debería haber esperado la cola. Lo sentimos mucho. Su habitación ya está preparada. Haremos el *check in* en mi despacho y podrá subir en un par de minutos. No queremos que llegue tarde al estreno. Toda Barcelona la está esperando.

La respuesta de Barcelona fue incluso más entusiasta que la de Madrid. La película triunfó ante un público que —aunque solo fuera por distinguirse— se mostraba siempre más frío y exigente que el madrileño. Carolina disfrutó parte de esos aplausos y de ese calor, pero una parte de ella estuvo perdida toda la noche. Vagaba por sus pensamientos sin dejar de recordarlo.

Tal y como había decidido, estuvo en la fiesta de la película muy poco tiempo. Entró por la puerta principal, esta vez de la mano del director, y salió quince minutos después por las cocinas del local.

Nadie advertiría su ausencia, ya que a los famosos siempre se les presupone escondidos en alguna sala recóndita y difícil de encontrar. Carolina no estaba en ninguna de esas salas imaginarias, sino en un taxi camino del hotel. Eran casi las doce y media. Una hora muy temprana para haber cumplido con amabilidad y fingida calma en un estreno más. Se sintió victoriosa. La disciplina la reconfortaba. Se despidió del taxista después de hacerse una foto con él frente a la fachada del hotel. Sería la última de la noche.

En el ascensor se quitó los zapatos de tacón de aguja y los recogió con una mano junto a su pequeño bolso. En el piso 17 las puertas se abrieron y tuvo que pensar si su habitación estaba a la derecha o a la izquierda. Salió descalza y dudó. La amenaza de alguien sentado en un sillón cerca de la ventana despertó en ella una alerta animal. Debajo de una gran lámpara de tamaño algo desmesurado estaba sentado Ángel. Vestía un traje cuya chaqueta colgaba de un brazo del sillón. Tenía una camisa blanca arrugada y los ojos cansados. Estaba recostado en el respaldo con las manos agarradas sobre el pecho y las piernas cruzadas.

—¿De dónde sales? —preguntó Carolina sin mostrarse sobresaltada.

—Acabo de llegar de París. Supuse que llegarías más tarde.

—¿París?

—Llevo todo el día allí trabajando. Aún tengo cosas que hacer, pero he venido a buscarte. Quiero que mañana regreses conmigo.

No hubo tiempo para los puntos y aparte. Antes de que pudieran medirlo, estaban enredados en un punto y seguido en la misma oscuridad de aquella escalera. No encendieron las luces de la habitación. Él la desnudó con prisa y comprimió el tiempo que habían estado separados como fuelle de acordeón. Se arrebataron los besos como si les hubiesen faltado, como animales deshidratados encerrados en una acequia. Se tocaron precipitadamente, conscientes de que esa no sería la última vez.

Los amaneceres de París los molestaron durante más de una semana. Cada noche en ese hotel del centro de la Ciudad de la Luz marcaba el paso de un tiempo que no consultaban. Desprovistos de

relojes, Carolina y Ángel decidieron conocerse sin horarios ni obligaciones. Excepto los dos primeros días, en los que él tuvo que negociar la venta de un edificio de su padre a una cadena hotelera española, siempre estuvieron solos, sin nada más que hacer que seguir sus instintos. Carolina mandó un mensaje misterioso a su representante el mismo día que dejaron Barcelona. Conocedora de su propia agenda, sabía que solo tenía un compromiso serio para unas fotos en Madrid y le pidió a su mánager que las anulara. «Invéntate cualquier excusa —le escribió—. Te llamaré cuando me haya repuesto. Necesito descansar.»

No le resultó fácil tomar esa decisión porque era sumamente profesional y nunca anteponía su vida personal a su trabajo. Hasta ahora. «No es sencillo enamorarse —pensaba los primeros días, tumbada en la cama del hotel mientras esperaba el regreso de Ángel—. Nunca me había sentido así. ¡Cómo voy a dejarlo escapar!» No se arrepintió ni un minuto de su falta de disciplina y su recién descubierta ingobernabilidad. Le encantó ser frágil, fácil, dócil, dejarse arrastrar y no comandar las naves de esa travesía.

Ángel improvisaba cada día decenas de planes que no lograban completar porque el hambre que despertaba en ellos el otro interrumpía cualquier elección, por buena que fuera. Se besaron y buscaron entre calles y locales diurnos y nocturnos. Fiestas prohibidas, casas de los que parecían ser amigos de Ángel, antros, discotecas, hoteles de urgencia cuando no podían esperar a llegar al suyo. Ese París fue el lugar en el que Carolina se rindió a una oportunidad que entendió como única.

Dos meses después, el agente de Carolina llamó a Elena. No se llevaban bien e intentaban evitarse en eventos en los que ambos, desde diferentes frentes, protegían a Carolina.

—Hola, Elena, ¿qué tal?

—Bien, Javier. ¿Qué me cuentas?

—Te llamo porque quiero saber qué opinas tú de lo que está pasando con Carolina.

—¿Te refieres a si me fío del chico?

—Más o menos. Carolina está haciendo lo que nunca hizo. De acá para allá con él. De fiesta en fiesta. Lujos, famosos y esa... nueva connivencia con el mundo del cotilleo. La verdad, no me gusta. ¿Y a ti? ¿Te gusta, Elena?

—Me gusta verla tan feliz. Y eso es lo que me debe importar. Sé que no está cumpliendo con sus deberes profesionales.

—Es mucho más que eso. Como siga así, se carga su carrera.

—No exageres. Solo ha dicho que no a una película que ni siquiera tenía firmada.

—La tenía apalabrada.

—Pero no firmada. Y según ella, eres tú quien la había apalabrado.

—De verdad, Elena, ¿me vas a colocar a mí como el malo de esta historia? Tu amiga se está volviendo loca, va por ahí proclamando su amor a todo el que le pregunta, follando en cualquier lugar y hora...

—No te pases, Javier.

—A ver, Elena, que el de las fotos de París no era yo.

—La estaba besando en una calle... No era más... No exageres.

—Era Carolina Arjona con una pierna a la altura de la cadera de él y casi recostada sobre una tubería. No era un beso casto.

—Javier, no me llames para analizar una foto robada en medio de la noche, cuando cada uno debería poder disfrutar de su libertad.

—No te llamo por la foto, y lo sabes. Tu amiga puede cargarse todo lo que ha conseguido por un chico... mono. Es un guapo más y ya está, Elena. Tienes que hablar con ella. No debe precipitarse...

—Siento anunciarte que eso ya no será posible. Es evidente que se ha precipitado sin control. Ella ha rechazado una película con uno de sus directores favoritos solo por no tener que separarse de él, ¿cuánto? ¿Dos meses? Ya no habrá quien la pare...

—Tú puedes.

—Pero no lo haré porque nunca la he visto tan entregada a ella misma. Y ya era hora.

—¿Qué puedo hacer yo, entonces, Elena? No me escucha.

Elena percibió cierto pesar en el comentario.

—Servir de escudo para todo lo que va a venir. Revistas, exclusivas, trabajo, publicidad. Vas a tener que amoldarte y, probablemente, perder algo de dinero, renunciar a proyectos y entender que tiene que vivirlo para desgastarlo.

—Me han llamado de *Vanitatis*. Dicen que hoy llega la madre de él a Madrid. Dime que no es cierto y que no va a conocerla.

—Siento amargarte la tarde. Solo puedo decirte que, si no quieres conocer a la suegra, no te pases por el Ritz.

Darío recibió las fotos que nadie más tendría. Ángel, tal y como se lo había pedido, se las había ingeniado para llevar a su madre hasta una terraza en una de las suites. Desde el edificio que estaba justo enfrente, el *paparazzi* que había enviado Darío pudo obtener las imágenes exclusivas. Darío corrió hasta el despacho de su jefe. «Dime que aún no estás en el cierre. Tengo imágenes de Carolina y la madre de él. Ángel también está. Podemos empezar a anunciar campanas de boda.»

El director de la revista, una de las más vendidas de España, no supo si alegrarse por haber fichado a Darío o temer por su inconsciencia. «Es un poco pronto, ¿no crees?», le reprendió. «Nosotros vendemos sueños —le dijo su nuevo fichaje con una seguridad que hacía palidecer a cualquier otro cazador—. Y, querido director, no solo los vendemos. Nosotros podemos hacerlos realidad.»

Darío consiguió meter el tema en la próxima portada. Una semana más, el romance de Carolina lo situó en las primeras páginas. Su vida profesional iba sobre ruedas. El amor de Carolina alimentaba al monstruo que llevaba dormido en su interior tanto tiempo sin poder hacer lo que realmente le saciaba: crear historias, prenderles fuego y dar cuenta de las víctimas. Imaginó a Ángel recostado en el pecho de la estrella y sintió la punzada de los celos. «No ganarás esta guerra si no eres capaz de pagar un precio —se recordó—. La contienda acaba de empezar, Carolina, y aún no sabes que, en ella, perecerás.»

Carolina interrumpió su aislamiento con una llamada tardía a Elena. Su mejor amiga no la reprendió en un principio, prefirió escucharla antes de entrar a reflexionar con ella:

—Nos persiguen por todas partes, Elena. Es una locura.

—Ya te veo. Eres portada de todas las revistas cada semana. Miro los kioscos y me siento violenta. Tú nunca has aparecido en ellas por

tus amores. Solo por tu trabajo.

—Ya lo sé. También es violento para mí, pero no puedo pararlo.

—Sí puedes.

—No, si quiero vivir lo que vivo en paz. Sin miedo a salir. Sin miedo a hacer lo que quiera en cada momento. Si quieren contarlo, que lo cuenten. Yo no voy a dejar de dar un beso si es lo que deseo o de viajar si es lo que nos sale. Somos libres y creo que...

—¿Qué crees, Carolina?

—Elena, creo que nos queremos.

Pasaron otros dos meses y Elena acabó por creer que lo que le había dicho su amiga era verdad. Carolina y Ángel seguían juntos. Su historia de amor seguía enriqueciendo a las publicaciones y catapultando a Darío. Ella parecía feliz. Los medios más serios, ávidos por lograr cierto impacto en el terreno digital, se sumaron a la persecución, pero disimularon sus intenciones con titulares más neutros: «Carolina Arjona deja el cine». «La actriz que renunció a todo por amor.» «La niña que fue futuro, anclada en una relación absorbente.» La prensa rosa se centraba —con Darío como comandante de la operación, ya que conseguía las mejores fotos y los nuevos datos— en la historia de amor y su desarrollo: anuncios de boda, posible embarazo, la vida amorosa pasada de Carolina y de Ángel, el poderío económico y político del padre de él, los planes para vivir juntos en México. La mayoría de esas noticias no eran nada más que especulaciones, pero alimentaban al consumidor ávido de nuevos capítulos de su telenovela en versión real. Y en medio de ese huracán vivían Ángel y Carolina. De Madrid a Nueva York, de Ámsterdam a Cannes, de El Cairo a Dubái.

En uno de sus pasos por Madrid, Carolina llamó a Elena. Llevaban más de cuatro meses sin verse y, aunque solo fuera en algunos instantes concretos, echaba mucho de menos a su amiga. Quedaron en La Sala de Despiece para comer, consiguieron que el chef les permitiera ocupar una sala reservada para cenas de más de diez comensales. Necesitaban estar solas para charlar. Se sentaron y pidieron vino. A los pocos segundos, volvieron a levantarse para abrazarse de nuevo.

—Ay, Carolina, Carolina. ¿Qué voy a hacer contigo? —le dijo al oído mientras le acariciaba el pelo con la otra mano.

—¿Celebrar todo lo que me está pasando? —Carolina deshizo el abrazo sonriente.

—Claro que lo celebro, y Darío, por lo que tengo entendido, mucho más. Le estás haciendo terriblemente famoso. Ayer lo vi en un programa de televisión.

—No acierta en casi nada, pero es verdad que se entera de mucho más que los demás.

—Es amigo de Ángel, Carolina...

—No hablan tanto, y sé que Ángel no vende exclusivas. Es un pacto que tenemos.

—No puedes saber con total seguridad que lo está cumpliendo...

—¿Por qué dices eso? —contestó Carolina molesta.

Elena tuvo que pensar en cómo reconducir sus dudas sin hierirla. El teléfono de Carolina empezó a vibrar. Ella contestó a toda velocidad a una serie de mensajes. El gesto de la actriz perdió su luz.

—¿Pasa algo, Carolina?

—No, nada —dijo de modo poco convincente.

—¿Quién era? ¿Qué ocurre? —Carolina no contestó—. ¡Eh, Carolina! —Elena le cogió suavemente la mano—. Soy yo, tu amiga. Puedes contármelo todo...

—No pasa nada, de verdad...

—¿Quién era?

—Era Ángel.

—Y... ¿qué quería?

—Me ha preguntado si estaba en La Sala de Despiece. Le dije que comeríamos aquí. Pero me ha vuelto a preguntar si estaba aquí. —Carolina bajó la cabeza.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Nos hacemos una foto para que vea que estamos juntas?

Elena empezó a sentirse muy incómoda y violenta con lo que percibía.

—No. No voy a hacerme esa foto para que tu novio se quede tranquilo. Tendrá que aprender a confiar en ti.

—No te pongas así... —Carolina suavizó la voz y la postura para conseguir el favor de su amiga—. Me quiere y, a veces, es un poco inseguro.

—Controlador celoso, querrás decir. Un peligro, vamos.

—Te gusta exagerar, Elena, no es... —El teléfono de Carolina volvió a sonar. Esta vez con tono de llamada—. Perdona, voy a responder...

—Hola, amor, ¿dónde estás? (...) Yo aquí, en La Sala, ya te lo he dicho, con Elena. (...) ¿Y por qué iba a inventarme algo así? —Carolina torció la cara y disimuló su tensión—. Ella está aquí. Mira, te la paso. —Carolina le tendió el teléfono, pero su amiga se negó a cogerlo. Solo gesticuló una clara negación—. Bueno, ahora no puede hablar porque está comiendo, pero estamos aquí, de verdad. (...) No tardaré mucho. —Elena empezó a dar vueltas al cuchillo sobre el mantel individual—. Yo también, mi amor. Te quiero. Te quiero. —Carolina colgó, elevó las cejas y utilizó su mejor expresión cómica para evitar la conversación que se anunciaba.

La entrada de un camarero para tomar nota fue un salvavidas para la actriz que Elena no permitió que cogiera:

—Picaremos las dos. No tenemos demasiada hambre. Tres platos para degustar que preferimos que elija usted, si no le importa.

El camarero asintió y se marchó rápido.

—Carolina —retomó Elena—, no creo que lo que acabo de ver sea..., cómo te lo podría decir, una buena señal.

—Estamos bien. Es algo celoso, pero nada más... ¿Podemos comer y ser felices? No nos vemos desde hace meses. Por favor, Elena, no quiero discutir. Vamos a hablar de nuestras cosas, de ti, de mis viajes, de lo contenta que estoy. —Ahora fue Carolina quien le apretó las manos—. Por favor, no me hagas esto.

Elena se rindió y aparcó la conversación hasta el final de la comida. Fue capaz de darle ese tiempo a su amiga para exponer como escaparate de floristería todos los tópicos sobre el amor romántico, pero no logró apartar la preocupación de su interior.

Carolina casi lloraba de la emoción al contarle cómo y cuánto lo amaba. Elena se acobardó. Pidió la cuenta incapaz de romper la fantasía. Ella encontraba confort en una vida dura y realista, pero entendía que otros no pudieran. «No a todo el mundo le sienta bien la

realidad —se dijo a sí misma—. No seas egoísta, Elena.» Cogió la nota y entregó una tarjeta de crédito. Dibujó una ligera sonrisa para cerrar el encuentro. Quiso decir: «Me alegro por ti» porque era lo que Carolina esperaba. Lo intentó. Y no pudo.

Dejaron atrás la sala privada y pasaron por el bar repleto de gente. Elena miró hacia la puerta en busca de la luz y el ruido de los coches, mucho menos molesto que el bullicio del interior. Lo que vio le heló la sangre. En la esquina de la barra, apoyado en un gesto de abrazo a un vaso de vino blanco, estaba Ángel. Como quien siente una mirada en la nuca, el amante de su amiga se volvió hacia ellas. Elena nunca olvidaría esos ojos marrones, duros como la axinita. Su mirada malévola. La ira que dejaba adivinar una locura del tamaño de una larva inquieta dentro de su alma.

Ángel se incorporó y recuperó la forma y la actitud de las fotos que Elena había visto. Levantó la mano para marcar su posición. Carolina agarró el brazo de Elena y, con una amplia sonrisa, plena de felicidad, le dijo: «Ha venido a buscarme». Empujó a las pocas personas que se interponían y se lanzó a sus brazos como un bebé a su madre. Donde Carolina veía amor y entrega, Elena veía dolor. Un beso largo la inmovilizó en medio del bar. Su amiga, con los ojos cerrados, se deshacía en brazos de su amante. Una chica se incorporó subida a su taburete y les hizo una foto. Se colocó de espaldas a ellos y pidió a uno de sus acompañantes que tomara una más. Simuló un gesto de aplauso para crear una situación que favoreciera la difusión de la foto en redes. Carolina y Ángel cortaron el beso y se dirigieron hacia la puerta. Elena los siguió. Ya en la calle, los *paparazzi* esperaban la salida. Elena se apartó de la puerta para evitar el revuelo. Dentro de esa nube de clics y preguntas viajaba su amiga. Perdida dentro de un beso, como una pequeña embarcación en medio de la tempestad.

Una semana después y gracias a las revistas, Elena se enteró de que Carolina se había marchado con Ángel a México. Su paseo por el aeropuerto hasta el mostrador de facturación ocupaba todas las portadas de la semana. Una foto los mostraba sonrientes en el momento de entregar sus pasaportes. En un segundo plano, en el

siguiente mostrador, una mujer observaba el caos originado por el paso de Carolina y Ángel entre la incomprensión y las lágrimas.

—¿Adónde vuela?

—Jerez.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Sí, disculpe... —El paso de una comitiva de fotógrafos que se empujaban entre sí para rodear a una pareja la sorprendió. Los famosos a los que no reconoció se situaron en el mostrador de al lado—. Estos días lloro por cualquier cosa. Mi embarazo, el aniversario de la muerte de mi madre... Siempre me parece reciente. —Carmen pudo ver cómo la chica asentía sin prestarle atención, pendiente de lo que ocurría con la pareja del momento—. He venido a Madrid, una ciudad que me entristece, por unos papeles. Siempre papeles: papeles para despedirse, para alejarse...

—La puerta de embarque —dijo cortante la empleada— será la H42. Tiene que estar allí 45 minutos antes del vuelo. Gracias, que pase un buen día. Si me disculpa... —La chica saltó de su taburete para acercarse a saludar a aquella pareja.

Carolina, protegida por unas grandes gafas de sol, miró hacia el lugar del que provenía la chica y se topó con Carmen y sus lágrimas. Por un momento, las dos mujeres se reconocieron en un lugar de silencio, en un dolor común.

El pequeño castillo hinchable, flanqueado por dos payasos cuya ropa parecía haber salido de un viejo baúl lleno de polillas y cacharros viejos, era la principal atracción del bautizo. No había muchos salones para celebraciones en Algeciras y los buenos, los que miraban al Campo de Gibraltar desde sus jardines y piscinas, no estaban al alcance ni de los anfitriones ni de ninguno de sus invitados. Al menos, habían podido aprovechar una gran carpa de la feria para la comida, y los niños, a esa hora de la tarde, correteaban al ritmo de las canciones de un reproductor de música. Las mujeres peleaban por ser la mejor vestida y, en el intento, se habían dejado llevar por lentejuelas, amarillos dorados y bisutería. Los hombres reposaban en una esquina sentados en círculo con las copas aguadas en la mano. La tarde se había hecho espesa, pero los niños la aliviaban con sus ropas ya manchadas y los lazos deshechos. Algunos ya estaban descalzos y se atrevían a rodear a los payasos para, en un despiste, darles una patada en los tobillos que, por miedo, no llegaba nunca a rozarlos. Los payasos también parecían cansados y algún invitado comentó que quizás venían de otra fiesta.

Paloma estaba a disgusto escuchando los cotilleos sobre aquella pareja de animadores, que se ampliaron en confidencias entre las invitadas. Ella no era de las que compartía sus miserias con nadie y esperaba que los demás no lo hicieran. Los años le habían demostrado que su carácter callado no era un beneficio sino un lastre para una sociedad en la que quien hablaba más alto triunfaba. Paloma se sentía violenta ante la desinhibición emocional de los demás. Aunque fueran anécdotas, no quería compartir intimidades. Ella no le contaba a nadie por qué estaba sola con una hija de doce años. No quería dar

explicaciones sobre el abandono de su pareja a dos meses del parto de Vanesa. No deseaba contar que ellas, solas, llenaban su vida pequeña y estrecha. Trabajos esporádicos, ataques de ansiedad, estudios de alquiler que iban y venían como los sueldos. Temporadas regulares, temporadas no tan buenas. Paloma sobrevivía aferrada a Vanesa y su único orgullo era no molestar a los demás con sus problemas. Nunca había pedido nada, nunca se había rendido, pero, a veces, cuando tenía miedo, sentía que podía volverse loca.

Jamás podría confesar cómo, una madrugada, se quedó en medio de la habitación con el sofá cama a medio recoger. Vanesa, que no se había despertado con el traqueteo del mueble, dormía a pierna suelta. Eran las cuatro de la mañana y Paloma solo podía pensar en el juego de cuchillos que había tras el biombo de madera de la pared... ¿Y si fuera capaz de dañarse? ¿Y si fuera capaz de dañarla? ¿Y si su mente pudiera traicionarla? ¿No lo hizo él y ninguno fue capaz de verlo? ¿Y si ella también podía perder la razón y abandonarse o abandonarla? Desde aquel día, Paloma se sentía maldita y, de alguna forma, esperaba que llegara una ola fatal. Su situación era tan inestable que solo podía conducir a un desenlace trágico. La suerte no llegaría porque no pisaba los territorios en los que la buena fortuna duerme. Su vida, aislada por su propia vergüenza, rodeaba a Vanesa como una serpiente hambrienta.

La noche de su nacimiento, Paloma estaba sola en un piso minúsculo que había encontrado cerca del hospital. Estaba de casi cuarenta y dos semanas, otra señal que le confirmaba que su suerte no cambiaría. Su hija no deseaba nacer y se agarraba a su vientre para evitar el frío que le sobrevendría. Era un 13 de enero de 2003, Paloma rompió aguas a las nueve de la noche y caminó hasta la puerta de urgencias entre dolores de parto y sollozos por su soledad. Durante las siguientes tres horas se entregó al dolor como si fuera un anuncio de muerte. Lo acogió como un castigo por la culpa que la carcomía. Una culpa infundada pero necesaria para explicar por qué huyó su amor y el padre de la criatura que estaba a punto de nacer. En el momento en el que la trasladaron al paritorio, la comadrona la vio llorar sin quejarse, con los dolores hacia dentro. «Vas a ser madre, corazón, disfruta de este momento porque esta niña y tú vais a ser una sola. Y al que no está hoy contigo, que le jodan.» Un posible hechizo le llenó la

sangre de hormonas y esperanza. De repente, sintió que nada le faltaba. Miró a la comadrona y empezó a respirar al compás que le marcaba su bebé. La sintió empujando su cuerpo, buscando una salida. Se agarró a la camilla como si pudiera elevarla hasta el techo con la curva de su espalda. Cuando la ayudaron a colocarse en la cama de partos, no quiso recostarse, se incorporó en busca de una postura en cuclillas. Se imaginó agarrada a un gran árbol, a la espera de que su bebé cayera sobre la hierba. Empujó y empujó hasta sentir cómo se le abría la carne. Los gritos de rabia sonaron huecos contra los baldosines de las paredes. El dolor suena más diluido que la ira, que es puro golpe seco. La matrona le agarró los codos, aunque pronto confirmó que esa mujer pariría sola. Paloma se transformó en un titán por unos segundos.

Había llegado al hospital como un pájaro en agosto, a punto de morir bajo el sol, pero ahora habría sido capaz de cambiar las mareas. Faltaban aún algo más de dos meses para que los atunes llegaran al Estrecho con la primera luna de primavera. Los dioses plateados aún se alimentaban en algún lugar del Atlántico o ya viajaban empujados por las corrientes, pero Paloma pensó en ese instante en las redes de la almadraba. Tal y como le explicaba su padre en los años de la felicidad, se imaginó como atún contra las redes, encerrada con su destino inevitable en medio del azul. Se agarró a esa imagen y, en su mente excitada por las hormonas, saltó de aquel árbol en el que se había imaginado al comienzo del parto a las profundidades del mar. Allí estaba Paloma, agarrada a la red de la almadraba, presa de los muros sin fin del laberinto. Con el último aire de sus pulmones empujó con la misma fuerza con la que deseaba romper esa pared imposible que se mecía bajo el mar. Y dentro de una corriente poderosa, marcada por el mismo instinto de supervivencia de un atún enorme y plateado, nació Vanesa. Con el hambre después de una larga travesía en busca de aguas cálidas. Con la esperanza de ser, entre unos pocos afortunados, el animal que sobrepasara todos los obstáculos.

Vanesa fue un pequeño atún plateado capaz de salir vivo de la trampa del hombre y las orcas, decidida a alcanzar el mar que se abría tras aquel canal angosto que era el Estrecho. Paloma sintió cómo la recostaban. Le dolía el cuerpo y jadeaba sin aire. La manipulación del cordón umbilical la devolvió a su realidad seca fuera del mar y, en ese

momento, la vio por primera vez. Quiso llorar y ya no pudo. Quiso gritar y tampoco fue capaz. Le pusieron el bebé en el pecho y le recordaron que podía disfrutar de unos minutos piel con piel. La comadrona ordenó que la dejaran todo el tiempo que quisiera con su pequeña. «¿Tienes ya nombre?», le preguntó. «Sí —dijo Paloma como si hubiera visto un fantasma—. Se llama Vanesa.» Al pronunciar por primera vez su nombre, se desbordó por fin. Las aguas del Estrecho recorrieron su rostro y la cabeza abombada de su hija recién nacida.

Al llegar el alba, un pescador retirado y anciano observaba el paso de los barcos desde la torre de Miramar de Tarifa. Bajó a tomar el café en su bar de siempre. El camarero le tachó de loco cuando afirmó que, en pleno enero, había visto por primera vez el paso de las orcas.

Once años después, Paloma recordaba aquellos dos primeros días de vida de Vanesa como los de mayor paz de su existencia. En aquella habitación del ala azul celeste del hospital de Algeciras, soñó durante toma y toma con ser almadradera, como su abuelo. Se despertaba con el llanto agudo del bebé, parecido al de un cachorro de gato en una caja de cartón, y le brindaba el pecho recostada sobre su cuerpo aún dolorido. Cuando Vanesa, satisfecha, volvía a dormitar, Paloma se dejaba llevar por unos sueños en los que se convertía en un hombre en medio de la *levantá*: junto a sus compañeros, izaba las redes de la almadraba esperando la espuma en superficie que producía el aleteo de los animales presos. Ya expuestos al aire y los gritos, los pescadores celebraban a golpes la caza del tesoro del Oro del Estrecho. Los japoneses los esperaban en sus barcos para recoger los atunes y llevarlos al mercado de Tsukiji, como transportistas de los dioses del mar. Las bestias congeladas, con la carne dura y sin apenas magulladuras, alcanzaban precios de piedras preciosas en las mesas niponas. Paloma, en medio de aquellos minutos casi alucinatorios, viajaba con sus amigos a los bares de pescadores a festejar la abundancia del mar y la angostura del Estrecho, ese embudo que les confería el poder de atrapar parte de la mayor biomasa en movimiento del planeta.

A veces, en esos mismos sueños, saltaba de un pensamiento a otro, del entorno de la red en superficie a la profundidad del mar, y

observaba a un grupo de orcas que acorralaba a los atunes en la costa para llevarlos a la orilla propicia para el sacrificio. El miedo, como en la vida de Paloma, desviaba las mejores intenciones hacia la arena, donde los atunes morirían a mordiscos. Si su padre no hubiera dejado la pesca de almadraba, quizás ella habría crecido bendecida por la riqueza de aquella mina en el fondo del mar. Si su familia hubiera seguido las tradiciones del campo de Gibraltar, quizás su vida no se habría roto. Los desaciertos de un padre demasiado osado y poco inteligente los llevaron a la ruina, y su madre aprovechó sin dudarlo el paso de un buen barco y su patrón hacia el centro de la Península. No volvieron a verla, y ella vivió su infancia de casa en casa de tías y primas que acabaron por dejarla crecer en las calles para no tener que soportar su carácter conflictivo y su falta de amor.

Su padre envejeció como si le hubieran dejado secarse al sol sin agua ni posibilidad de rescate. «Fue el maldito alcohol», comentaban las mujeres de su familia. «Fue la falta de mar», concluyó Paloma siendo aún una niña. La vergüenza del que no se hace con los vientos de la vida la acompañó en su primera escapada y ya nunca la abandonó.

Vivió durante dos años con un hombre treinta años mayor que ella, cuya única virtud era precisamente sus años de experiencia para engañarla. Tuvo suerte de no quedarse embarazada en todo ese tiempo y tampoco en los años siguientes, en los que cayó, como manteada, en varias relaciones, siempre con hombres mayores y con muchos problemas. El amor le llegó una tarde cerca del puerto. Por primera vez, un hombre joven, al que no pudo contar quién la sostuvo en regazos añosos. No fue ese tampoco el tiempo de la felicidad, aunque sí el tiempo de Vanesa. Cuando le faltó su primera regla sintió que el cielo la bendecía desde las costas mágicas de África, hasta el día en que el padre de su futura hija se marchó. Sin una nota ni una despedida, sin un adiós ni una riña. Se fue como la temporada de pesca, más pendiente de la luna que de las mareas.

A eso de las seis de la tarde, volvieron a sacar comida en el bautizo. Alguna invitada necesitó bajar un poco la cremallera de su falda para poder comer un poco más. El festín de pescado frito y

comida procesada no tenía fin. Los payasos ya estaban recogiendo y sin ninguna delicadeza se desmaquillaban sentados en un rincón de cara a los niños que, curiosos, adivinaban sus verdaderos rostros. Vanesa se acercó a un plato de patatas fritas y volcó un tarro de ketchup. Al intentar aproximar el plato al borde de la mesa, la fuente de comida cayó sobre su vestido. Paloma, que la observaba desde un rincón, arrancó como un animal bravo que paciera hasta el momento tranquilo bajo un molino.

—¿Qué haces? ¿No te he dicho mil veces que no comas si yo no te lo digo? —la voz de Paloma resonó en el centro de la carpa.

La hermana de la niña bautizada era la mejor amiga del colegio de Vanesa y esa era la razón de su presencia en la celebración. Paloma no tenía amigas ni deseaba formar parte del grupo de las madres del cole. Se sintió observada y juzgada, lo que la enfureció aún más.

—Pero, mamá... —contestó Vanesa apesadumbrada.

—Pero, mamá, nada —Paloma volvió a gritar—. ¡Que pareces una gitana! ¡Sucia como una gitana! —El desprecio de Paloma cayó en el barrio de Algeciras como un cubo de desperdicios en una alcantarilla.

—¡Mamá! Ya está... —La niña intentó calmar a la madre mientras esta le limpiaba el vestido con servilletas que no hacían sino extender la mancha.

—Nos vamos a casa. Me tienes harta. —Paloma confirmó que no estaba pasando por un buen momento. Se sintió avergonzada, pero ya no pudo retroceder.

La anfitriona se acercó a Paloma:

—No le amargues la tarde a la niña. Vete tú a casa y déjala disfrutar un poco. Deja que cene con sus amigos. Todos están manchados, ¿no lo ves?

Paloma se incorporó y se marchó por la entrada de la carpa con un paso cada vez más acelerado. Mientras la miraban, se tiró de la goma de la coleta y se quitó un par de horquillas con las que había improvisado un moño. Vanesa volvió al plato de patatas y empezó a comerlas de una en una. Se inclinó hacia delante para engullirlas y ver cómo goteaba el ketchup.

—¿Qué le pasa a tu madre? —le preguntó una mujer minutos después de la espantada de Paloma.

—Que está enfadada —dijo la niña sin aparentar tristeza.

La inflamación en la mandíbula de Paloma iba a más. También el dolor. El efecto de los medicamentos tardaba más de lo esperado. En el bautizo, todo el mundo asumió que probablemente le habría pegado un cliente. Las niñas adoraban a Vanesa, que era la alegría del colegio, pero su madre solo despertaba antipatías. «La niña no tiene la culpa de nada, bastante tiene con no arrastrar las desgracias de su madre.»

Paloma tenía la mandíbula inflamada por una inesperada parotiditis que la había llevado al hospital tres días antes. En una ecografía para estudiar la glándula submaxilar le habían detectado un nódulo duro y sólido en la tiroides que resultaba, a los ojos del radiólogo, imposible de clasificar. «Seguro que no será nada», le había dicho. Pero Paloma tenía miedo y pensaba que tenía un cáncer, porque «cuando la desgracia planea, siempre cae sobre mí». Nadie en ese bautizo sabía nada de su inquietud mientras murmuraban criticándola por gritar a su hija pequeña, que una hora después de la discusión aún mascullaba entre sollozos: «No soy una gitana, mamá. No me digas eso».

Al cabo de un rato Paloma regresó a la carpa. Se había cambiado, ya no llevaba el único vestido de flores que conservaba de aquellas tardes en las que se sintió enamorada. Se había puesto las chanclas de plástico y unos *shorts* vaqueros. Llevaba una camiseta de tirantes sin sujetador que dibujaba unos pezones grandes sobre unos pechos demasiado pequeños. Se había atado el pelo en un nudo alto sobre la coronilla. Entró con la mirada alta y el paso firme. La mayoría bailaba entre las luces de colores de una pequeña lámpara que quería imitar el efecto de una gran bola de espejos. Vanesa la vio entrar y corrió a su encuentro sonriente y agradecida. El abandono siempre planeaba sobre ellas como los buitres en los campos secos del verano. Paloma la abrazó y dejó que su vestido lleno de manchas se pegara a su pecho. Se levantó y la tomó de la mano. Paloma se dirigió a la salida. Vanesa giró la cabeza para despedirse de su mejor amiga. Paloma trazó mentalmente una línea recta hasta la parada del autobús. Después alzó la mano del otro brazo con el gesto de quien golpea una puerta con la palma y dijo en voz alta sin girarse: «Si vuelves a apartar a mi hija de mi lado, te mato».

Magdalena se fijó en el vestido manchado de la niña que entró en el autobús como un torpedo submarino, en silencio, pero rápido y directo a su objetivo. Se sentó un par de filas por delante de ella. La que parecía su madre tomó asiento a su lado y la rodeó con el brazo. La pequeña se acostó como pudo en el espacio de los asientos y apoyó la cabeza entre las piernas de su madre. Esta le acarició el rostro hasta que la niña se durmió. Magdalena apretó el botón de la próxima parada y se colocó cerca de la puerta para bajar. La niña parecía cantar una canción en sueños mientras su madre atravesaba la ventana con su mirada perdida. El autobús frenó. Magdalena dejó la anécdota dentro de aquella caja de historias que, en el fondo, nada la importaban. Al pisar la calle fría de Algeciras, decidió que volvería a Tarifa con la primavera y que necesitaba buscar un nuevo lugar en el que caer. Nada la calmaba más que no tener hogar.

Cuando llegó a la habitación que había rentado en el último mes, agradeció que los otros inquilinos de la casa no estuvieran. Los últimos en entrar, unos ingleses que habían incluido el *kitesurf* entre sus actividades para vagar por el mundo, eran ruidosos y demasiado simpáticos. Magdalena prefería la soledad y la única luz redonda de su lámpara de mesilla. Abrió el pequeño cajón, entre algunas pastillas y los restos de una china de porro alcanzó un pequeño monedero. Sacó de su interior un minúsculo paquete hecho con un trozo de folio rasgado. Lo manejó sin el cuidado con el que parecía haberlo envuelto y, con cierta ansiedad, asió la cuchilla que protegía.

Antes de que pudiera pensarlo, ya se había bajado los pantalones y abierto los muslos. Se dejó caer al suelo y, sobre el terrazo, colocó las piernas en una posición de mariposa, con la cara interior de los muslos expuesta y las plantas de los pies pegadas una contra la otra. Inhaló con contundencia y hundió la cuchilla en la carne a unos diez centímetros de su sexo. Una telaraña formada por decenas de cicatrices viejas dejó brotar la sangre y, con ella, algo parecido a la tranquilidad.

Magdalena echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La cuchilla reposaba en su mano como moneda de oro. La herida respiraba libre a la espera de los mecanismos que frenaran la hemorragia mientras ella reconocía un alivio caduco en cada latido de su corazón.

Dejó de hablar una mañana de sol abrasador y movimiento de tierras. México, el mismo lugar al que llegó solo tres meses antes, vendida de amor y esperanza, se convirtió sin verlo venir en la prisión más dura y árida del mundo. Las paredes de Hacienda o Villa Coyote, como nombraban indistintamente a la gran casa en la que vivía la familia de Ángel, se engrosaron como si sus otros lados se eternizaran por el desierto de Chihuahua hasta alcanzar los médanos de Samalayuca.

Carolina, prisionera de una decisión precipitada, dejó de caminar, como un cuerpo perdido en la aridez sin una gota de agua que llevarse a la boca. El dolor, como la mala suerte, se presentó sin aviso una mañana cualquiera en aquella casa repleta de comodidades que anulaban el sentido del calendario. Todos los lunes podían ser domingo, o sábado o martes... Las preocupaciones diarias eran para los que tenían miedo a perder, y ese no era el caso de la familia Correjón. Esa mañana sin fecha Carolina se levantó con una fuerte presión en el pecho, incapaz de respirar con normalidad. Tenía el esternón bloqueado y sentía las costillas fijas, como si fueran ballenas de un corsé de hierro y pudieran romperse en una inhalación demasiado profunda. El corazón le bailaba en la cavidad torácica. Posiblemente su tamaño se había reducido hasta convertirse en un pequeño puño duro sin elasticidad. ¿En qué se había transformado Carolina? Y ¿cómo podía haber ocurrido tan rápido? Casi tan rápido y brusco como el cambio de paisaje en aquel viaje por carretera para cruzar la mitad del país en brazos del hombre que amaba.

Veintidós horas y treinta minutos para pasar de la exuberancia floral a los matorrales secos y la arena de la altiplanicie mexicana a menos de cincuenta kilómetros de Ciudad Juárez. Soñaba en aquel

coche con el exotismo descrito por Ángel: aquel paraje, clasificado hacía muy poco como área protegida y descubierta por el turismo, que enamoró a sus abuelos cuando nadie quería vivir en esas tierras prietas. El padre de Ángel, aunque hizo su fortuna por todo el país y gran parte de Nuevo México y Texas, mantenía la residencia familiar en el escenario que descubrieron sus abuelos y en el que triunfaron sus padres. Se consideraba un chihuahuense de sangre, y su finca construida en el límite de un paraíso árido era solo apta para almas de roca.

No era así el interior de Carolina, mucho más líquido y templado, no preparado para sobrevivir en los extremos. Las lágrimas, desde hacía unos días, brotaban con un dolor profundo: el amor que había sentido por Ángel le hinchó tanto los órganos de sangre y futuro que ahora, al no sentirlo, parecía perder también su materia orgánica, como si su hígado o sus intestinos se pudieran disolver dentro de ella hasta ser solo sangre. Ni los buenos recuerdos de aquella boda improvisada en medio del desierto pudieron contener que Carolina se apagara igual que una vela, una de aquellas que alumbraba la terraza donde pasaron su primera noche de recién casados observando estrellas. La aventura de planear el matrimonio juntos, de repente, en medio de una noche de susurros. Desear a la par que fuera una travesura más, sin el permiso de aquella familia que a ratos le daba miedo. Ninguno de aquellos minutos preciosos lograba mantenerla a flote. «¿Quieres casarte conmigo, Carolina?» No supo qué decir en aquel momento, en otro país, sola y enamorada. Sabía en lo más profundo de su cuerpo, en los canales de su cenote interno que no debía hacerlo, pero resistirse a formar parte de su propia ficción, la primera que ella escribía, también hubiera sido una locura. Le dijo que sí. Quiso llamar a Elena, pero una vergüenza de gusano pequeño la contuvo. Ni ella ni nadie la entendería. No era Carolina una mujer de decisiones precipitadas, sí de ligeros impulsos, pero no de contratos. Sin embargo, se casó en aquella capilla llena de polvo y vigas en el suelo, segunda opción después de descartar la ermita de San Lorenzo para evitar que cualquier vecino reconociera a Ángel y avisara a los suyos. Abandonada, con medio tejado derruido y un fresco que parecía pintado por pastores y no por artistas conocedores de las leyes de la proporción. Ofició el servicio un sacerdote anciano que también

bautizó a Ángel y que se convirtió en su cómplice. Ni un amigo ni un familiar, con un ramillete de flores y un nudo en el pelo que se deshacía con cada palabra. Carolina dejó que la vida la meciera sin adivinar el canto de las sirenas, tan lejanas en aquel desierto de rocas y matorrales.

Por eso, aquella mañana, la mañana en la que le sobrevino el silencio delante de un desayuno para reyes, dejó las palabras sobre el suelo y las barrió con los pies debajo de la mesa. Habían pasado dos meses desde el día de su boda secreta. Su suegra la miraba desde su fortaleza personal como un capitán a un marinero cobarde incapaz de afrontar la tempestad. Carolina no pudo ni siquiera agarrar la taza de café cuando se la sirvieron. «La señora está enferma —dijo su suegra—. Acompáñela a su cuarto.» Carolina supo qué día entraba en esa habitación, pero no cuántos pasó dentro de ella. Ángel la despreció por su tristeza y su debilidad, y acabó por asumir como compensación que, en esa situación, él disfrutaba de un control total. Su esposa dejó de importarle un par de semanas después de que callara e interpuso entre ambos una barrera de espinas a través de la cual observaba a Carolina como a un animal enfermo. No deseó ayudarla, sino exculparse. No quiso buscar soluciones para evitar el esfuerzo. Fue otro diamante caprichoso que dejar al fondo de un cajón. Al menos, mientras estuviera en esa casa y metida en esa cama, sería su propiedad y, mientras estuviera callada, sería, además, dócil.

Cuando duele, contrariamente a lo que muchos creen, el paso del tiempo se desvanece. El dolor real elimina las referencias porque te despoja de la propia vida y la sensación de muerte se acentúa hasta casi alcanzarse. Es entonces cuando ocurre. Llega el día en el que la propia muerte en persona se recuesta al lado de los desamparados y los abraza. Algunos la sienten como un escalofrío y mueren. Otros siguen nadando en la tristeza sin saber que son perseguidos. No dan crédito al mensajero porque no lo advierten. Porque el dolor real es completamente sordo. Duele en los músculos y desbarata la razón como fiebre tropical: los delirios acompañan una travesía tediosa cuyo único destino es dejar de ser.

Así se sentía Carolina cuando una de las criadas empezó a dejarle notas diarias bajo la almohada. Cada mañana con la primera luz, entraba en su cuarto y recogía la del día anterior. «No la leíste,

princesa», le decía. Con la misma dulzura la incorporaba y la obligaba a tragar algún zumo o una sopa acuosa. «Necesito que sigas aquí, Carolina. Es lo que me dice Elena. Dile que necesito que siga aquí.»

Pasó el tiempo de luna en luna. Carolina, a veces, soñaba con mareas, bajamar y pleamar. No era la costa su paisaje, pero sí lo más lejano y distinto al lugar donde se sentía presa. «Depresión —oyó tras la puerta—. Loca de atar.» E incluso alguna burla. El dolor no disminuyó, pero sus sentidos despertaron, sin saber por qué, una noche cualquiera. Se vio sola, en la misma cama, en la misma postura desde hacía semanas. La piel se le había quebrado como talón y tenía heridas por el cuerpo debido a la inmovilidad. Fue capaz de respirar lo suficiente como para arrancar a llorar. Lloró durante todas las horas de esa noche de luna llena y, al llegar la mañana, cogió la nota debajo de la almohada y la abrió. Reconoció la letra de Elena y dedujo que las mandaba por decenas al domicilio de la criada. Ella, su ángel, las llevaba debajo de la falda cada día hasta su cuarto y las tiraba o se las comía antes de salir. En la nota pudo leer: «Tú eres mi futuro. Vuelve. No me dejes».

Un ahogo extremo, de bocanada de mar, le agarró el cuello hasta que pudo gritar. Gritó como un herido de guerra en una enfermería de campaña sin tiempo ni medios. Sintió que se deslizaba por un túnel lleno de cristales y, por primera vez, pensó en sobrevivir. La puerta se abrió de golpe y vio a la muchacha con los ojos muy abiertos. La mujer que la cuidaba como si fuera una hija o una hermana se abalanzó sobre ella y la sacó de la cama a rastras, la encerró en el baño y le intentó tapan la boca. Abrió la ducha y se metió con Carolina bajo el agua. La agarró fuerte entre sus brazos y la apretó como si tuviera que expulsar un cuerpo extraño que tuviera en la garganta. Se echó a llorar con ella. «Grita, chiquita. Grita, mi niña. Estás en la tierra de la Santa Muerte y, por esta vez, has escapado de ella.»

Los días siguientes fueron los de la reconstrucción. El duelo sería, seguro, más largo, pero al menos ahora era capaz de sentir lo que tocaba con sus dedos o de retener las imágenes que encontraban sus ojos abiertos de nuevo. El mundo se revelaba con ánimo de conquista, aunque ella fuese aún incapaz de recobrar cualquier tipo de

sentimiento: ni agradecimiento, ni alegría, ni amor... Diariamente, incluidos los domingos, la criada le traía un desayuno completo a la cama que ella engullía con disciplina y sin apetito. Se sentía cada vez más fuerte. No deseaba cruzar la puerta aún porque no sabía qué encontraría detrás de ella. Necesitaba pensar muy bien qué debía hacer y decir para poder escapar. Una noche, la muchacha barría la habitación cuando Carolina recuperó el habla:

—Dile a Elena que estoy en camino. No será rápido, pero ya no hay marcha atrás. Y tú vas a tener que ayudarme a salir de aquí.

La noche del solsticio de verano de 2013, Carolina se vistió despacio frente al espejo. Recuperó uno de los vestidos mexicanos que le había regalado su suegra el día que llegó. Se repitió varias veces lo que tendría que hacer. Estaba extremadamente flaca a pesar de sus atracones de cada mañana, pero había recuperado lo suficiente para que su belleza resurgiera desde la juventud que preservaba. «Esa llama no vuelve», le dijo su suegra dos días después de su boda desde un rencor maligno. Sentía que había envejecido mil años, pero seguía siendo aquella chica capaz de enamorar al mundo. Respiró hondo dispuesta a hacer de aquellas semanas la obra más larga que jamás hubiera interpretado. De su talento para ser otra, para hacer sentir lo que la otra despertaría, iba a depender que pudiera escapar, recuperar su libertad y dejar atrás a esa manada de monstruos.

Caminó por el pasillo en dirección a la habitación de Ángel. La criada le había dicho que el señor se encontraba en la casa y el resto de la familia también. Llamó un par de veces y abrió la puerta con normalidad. Miró al suelo un par de veces con los ojos bajos en una muestra de sumisión:

—Veo que estás mejor —dijo él.

Carolina sintió cómo le crujía el pecho bajo el vestido y deseó lanzarse a por él para arañarlo, pero contuvo el instinto y enfrió la mirada.

—Sí, estoy mucho mejor —dijo—. No pensé que me resultara tan difícil adaptarme. Otro país, otro estilo de vida. Me he sentido realmente triste y mal, pero me he dado cuenta de que sin tu apoyo no podré ponerme bien. Vengo a decirte que lo siento y que siento haberte hecho pasar estas semanas de incertidumbre.

La memoria de Carolina se activó y volcó en su cerebro todos los recuerdos de su llegada a la casa y los días posteriores a su compromiso oculto. El menosprecio de la familia de él desde el primer momento en que la vieron. Las miradas evasivas de los hermanos y los comentarios dolorosos y ofensivos de su padre. «Aquí aprenderás —le decía—. Ya puedes tenerla controlada, hijo. Por lo que he visto, esta anda bastante suelta.» La reacción cuando Ángel les contó que se habían casado en secreto. El gesto de asco en la cara de su madre, el portazo de la hermana al abandonar la habitación. «¿Y qué vamos a sacar de esto? —preguntó el padre—. Espero que algo más que esta cabra seca y flacucha.» Tres días después, Carolina posaba en la capilla familiar y reproducía su enlace para un par de fotógrafos. Uno enviado por Darío y el otro por la revista mexicana que había ganado la puja por semejante boda con aire de *western* de otros tiempos. «Vamos a ingresar más de 200.000 dólares, mi amor. Y para que te sientas feliz, donaremos 30.000 a una fundación que va a construir una zona de juegos con tu nombre en un hospital de Veracruz.» La foto de aquel enlace descongelado dio la vuelta al mundo catapultando a Darío dentro de su profesión en España y en América. Cuando Carolina quiso reaccionar ya era tarde. La maquinaria de la ambición se puso en marcha a ambos lados del Atlántico gracias a la maldad de Ángel, un hombre irreconocible, y la falta de escrúpulos de un mal llamado amigo Darío.

Miró a Ángel de nuevo en su habitación y contuvo la rabia con un suspiro sonoro. La concentración que necesitaba la empujó a otro recuerdo que había enterrado y rememoró cómo su marido le quitaba su móvil de forma violenta y la amenazaba con golpearla y herirla si hacía cualquier movimiento que él no supiera. Carolina recordó perfectamente cómo se convirtió en una esclava en apenas diez días de su vida. Su mente en *shock* había borrado durante las últimas semanas lo que no podía afrontar: el encierro, la desesperanza y la violación física. Una de las manos le tembló para dejar caer el miedo por su rabadilla. Él, su monstruo, no debía verla. Entendió el porqué de su depresión, dolor y silencio, y se llevó la mano al rostro de forma imprudente, cuando la imagen de la primera bofetada apareció como mordisco. «Llegó a pegarme, Elena», dijo dentro de su cabeza. Se tocó el pendiente para disimular:

—He comprendido que todo lo que has hecho ha sido por mi bien, mi amor. En mi país no estaba acostumbrada a esta vida. Sin embargo, ahora sé que también es la mía y que, como tu mujer, debo respetarte y obedecerte. —Su propio discurso le resultó tan poco creíble que intentó arreglarlo con algo más asertivo y decidido. No podía evitar cierto lenguaje de telenovela un tanto excesivo—. Siento haberme dado cuenta tarde, pero estoy aquí para compensarte si quieres darme una nueva oportunidad.

Ángel la miraba incrédulo.

—El loquero dijo que estabas deprimida. No lo entendí. —Alzó los brazos—. Lo tienes todo, Carolina. ¿Qué más necesitas para ser feliz?

Esta vez fueron sus tripas las que se retorcieron dentro del vestido, pero Carolina fue capaz de encajar la amargura en la espalda. Tensó el cuello.

—Te necesito a ti, Ángel. A mi lado.

Su marido se acercó a ella y la agarró rebuscando en los huesos.

—Nunca pensé que pudieras estar fea, y lo estás. Solo porque te has descuidado. Eso no es lo que debe hacer una mujer, y mucho menos, la mía —dijo sin alzar la voz, pero con un tono intimidante que anunciaba un pico de ira—. Tú has decidido separarte de mí.

Carolina tuvo que hacer un sobreesfuerzo para agarrarse aún más a él y acercarle la boca. Ángel volvió a dudar, pero, como niño mimado, no desaprovechó la oportunidad de romper de nuevo su juguete. Carolina intentó entrar en una especie de trance mientras la desnudaba. Presintió de nuevo la violencia y el dolor. Asumió que debía aguantarlo como un castigo y convencerle de que volvía a desearlo como todas aquellas tardes de hoteles y esquinas en París. Entró en el papel sin miedo porque lo que estaba en juego era mucho más importante que su carne y su sangre en ese momento concreto. Estaba en juego su vida y todo lo que le quedaba de ella.

—¿Qué has hecho, Darío? ¿Por qué no puedo hablar con ella? ¡Voy a denunciaros a la Policía!

—Elena, tranquilízate. Carolina no está haciendo nada que no quiera hacer.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué no puedo hablar con ella por teléfono? ¿Por qué no responde a mis *e-mails*?

—Porque está enamorada. Porque no quiere. Porque no está para eso ahora. ¿Cómo quieres que te conteste? ¡Yo no estoy allí!

—Pero tú hablas con él —dijo tajante Elena.

—He hablado con él estos días para cerrar el tema de las fotos y para hacerle la entrevista, pero poco más.

—¿Y con ella?

—No. Con ella no...

—¿Y su entrevista?

El silencio al otro lado del teléfono evidenció que lo había pillado.

—Ya sabes que Carolina no es muy de entrevistas y menos para medios del corazón. Le pedí a Ángel que me enviara un par de frases que ella quisiera ver publicadas y así lo hizo.

—¡Eso es mentira! —La ira de Elena comenzó a acelerarse como un remolino—. Conozco a mi amiga, y jamás, Darío, jamás diría semejantes gilipolleces. ¿Cómo has sido capaz de publicar algo así?

—¿Te refieres a cosas como «Es el amor de mi vida» o algo similar? Parece que no los has visto juntos en las últimas semanas. Tu amiga, nuestra amiga, Elena —la mentira de Darío pareció rechinar sobre mesa de metal—, ya había perdido la cabeza por este chico antes de marcharse...

—Y tú.

—Y yo ¿qué? —ahora fue Darío quien elevó la voz—. ¿Yo qué, Elena? ¿No llamabas para saber de ella? ¿O para qué llamas? Yo he hecho lo que tenía que hacer. Aprovechar una oportunidad que me era favorable. Ya está. No es personal. No hay nada personal. Es trabajo. —Darío acertó con su nueva mentira porque Elena sí se creyó su último argumento.

—Dame el teléfono de alguien que haya estado en esa sesión de fotos.

—¿Que te dé el teléfono del fotógrafo?

—Sí. Quiero saber si ella está bien.

—¿No has visto las fotos?

—La pueden estar obligando, no sé... Esa no es Carolina.

—Claro que no. No es Carolina. Eso es lo que te quiero decir. —Darío sintió cómo la ira de Elena se iba aplacando—. Carolina es otra y

ahora quiere otras cosas. Ya está, Elena. Estas cosas pasan.

—Dame el teléfono.

—No.

—Entonces llamaré a la Policía.

—Llama. ¿Qué vas a decir? ¿Que no te responde a las llamadas?

—Eres un...

—Soy amigo de Carolina y lo demuestro dejándola vivir esto como ella quiera. No como tú.

—Encontraré la manera de contactar con ella.

—Mira, Elena, para que veas que no tengo nada que ocultar, te voy a pasar por WhatsApp el número del fotógrafo y así me dejas en paz, y de paso a Carolina también.

Darío colgó el teléfono para poner punto final a una conversación que no debía enredarse más si no quería provocar una catástrofe. Necesitaba al menos un par de meses para dar desarrollo a su mejor historia: el amor de película de Carolina y Ángel. Recordó cómo Ángel le había descrito el encierro de Carolina y el diagnóstico del psiquiatra que la visitó. «Parece que no se entera de nada —le dijo—. Está completamente ida, loca, Darío, creo que se ha vuelto loca.» La explicación le resultó simple y sospechosa, pero prefirió no saber nada más. Si había un delito de por medio, no deseaba ser cómplice en ninguna medida. Prefería no saber nada para no tener que dar explicaciones. Lo que le estuviera haciendo Ángel a Carolina no era de su incumbencia. «Es tu problema, Carolina —se repetía a menudo—. Tú te lo has buscado. Yo no me he ido a México.» A Darío le sorprendía de repente un hilo de voz de una conciencia bien educada en la infancia. «¿A qué viene esto ahora? ¿Arrepentirme yo? ¡Ojalá te esté jodiendo, te esté haciendo daño! Ojalá sepas de una vez lo que es ser una simple mortal.»

Darío llamó al fotógrafo y le dictó instrucciones para que no diera detalles del estado de ánimo de Carolina. A su vuelta le había comentado que la notó algo confusa y no demasiado activa en la sesión. No le pareció una novia entusiasmada. Era de la rama dócil. De esos que jamás han conseguido nada por sí mismos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el teléfono del fotógrafo recibió la llamada de Elena:

—Ya me ha comentado Darío que me llamarías. ¿Qué necesitas?

Su reacción violenta brindó a Elena la información que precisaba para conducir la conversación.

—Pues quiero saber cómo está Carolina...

—Bien, muy bien... Yo la vi bien.

—¿La viste enamorada, contenta?

—Sí, mucho. Están muy enamorados. Si no necesitas más, voy a dejarte porque estoy en una guardia y el personaje está a punto de salir.

—Ah, bueno... Gracias por haberme atendido. Solo quería pedirte una cosa más. Me gustaría contactar con la estilista del reportaje para un trabajo. Creo que Carolina estaba guapísima. —Elena buscó una estrategia precipitada para hallar a Carolina, ahora que advertía que su interlocutor había sido previamente censurado.

—No viajamos con estilista, ni maquilladora ni nada. Fui yo solo, *pelao*.

—Pero ella iba...

—Había un equipo mexicano y una chica que la atendía.

Elena vio el pase tan claro como un balón de fuego.

—¿Te refieres a Mabel? —improvisó el nombre de la nana de uno de sus ahijados.

—¿Mabel? —El fotógrafo rebuscó en su archivo sonoro del día—. ¿Cómo la llamaba ella? —se preguntó en voz alta.

—¿Seguro que no era Mabel? —insistió Elena en la única jugada que tenía, su última oportunidad.

—¡Irlanda! Se llamaba Irlanda. ¡Menudo nombre! Una chica morenita, pequeña. Me pareció que también lo conocía a él. No parecía una estilista, pero hizo el trabajo muy bien.

—Muchas gracias. Con mis contactos profesionales, seguro que la encontraré. Gracias de nuevo y disculpa por haber interrumpido tu guardia.

El fotógrafo colgó satisfecho de sus recursos. «No sabe nada —escribió en el chat con Darío—. Tranquilo.»

Elena diseñó un plan rápido y efectivo. Quien trabajara con Carolina, día a día, la querría. Solo debería encontrar el pueblo más cercano a esa hacienda espantosa que había curioseado en Google Maps. Si había una gran casa, había empleados que sirvieran en ella. El siguiente paso sería encontrar una excusa para localizar a una

mujer pequeña y morena que trabajara en la casa de los Correjón. No sería difícil encontrarla con ese nombre. «Irlanda, tú me ayudarás a traerla de vuelta a Europa», sonrió Elena.

El alcalde de Samalayuca atendió a Elena con el entusiasmo de un político local que jamás había recibido una llamada internacional. Le confirmó que era la población más cercana a la Hacienda Coyote, más conocida como La Casa de la Gobernadora. También le aclaró que la señora de la hacienda no se dedicaba a la política y que la gobernadora era una planta típica de la zona, un matorral alto con flores amarillas y carnosas con olor a creosota. Charlaron sobre la belleza de esa tierra, sobre conejos, liebres, pumas y el venenoso monstruo de Gila, cuyo ataque casi acaba con la vida de su hija.

Elena, buena negociadora, le convenció de su interés profesional en la chica que había trabajado en aquella producción de fotos. El alcalde soltó una risotada cuando la identificó como Irlanda. «La vida es un pañuelo», respondió Elena cuando resultó ser una conocida de su hija y de todas las muchachas del pueblo que tenían esa edad. Su primogénita era la hija del alcalde e Irlanda solo una sirvienta, pero en un único colegio todas las generaciones se formaban al mismo calor y la misma lluvia concentrada en unas semanas de finales de verano. Elena le pidió una dirección para mandar una carta. Él, muy amable, le dio la de su propia casa y le prometió que su hija le entregaría el mensaje a Irlanda.

Irlanda se jugó su puesto de trabajo y mucho más con esa carta pegada al vientre. La escondió en su ropa interior como había hecho con cada pequeña nota que Elena le mandó por decenas en sobres que llegaban repletos de anotaciones inspiradoras desde España. Ellas hablaban por WhatsApp, pero Elena insistía en que debía ser su letra la que llegara hasta Carolina. Irlanda recibía nueva correspondencia cada pocos días y con la misma frecuencia reportaba a Elena sobre el estado de Carolina: «Sigue igual. No habla. No come. No lee las notas. Ya no sé qué hacer». Fueron varias semanas con patrones idénticos hasta que la niña, como ella llamaba cariñosamente a Carolina, despertó una noche de luna. Irlanda nunca olvidaría cómo la vio llorar y cómo escondió su dolor bajo el caudal de la ducha.

En eso pensaba cuando atravesó la puerta de la habitación y miró a una Carolina ya recuperada físicamente, aunque torturada por los

disimulos y la falsa entrega de los tres últimos meses. Salía de su cuarto para ver a Ángel y regresaba como un animal al que hubieran clavado lanzas hasta dejarlo al borde de la muerte. Nunca le contó qué le hacía Ángel, aunque no era el primer rostro de mujer que veía perdido y desencajado después del hombre. Irlanda odiaba a los hombres. Odiaba el terror de Juárez, que contaminaba toda la zona con una violencia deseada y alimentada por sus ejecutores. En su barrio la llamaban la Llanita por su aspecto de niña. Pero ella era Irlanda. Un país donde las mujeres no morían por decenas cada mes sin que nadie volviera a encontrarlas. Por eso, Carolina debía salir de allí libre y con vida. Lejos de aquel horror que ella solo podía sortear pasando desapercibida. «Se me da bien —le dijo al entregarle la carta—. Se me da bien esconder cosas.» «A mí también», le respondió una Carolina aún triste antes de darle un beso.

Carolina abrió el sobre y desplegó un papel lleno de besos y huellas y pinturas. Recuerdos de cuando eran niñas. Frases que solo ellas conocían. Acarició la firma de su amiga y comenzó a leer:

Carolina, mi amor, no malgastaré ni una palabra que pronto compartiremos. Ya sabes que lo siento y ya sabes cuánto me duele. Pero ahora debemos concentrarnos en la salida. Sigues allí, pero queda mucho menos. Cariño, por lo que me cuenta Irlanda, sé que estás ganando terreno con él y que pronto volverás a tener su confianza. Te hemos conseguido una oferta para un importante *spot*. Es una gran marca y es mucho dinero. En cuanto te deje consultar tu *mail*, podrás ver los detalles. Utilízalo. La campaña publicitaria es real. Tiene fecha límite. Debes responder en los próximos diez días. Convéncele de que quieres trabajar y dale las cifras para que no pueda oponerse. Regresa y, una vez estés aquí, ya veremos cómo apartarte de esta pesadilla. Tú tienes que llegar hasta aquí. Puedes hacerlo, Carolina. Prepárate. Respira. Todos te estamos esperando. Te quiero mucho.

Carolina plegó el papel y empezó a partirlo en decenas de pequeños pedazos. En cada uno de ellos aún quedaba íntegro algún corazón, un sello, una flecha, el nombre familiar de una muñeca. Miró a Irlanda y le ofreció uno. Ambas comenzaron a comerse los trozos de papel y a tragarlos con un vaso de agua que también compartieron.

Carolina Arjona aterrizó en la T4 de Madrid con el alma deshidratada y los ojos en charco. Ni los momentos más felices que la probabilidad le regalaría en el futuro fueron capaces en ese momento de adentrarla en la vida que dejó y que habitaba antes de tomar aquel vuelo camino de México. Regresar no sería tan fácil. Habían pasado siete meses como siete vidas en las que, al contrario que un gato, había tenido que sufrir con cada muerte y con cada despertar. Algunas heridas eran visibles porque dejaron cicatrices, como un gesto extraño en la mano izquierda que ya nunca volvería a extender. Quizás una pequeña fisura en alguno de los huesos de la muñeca le impedía doblarla a su antojo, recordándole siempre la inmovilidad a la que Ángel la sometió. La captura de su pequeño cuerpo en aquellas tardes de tortura, en las que un hombre mediocre derramó sus frustraciones sobre ella y después le hizo pagar por cada una.

Perdida y somnolienta, vagaba por el aeropuerto madrileño entre la locura de unos meses terribles y la realidad de la huida consumada una vez atravesó el control de pasaportes. Se dejó llevar por la cinta mecánica reconfortada por el desplazamiento y fue justo ese instante de paz el que aprovechó un pensamiento trampa al acecho, como un huracán escondido entre las paredes de aquel edificio aparentemente estanco: «Si me ha hecho daño, quizás lo merecía». Si ella se había ido, debía asumir cada golpe, tragarlo como bola de masa cortada, sentir el ahogo. Solo ella dijo sí a aquella boda y solo ella decidió amar al monstruo. La culpa, irreductible acosadora, viajó también agazapada en un hueco entre sus dos omóplatos, preparada para atravesarla en cuanto la soledad, que ya nunca la abandonaría, le dejara un respiro. La culpa, inagotable traicionera, era un sentimiento

equivocado, pero, como el fuego que busca oxígeno, encontraba la forma de arder dentro de ella hasta consumirla y quemarla como bruja que hubiera invocado placeres y sueños que no merecía. El paso lento de la cinta le hizo cerrar los ojos. La transportaba sobre el suelo y, mientras los niños jugaban a surfear la larga tabla de metal, ella se hundía en la parsimonia de ese camino de regreso. Ángel y su familia le habían arrebatado mucho más que siete meses de vida. Ahora solo era otro bulto al lado de su maleta de cabina. Una sola pieza de equipaje para una estancia de tres días en los que rodaría el *spot* que por fin podría liberarla.

Elena tenía razón y la oferta económica fue irrechazable para ese carroñero cuyas ansias no le permitían renunciar a la carne por el hueso, ni al hueso por la carne. Todas las inmundicias humanas habían aflorado en la piel del que fue su mejor amante, principalmente la codicia y la ira, dueñas de sus conductas como droga para el adicto. Carolina solo necesitó contestar un par de *mails* cuando recuperó su cuenta, sabiendo que era vigilada. El presupuesto que barajaron su agente y ella fue un cebo perfecto para un espía mediocre y un secuestrador que, sin desierto, era un fiasco. Ángel cayó en la trampa a fuerza de besos y sexo interpretado, acariciado por frases vacías y pomposas que lo alababan y perdonaban sus maneras de maltratador. Todo lo que le hizo sentir «macho» —como le gustaba repetir en los momentos previos a la eyaculación— bajó su nivel de alerta hasta extremos que rozaban la estupidez. Fueron precisamente la exhibición de su torpeza, su falta de inteligencia y visión las que casi devuelven a Carolina a sus días depresivos, al darse cuenta de que había estado enamorada de un hombre tan ruin y vacío. Se castigaba pensando en cuánto le dio y cuánto llegó a amarlo cuando el pequeño escalón al final de la cinta la hizo tropezar. Sujetó con fuerza la maleta, que también saltó con ella. Un letrero indicaba la salida de equipajes hacia el lado izquierdo.

Carolina evocó cuántas veces había hecho ese paseo de regreso a Madrid. Recordó las pequeñas preocupaciones que la asediaban antes: el retraso en la salida de equipajes, la carrera para huir de los *paparazzi*, la dificultad para encontrar su coche... Era improbable que algún fotógrafo la esperara ese día, aunque siempre cabía la posibilidad de que alguno despistado a la caza de cualquier famoso la

reconociera. Fue la madre de Irlanda, peluquera del pueblo por afición, la que le tejió una peluca y la transformó en la mujer de pelo claro que paseaba por Barajas con ese aspecto rugoso de las personas que no se quieren nada. Los hombros bajos y volcados hacia delante. La cara lavada y fría como máscara de cera. Los pasos cortos y arrastrados. Nadie pudo ver en aquella mujer enjuta y mal peinada a la que fue la estrella del cine europeo y una de las actrices más queridas de su país. Su melena negra, casi una marca personal de Carolina, voló escondida dentro de aquel postizo que diseñaron mujeres viejas, tías, abuelas y primas de Irlanda. Cuando el día de la prueba envolvieron su cabeza con sus mechones negros a modo de turbante y le pusieron la peluca, deseó desaparecer dentro de ella. «Ya no quiero ser yo», le dijo a la madre de Irlanda. «No lo serás, mi hija», respondió la peluquera mientras le apartaba un mechón de la cara.

Carolina dejó las cintas de equipaje y se dirigió hacia la puerta de salida con temor, como si un rayo de luz en la mañana pudiera despertarla de un buen sueño. Cuando la puerta se abrió, reconoció una cara familiar entre todas. Fue como ver la claridad del faro en medio de una mañana de niebla. Pasó a su lado y ambas avanzaron con determinación militar, aunque una mucho más erguida que otra. Entraron en el aparcamiento y siguieron caminando hasta que el pitido del encendido automático del coche las situó. Ya al lado del vehículo, Carolina dio una vuelta completa para cerciorarse de que estaban solas. Quiso abrir la puerta, pero al apoyar la mano en el tirador, la fuerza de sus piernas se desvaneció como si las hubiera perdido y cayó de rodillas. Su mejor amiga rodeó el coche pensando que Carolina se había desmayado. La encontró recogida en una espiral. Lloraba con el desconsuelo de los supervivientes de una matanza.

—Me da mucha vergüenza, Elena, te daría vergüenza saber lo que he hecho... —Carolina gimoteaba como una niña pequeña.

Elena se arrodilló a su lado y sintió cómo la suciedad del suelo se adhería a sus manos. Abrazó a Carolina para mostrarle que abrirían juntas las puertas de ese infierno. Le plantó la mano abierta en el centro de la espalda y acercó la boca a su oreja.

—Vamos a entrar aquí —tensó la palma para ejercer presión—, dentro de este pequeño cuerpo, y vamos a abrir todas las puertas y

ventanas. Vamos a limpiarte de todo esto y lo vamos a olvidar, cariño. Te juro que lo olvidarás.

El cuerpo de Carolina se quebró sobre el de su amiga. El grito silencioso se ahogó en saliva. Y se aferró a ella hasta traspasar los puntos de su jersey con las uñas.

—Elena, Elena... —repetía como si mencionarla fuera la cura que tanto había necesitado.

Su amiga lloró sin que Carolina pudiera verla. Se secó las lágrimas entre los mechones de esa melena clara que no reconocía.

—Ya estás en casa. Nunca te encontrará, mi niña. Te lo prometo. Nunca te volverá a tocar.

Darío dejó que el teléfono sonara con la intención de no contestar. No había podido reunir más información desde la última llamada de Ángel. Sabía que la actriz había llegado procedente de México tres días antes, aunque nadie la había visto en el aeropuerto. Tampoco un fotógrafo *freelance* que él mismo envió. Había confirmado con fuentes de la agencia de publicidad —siempre hay una secretaria con ganas de cotillear— que Carolina Arjona había rodado durante una jornada completa el *spot* en una localización cerca del pantano de San Juan. Sabía que había solicitado extremas medidas de seguridad para evitar ser fotografiada durante el rodaje. La marca comercial había posteado varias imágenes de ella durante los preparativos. Fueron precisamente esas fotos en Instagram las que hicieron que Darío se confiara. Los coches y motos de la prensa del corazón esperaban apostados a la puerta del chalet. Poco antes de que el sol se pusiera, las redes sociales difundían que continuaba rodando los planos de interior del anuncio. En ese último par de horas de rodaje salieron de la finca varios camiones y coches de empresas de *catering*, peluquería, maquillaje e iluminación. Carolina pudo escapar en cualquiera de ellos porque lo cierto es que nadie la vio salir. Darío se reprochó por enésima vez su falta de previsión y su confianza en la pieza del engranaje que nunca le había fallado. Pero Elena ya no contestaba a sus llamadas.

Carolina no había tomado el vuelo de regreso. Nadie sabía dónde podía estar. Ángel, su amor platónico y socio de esta empresa hasta el momento tan beneficiosa, le exigía desde México una solución. Darío

escuchó su mensaje de voz y se alegró de no haber descolgado. Llegaron en bloque los insultos y la ira, la maldad de aquel animal precioso al que él amaba y que ahora era la mezcla de un lobo hambriento y un perro rabioso. No podía encontrar a Carolina. No podía satisfacer a Ángel. No podía dar las respuestas que su entorno profesional le demandaba. Darío estaba solo y, por primera vez en mucho tiempo, no era capaz de hallar el camino para aprovechar esa situación. Era tan solo un perdedor. De nuevo.

El ruido de las descargas de los primeros camiones de reparto de un supermercado cercano despertó a Carolina. Su mente, clara y descansada, le ordenó que no se levantara aún. El desasosiego y el lógico temor por afrontar un nuevo comienzo desde la reclusión no eran tan malos compañeros. Mucho peores habían sido la desesperanza y el pánico que sintió en aquellos meses cerca de Juárez. Ahora, como le había repetido Elena varias veces la noche pasada cuando llegaron a un piso de alquiler al otro lado del Manzanares, debía invertir cada minuto en recuperarse. Lo más aconsejable era pasar los primeros días sin salir del piso.

Elena había contratado a una mujer de mucha confianza a la que siempre llamaba en momentos delicados. Era, como ella misma la definía, una profesional del orden. Nunca había aceptado trabajar como asistente para ella, aunque Elena lo había intentado en muchas ocasiones, pero siempre estaba dispuesta a hacerse cargo de trabajos puntuales y muy bien pagados. Elena la llamó en cuanto supo cómo rescatar a Carolina. Le encargó los pasajes, la negociación con la marca y la gestión del *spot*, la búsqueda de un piso que no llamara la atención en un barrio que también pasara desapercibido, la atención de su ocupante y su avituallamiento. Años atrás, fue la encargada de hacer sus dos grandes mudanzas y también la ejecutora del reparto de las propiedades de su madre cuando murió. Elena ponía el mundo en sus manos como una madre dejaría a un bebé con los ojos cerrados en el regazo de una hermana. «¿Cómo dices que se llama?», le preguntó Carolina. «Se llama María —respondió Elena—. Ella te verá más que yo y será nuestro enlace. Es fundamental que, en estas primeras semanas, no te encuentren. Necesitamos desactivar este culebrón y

activar un nuevo trabajo que te vuelva a convertir en noticia por tu profesión y no por ese bastardo.»

La cerradura sonó con un crujido característico que Carolina memorizó en su primera entrada en el piso. Estaba en el baño lavándose los dientes y se enjuagó rápido para estar en el salón para recibir a su visita. Frenó una pequeña carrera contra el respaldo del sofá. La figura de una mujer demasiado alta para ser española atisbaba el rellano desde el *hall*, Carolina dedujo que escrutaba la presencia de algún vecino. Llevaba una capa color teja, unos mocasines de piel muy blanda con suelo de goma y unos pantalones vaqueros que, por su nula cintura y lo ancho de las perneras, irían seguro ajustados con una goma a su vientre. Era pelirroja y llevaba coleta y gafas de pasta. Cerró la puerta desde dentro y se quedó unos segundos más observando por la mirilla. Guardó las llaves en un bolso escueto en comparación con su figura y saludó:

—Hola, Carolina. Soy María.

Su voz era probablemente la más dulce, melódica y suave que Carolina hubiera escuchado jamás. Apropiada para seriales de radio de otras épocas por su feminidad y su amplitud. Un ligero acento inglés la convertía en una preciosa joya que una actriz sabía reconocer y valorar.

—¡Qué voz más bonita tienes, María! —dijo Carolina mientras avanzaba hacia ella con la mano tendida.

—Es un comentario que escucho desde hace muchos años. Algunas de mis notas son de audio porque así yo también puedo disfrutar de mi propia voz. —María sonrió de forma ligera y afable. La ideal para acompañar cada uno de sus movimientos, suaves y tan precisos que parecían ensayados—. Hoy no te voy a hacer trabajar porque tendrás *jet lag* y porque Elena me ha indicado que tu descanso y recuperación son una prioridad. ¿Necesitas algo en concreto que pueda facilitarte?

—¿Como qué? —dudó Carolina mientras abría una a una las puertas de los muebles de la cocina y comprobaba que estaban repletos de comida envasada, más los productos frescos en la gran nevera.

—Cualquier cosa... —respondió María—. Por ejemplo, esta mañana mientras dormías, te he traído un portátil. Ya lo tienes

conectado, no tienes fibra óptica porque aún no hay en el barrio, pero sí dispones de un ADSL muy decente, aunque, si quieres descargarte películas o series, pídemelas a mí y las tendrás al día siguiente. También te he traído un teléfono solo para usar entre nosotras. Te aconsejo que no lo utilices para nada más y que si necesitas algo...

—Te lo pida a ti.

—Veo que lo has entendido. Te he creado una nueva cuenta de *e-mail* para eludir a quien desee *hackear* tu antiguo correo, y aquí incluyo a tu marido, su familia, los profesionales que contrate y a todos los periodistas despiadados que ahora mismo te están buscando.

—¿Cuándo podré salir?

—¿Quieres un masajista? —María respondió como si no hubiera oído la pregunta. El silencio de Carolina azuzó su respuesta—: No lo sé. No te contesto porque no lo sé. Probablemente pronto. Pero todo depende de la cacería a la que te sometan y de cuánto tiempo tarde en dar contigo vuestro amigo Darío, esa bestia que te ha traído hasta aquí.

—Aquí estoy por Ángel. Darío es ruin, pero no tiene tanto poder.

—¿Eso crees? —María respondió desde la soberbia del que maneja mucha más información. Su voz no sonó ya tan armoniosa.

—Todo lo que ha pasado es culpa de Ángel o... simplemente es culpa mía —insistió la actriz.

—Carolina. —María se acercó hasta la mesa de la cocina y se sentó frente a ella—. He leído y rastreado toda la actividad en Internet de tu marido gracias a un buen *hacker* amigo, los mejores amigos en estos tiempos, y te aseguro que Darío ha sido el abono para que creciera toda esa hierba venenosa. Sin él, nada de esto te hubiera situado en el lugar que estás. Este piso —María abrió los brazos para apuntar las paredes de gotelé— es el lugar que ha elegido para ti Darío sin saberlo. No tiene ni idea de que vas a pasar algunos días recluida y sola. No es capaz de imaginarte sin comodidades ni ayuda. Él os conoce bien, a ti y a Elena, pero no a mí. Y yo me encargaré de que no dé contigo. —Se incorporó, cogió el móvil que había dejado sobre la mesa y se lo entregó—. *Anywhere, anytime...* Estoy aquí para ti.

La mujer gigante desde la perspectiva de Carolina, sentada en una de las pequeñas sillas de la cocina, se dirigió a la puerta y observó de nuevo por la mirilla.

—Mañana volveré y creo que te traeré buenas noticias. Pablo Berger, el director de *Blancanieves*. —Carolina abrió mucho los ojos—. Sí, sí, el que lo ha ganado todo en los últimos Goyas, ha contactado con tu agente y creo que quiere que trabajes en su próxima película.

Carolina se agarró las manos y se pellizcó la piel de la primera falange del dedo índice. Tragó saliva para no romper a llorar.

María pudo sentir su escalofrío. No era el consuelo su fuerte, ni tampoco la compasión, pero por los *mails* y los mensajes que había tenido que leer era consciente del daño que había sufrido aquel pequeño cuerpo en manos de hombres arrogantes. No era el momento para desdeñar también a las mujeres que se dejaban engatusar por semejantes bestias, cegadas por algo que ella despreciaba: la combinación de brutalidad y vulgaridad que exhiben los faltos de inteligencia. Era, por el contrario, el momento de al menos acompañar con cierta carga de afecto. María procesó la orden desde la responsabilidad y la disciplina que tanto la reconfortaban y, como una buena actriz de doblaje, colocó la voz en el punto justo para llenar las ondas que las separaban con una sentencia con cuerpo de *jingle*:

—Carolina, tranquila, todo va a salir bien.

La redacción, que días antes lo aupaba con sus cuchicheos y una envidia reconocible para el olfato de un narcisista como Darío, se paralizó a su paso, ansiosa e impaciente por la falta de noticias. El periodista que de forma casi mágica lograba informaciones allá donde estuviera Carolina Arjona le había perdido la pista como si se la hubiera tragado la tierra. Darío llegó al trabajo calculando las preguntas que tendría que afrontar. Solo tenía una opción para poder escapar de esa situación de bloqueo. Entró en el despacho del director sin llamar y lanzó su cartera sobre el sofá de la esquina. A modo de saludo irrespetuoso, Darío le gritó:

—¿Dónde está Carolina Arjona?!

El director de la publicación lo miró perplejo y reaccionó:

—¿Y tú me lo preguntas, Darío? Dime tú dónde está tu putita. La amiga de tus amigas.

—¿Dónde estás, Carolina Arjona?! —volvió a gritar Darío.

Su jefe se percató de que había dejado la puerta abierta y toda la redacción los estaba escuchando. El ruido de los teclados había desaparecido.

—¿Te has vuelto loco, Darío?

—No. Esa es nuestra historia: ¿Dónde está Carolina Arjona? —Y fue lanzando una sucesión de preguntas con golpes de puño a puño, mientras un suspiro contenido le llegaba desde la redacción—: ¿Está viva? ¿Es una ladrona? ¿Ha destrozado la vida de una buena familia en México? ¿Se ha vuelto loca? Ahora mismo el problema no son las respuestas, sino no saber hacer las mejores preguntas. Encabezaremos su búsqueda desde la preocupación, pero nuestro objetivo es darle caza. Si está escondida, si lo que quiere es huir, no contestará; si está muerta, tampoco. Podemos decir lo que queramos de ella. Nadie nos rebatirá, nadie nos dirá que no es verdad. Todos podemos imaginar cómo es esta furcia que desaparece delante de nosotros para insinuar que es mejor que cualquiera de los que estamos aquí. ¿Vamos a permitirle que nos gane? Yo no. Voy a encontrarla y sabré por qué se ha ido. Lo sabremos antes que nadie.

El discurso de Darío silenció la redacción que lo había adorado al conocerlo, que se había comido sus restos en los últimos días como banda de buitres y que ahora, carentes de ética y memoria, volvían a venerarlo. Un ligero aplauso llegó hasta sus oídos, enseguida percibió que eran solo unas pocas manos las que lo agasajaban. Se dio la vuelta y la vio avanzar hasta él. Era una mujer con la maldad tatuada en el rostro conocida en la profesión como la Serpiente. El director se levantó para recibirla.

—Muy bien, Darío. Si eres capaz de resolver este embrollo, adelante, pero vas a tener que hacerlo con ella a tu lado. Ahora sois un equipo.

—Un placer, Eloísa. Ya lo sabes.

La Serpiente agitó su melena rubia para que toda la redacción pudiera verla caer sobre su espalda. «Una mujer fea con un “detrás” perfecto», pensó Darío. Quiso imaginar su saliva mortal y agradeció su indiferencia sexual hacia las mujeres.

—Darío, Darío, y ¿cómo es que no sabes dónde está tu amiga? —le dijo ella a escasos centímetros de su cara con cierto toque de celebración—. No te apures. Lo pasaremos bien. Y yo también creo que

la encontraremos. Solo te pediré una cosa. Escúchame bien, Darío: quien la encuentra se la queda. Yo no comparto mis trofeos.

Las siguientes dos semanas dejaron paso a la niebla. Una niebla de preguntas sin respuesta y de informaciones falsas. Eloísa y Darío fueron incapaces de dar con ninguna pista que los llevara hasta Carolina, que, poco a poco y para sorpresa de Elena y María, supo encontrar en aquel piso mal amueblado un hogar dulce y protector. Carolina dejó de ser un peligro por su dominio de la ansiedad y Darío empezó a somatizar su impaciencia con una tos repetida que un doctor le diagnosticó como síntoma de un reflujo estomacal continuo. Eloísa, su compañera y competidora, no parecía somatizar el fracaso y, aunque rabiosa, nunca perdía esa especie de base fría en las mejillas infladas y el escote de papel arrugado. «Tarde o temprano fallará», le repetía ella a la vez que diseñaban juntos una nueva vuelta de tuerca para su falsa historia.

En apenas dos ediciones de la revista habían situado a la actriz en al menos tres posibles localizaciones. La hipótesis que más lectores afines encontraba era la que la daba por desaparecida, y la habían elaborado para infiltrar como consecuencia la muerte de Carolina Arjona. No se atrevían a titular con esa rotundidad, pero un par de signos de interrogación bien situados, «¿Desaparecida?», bastaba para llevar a las ovejas hasta el pasto que les ofrecían.

María había retirado la televisión del piso y, con la excusa de la falta de red, mantenía a Carolina más o menos protegida de las provocaciones periodísticas. Cada día le llevaba nuevos dispositivos externos con películas y series, y le *hackeaba* el wifi para que la cobertura fuera solo aparente: las webs informativas no cargaban. Le llevaba algún periódico que no hablaba de ella, aunque quedaran pocos que no respondieran al hambre popular por descifrar su paradero. Sí reconocía ante ella que la estaban buscando, que la protegía de las informaciones para no herirla y para evitar que se lanzara a llamar a su familia o a sus amigos. Carolina no era idiota y entendía los mandatos de Elena personificados en María. Recuperaría su antigua capacidad de disciplina para obedecerlos a pies juntillas. Solo unos minutos cada día, cuando ya estaba cayendo el sol, se acercaba a la ventana para ver a sus vecinos regresar a casa cabizbajos y agotados. Ninguno tenía el ánimo de mirar hacia arriba y distinguir

en ese edificio a una megaestrella del cine. Como mucho, verían a una chica pegada a la ventana. Una de las personas que la miró sin verla fue una joven rubia y menuda que continuó su marcha.

—Veinte, veintiuno, veintidós...

—¡Deja de contar! Sabes que me molesta.

—Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete...

—No tiene gracia. La gente nos mira. A los dos. Hazlo cuando estés solo, pero no me metas a mí en esto. No es justo.

Un transeúnte se cruzó con Soraya, aún torpe en el manejo de la silla, ejerciendo de ese tipo de madre que nunca había querido ser, y le sonrió.

Quizás ella fuera la única molesta por el soniquete de esa cuenta que se repetía cada vez que salían de paseo, o quizás ese señor se apiadaba de ella y su nada celebrada resignación. «Si ellos supieran que, a veces, lo odio... Pensarían que soy malvada, que no tengo corazón, que carezco de humanidad.»

—Sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, sesenta y ocho...

Un claxon estridente surgió del murmullo del tráfico como una llamada a la batalla cuando, sin mirar, Soraya se lanzó al paso de peatones. Las personas que la rodeaban gritaron a coro sin ni siquiera hacer el amago de rescatarla.

—¡Hija! Ten cuidado, que no vas sola.

La cuenta proseguía, aunque a un volumen mucho menor. Un susurro insoportable para ella, pero inexistente para cualquiera que pusiese su atención en otra cosa o simplemente permitiera que la banda sonora de la ciudad se impusiera a todo como capa de aceite.

—Noventa y ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno, ciento dos...

Por fin se abrió el semáforo. Como cada día, en torno al ciento cuarenta y seis, llegarían a casa.

Santiago aprovechó el respiro del instante previo al comienzo de la misa. La música del órgano había devuelto a sus asientos a los que se habían acercado para repartir abrazos y consuelo. Incómodos por la amenaza escondida de la vida y muy tristes por no ver ya jamás a una mujer a la que la mayoría de los asistentes quería de verdad. Santiago sentía, hoy más que nunca, haber querido a Clara antes incluso de que comenzara su propia vida. Echó un vistazo hacia los bancos intermedios del templo. Conocía bien a su buen amigo Simón y sabía que nunca ocuparía un lugar más adelantado, aunque podría haber optado por estar hombro con hombro junto a él. Su cabeza grande destacaba entre ese manojito de cuerpos rotos que era su familia política. ¡Ni siquiera tuvieron tiempo de escuchar las palabras «cáncer» o «quimioterapia» para prepararse! Él había sido el afortunado que la había acompañado; quien había recogido su miedo cuando ella supo que moriría sin remedio.

Debido a la velocidad del proceso, ambos decidieron no compartirlo con nadie más. Eligieron pasar esas semanas juntos, luchar todo lo que fuera preciso pero sin caer en fantasías, estar con su hija y besarla hasta desgastarle la piel y las cosquillas. Santiago se quedó pegado a ese recuerdo como un pequeño escarabajo agarrado por error a una camiseta, aterrado por los golpes de un corazón que ni siquiera reconocía como suyo. Sentía un dolor que le retorció la boca el estómago cada vez que su memoria le traía la risa amplificadas de su esposa, con un eco propio de las pesadillas. Como si pudiera escuchar sus pensamientos, Malena le soltó la mano. Él centró su atención en el cuidado de su hija en un día tan difícil. Aún se preguntaba si Malena debía estar allí. Siete años. Una edad en el límite. Suficientemente

consciente como para poder despedirla, bastante niña aún para agobiarla con una carga innecesaria. Malena tiró de la mano de su padre con una determinación que transmitía urgencia:

—¿Adónde quieres ir, hija? Va a empezar la misa... —le preguntó mientras le cogía la cara con las manos.

—Con la abuela, papá. Quiero ir con la abuela. —Malena repitió su deseo dos veces, como cuando era mucho más niña y practicaba con el lenguaje.

Santiago pensó que quizás le había presupuesto una madurez precoz. Se incorporó para buscar a su suegra y la encontró en el centro de un grupo de amigas. Era una mujer deshecha, como una masa de carne derretida dentro de aquellos collares de perlas que no lograban iluminarla. Su tez se había tornado verduzca y pajiza, como si le hubieran retirado la sangre para llenarla de fango y lodo. Antes de que la niña pudiera ver a su abuela en ese estado, Santiago se inventó otra propuesta:

—¿Por qué no te vas con Simón?

Malena sonrió.

—¿Simón está fuera de esta iglesia? —Sin intención, tiró de nuevo de la mano de su padre en un gesto tan subconsciente como afirmativo.

—Seguro que prefiere llevarte al parque... A los columpios, para tiraros del tobogán. —Santiago le dio uno de esos pellizcos en la cintura que tanto la hacían reír.

—Eso no, papá. El tío Simón no entra en el tobogán seguro. Casi no entra en el ascensor porque tiene que entrar de lado.

Santiago se imaginó cómo se habría reído Clara con ese comentario, ella que le quitaba de la mesa los fritos a Simón para que no vaciara las bandejas.

—¿Vamos, entonces?

—Me parece una buena idea, papá.

Su hija le sonó adulta Y lo entristeció aún más. «Sí, el dolor nunca parece tocar techo.» La abrazó antes de levantarse del banco. Por encima del hombro de su padre, Malena pudo ver el ataúd en el que, sospechaba, estaba metida su madre. Al darse cuenta, Santiago la giró con brío y volvió a ganar su atención:

—Vamos, Malena, que el sol... —Santiago hizo una pausa ensayada y recuperó la mirada de su hija, que encontró a su familia perdida en el final de una frase de los tres.

—También se cansa de esperar. Eso lo hubiera dicho mamá y yo tendría que haber dicho: «¡No te vayas, sol!». Y salir corriendo.

—Ahora tendremos que hacerlo de otra forma. Yo diré la primera parte, tú la segunda, y la última la tendremos que decir los dos a la vez.

Malena asintió y negó a la vez. La expectativa de un juego nuevo no le servía para remendar la pérdida de la tercera voz, la de su madre.

—¿Se me olvidará su voz, papá?

A Santiago se le derramó el alma por completo en la cuenca de los ojos y se levantó para mirar a otro lado. Logró decir a duras penas, con las cuerdas vocales trenzadas por la angustia:

—Vamos, mi amor. —Y tiró de ella con determinación y urgencia.

Su cuñado le hizo un gesto desde la segunda fila para indicarle que no podía marcharse en ese momento. El sacerdote ya se acicalaba a la salida de la sacristía. Santiago asintió, pero siguió avanzando por el pasillo lateral y empujó a Malena hasta la salida sin mirar a nadie más.

Sin necesidad de comprobarlo, presintió que los pasos que los seguían eran los de Simón. Tanto por su cadencia como porque los pasos amigos suenan distinto. Ya en la calle, los tres suspiraron para cambiar el aire de sus pulmones. Caía el sol con un tiempo lento que desesperaba a los pájaros. Muchos revoloteaban en las copas de los árboles sin saber qué hacer: posarse o reanudar el vuelo. Malena se aferró a la pierna de su padre. Simón rodeó a su amigo con un brazo derecho que Santiago sintió como un puerto seguro en el que atracar.

—Gracias, Simón —le dijo dejando caer ligeramente el cuerpo hacia su amigo, hecho de roca para ese instante.

Malena se sentó en las escaleras para repartir las sobras de una bolsa de patatas entre los pájaros inquietos. Pájaros grises de ciudad estresados y ansiosos como oficinistas escupidos a la calle después de una jornada de encierro.

—Lo que necesites, Santiago, faltaría más. Ya lo sabes. Lo que sea. Cuando sea. El tiempo que haga falta. —Simón palmeó el hombro de su amigo sin dejar de sostenerlo.

—¿Puedes ocuparte de Malena este rato? No veo necesario que viva todo esto. Creo que me he equivocado al traerla. Parece tan mayor a veces. Pero es una niña, Simón. Solo la ha disfrutado siete años... — Santiago no pudo aguantar más y lloró cobijado en su mejor amigo. Unos segundos, como una bocanada de oxígeno, sin dejar de vigilar a Malena, alerta para cambiar el gesto si ella se giraba—. Vete a jugar con ella... y luego nos vemos en el jardín que hay delante del portal, ¿te parece?

La niña regresó de la escalera y se aferró más fuerte aún a la pierna de su padre.

—Sin problema —respondió Simón—. ¿Te parece buen plan, Malena? —El hombre-muro en el que se apoyaba Santiago se agachó hasta mirar de frente a los ojos acuosos de la niña, que no le contestó.

—Ya tienes casi ocho años, Malena. Eres mayor. —Le quedaban siete meses para cumplirlos y Santiago se arrepintió al instante de la manipulación. «No permitas que crezca demasiado rápido», le había pedido Clara—. Pero... no lo suficiente como para estar ahí dentro, donde hace frío y hay muchas cosas que no nos gustan.

—La caja —musitó la niña.

—¿Qué dices, cariño?

—La caja, no me gusta la caja —dijo Malena entre susurros y gimoteos.

—Vamos, Malena —dijo Simón—, agárrame la mano. Vamos a pasarlo muy bien. Jugaremos con los amigos del cole y podremos tirarnos del tobogán todas las veces que quieras.

—Tú no.

—Vale, yo no. Pero tú sí. Y yo te ayudaré.

La niña alargó la mano para dejarla caer como un grano de arena dentro de la enorme mano de Simón, que en la universidad fue jugador de fútbol americano.

—Papá dice que pareces King Kong.

—Pues claro, ¿no te parezco un gorila gigante? —Una mueca a tiempo desató la risa de Malena que, de repente, se sintió cómoda y confiada.

Santiago vio el momento del relevo y le soltó la otra mano.

—Cariño, en una hora y media como mucho nos vemos en casa para cenar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, papá.

Simón y Santiago se sonrieron por esta nueva empresa en la que una vez más vencían. Malena bajó las escaleras, sin saltar como siempre hacía, para poder girarse a mitad del trayecto y lanzar un beso a su padre.

Santiago y Simón eran amigos del colegio. Inseparables, les gustaba recalcar. Cada uno por su lado tenía cualidades y habilidades suficientes como para conseguir todo lo que se propusiera, pero juntos eran realmente invencibles. Imposible superarlos en un examen, una prueba deportiva o una cita con chicas. Santiago y Simón juntos eran una historia aparte. Todo jugaba a su favor cuando se aliaban, y la vida les había enseñado que mucho mejor que un hermano de sangre era tener un buen amigo elegido, uno que te escoge entre miles y decide darte todo por ti.

Fue Simón el que le presentó a Clara en una fiesta a altas horas de la mañana. Santiago rememoró ese instante con una dulzura que no había sentido desde antes de que la palabra «cáncer» se colgase como un lastre del amor de la pareja. Saboreó ese cariño ligero que los había hecho volar muchos ratos, minutos de sexo bajo sábanas blancas, su mano abriéndose para dejar escapar su pelo, el olor de Malena que hizo llorar a Clara a los pocos días de nacer, el tacto de su nuca mientras dormía tranquila y él perdía una mano entre sus piernas, su boca cuando masticaba...

Santiago vio a Malena alejarse de la mano de Simón. Quiso que, en sueños, también hubiera una especie de gigante que pudiera arrastrarla hacia lugares alegres. ¿Cómo podía ayudar a esa niña de cuerpo menudo y rizos dorados a que olvidase una parte troncal de su vida? ¿Cómo lograría que ese amor maternal no mutara en dolor y ausencia? ¿Cómo sería capaz de transformar a Clara en un recuerdo hermoso y cálido para su hija? ¿Cómo iba a lograr para ella lo que sabía con certeza que no alcanzaría para él?

La capa de aire frío que espera a los visitantes de las iglesias lo recibió desapacible. Un sollozo y algún suspiro acompañaron su paso hasta el primer banco. Pasó al lado del ataúd, esa caja fea que Malena tampoco quería mirar, y decidió gastar ese tiempo como las horas de hospital de los últimos días. Sin esperanza, sin soluciones, sin querer mirar el presente, incapaz de encarar el futuro. «Tú no hubieras

querido esto, no hubieras querido tanto dolor —le dijo a la Clara serena, no a la mujer que entró en pánico en los últimos días de su vida—. Tú hubieras preferido...» Santiago volvió a mirar a su suegra mientras el sacerdote recordaba uno a uno los nombres de todos los fallecidos en la familia en los últimos años. El pesar de esa mujer que en menos de tres años había perdido a su hija y a su marido. Santiago repudió ese exceso de dolor y recuerdo, esa necesidad de hacer presente la pérdida hasta darle el grosor y el cuerpo de una escultura de mármol imposible de cargar. Y todo para acabar explicando que Dios tiene sus razones. Santiago sintió el alivio de la ira, una emoción mucho más llevadera que la tristeza, y miró a su suegra convertida ahora en un tejido sin fuerza en los hilos, sin tensión, vencido. Nunca le había caído bien, y Clara lo entendía, e incluso lo aplaudía en ocasiones: «Ódiala tú que puedes». Pensó en que nadie podría levantarla después de ese funeral a no ser que le quitaran los collares de perlas y, sin querer, sonrió con el permiso de Clara.

El pésame de amigos y familiares se le hizo eterno. «Demasiada gente para un dolor tan íntimo.» Quiso entender las razones que llevan a algunas personas a introducir la nariz en un momento tan delicado y llegó a la conclusión de que, más allá del consuelo que quieren proporcionar, se debe al miedo a su propia muerte. Por eso, Santiago comenzó a consolar a cada una de aquellas personas que se acercaban a él con el miedo de quien mira a los ojos de un maldito. Una especie de «Ya cargo yo con ello», que los aliviaba en el fondo. Rehuía las conversaciones sobre si se fue tranquila, si fue rápido, si le dio tiempo a despedirse o sobre esta enfermedad «que nos va a matar a todos». Hubo quien se atrevió a preguntarle si Clara no se hacía revisiones ginecológicas periódicamente, supuso que para valorar las posibilidades de éxito de los tratamientos en función del diagnóstico temprano. Santiago creyó hacer oídos sordos a la vez que repasaba las visitas de Clara al ginecólogo después del nacimiento de Malena. Era cierto que cuando le descubrieron el cáncer en el ovario derecho llevaba más de dos años sin ir a consulta. Recordó la noche que discutieron, tres días después del diagnóstico, por culpa del egoísmo de Santiago. Cómo le reprochó su falta de vigilancia y llegó a decirle que cuidarse también era una responsabilidad como madre. Evocó el pánico que sentía, incapaz de imaginar una vida sin ella, perdido en

medio del mar, trago a trago de agua, consciente de que el peso lo hundiría. Santiago sujetó la mano de un desconocido y se arrepintió de aquellos minutos de ira y desconsuelo. «La hiciste sentirse culpable de su propia enfermedad. ¿Se puede ser más miserable?»

Santiago terminó el funeral agotado. La poca energía que le quedaba se consumió entre palabras equivocadas, abrazos rígidos y elongación del dolor. Ni siquiera pudo aprovechar los besos de los buenos amigos, el calor de los abrazos de su familia, que lo sujetaba sin que él se diera cuenta. Nada ganó en este espectáculo en el que Clara se consumía dentro de aquel ataúd. Los últimos minutos, ya en el crematorio, fueron tan duros que su cerebro los fue borrando a la par que sucedían. Santiago cerró los ojos y creyó sentir el calor de las llamas, aunque el horno estuviera separado de la sala por un cristal.

Un primo lejano lo llevó a casa en coche. Aunque estaba cerca, no tuvo la seguridad de llegar solo a pie. En ese rato, podría haberse sentado en un banco y dejar pasar los días sin recordar que Malena lo estaba esperando. «¿Puede uno volverse loco por una tragedia?», le planteó a su acompañante. El primo era tan lejano que ni siquiera contestó.

Al bajar del coche, vio a Jemina apoyada en un árbol al lado de su portal. Chateaba por el móvil. A sus pies había una bolsa con naranjas y una piña. La mujer se sobresaltó cuando Santiago se puso frente a ella.

—¿Malena? —preguntó mientras se aflojaba la corbata.

—En la casa, señor, con el joven Simón.

—Ahora resulta que yo soy señor y Simón es el joven. ¿Cómo es esto, Jemina? —Santiago sonrió y la mujer recogió la bolsa con la fruta.

—Son para el zumo, señor. Como a usted le gusta.

—Vamos, Jemina, subamos. ¿Cómo has visto a Malena? ¿Ha jugado?

—Bien, bien, señor, la he visto bien, como puede estar una niña así, señor, usted ya me entiende, la niña sabe, pero está bien...

Santiago miró la pinza de plástico que llevaba Jemina en el pelo desde el día que Clara y él la conocieron. La misma pinza negra para sujetar su pelo negro. La estrechez del ascensor lo obligaba a mirarla desde arriba y ver su coronilla.

—¿Y tú cómo estás, Jemina?

—Pues cómo voy a estar, señor. No duermo. Muy triste. La señora era muy buena conmigo...

Santiago dejó de escucharla cuando las frases empezaron a sucederse desde lo mecánico. Con la misma cadencia con la que cambiaban los números de los pisos en la pequeña pantalla del cuadro de mandos del elevador.

—Ya lo sé, Jemina... —dijo cuando el timbre anunció la parada para interrumpir el murmullo monocorde de la trabajadora—. Clara también te apreciaba mucho.

Fue ella quien abrió la puerta. Santiago ni siquiera estaba seguro de llevar las llaves. Simón repasaba vídeos en su móvil y reía. Santiago escrutó los rincones del salón en busca de Malena. Su amigo levantó la cara del aparato al oír el portazo. Jemina no era muy delicada en esas cosas, aunque en la limpieza, como decía Clara, «es un diez». Santiago se sintió por fin en casa. La sonrisa de Simón y su gesto al abrir los brazos le permitieron soltar cierta tensión.

—Está dormida en su cuarto —explicó Simón.

—Me alivia saber que puede dormir.

Simón lo abrazó con la misma fuerza de las grandes celebraciones.

—Claro que duerme, Santiago, y tú también dormirás. Por si acaso, te he traído Lexatin. —Se retiró para sacar los ansiolíticos del bolsillo—. Estos días te vendrán bien.

—¿Cuántos me tomo? —dijo Santiago con el blíster en la mano.

—Yo tomo cosas más fuertes. Pero, en un día así, si yo fuera tú, me tomaría por los menos dos.

Y las noches fueron una a una, luna tras luna. Y tanto Malena como Santiago lograban dormir a ratos. Nunca tranquilos del todo, pero al menos en fase de descanso. Y de esta forma, emprendieron la conquista de una rutina diferente y mucho más áspera que la vivida. Santiago se refugió en el trabajo, donde con sus rendimientos y logros parecía compensar la pérdida personal. «Las trampas del cerebro son tan valiosas y tan poco apreciadas», pensaba a menudo. La terapeuta que los ayudó a superar su crisis matrimonial también fue una buena consejera en esos tiempos de despedida en los que padre e hija tuvieron que digerir la muerte.

Santiago solía restar valor a su aprendizaje, envuelto en la lástima y la compasión que lo invadían al ver a su amor enfermo. A ella, su «viento», como le gustaba llamarla, le llegó una resignación que tan solo abandonó los últimos días, en los que pasó de la calma al terror sin intermedio. La mujer serena y elegante que encaró la muerte como si hubiera vivido mil vidas se transformó en una hidra cruel que culpó a Santiago por entenderlo y al mundo entero por no poder evitarlo. Todo ese dolor, provocado por los volantazos que había sufrido la columna de sus emociones, lo dejaron perdido ante las palabras de consuelo. Los amigos, los conocidos, los compañeros de trabajo destacaban su serenidad, pero él solo lograba encontrar cierta paz sumido en preparativos de viajes cada vez más frecuentes, nuevas operaciones y apertura de mercados. Todo el trabajo con aquella terapeuta sirvió no solo para encarar el duro proceso de la despedida, sino también para perdonarse las fintas que tuviera que hacerle a la realidad para dejar caer los días como monedas en una máquina tragaperras hasta que, por acumulación, llegara el premio en forma de... «Quién sabe —se respondía Santiago—, ahora solo quiero pensar en mi trabajo.»

Simón lo miró desde el sofá. Eran las tres de la madrugada. Santiago regresaba de un nuevo viaje. Un año después de la muerte de Clara, el tiempo había volado hasta casi desaparecer.

—Mírate, mi querido amigo —dijo Santiago—. A dos días del aniversario de la muerte de Clara y sigues en mi casa cuidando de mi familia. —Se quitó la gabardina y se sentó en la mesa de centro que había frente el televisor, donde un hombre hinchado por los anabolizantes vendía un juego de cuchillos.

Los dos hablaron sin dejar de mirar a la pantalla.

—¿De dónde vienes? Jemina me llamó porque tuvo que llevar a Malena al médico.

—De Dubái. ¿Qué le pasa a Malena? Jemina no me ha escrito.

—No te escribe para no preocuparte. Decía que le dolía la tripa. Cosas de cría.

—Sigue muy triste, Simón.

—Un año no es nada, Santiago, tú tienes el trabajo, pero ella... — Simón se incorporó y retiró una manta fina con la que se había arropado. Tenía el pantalón desabrochado.

Santiago vio en el reflejo de la pantalla cómo se abrochaba la bragueta.

—Pero ¿qué haces, so cerdo? ¿No te estarás pajeando en mi salón o pinchándote a Jemina?

—No, gilipollas. Me pongo cómodo, que cada día estoy más gordo. Esto del deporte de competición es una mierda. Cuando lo dejas, te pones como un tonel.

Santiago se fijó en su tripa prominente y empezó a reírse con intención de picar a su amigo.

—¿Eso es de la cerveza?

—Eso es de estar en tu casa, sentado en una alfombra pintando acuarelas, en vez de estar por ahí follando o corriendo o viajando o moviendo el culo en general... —Simón le soltó un puñetazo flojo en el hombro.

—Esto no es vida para un hombre guapo y deportista como tú — volvió a chincharle.

—¡Vete a la mierda!, ejecutivo pesado, triunfador cutre de vuelo *business*... Que te has comprado dos relojes en seis meses y te crees que eso va a cambiar el mundo.

—Estoy contento, la verdad —dijo Santiago en un tono solemne.

—Me alegro —contestó a la altura Simón—. ¿Te alivia el trabajo? Nunca me hablas de eso...

—Mucho. De hecho..., es lo único que me alivia.

—Tranquilo. Todo volverá poco a poco. —Simón se levantó—. Ya es muy tarde. Me voy a casa.

—Quédate si quieres.

—No, prefiero levantarme en mi casa con la tía que voy a conocer en los próximos minutos en un garito.

—Ok. —Santiago también se levantó para abrazarlo de nuevo—. Yo me voy a la cama.

—Malena está en tu habitación. Solo quería dormirse ahí y la hemos dejado.

—Claro.

Entró en el baño para quitarse la ropa y se puso el pijama que dejaba colgado junto al albornoz. Cuando se tumbó al lado de su hija, ella respiraba largo. Recordó la última conversación con su tutora. Las explicaciones sobre el proceso de duelo, las lágrimas de Malena que no cesaban a determinadas horas del día, sobre todo en los recreos. Santiago estaba preocupado, pero el entorno que protegía a la niña no le daba mayor importancia. A Santiago se le rompía el corazón cada vez que la tristeza de Malena traía con ella a Clara. Esas lágrimas que no cesaban. Ese dolor tan presente desde el día de la muerte. Malena se retorció y se aferró a la almohada hasta clavar sus pequeñas uñas. Santiago pudo escuchar cómo hablaba en sueños:

—Mamá, ¿tengo la culpa?

Simón caminó despacio hacia su casa. Pasó por delante de varios bares que recibían la segunda tanda de fiesta de una noche de viernes que pintaba larga. No se paró frente a ninguno. Y nunca entró.

El cosquilleo en las manos le recordó aquella tarde de otoño bajo los chopos. Se quedó dormida sobre su brazo derecho y al despertar fue incapaz de sentirlo como propio. Fue la segunda vez que sintió la seguridad de ser la dueña de ese recuerdo que, por su luz difusa, podría pertenecer a cualquier otra mujer. ¿Mujer? ¿Era ella una mujer o solo su alma?, ¿o era esa niña en la que se reconocía? Centró sus pensamientos en lo que creía percibir como sus manos. Si pudiera describirlo sin vergüenza a ser tomada por loca, diría que dos erizos le crecían dentro de los puños. Estaba enferma. Eso era. Eso debía ser. No podía ver, solo creía oír sonidos amortiguados. Imaginó a la niña de flequillo trasquilado sumergida en las aguas de un lago profundo y rodeada de árboles acuáticos. La imagen le calmó el ardor en las palmas y desaceleró su corazón. El corazón. Era lo único que realmente identificaba como carnoso en esas ligeras sensaciones que intentaba capturar para construir su puzle. Los latidos imaginarios le daban ritmo y compás. Intentó acelerarlo para saber si le pertenecía. No ocurrió nada hasta que la frustración lo disparó. «Es mío —pensó—. Tiene que ser el mío.»

Volvió a descifrar un despertar. Por su actividad cerebral, algo más clara, creyó haber dormido un día entero. Seguía sin poder mover aquello que creía suyo. Las manos doloridas eran cada vez más reconocibles como parte de su cuerpo, aunque dotarlas de movimiento no parecía, por el momento, alcanzable. Pero tenía manos. Y creía, por el dolor, que tenía las dos con las que debería haber nacido. Buscó a la niña en su cerebro e intentó fijarse en ellas. Intentó recordarlas agarrando cualquier cosa, utilizando unos cubiertos, pasando las páginas de un libro, deshojando una flor, bajo un chorro de agua,

disueltas dentro de la arena mojada. El dibujo de aquellas manos volcó en su memoria decenas de imágenes, como el lavabo de una casa que parecía ser la suya, una playa, el pequeño jardín de un parque lleno de niños, el suelo quemado de una habitación, las páginas de varios libros, alguna frase... Volvió a sentir el empuje de un corazón alborozado. Y esta vez ya no sintió miedo. Pero la realidad se le volvió a escapar. Era como morir, una y otra vez.

Un equipo médico se abalanzó sobre ella. Le faltaba el aire. Soñaba con muñecas sin boca. Varias manos manipularon su cuerpo y las máquinas que la rodeaban con una destreza más allá de lo humano. Por primera vez, sintió la presencia de otros. ¿Otros como ella? ¿Otros diferentes? Intentó olerlos. Intuyó que la movían, pero no pudo identificar cómo ni con qué. Solo percibió cierto bamboleo, como si fuera un saco que cargaran en un camión entre dos. No pudo reconocer el pinchazo ni la aguja. La nueva medicación entró en su torrente sanguíneo. La imagen de la niña, sentada dentro de un tazón gigante de colores en una atracción de feria, se diluía como polvo en agua caliente, precipitándose hacia el fondo del mar profundo que era su memoria. «No te vayas —creyó susurrar—. No te vayas, Noa.» En medio de ese viaje hacia lo más parecido a la muerte, pudo oír una nueva voz. No era la que le había estado narrando sus peripecias vitales o describiendo escenarios familiares. Era una voz masculina que estaba muy cerca de ella. Muy cerca de sus manos de erizo. Muy próxima a su gigante y aletargado corazón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que reprodujisteis la última grabación?

—Unas seis horas —respondió una voz femenina con timbre mecánico.

—Suspendedlas hasta mañana.

La orden de ese a quien no podía ver fue el último momento del presente que creyó retener. Se le escurrió en el vacío como todo lo demás, como el flequillo negro, los ojos, el espejo, el tazón que daba vueltas, las manos bajo el agua, los columpios del par... La droga la aflojó como paño de seda.

—Tranquila, quizás haya sido demasiado por hoy. Perdónanos si ha sido muy difícil.

—¿Y mi m...? —intentó hablar. ¿Lo estaría haciendo aunque no pudiera sentirlo?—. ¿Dón... de? Ma... —Noa creyó desmayarse. No llegó a sentir una caricia cálida sobre la frente. Una de tantas otras recibidas durante años.

—Ahora descansa —la voz masculina le susurró una última instrucción y se alejó unos metros.

Ya hundida en lo anestésico, no percibió la preocupación y el estrés de los que la rodeaban con inquietud.

—No permitáis que nada la estrese de manera extraordinaria si yo no estoy en la zona. No quiero sobresaltos si no estoy yo —recalcó enfadado—. Siempre debe estar vigilada. Esperadme para cualquier eventualidad. No quiero improvisación. No quiero errores. No quiero genios. No ahora. Hemos sabido esperar y no podemos permitirnos ningún fallo. Que esto sea o no un milagro solo depende de lo que hagamos a partir de hoy.

El sonido de unos pasos desperdigados vació la sala de pasado y presente. Un manto de oscuridad profunda, tan profundo y duro como un mineral escondido en millones de años de historia, cayó sobre el cuerpo de Noa. La imagen de unos pies pequeños corriendo sobre una calle empedrada estimuló ligeramente su memoria anulada por las drogas, pero cada vez más poderosa y rebelde. En los registros, esa imagen de los pies descalzos quedó señalada por una leve variación, una curva suave, una réplica de temblor sin estridencias, esa última ola que sola se desliza sobre la orilla.

Y la memoria dormida lanzó una última pista a su dueña en forma de sueño: de la cola de un pequeño renacuajo nacieron sus pies.

Roberto no contaba en voz alta para fastidiar a su hermana. Por el contrario, Soraya era la única persona a la que quería. La única que lo había acompañado, llorado y cuidado en este camino de transformación. En cada uno de sus paseos contaba los pasos de los demás porque él no podía caminar. Le gustaba recordárselo para alimentar su odio. El mismo que le había hecho importante en un mundo, el de las redes sociales, en el que no había pies, ni piernas ni pollas duras. Un mundo en el que él podía saltar y hacer piruetas, volver incluso a montar en moto, y caerse y no matarse, y no romperse la espalda y no quedarse tirado en una silla de ruedas.

Una posición anhelada cuando rodaba por el Hospital Nacional de Paraplégicos, en Toledo, tumbado boca abajo un día tras otro. Fue allí donde empezó a contar los pasos de los camilleros, a los que apenas veía por el rabillo del ojo cuando se acercaban a saludarlo antes de moverlo. Tenía un equipo escueto dedicado a él noche y día, pero ningún interés por conocerlos ni por retener sus nombres. Había llegado al infierno y, al menos, contaba con la inteligencia para tenerlo claro. La caída le había partido en dos la espalda, pero no la cabeza. «Te partiría la espalda si pudiera», solía tuitear desde uno de sus perfiles anónimos. Era su deseo para sus seguidores, que ya se contaban por miles. Que todos pudieran dejar de sentir medio cuerpo, que se pudieran retorcer los huevos sin gritar de dolor. Roberto había encontrado en la rabia la droga perfecta para mantenerse erguido. Por eso, cada tarde, cuando su hermana Soraya empujaba con enorme esfuerzo su cuerpo laxo y pesado por el mismo circuito de barrio gris, Roberto contaba los pasos de los demás. Esos a los que no daban importancia mientras cruzaban la calle o empujaban una bola de papel

o devolvían la pelota a un grupo de niños. Los mismos que le mostraban la planta al final del paso como si le escupieran el suelo a la cara. Ahora, cuando cayera la noche, estaría delante de su portátil y los jodería bien, preparado para disparar.

Soraya creyó que su hermano dormía. Un filo de luz como el de un cuchillo salía por debajo de la puerta. Ya habían discutido muchas veces sobre la importancia de su privacidad. Ella, que le daba miedo que le pasase algo; él, que ya bastante hacía con lavarlos, ayudarlo con el pantalón del pijama y la camiseta; ella, que nunca le contaba nada durante la cena, y así todos los días desde que regresó a casa después de los meses de hospital. Detrás de la puerta de la habitación, que ella nunca tocaba porque la imaginaba candente, un sonido lejano como el de un insecto despistado que busca caminos dentro de la madera y que bien podía provenir del teclado de un ordenador, o bien de una sábana mal ajustada sobre un temblor nocturno. Pero Roberto nunca le perdonaría que abriera esa puerta y ella solo podía confiar en que su hermano seguía respirando al otro lado de aquel haz de luz. Que no se había metido en la bañera para intentarlo de nuevo, que no había conseguido un bote de pastillas por Internet, que no se había colgado de la manilla de la puerta. Así se lo dijo el médico: «Si quiere, puede. Morir no es tan difícil como pensamos». Y con ese miedo que le consumía la grasa hasta dejarla en piel y huesos desde el día del accidente, Soraya se bajaba a la calle a fumarse su cigarrillo del fin del día.

Carolina había logrado dibujar el mapa del paseo de Soraya y Roberto espiando su recorrido desde la ventana. También había llegado a la conclusión de que entraban en su mismo portal, aunque el porche del edificio le impedía ver la puerta. Lo sabía por el sonido del ascensor, que paraba un piso más arriba, y el sonido de las ruedas de la silla y su trazado encima de su techo. La chica, que no parecía poder cargar con un litro de leche por su aspecto débil y enfermizo, y su acompañante vivían en el piso de arriba. Su rutina era lastimera, la de dos seres evidentemente malditos. El dolor ajeno no consolaba a Carolina; por el contrario, presentía el contagio de un lugar olvidado como aquel bloque de pisos. Hasta que un día descolgó el telefonillo

cuando la pareja llegó al portal y escuchó cómo él contaba: 139, 140... Otros días: 144, 145... Unas cifras que la intrigaban tanto como la naturaleza de la relación que los unía. La falta de cariño y la entrega de ella denotaban un vínculo familiar mucho más profundo que el matrimonio. Nunca se tocaban ni charlaban en el paseo, solo él movía los labios durante todo el trayecto. Ella no parecía infeliz. No demasiado, al menos. Sí la veía cansada y famélica, estaba vencida, pero no había entregado las armas.

Empezó a espiarla mediante los sonidos que llegaban a su piso. Cerraba los ojos y se concentraba para oír los pasos de Soraya e imaginarla cocinando, abriendo el grifo de la ducha para lavarlo (eso lo deducía por el chirrido del taburete a pocos centímetros del desagüe). Llegó a escucharlos por cada grieta o tubería que conectara aquella casa con la suya. También por la ventana del patio interior, aunque eran de pocas palabras. Ese silencio la seducía aún más. «¡Qué personajes! —pensaba—, me encantaría interpretarlos. Sobre todo, a ella.» Aprendió a seguir sus últimos pasos antes de irse a dormir. Siempre en torno a las once y diez, bajaba por las escaleras, liberada de la silla del hombre, y canturreaba con un cigarro en la mano. Tenía dos pijamas idénticos de diferente color y bajaba con ellos porque bien podrían parecer un chándal. Uno era color miel y el otro gris oscuro. La seguía desde la mirilla hasta perderla de vista en el siguiente tramo de escalera, en ese momento abría la puerta para oírla cantar y saltar los últimos peldaños hasta el portal. Era ahí cuando Carolina corría hacia la ventana para verla salir hasta el centro del parque y sentarse cada noche en el mismo columpio. Apenas se movía o levantaba los pies. Pareciera tener la capacidad de inmovilizarlo cuando lo ocupaba. Fumaba tranquila casi todos los días. A veces uno, otras veces dos... Carolina, apostada detrás de las cortinas, simulaba las caladas inspirando y soltando el aire a la vez que su vecina. Ya de vuelta, algunas noches la mujer levantaba la cabeza y buscaba estrellas, como si pudiera adivinarlas entre la luz de las farolas.

Los pies de Carmen en la madera vieja despertaron a Pilar. La noche en Tarifa era melosa. Una noche de verano que regala la primavera únicamente a los que no duermen. Eran las tres y media de

la madrugada y los pasos decididos denotaban más ilusión que emergencia. Pilar oyó el sonido de los cerrojos de esa puerta, «la maldita puerta del castillo, joder, Carmen», y la sintió bajar apresurada las escaleras que daban al patio interior. «La Paya metió a toda Andalucía en ese patio», recordó Pilar con la sonrisa adulta, torcida por los años y los golpes, y no tanto por los besos. Se asomó a la ventana sin querer ser vista y no pudo creer lo que vio. Carmen corría descalza por su calle Nuestra Señora de la Luz, como si ella misma lo fuera. Envuelta en un camisón blanco y sin más viento que el que ella misma generaba en su carrera. Parecía una bandera de paz o un fantasma, también una virgen, o una diosa. «Eso es porque te quiero tanto...» Pilar se remangó su camisón y se desnudó al lado de la cómoda. Se puso un vestido camisero de verano y fue hacia la puerta. «No necesito seguirte, Carmen. Sé perfectamente adónde vas.»

«Tengo que volver a Tarifa. Mañana busco piso.» Magdalena tecleó una nueva tarea en su Wunderlist. El calor de esa habitación en Algeciras era insoportable. Tanto como la compañía de aquellos estudiantes que siempre acababan rotos en los sofás por el abatimiento de los porros. Fue a la cocina y encontró a uno de ellos medio desnucado entre la mesa de cristal y el último cojín del sofá cama a medio desplegar. Abrió el grifo y llenó el vaso con ansiedad. Tenía sed. Sí. Pero también ansiedad. Necesidad por tragarse todo aquel líquido rápidamente para volver a llenar el vaso y volver a beber y volver a llenarlo. Al cuarto trago consecutivo, con la garganta abierta como tobogán, empezó a controlar lo que estaba sintiendo. Escuchó dentro de su cabeza la voz de su terapeuta en plena crisis de potomanía, al menos ocho años atrás: «El agua también te puede matar, Magdalena. Lo sabes, inconscientemente, pero lo sabes. Sabes que te hace daño. Sabes que tu cuerpo no puede asimilarlo. Pero lo haces. Es un trastorno alimentario y compulsivo, como otros muchos más famosos que ya conoces bien».

«¡Qué imbécil era aquel señor y qué importante se creía por manejar un término tan rebuscado como “potomanía”! Potomanía, potomanía y qué. Que bebo de más. Y agua. Lo que debería hacer es dejarme en paz, dejarme beber, dejarme hacer lo que me diera la gana,

tal y como el cuerpo me lo pida, hasta que se me pase la sed, hasta...» «Ahogarte por dentro», completó su terapeuta de nuevo dentro de su cabeza, que ahora sentía como esponja llena de líquido, y retiró el vaso de la boca. Lo bajó hasta apoyarlo al lado del fregadero. Iba a vaciarlo exactamente sobre la boca del desagüe, pero de repente cambió de opinión. Se dirigió hacia Frederick, o Fiedrich o Philippe, o como narices se llamara, e hizo el mismo cálculo espacial, pero a un metro de su boca abierta. La baba le resbalaba por la comisura desencajada. Magdalena volcó el vaso como si de una escanciadora de sidra profesional se tratara. El estudiante alemán tardó un segundo en reaccionar hasta que sintió el agua camino de sus vías respiratorias. Se incorporó asustado y masculló cuatro palabras en alemán que Magdalena no pudo entender. Al volver a su posición, buscó el almohadón que se había caído al suelo horas antes y miró a su atacante sorprendido, pero aún somnoliento. «¡Menuda fumada tienes! —le dijo Magdalena—. Mañana me voy a Tarifa, so cerdo.»

Un viento ardiente, como si a su paso hubiera atravesado un fuego, entró por la nariz de Pizco para salir por su boca sin pasar por su tráquea. El vagabundo se retorció en sueños y gesticuló como quien intenta esquivar un estornudo. Estaba profundamente dormido y conectado a una pesadilla en la que la pequeña Lidia, sin razón aparente, dejaba de respirar. Su garganta se cerraba mientras lo miraba sin pedir ayuda. Sorprendida por lo que le estaba ocurriendo, pero no asustada, ni temerosa por la tragedia que él sí presentía. La angustia le despertó en medio de esa noche de falso verano. Aún sentía la presencia de la hija de Perico en su duermevela, y también otra mucho más carnosa y real.

—Yo tampoco puedo dormir, Pizco. Está siendo una noche horrible en la cama, pero preciosa en las calles, ¿no crees?

El vagabundo se giró hasta encontrar a Carmen, únicamente cubierta con su camisón blanco y largo hasta los tobillos, sentada en el primer escalón de su rincón secreto.

—Me ha costado encontrarte. Me has hecho ir hasta la plaza del Hiscio, buscarte entre las sillas del bar, en los huecos de tu portal, te he esperado unos segundos frente a La Casa de la Favorita, y después

he pensado que un día me señalaste que estos escalones en la plaza del Ángel, al lado de la puerta de San Francisco el Grande, eran tu hotel de cinco estrellas.

Pizco, que se había incorporado levemente, se volvió a recostar e invitó a Carmen. Ella estiró las piernas y dejó que todo su cuerpo reposase en la piedra. Sobre los dos, la cascada de buganvillas que habían hecho famoso al lugar de hospedaje y a la propia plaza. Carmen no acertaba a distinguir las estrellas de las flores. Todo encajaba en un puzle perfecto en forma de techo natural.

—Las mejores cosas de la vida son gratis. Lo escuché una vez en un anuncio argentino y es verdad. ¿No es esto lo mejor de la vida, Pizco?

El vagabundo tragó saliva a modo de respuesta.

—¿Sabes que leí el otro día?

Él no varió su posición ni mostró especial interés ante la pregunta retórica.

—Leí que hay un insecto que vive tan solo cinco minutos. Cuando el animal es del sexo femenino, tiene tiempo suficiente para nacer, crecer, evolucionar, procrear y formar lo que se podría llamar su grupo familiar. ¿Te lo puedes creer, Pizco?

El hombre de ojos verdes como las hojas de la planta que los cubría sonrió.

—He vivido cuatro vidas completas de insecto para encontrarte y tenemos por delante cientos de vidas de insecto que aprovechar. Si toda tu vida durase los próximos cinco minutos, ¿adónde me llevarías?

Pizco se levantó despacio y, sin responder, tomó uno de los papeles de periódico en los que había dejado descansar su cabeza y lo arrugó hasta meterlo por completo dentro de su puño. Después lo tiró con cierta rabia a la papelería que había en la esquina de la plaza. Encestó. Cogió la mano de Carmen y sintió la presencia de Pilar escondida tras la esquina. Se fue directo a por ella y sin dejarla reaccionar la sacó de su escondite como quien abre un cajón de repente. La mostró frente a Carmen, la llevó de la mano hasta el arco de buganvillas y recogió las manos de las dos entre las suyas. Recordó su etapa adolescente como paseador de perros. Tiró de ambas para no dejarlas entrar en una discusión ridícula sobre el seguimiento de Pilar.

Las arrimó con firmeza como si fueran cintas de gimnasta y ellas se dejaron ir a través de una extraña oscuridad, casi intermitente.

La noche estaba clara sobre algunas piedras. Parecía que la luna lanzara velos de plata que solo alcanzaban a algunas baldosas o porciones de cal porque debajo de ellas hubiera tesoros escondidos. La temperatura no podía ser más agradable: el mismo calor que sofocaba a los que dormían bajo sus colchas se templaba en las calles gracias a un viento constante que daba vueltas a las manzanas con la regularidad de un tiovivo. Corrientes casi coreografiadas para darle a la noche un clima cómodo para los tres insomnes.

—Pensemos que somos sonámbulos —dijo Pilar sin miedo cuando llegaron a la primera calle, la calle del Lorito, por la que Carmen solía llegar a la plaza del Hiscio o del Perulero a buscar a su vagabundo.

—Dicen que cuando uno habla en sueños solo puede decir la verdad. Mi madre me contaba que muchas veces me interrogaba dormida para saber si le había mentado durante el día. —Carmen apretó la mano de Pizco—. Ay, mi pellizquito en el corazón. Hoy he estado a punto de hablarte en mitad de tus sueños para sacarte del sufrimiento, pero no lo he hecho porque a mí tus verdades no me importan.

Pizco le devolvió el apretón con los ojos encendidos como piedras preciosas. Pilar asumió la lejanía de ese último escalón de cariño entre el vagabundo y su vecina que ella nunca podría subir. Subir para compartirlo, porque quizás nadie más que él sabía cuánto la amaba a escondidas. Por eso la había sacado de detrás de la esquina con energía y con una sonrisa pícara. Por eso estaba allí gracias a él, aunque Carmen dejara de verla por momentos.

Pizco las llevó hasta el pequeño portal que hacía esquina con el Perulero.

—Pizco vive aquí —dijo Carmen a Pilar.

—Eso ya lo sabía, Carmen. Que yo también soy del pueblo...

—Bueno, sabías que siempre está por aquí y que, a veces, come en el bar o ayuda...

—O se sienta en el banco a hacer el vago de cara a La Casa de la Favorita.

—Eso también —asintió Carmen. Y se sentó en el escalón de entrada al bar mirando a Pizco, que les había soltado las manos para

meter las suyas en los bolsillos y rebuscar—. Lo que no sabes es que Pizco... —Carmen soltó una risa aguda de niña que estremeció a Pilar por su ternura e inocencia. La hubiera besado con arrebató en ese mismo momento—. Pizco itiene llave de su portal! El dueño de esta casa tan estrecha es un artista inglés que llegó aquí hace veinte años. Se la quedó aunque los técnicos municipales dijeron que se caería. Apuntaló el patio y ahí sigue. Fíjate, no tiene más de metro cuarenta de ancho. Una noche vio a Pizco con la cabeza apoyada en su escalón y el cuerpo desparramado bajo las mesas del bar, bajó y le dio llaves. Con una única condición. Solo de noche, solo para dormir.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Pilar.

—Porque él me lo ha contado.

Pizco abrió en ese momento la puerta.

—Pero si no habla —replicó Pilar algo alterada al imaginar que el vagabundo pudiera hablar solo con Carmen. Eso confirmaría un nivel de amor muy superior con el que no podría batallar.

—Me habla con los ojos y las manos. Yo le entiendo.

—Ay, mi Carmen —suspiró Pilar—. ¡Qué te ha reservado a ti Dios para que tengas que estar todo el día con la jodienda esta de los silencios de los que amas!

Pizco cerró con un golpe suave, por lo visto necesario para que el cerrojo cumpliera su función. Recogió las manos de las dos mujeres y salieron de la plaza camino de otras. Unos segundos después del último comentario de Pilar, Carmen añadió:

—Para no callar, ya estás tú.

Los tres recorrieron el centro de Tarifa con la algarabía de los desvelados. Los bares estaban cerrados fuera de temporada y esas calles abarrotadas en verano eran ahora supreciado laberinto. Como una caja de madera que contuviera infinitas réplicas menores, un pueblo a modo de *matrioshka*. Pasaron por delante del mercado de abastos, en el que siempre parecía habitar alguien por muy de noche que fuera. Tocaron los arcos y sus rejas. Podría ser también un gato retozando en los restos del pescado.

—O una rata —dijo Pilar.

Los tres rieron sin saber por qué.

Bajaron la Santísima Trinidad, giraron hacia la posada Vagamundos para hacer una reverencia a Pizco en honor a todos los

que eligieron la calle como su casa, giraron hacia la que llamaban la calle del Infierno en verano por la concentración de copeteo nocturno en los alrededores del Taco Way y recorrieron despacio la Carnicería, una de las favoritas de Carmen, por su bonito letrero de baldosa cocida. A la salida de esa calle, las dos mujeres se desorientaron al comentar algo sobre el suelo de piedra y las preciosas tapas de alcantarilla. Sin saber cómo, llegaron a una plaza con una pared llena de macetas con geranios. Un muro de flores sueltas que se habían asomado al invierno para respirar el calor de esa noche.

—Ya viene el buen tiempo. Si ellos están aquí... —dijo Carmen mientras se tumbaba para ver el cielo y los geranios.

Pizco y Pilar la siguieron. Habían apretado el paso en los últimos metros como si de una persecución se tratara, y ahora respiraban fuerte, con los pulmones aún resentidos por los últimos vientos fríos del invierno.

—¿Por dónde andarán los atunes? —preguntó Carmen—. Siempre que presiento la llegada del buen tiempo pienso en ellos...

—Llegarán pronto —respondió Pilar—. Ahora están de viaje.

—Se han puesto gordos y hermosos en el Atlántico y ahora vienen empujados por las corrientes en busca de viento y calor...

—Aún queda tiempo para el equinoccio de la primavera. Yo siempre lo calculo por la Semana Santa. Con la primera luna llena después del 21 de marzo se marca la Semana Santa y llega el atún...

Carmen la interrumpió, absorta en la visión de las estrellas que ahora imaginaba en movimiento desde el vasto cielo hasta un tubo estrecho en medio del firmamento:

—Y tiene que estar puesta la almadraba. —Entrecerró los ojos para ver las estrellas como una única masa de luz, al igual que los miles de atunes que viajaban desde aguas frías en busca del calor mediterráneo para reproducirse—. ¿No os parece que la vida es como la almadraba? ¿Un arte fijo?

Pilar y Pizco esperaban la respuesta que su amiga les ofrecía en la misma pregunta.

—Un arte fijo, sí. Una caza sin movimiento. Simplemente, un laberinto, una trampa que espera, que no te busca ni persigue. Que solo espera tu llegada desde un inmenso océano hasta un mar que solo

es enorme. ¡Tú llegas solo hasta la trampa! Nadie te invita ni te llama. Únicamente está montada para ti.

—Pero... hay atunes que escapan —comentó Pilar—. No todos se quedan encerrados y perdidos en la almadraba. Solo los que siguen la red en busca de la salida y acaban dentro de la trampa. Los demás llegan a su destino.

—Me refiero a que..., no sé cómo explicarlo, a que somos como ellos. Nos alimentamos, buscamos y hacemos viajes imposibles para encontrar un lugar cálido en el que disfrutar el mejor de los momentos. Para ellos es reproducirse, pero para mí es simplemente el agua cálida. El calor de los abrazos, de los tiempos buenos, también de los hijos. —Carmen se agarró la tripa y se quedó pensativa—. Lo que quiero decir es que, como ellos, atravesamos un mar difícil y frío hacia un paso angosto en el que la vida se estrecha, y allí, allí, en ese embudo, están las trampas, las orcas que te sacan de tu viaje planeado, que te devoran en la costa. Si no es la trampa, es un animal más listo que tú, pero la vida se estrecha y las corrientes se vuelven en contra..., y entonces... —Carmen respiró como si hubiera una de esas ventoleras que levantan las bolsas de plástico hasta las copas de los árboles. Ya calmada y con su voz dulce, añadió—: ¿No creéis que somos como los atunes, amigos míos? ¿No somos gigantes rojos?

—Yo no soy precisamente el Oro del Estrecho —contestó Pilar rápida y certera como un arpón. Se rio de sus palabras—. Deberías llamar «espartes» a las orcas. Es más bonito. Puede que venga de las antiguas redes de esparto. Hay un dicho precioso sobre el paso de los atunes. —Buscó las pupilas de su vecina como si pudiera besarle el alma—: «Cada vez que te veo se me separa la carne del hueso como a los atunes cuando ven a los espartes».

Un ligero respingo desveló el llanto de Pizco, que se mantenía inmóvil y lloroso bajo las estrellas. Ni Carmen ni Pilar hicieron comentario alguno porque quién no merece llorar cuando el viento es cálido y lo calma...

A los pocos minutos, abrazados al silencio, sintieron la llegada de un vendaval furioso. Los tres se levantaron a la vez y emprendieron el camino de regreso hacia sus casas; en el caso de Pizco, hacia su pequeño portal. Se encorvaron y juntaron los cuerpos para defenderse del aire enfadado que silbaba desde tres plazas a lo lejos.

—El viento no espera —dijo Carmen apoyando su cuerpo en el de Pilar, que respondió:

—Mañana tampoco vamos a la peluquería.

Paloma se palpó el cuello en busca del nódulo tiroideo que tanto la preocupaba. Las semanas siguientes al diagnóstico, que coincidió con el bautizo de la amiguita de Vanesa, fueron la extensión de una pesadilla que se enraizó en su cabeza hasta dominarla. Más de cuatro meses de cita en cita, de prueba en prueba, en busca de la repetición, de la confirmación y de la enésima opinión, aunque todas fueran coincidentes. Las ecografías y los análisis hormonales no delataban anomalías, pero su obsesión, como un árbol que le creciera en el centro del pecho, infectaba de fatalidad todos sus pensamientos. Llegó a desoír las palabras tranquilizadoras de los profesionales que, para convencerla de sus pronósticos optimistas, basados en las imágenes y las estadísticas, acabaron por pinchar su nódulo para analizar su malignidad. «Para que me quede tranquila», susurraba Paloma a la salida del hospital después de recibir un informe en el que el calificativo «benigno» le resultaba ciertamente sospechoso. Su cerebro era capaz de retorcer todo para llevarla hasta el precipicio en el que deseaba estar. Allí donde se asoman los que necesitan consuelo, los que, sin poder evitarlo, visten el traje de víctima porque no tienen fuerza para nada más.

Su hija Vanesa disfrutaba especialmente en las clases de ciencias. Prefería resolver problemas prácticos, que asumía como juegos, a enterrarse en los textos de las asignaturas de humanidades. Le gustaba estudiar. Era una alumna aplicada y responsable, una niña buena y una excelente alumna. Nunca destacó en su colegio por un comportamiento extraño, más previsible en principio que esa calma infantil que los docentes asocian con los hogares felices. Vanesa era la estampa de un hogar que no tenía y que jamás había disfrutado. Su

entereza y madurez regalaban a Paloma la sospecha dentro del colegio de que «en realidad, debe ser una magnífica madre». Su mejor amiga ya no jugaba tanto con ella después de lo ocurrido en el bautizo. Al parecer, su madre le había prohibido jugar «con la hija de esa mamarracha que seguro que es puta». Vanesa echaba de menos a su amiga porque la quería y porque hacían una pareja estupenda en los juegos del patio, pero no tenía partido el corazón como otras compañeras podían llegar a pensar. Sabía lo que era una puta y le hacía gracia que pensarán que su madre era tal cosa teniendo en cuenta que nunca se había separado de ella y que jamás la había visto relacionarse con un hombre que no fuera dependiente o camarero. Vanesa difuminó el lápiz sobre la frente de una cara de caballo. Era buena en el dibujo o en la copia, no tanto en la imaginación. Cuando había que abrir las compuertas emocionales, era aburrida y predecible, quizás mecánica. «Eres un caballo muy guapo.»

Paloma llegó a la puerta del colegio y vio levantarse a su hija al otro lado de la ventana de su clase. Le tocaba Dibujo y ya no quedaban ni tres minutos para que terminara su mañana escolar. Paloma la perdió de vista y tragó saliva. Quizá estuviera recogiendo sus cosas o yendo al baño para hacer más tranquila el viaje en autobús. Paloma se imaginó la masa informe de su nódulo como si tuviera la capacidad de palpitar en su cuello. «La tiroides, tiene cojones que sea como una pajarita. ¿Y si me muero por esto?», pensó. Vanesa regresó a la mesa, se sentó despacio y continuó su dibujo. Paloma pudo ver que había cogido más de un lápiz. Sonó el timbre. El resto de las alumnas se levantó como un resorte elástico y comenzaron el desfile y los gritos del fin de otro día de colegio. Vanesa seguía sentada y acariciaba con su dedo corazón un dibujo. Recostó la cabeza sobre el antebrazo contrario y dejó de pintar. El bullicio y la enorme avalancha de colegialas no permitía a Paloma observarla bien. Llegó su profesora y comenzó a hablarle, a la vez que le tocaba el hombro y la sacudía ligeramente. Vanesa levantó un poco la cabeza y se volvió a recostar sobre la mesa. Paloma comenzó a acelerar el paso de camino a la puerta, que parecía en ese momento la esclusa de una presa que estuviera desaguando niñas. Forcejeó a contracorriente. Al otro lado de ese tapón humano, encontró un pasillo desolado y cubierto por abrigos olvidados, mochilas y algún papel que alumnos y profesores

darían por perdido. La clase de Vanesa era la primera de la izquierda. Paloma casi se chocó con su profesora al entrar a toda prisa en el aula.

—¡Vanesa! ¿Qué le pasa?

—No lo sé —dijo la profesora con cierta tensión—. Si fuera otra niña, te diría que está haciendo el tonto o que no ha dormido, pero Vanesa... La he notado algo más cansada estas semanas, no ha jugado tanto en el patio, pero como se acerca la primavera y está el tiempo tan raro, he pensado que estaba extraña por eso, o por el levante, ¡vete tú a saber!

Paloma dejó de escucharla y la apartó sin miramientos. Se acercó a la mesa y situó la cara sobre el tablero para ver de frente el rostro de su hija, que medio dormitaba con el carrillo encima de lo que parecía la cabeza de un caballo.

—Vanesa, Vanesa..., ¿estás bien, cariño?

—No te enfades, mamá —respondió arrastrando las palabras como si fueran las seis de la mañana y la hubiera despertado en medio de la noche para darle una medicina.

—No me enfado, Vanesa, pero cuéntame qué haces.

—Estoy muy cansada, mamá —dijo la niña en una especie de súplica.

—Anda, levántate y vamos a casa. —Le tocó la frente—. No tienes fiebre.

Vanesa se incorporó como pudo y Paloma se colgó su mochila. La profesora observaba desde la puerta.

—¿Quieres que diga a secretaría que llamen al centro de salud para que sepan que la llevas?

—No creo que haga falta, gracias.

Dieron cuatro pasos hasta la puerta y Vanesa se paró.

—Estoy muy cansada, mamá. Me cuesta caminar.

—Pero ¿por qué estás cansada, cariño? —Paloma se agachó para hablar con ella.

—Llevo cansada mucho tiempo, mamá. Pero has estado tan seria desde el bautizo que no te lo he querido decir. —Vanesa bajó la cabeza y esperó la reprimenda.

Paloma tragó saliva y miró a la profesora, que por su actitud parecía estar al tanto de lo ocurrido en la celebración. Paloma tomó la mano de su hija y la invitó a continuar con un ligero balanceo del

brazo hacia delante. Vanesa empezó a andar de nuevo. Sin mirar a los ojos de su maestra, dijo con un hilo de voz:

—Mi madre no es eso que le han dicho... —La frase se cortó como un viento racheado que desaparece de golpe sin tocar ni mar ni cielo, y Vanesa, cual globo que perdiera el aire que lo mantiene, se desmayó.

Unos pasos lentos en la escalera despertaron a Pizco. El vecino de su hogar nocturno no solía madrugar; por lo tanto, debía ser como mínimo media mañana. Le dolía la cabeza como si hubiera bebido, un recuerdo que no disfrutaba en absoluto, pues prolongaba la jaqueca con el pinchazo incómodo de la culpa. La noche anterior, como centenares de noches previas, no había probado ni una gota de alcohol, eso pertenecía al «tiempo de transición», como le gustaba llamar a aquella etapa que tampoco se perdonaba. No era, ni mucho menos, la que más lo avergonzaba, pero sí la que le revolvió el estómago porque su memoria la conectaba directamente con el asco. Se trataba de una vergüenza física que lo envolvía en aires ácidos de vómito, sudores de mañana en las aceras y en una risa babosa mientras la Policía lo desplazaba con los pies, como si fuera un balón, si se había cagado o meado encima en medio de la borrachera. El alcohol o las drogas eran imprescindibles para entrar en la calle y acabar formando parte de ella. «Quien está en la calle no puede estar en otro lugar», solía repetirse. No encontró compañeros ni los buscó. Usó el alcohol como si alguien tuviera que pedir anestesia en un quirófano antes de que lo abrieran en canal. Con todo el derecho. Los primeros meses en la calle racionó los pocos billetes que logró coger antes de salir huyendo para siempre. Le asombraba su capacidad para sobrevivir a situaciones que antes de vivir en la calle habría considerado mortales. Una noche de helada en plena ciudad o una de fuerte lluvia en el margen de la carretera. Ahora, lejos de aquel tiempo de transición, Pizco no solo sobrevivía, sino que a veces, incluso, volvía a vivir. Solo lo lograba cuando sentía el paso del tiempo que, como una alfombra extendida, lo alejaba de aquel día. Aquella tarde en la que Pizco pasó de ser un hombre que tiraba la basura a un hombre que vivía en ella.

«Buenos días», pensó al levantar la mano mientras llegaba hasta él su vecino y benefactor.

—Buenos días —dijo el inglés erosionado por los vientos del sur—. Anoche oí que viniste acompañado, pirata.

Pizco sonrió y el gesto le produjo un calambre metálico en las encías. ¿Por qué se encontraba tan mal? Solo había paseado hasta altas horas de la madrugada con dos mujeres más libres de lo que él nunca llegaría a ser.

—Pensé que quizás fueran dos turistas que querían pasar una noche loca de sexo en el portal con el hombretón de los ojos verdes, y reconozco que me entusiasmé. Pero entonces escuché el acento gaditano y un montón de frases cursis. Más bien te arroparon.

Pizco se giró para ver un pañuelo grande con el que Pilar le cubrió antes de marcharse con Carmen de vuelta a casa.

—Entonces, ¿lo hicieron? ¿En serio? Debe ser una *conia*. —No había logrado pronunciar la «ñ» ni una vez en su vida—. Mi rompecorazones sin nombre ni voz. Si es el misterio lo que más enamora, ahí estás tú, con todos los secretos que seguro que son mediocres y baratos, pero que parecen sofisticados y diría que casi principescos. —El dueño de ese portal, hasta que la justicia demostrara lo contrario, cogió a Pizco del hombro—. Me voy a dar un paseo. Ahora le digo a Perico que estás con sueño y que te acerque un café. Aprovecha que aquí en Tarifa estás rodeado de locos como tú.

Cuando el inglés abrió la puerta, Pizco pudo ver a Perico al otro lado de la plaza persiguiendo a unos chavales que corrían detrás de un perro con un palo. Por la brutalidad con la que gritaban, eran adolescentes, aunque aquella carrera ridícula en círculos le recordara a un tiempo mucho más infantil. Miró a Perico, miró a los chavales y miró al perro. En aquella escena, solo fue capaz de reconocerse en el animal aterrorizado.

A los pocos minutos, logró reunir fuerzas para salir a la plaza. Observó el interior del bar a través de la ventana enrejada, las redes del techo le recordaron la pesca y creyó por un momento que estaba bajo el agua. Y al ver a Magdalena dentro de la barra, quiso poder decirle que era una sirena. La muchacha trabajaba con rapidez y sacaba de la cocina los platos de pinchos que comenzarían a despachar en breve. Así eran las mañanas de los sábados buenos de invierno para

los tarifeños. Un rayo de sol y las plazas pasaban del silencio y el vacío al lleno total en apenas unos minutos. Turistas, curiosos, amantes del viento salían de todas las callejuelas que confluían en ese lugar del pueblo y se acantonaban entre la entrada del Mombasa, antiguo cine de Tarifa, La Casa de la Favorita y el propio Perulero, la Casa de los Vientos. Pizco la observó, nerviosa y concentrada, tensa y muy seria. Exactamente como estaba cada día desde que la vio por primera vez en esa terraza. ¿Sonreiría alguna vez Magdalena? En ese instante, ella levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Pizco, que inmediatamente se dio la vuelta para dirigirse hacia el banco. En sentido contrario caminaba Perico. El camarero regresaba al bar ahora que el murmullo del puerto y la llegada de los barcos acaloraban las calles.

—Ya vienen, maleante. Esos barcos que llegan desde Tánger y todos los turistas viejos y ricos que son como lagartos. Se morirán más viejos y aún más secos, pero... lo harán bajo el sol de Cádiz, joder. Que parecen idiotas estos ingleses, holandeses y alemanes, pero el que está currando soy yo y ellos tomándose la caña. ¡Digo! —El gaditano celebró su última ocurrencia con los brazos en alto y agarrándose la tripa para reír con más pompa—. Te has levantado tarde, Romeo. Que ya me ha contado tu casero, el loco, que ayer trajiste unas chavalitas, Don Juan... Te voy a poner el café. ¡Magdalena, chiquilla! Ponme un café para el marqués del portal. ¡Qué grande eres, vagabundo! Te lo montas mejor que los turistas y mejor que nosotros. Y si no, fíjate en quién se va a tomar el café gratis en la terraza de su casa.

Pizco vio que señalaba los escalones que ya eran su patrimonio y le devolvió una sonrisa.

—¡Ya era hora de que te rieras, *joputa*, que esta mañana encima estabas como *enfurruñado*! ¡Magdalena, venga! Ponle al hombre sin lengua una tostada también, que no se diga que aquí no cuidamos a los bichos con encanto.

En vez de poner ese café y esa tostada, Magdalena salió del bar con las manos vacías y se dirigió hacia ellos sin mirarlos, con la vista perdida. Los dos hombres se apartaron para dejarla pasar porque había cogido velocidad y su posición corporal destilaba ira. Los chavales seguían en la esquina opuesta de la plaza acosando al perro,

que se había encogido tanto que había logrado contraer sus órganos y entrelazar sus costillas. Era una bola de carne de tamaño reducido.

—¡Dejadle! —gritó Magdalena mientras se acercaba a ellos.

Los chavales no hicieron ademán de escucharla y mucho menos de obedecerla. Uno de ellos estaba agachado y pinchaba al perro con un tenedor. Los demás lo observaban apoyados en la pared y fumando cigarrillos, sin años suficientes ni estilo, con esas posturas ridículas de quien imita a los adultos. Magdalena no se lo pensó dos veces: cuando llegó a la altura del chico que estaba en cuclillas, lo apartó de un manotazo. Lo hizo caer al suelo y cogió al perro, que liberó uno de sus pulmones para respirar entre sus brazos.

—¡He! —gritó el chico cuando logró reaccionar—. ¿Adónde vas? ¡Ese perro es nuestro!

Magdalena hizo el camino de regreso con el paso decidido de una gimnasta por su diagonal en una prueba de suelo. Cruzaba la plaza con un perro en los brazos que crecía por segundos, como la espuma debajo de un chorro de agua. Cuando lo recogió, su cuerpo hecho una pelota cabía en la curva de su codo. Al llegar al portal en el que dormía Pizco, su hocico sobresalía del brazo contrario. Magdalena dejó en el suelo al perro, que aún inquieto buscó un escondite detrás de sus tobillos. La chica, aún más seria que de costumbre, miró al vagabundo y extendió el brazo y la mano. Él comprendió enseguida lo que la sirena necesitaba.

Caminó firme y algo más enderezado que de costumbre, de alguna forma conmovido. Sacó la única llave que tenía en el bolsillo y evitó así mirar a Magdalena tan cerca y tan de frente. Al llegar a la puerta no tuvo que preguntarle qué quería. La abrió y dejó que Magdalena le hiciera una indicación al perro, que, muy atento por el estrés, corrió a refugiarse en el patio trasero, el espacio apuntalado que protegía ese edificio de la burocracia. Magdalena cerró la puerta y puso los brazos en jarras mientras daba tres pasos hacia delante.

—Y ahora, ¡largo de aquí! —gritó a los agresores.

Los chavales también dieron unos pasos hacia delante, pero Pizco subió los dos escalones de la entrada y se colocó frente a ellos. Magdalena no lo vio porque lo tenía a su espalda. El vagabundo la observó, quieta y decidida. «Eres valiente», pensó. El pelo le caía por los hombros y se le enredaba en los tirantes cruzados del mandil. Era

ese instante, tan reconocible en las peleas, en el que la violencia entra en escena. Pero no fueron los golpes ni los empujones los que irrumpieron en la plaza de San Hiscio. Fue un grupo de turistas japoneses que, como riada, sofocó el incendio.

A la media hora, cuando la terraza se movía con la gracia de dos bailarines que por fin han encontrado su paso, apareció Carmen. Pizco estaba de pie, apoyado en la pared bajo el cartel de la calle del Lorito. Desde allí vigilaba todo lo que acontecía en la plaza, con la distancia justa para no ser relacionado con la terraza, ya que muchos turistas huían de los negocios por los que rondaban mendigos. Miraba de lejos el trasiego de cámaras de fotos, pantalones cargo y los chalecos multibolsillo diseñados para tareas profesionales que se habían convertido en el atuendo favorito de los viajeros. Solo cinco minutos antes había soltado al perro. Ese era su cometido, lo sabía sin necesidad de consultarlo con Magdalena. El animal asustado había asomado el hocico al llegar al portal y olisqueaba lo que podía recordar como el olor de sus atacantes. Al no hallarlo, salió despedido a toda velocidad hacia una de las calles para perderse. Pizco presintió que regresaría si, con un poco de suerte, esquivaba a la banda de malvados. Tarifa era muy pequeño y enredado. Difícil esconderse cuando uno necesita el abrigo del viento. Carmen apareció como si hubiera bajado gateando desde algún tejado.

—No te asustes, mi pellizquito —le dijo cariñosa. Él le devolvió la dulzura con un toque de hombro—. He oído que habéis tenido lío esta mañana con unos gamberros.

Si era pequeña Tarifa que los cotilleos daban la vuelta antes que una ráfaga de aire se pierda de la corriente principal.

—¿Paseamos? —A Carmen le brillaron los ojos.

Pizco respondió con un paso. Salieron en busca de la plaza de San Martín y después la de San Julián, en la que estaba el mercado. A esa hora los puestos ya habrían cerrado y ellos podrían recogerse en los arcos sin que nadie los molestara.

—Al escuchar lo de los gamberros, pensaba... ¿Tú crees que hay gente que nace mala?

El gesto de Pizco lanzando el mentón hacia delante fue interpretado por Carmen como un sí rotundo.

—Me ha costado mucho asimilarlo —Carmen se sujetó la tripa como quien carga con un cesto—, pero creo, de verdad, que hay quien nace con la maldad incrustada.

El carraspeo de Pizco la animó a continuar:

—¿Y si lo que espero no es bueno?, ¿y si no me quiere?, ¿y si es una mala persona, Pizco? ¿Y si una madre presintiera que lo que va a traer al mundo hará daño a los demás?

El vagabundo inició el ademán de rodearla con un brazo y llevarla recostada en su pecho hasta el mercado, pero al final solo le dio un par de palmadas suaves en el centro de la espalda. Como si quisiera acariciarla pero no se atreviera por pudor. Ya en el mercado, se encontraron abierta una de las puertas. Pilar llegó corriendo desde su casa.

—Hola, Carmen. Hola, Pizco —saludó alegre sin parar el paso largo de la cuesta—. Sé por Flori que Rafael, el frutero, está dentro cambiando una estantería para la verdura y me he dado cuenta de que estoy sin cebolla. No paro. Que me cierra. Que si después de llegar hasta aquí a toda prisa no me la da... —Pilar los esquivó en la escalera y los sobrepasó.

—Esta es el ejemplo contrario. Nació demasiado buena, mi Pilar —dijo Carmen mientras oía el sonido de sus pasos al trote por el patio de luces del mercado de abastos y su voz amplificadas: «Rafa, no me cierras»—. Pero también dio con un malo de verdad, un hombre despreciable.

Pizco escuchó con atención porque nadie le había hablado nunca de Pilar, excepto Carmen, como si no existiera para nadie más.

—Ella es de las nuestras, Pizco, porque también se lo guarda, aunque tiene marcas en el cuerpo que nadie puede tapar. Estoy segura de que mi madre, que por lo visto la quería mucho, pensó que su padre o su madre se lo llevaron *pa* arriba. —Pocas veces le salía el acento a Carmen. Solo cuando estaba muy enfadada. Señaló el cielo con el dedo índice, con energía. La perdió al volver a preguntarse: «¿Y si lo que nace no es bueno? ¿Y si es una persona de esas que no deberían existir?».

—¡Vaya con las cebollas! —la voz de Pilar resonó desde el interior—. Después de la noche que hemos pasado y que he dormido tres

horas, esta carrerita..., menos mal que soy más fuerte que cualquiera de vosotros dos.

—Pilar —dijo Carmen—, ¿y si lo que estoy esperando no nace bueno? ¿Y si supiera que viene con la maldad dentro? Y os lo pregunto a vosotros, que no sabéis lo que es eso...

Pilar y Pizco se miraron sin saber qué decir una y qué hacer el otro; sin saber cómo protegerla en un momento tan delicado. Vecina y vagabundo sellaron con una mirada otro momento irresoluble.

Carolina estiró la sábana. Le gustaba que la cama quedara perfecta, como si de ello dependiera el orden del día que arrancaba. En unos minutos, su vecina saldría de casa para dirigirse a su trabajo. Jugaba a contar los minutos cuando oyó un portazo suave y mucho más cercano.

—Buenos días, Carolina.

—Buenos días, María. ¿Cómo estás?

—Yo bien —respondió a la vez que soltaba las bolsas de la compra sobre la encimera de la cocina—. Te he traído salmorejo. Bueno, más bien, te lo he conseguido, porque aún no es época, pero si te va a dar alegría, yo te lo traigo. Aunque eso no vaya a acercar el verano... —María agitó el envase de plástico juguetona.

—No me tortures. —Carolina cogió el salmorejo—. Y, por favor, acércame una cuchara. Tienes el cajón a un paso.

—¿Te lo vas a comer ahora?

—Pues claro.

—Son las nueve de la mañana.

—Vivo aquí encerrada. No tengo orden ni normas. Soy una náufraga.

—Mejor que lo seas... —murmuró María mientras iba a coger la cuchara.

—¿Qué has dicho?

María contó hasta diez.

—Que sabemos lo difícil que es este sacrificio, pero que creemos que es lo mejor porque la situación aún es... inestable.

—¿Qué dice Elena?

—Elena te echa muchísimo de menos —respondió enfática—. Se muere por venir a verte. Pero todavía no es seguro. Sé que hay alguien siguiéndola. Toda la prensa, en especial vuestro amigo Darío, sabe que ella es la única posibilidad que tiene de encontrarte.

El sonido de una puerta acompañó el nudo en el estómago que le provocaba a Carolina aquella amenaza que no cesaba.

—Calla, María —dijo—. Quiero saber cómo se ha despertado.

—¿Quién?

—Mi vecina. Lo sé por cómo espera el ascensor. Si tararea una canción, si silba... Le gusta la resonancia del rellano de la escalera y siempre hace algún sonido. Escucha...

—Pero te has vuelto loca.

La actriz se acercó a la pared más cercana al rellano y apoyó la cara.

—¿Esto va en serio? —preguntó María aún más sorprendida.

—¡Calla!

Pero ninguna pudo oír nada. María miraba al techo como si esperase la visita de un espíritu. Carolina empezó a escuchar el sonido de su corazón, al que también mandó callar.

—No está ahí, no está ahí... —repitió en un susurro.

Corrió hacia el baño y se subió al sanitario para acercar el oído a una rejilla de ventilación. María la siguió con gesto de preocupación.

—La oigo. Está con alguien. Están en el baño porque ha abierto el grifo. ¿Qué hace con una visita en el baño?

—Carolina —dijo María muy seria—, estás espionando a tu vecina.

—¡Calla! Que están hablando. —Parecía visiblemente excitada. Por su atención, parecía un fanático en el último minuto de un partido de fútbol—. Le ha dicho, espera, le ha dicho... que mejor se quite la camisa. Ahora no sé qué hacen.

María vio que había un taburete debajo del mueble del lavabo. Lo cogió y se sentó en él. Cerró la puerta para no ensuciar la escucha con más sonidos de la calle.

—¿Qué estás haciendo? Esto es... ¿muy frecuente? ¿La espías a diario?

—Todo el rato —confesó Carolina como si fuera lo más normal del mundo.

—Tendrías que verte.

—Tendría yo que verte a ti encerrada día tras días en este lugar —respondió enfadada—. Y ahora, cállate y déjame escuchar, que para un rato bueno que tengo al día... Llevo esperando que pase algo en esa casa...

Una conversación al volumen de los ruidos de ratones pequeños se coló a través de la rejilla:

—Puede que te manche, pero no te preocupes, que lo he traído todo.

—Esa es la voz de mi vecina —susurró Carolina todavía de pie sobre el inodoro.

—Ya veo —respondió María.

—No te preocupes. Como aquí estamos en confianza, prefiero quitarme toda la parte de arriba y así no manchamos nada.

Carolina pudo sentir la tensión del desnudo con esas dos mujeres en el baño, solas, un miércoles a las nueve de la mañana. Supuso que el hombre dormía, como siempre a esa hora.

—Hay un hombre en la casa —susurró a María para informarle de sus descubrimientos—. No pega ojo en toda la noche y va en silla de ruedas. Le oigo teclear. Puede que trabaje de noche.

—¿Es su marido? ¿Su novio?

—No lo sé, no creo.

—Aquí está —dijo la vecina. A continuación produjo un sonido que en el piso de abajo no supieron identificar—. Ahora relájate y déjame a mí. Te va a encantar.

Carolina la imaginó acariciando los hombros de la otra mujer y las visualizó de frente al espejo. La desconocida con los pechos redondos y blancos en el reflejo. Y su vecina, justo detrás de ella, a punto de acariciarla.

—No te bajes el tirante del sujetador porque me acabo de acordar de que tengo una capa en mi armario —dijo la vecina.

—¿Una capa? —murmuró Carolina en busca de alguna explicación que hubiera deducido María.

Los pasos de la vecina recorrieron un tramo de pasillo. La voz de la visitante desconocida entró por la rejilla con la fuerza del grito que dio para hablar de habitación a habitación:

—¡Gracias, Soraya!, no sabes cuánto te lo agradezco.

—Se llama Soraya —dijo emocionada Carolina, y repitió—: Se llama Soraya, María.

—De nada, mujer —respondió Soraya—, para algo tiene que servir eso de ser amigas de pupitre en el colegio. Antes lo hacíamos jugando y ahora lo vamos a hacer, pero de verdad.

—Una capa, una capa... —repitió Carolina en alto para estimular la resolución del misterio.

—No es que no me gusten las chinas, pero prefiero hacerlo contigo y así también tú no les tienes que dar comisión, o pagar el cuarto, o lo que sea que hagas con ellas...

—Vas a quedar muy guapa. Eso es lo más importante.

El cerebro de Carolina logró lanzarle la imagen correcta. Ya no había dos mujeres semidesnudas frente a un espejo a punto de enredarse en caricias y besos, ahora había una mujer sentada frente al lavabo y Soraya estaba detrás, con un bol de plástico y un pincel. Se volvió hacia María y elevó las manos en un gesto entre la incomprensión y la incredulidad:

—Es... peluquera.

Necesitaron dos cafés para que Carolina pusiera a María al tanto de la vida de sus vecinos de arriba. Luego María tuvo que marcharse, dispuesta a informar a Elena del desgaste de Carolina debido al encierro. En el piso de arriba ya no había pasos ni ruidos. Soraya había aclarado el pelo de su clienta y se había marchado a trabajar, según había confirmado Carolina en sus escuchas, a un centro de estética regentado por chinas. En la casa quedaba el silencio del sueño de ese hombre paralítico. Joven, muy joven, pero un hombre. Sabía que dormían en diferente habitación y cama. Sabía que él estaba despierto de noche y que dormía hasta bien entrada la tarde. Suponía que enfrascado en algo que no podía identificar más allá del teclado. No era una tele, por tanto, aunque sí podía alargarse hasta la mañana viendo series o películas con los cascos, exactamente igual que hacía ella.

Lo que no sabía Carolina era que el hombre dulce y dolorido que ella imaginaba no existía. No sabía nada de un accidente de moto de un chico de dieciséis años. No sabía nada de las carreras clandestinas en sentido contrario por la carretera de Colmenar. Tampoco tenía ni idea de que la moto del día del accidente no era la suya. Era mucho

más grande y potente, pero él, tan pequeño, tenía huevos para conducirla. Un golpe seco contra un poste al esquivar un camión. Y fue tan rápido como eso. Un ruido de metal de un segundo. Como un golpe mortal debajo de la nariz, pero en un punto de la espalda que absorbió todo el impacto y la velocidad. No le dio tiempo a frenar porque esa moto, realmente, era mucho para él. Aunque tuviera huevos para llevarla.

Es cierto que había aceptado que no volvería a caminar, pero también que no regalaría su rabia a la mala suerte. Él tenía la ira y el odio que otros ni soñaban. La fuerza para cambiar las cosas desde ese rencor ponzoñoso que, a veces, le cambiaba el sabor de la propia saliva. Roberto, sentado en la silla de ruedas empujada por Soraya, parecía un chico destruido por esa mala suerte que destroza como un zarpazo, pero cada noche, cuando todos dormían, Roberto abría sus tres ordenadores y lanzaba a las redes sus más de treinta personalidades. Todas ellas violentas. Todas ellas hirientes. Roberto era mucho más que un *hater*. Él sabía que podía cambiar las cosas y cambiarlas para mal. Tenía todo el tiempo del mundo para destrozar todo lo que tocaba. Era un maestro en la agitación y el odio digital.

A la hora en la que María se fue y Carolina se quedó esperando algún sonido, Roberto buscaba la botella de agua con la mano. Palpaba el terrazo para no abrir los ojos. Tenía sed por la exigencia de una madrugada intensa en las redes. Tenía sed también de más insultos y bronca, más acoso y amenazas. Bebió sin modificar una postura imposible para ingerir líquido y algo logró tragar. Volvió a quedarse dormido. Tranquilo. Sin saber que su suelo era el techo de una mujer con millones de seguidores, que bajo las patas de su cama crecían como el musgo las miserias de una estrella. Roberto no podía ni tan siquiera soñar con la oportunidad que el destino ya le había regalado: por fin, destruir lo perfecto y, además, salir impune.

El día se dobló como si fuera un pescador en su barca que se duerme dentro de su propio abrazo. La luz bajó despacio y los vientos suaves permitieron que los vecinos hicieran excepcionalmente uso de sus tendedores. Había dos cometidos tan ordinarios como difíciles de ejecutar en Tarifa. Uno era peinarse en una peluquería. El otro, secar

la ropa al aire. Pero cuando levante remitía y poniente ayudaba, esa ciudad tenía los atardeceres con más caricias de toda Europa.

—¿Dónde mejor que aquí vas a estar tú, Magdalena? ¡Bienvenida al sur del sur de Europa! Algeciras es fea y está llena de gente que te puede hacer un lío. Tú vente para acá, que aquí te cuidamos.

—Yo no quiero que me cuide nadie —respondió cortante Magdalena desde el interior del pequeño almacén. Salió cargada con dos cajas de Coca Cola.

—Si ya lo sé. Que tú te las apañas sola, niña, pero aquí somos de cuidar; por lo tanto, te jodes. ¡Haber pillado el piso en Zahara! —gritó Perico.

Magdalena terminó de colocar las botellas y salió a la terraza a fumarse un cigarrillo ahora que el sol ya se había escondido del todo y la noche había extendido su alfombra en la plaza. Estaba sola, más cerca de La Favorita que de su propio bar. Respiraba despacio y hacía la cuenta de cuántos minutos de trayecto se ahorrraba ahora que no tenía que coger a toda prisa el último autobús a Algeciras. Sintió la tranquilidad de otra noche demasiado templada para ser invierno. Entre la penumbra de las calles en las que los faroles aún estaban fríos para dar toda su luz, creyó ver una sombra que se movía. Al prestar atención, se dio cuenta de que las sombras eran tres.

Carolina oyó la caída de las piernas de Roberto en el suelo.

Magdalena oyó los pasos de las sombras que se convirtieron en cuerpos.

La silla de ruedas se deslizó unos centímetros para aguantar la embestida de Roberto, que se lanzaba contra ella en vez de buscarla con cuidado.

Los tres chicos que acosaron y atacaron al perro se colocaron frente a ella. Magdalena dio un paso hacia la derecha y dio a entender el trayecto con el que los rodearía. Ellos hicieron lo mismo para cortarles el paso. Ella dio un paso atrás, pero no encontró escapatoria. Decidió intentar superarlos con velocidad y astucia.

La pantalla del ordenador mostró a Roberto los tuits destacados de la jornada. Una retahíla de temas que él abordaría durante la noche hasta hacer estallar las redes.

Magdalena corrió con todas sus fuerzas hacia la pared para lograr zafarse de la emboscada. No pudo.

Las manos del *hater*, padre de algunas de las personalidades más crueles de Internet, rozaron el teclado sin llegar a escribir nada.

El más grandullón logró frenarla con un placaje al más puro estilo del fútbol americano, y el cuerpo de Magdalena, después de rebotar en la pared, rodó hacia delante para evitar golpes más peligrosos. Quedó tendida.

Roberto se alejó de la mesa y se marchó a la cocina para prepararse el primer sándwich de otra noche excitante. En el móvil tenía un mensaje de Soraya. No llegaría al paseo porque una clienta se había retrasado más de cuarenta y cinco minutos.

Los chicos se acercaron hasta rodear a Magdalena y uno de ellos, al abrigo de los demás, se agachó y tiró de sus pantalones hasta bajárselos. Magdalena se agarró las bragas con la mano derecha para que no se fueran detrás del vaquero.

Roberto admitió que el paseo lo relajaba. «Siempre viene bien un poco de aire.» Se miró al espejo y pudo ver que el fuego en sus pupilas era más brillante que otras veces.

—Un poco de aire para que te refresques, mandona. Ahora no das órdenes, ¿verdad, guarra? —le dijo el más fuerte mientras tiraba de la parte trasera de su braga.

Magdalena forcejeaba con él y con los pies de uno de sus compañeros que le daba pequeños toques en la cabeza con la punta del pie.

—Viólala —contestó Roberto a un tipo que confesaba desear a una compañera de trabajo hasta el ahogo.

Magdalena empezó a asumir que tres críos a los que en pleno día podría haber enfrentado le harían daño arrojados por la noche. Pensó en Perico y lo imaginó en el almacén, de lo contrario, habría salido al oírlos. Cuando se estaba dando por vencida, notó cómo otra sombra se cernía sobre todos ellos.

—Y hazlo hasta que le duela. Métela lo más grande que tengas por... —Roberto imaginó la mesa de oficinista de ese tipo enamorado y la llenó de objetos enormes que sirvieran a sus fantasías.

El chico que la agarraba de las bragas salió volando. Las farolas de la plaza comenzaron a alumbrar con más fuerza hasta aclarar la imagen. Magdalena pudo ver cómo Pizco los golpeaba sin temor a hacerles daño y cómo ellos gritaban como niños acobardados.

Roberto decidió preguntar al enamorado solitario cómo se llamaba la chica y si conocía sus perfiles. No se iba a perder el mayor placer de todos: asustarla. En otra de las pantallas entró una alerta por una conversación en la que varios periodistas discutían sobre feminismo. Eso también era muy apetecible. «A ver quién está por aquí... Os vais a cagar.»

Los chicos huyeron golpeados y a la voz de «¡Policía!». Pizco se arrodilló con intención de alzarla en brazos y, gracias a la luz y a la corta distancia, distinguió las marcas de la cuchilla en su entrepierna. Vio los muslos de Magdalena destrozados por los cortes. La piel joven que parecía vieja por la falsa arruga que construían las cicatrices. Pizco apretó los puños y los dientes.

La bronca en Twitter subió tanto de tono que Roberto lanzó la silla hacia el pasillo para recorrerlo hasta la nevera y pillar una Coca Cola. Estaba muy despierto, pero necesitaba velocidad. No sabía que la cosa estaba tan animada a la hora en la que solía cenar con Soraya. «No vengas, hermanita, que quiero ver lo que se cuece.»

Los pasos de los agentes a la carrera anunciaron su irrupción en la plaza. Pizco no tuvo tiempo de levantar a Magdalena. Comprobó que estaba bien, intacta a pesar de la caída, la miró a los ojos y ella creyó que la llevaría con él a alguna casa abandonada, donde viven los que no tienen hogar, para no salir nunca más, para estar a salvo. Pero Pizco huyó solo de la plaza. Y ella quedó tendida y descubierta al lado de la pared en la que la interceptaron. La luz de la farola que había sobre ella parpadeó hasta apagarse. Cuando la Policía llegó al lugar del que provenían los gritos, solo encontró a la camarera que venía cada día desde Algeciras. Limpiaba las mesas a dos manos, como una auténtica profesional.

El frío perezoso del invierno despertó ya entrado febrero. A pocas semanas del inicio de la primavera, nevaba en Madrid, Roma, Londres, Berlín, Bruselas y en todas las capitales del norte en las que una nevada en esas fechas no era noticia. Europa bajo un temporal de frío siberiano. Los informativos y las redes sociales dejaban caer estampas blancas que, de alguna forma, aliviaban las bajas temperaturas, una especie de intercambio de sufrimiento corporal por belleza. El mal tiempo reforzaba el encierro de Carolina. Elena y María no necesitaban tantos argumentos para mantenerla detrás de aquella puerta resguardada de la lluvia, el intenso frío y una campaña de descrédito y difamación inédita hasta ese momento.

—No exageres —reprochó María a Elena—. En España hemos oído barbaridades de muchas personas.

—Pero no con este impacto.

—¡Cómo que no! Recuerda todo lo ocurrido con...

Elena la interrumpió visiblemente enfadada. Cerró los ojos y cruzó las manos en un gesto seco.

—No me des ni un nombre, María. No te atrevas, porque esta mañana la he googleado y era la tercera búsqueda más numerosa en España por detrás de Cristiano Ronaldo y Messi. Y han pasado más de dos meses de su desaparición. Ya sé que a ti te pesa tenerla ahí, pero sigue siendo lo mejor para ella. Me importa poco si persigue los sonidos de su vecina por el techo. Eso no puede hacerle daño. Ha sufrido mucho. De alguna forma, ella intuye que algo muy serio está pasando y no quiere ni saberlo. Se protege. ¿No te das cuenta? Recuerda que pasó meses en cama con depresión. Ha aprendido, de alguna forma, a hibernar.

—En algún momento, Elena, tendrá que afrontarlo. Si no lo lee ahora, lo hará en el futuro. Es lo que nos depara a todos Internet. Un mundo sin segundas oportunidades y sin capacidad para olvidar. La red no discrimina las mentiras. Pesan tanto como la verdad, y nuestra definición principal de cara a los demás es digital. Llegará el día en el que el perfil sea mucho más importante socialmente que la persona.

—Pues Carolina no lo va a tener fácil. ¡Qué rabia! —dijo, tomó aire y miró hacia la calle a través del cristal de la cafetería—. Todo iba tan bien, Carolina, todos nuestros sueños se iban cumpliendo...

Echaba de menos a su amiga. A ratos dudaba sobre la estrategia de aislarla. Sabía que sufría, pero no tanto como si tuviera que enfrentarse a la prensa diariamente. «Darío, ¿por qué lo has hecho?», se preguntaba. De todos los periodistas que escribían sobre el caso de Carolina Arjona, su antiguo amigo era el más temerario y amarillo. No le importaba la verdad, la información, contrastar las noticias. Solo le importaba vender y vender sin pudor, rey de la orgía de kiosco. Elena, en un primer momento, creyó que la maldad que infectaba esos titulares era responsabilidad de esa mujer conocida en Madrid por su alma negra, la tal Eloísa, pero poco después, y a base de indagar a través de amigos, pudo saber que el cerebro era Darío. Antes por prudencia y ahora por rechazo, había bloqueado cualquier contacto con él. Su ventaja residía en tantos años de confianzas y pequeñas maldades susurradas al oído, que siempre interpretó como simples juegos. Eso la convertía en la mejor descifradora de los códigos del periodista.

Abandonó su casa con el coche aparcado en su garaje como si ella también se hubiera marchado. Habló con sus jefes en el trabajo y los informó de la situación. Ellos, rendidos a la eficacia y sinceridad de Elena, le permitieron trabajar desde un lugar indeterminado que no quiso desvelar. María también la ayudó a alquilar un chalet en El Escorial, y desde allí estableció sus enlaces con el trabajo y con María. Apenas salía de casa. Un buen supermercado cercano la surtía de todo lo necesario y, por primera vez, disfrutaba de una etapa de soledad necesaria para continuar más sabia y serena.

La campaña de Darío y Eloísa fructificó gracias al silencio de la otra parte. Si Carolina hubiera aparecido para explicar lo ocurrido, ellos habrían aprovechado la situación a su favor. Ante la duda, Elena

prefirió optar por la prudencia y dejar que el tiempo doblegara el interés público. Sin embargo, el trabajo de los dos periodistas, y el de cientos de ellos que los seguían como si Darío y Eloísa fueran sus directores de orquesta, prolongó la agonía mucho más de lo esperado. «La misteriosa desaparición de Carolina.» Ese titular les dio alas para lanzar cada semana en portada una posible explicación por muy exagerada o fantasiosa que fuera: pasaron del secuestro a la violación y, tres semanas después sin tener noticias de ella, a la muerte. Y de la muerte comenzaron a salir otros titulares relacionados con «Los posibles enemigos de Carolina», «Sus cuentas pendientes», «Lo que nunca supiste de Carolina». Y a cada renglón se sumaban más barbaridades y difamaciones.

Aunque su labor también era protegerla de las tormentas mediáticas, el agente de Carolina, sin querer saber nada que le implicara, dio carta blanca a Elena. Ella insinuó que tenía un plan y él prefirió no conocer los detalles. «Desde este momento yo ya no soy su agente, Elena, y para los medios, no sé nada de ella desde que se fue a México. Punto. Esto me queda grande.» Elena agradeció tanto su sinceridad que no se paró a analizar la cobardía de un hombre que se había enriquecido al calor del éxito de la actriz. El mánager se marchó tan tranquilo, no sin antes aclararle algo y de paso darle un consejo: «No busques nunca justicia en los medios de comunicación, Elenita. Tampoco lo llesves a lo personal, pero hazte a la idea ya de que nunca rectificarán y nunca pedirán perdón. Ese camino es el de gastar dinero en abogados. Nada más. Si Carolina es su víctima, que aprenda a tragar, querida. No hay más. Vivimos en un país en el que cada uno puede decir lo que le dé la gana, aunque no sea cierto. El derecho a la rectificación no se ejerce. Los jueces no quieren líos. Tiene que estar muy claro para que ganes algo y después de dejarte los ahorros en pleitos, mientras las revistas juegan al desgaste, ¿qué os vais a llevar? ¿30.000 euros como mucho, después de gastaros lo mismo en juicios? Réstale abogados, tiempo y, sobre todo, la presencia de esos titulares que no se van ni con aguarrás. Hazme caso, la justicia no es el camino. En otros países, por publicar una mentira prácticamente te cierran un medio. Pero esto es España. Puedes publicar lo que quieras. Solo tienes que ponerlo en boca de otro y listo. Con tener un cabeza de turco, te libras de todas. Y ahora, *ciao bella*, esta guerra no es para mí

porque ya está perdida». Elena recordaba esas palabras cuando María pidió la cuenta. Enternecida por su preocupación, le dijo:

—Tranquila, Elena. Todo acabará. De una u otra forma.

—Han sido tan crueles, María. Si ella supiera las cosas que han insinuado...

—Haremos que esté más fuerte cuando tenga que leerlo y no podremos hacer más. Al fin y al cabo, ella se fue a México, ella se casó con él...

—¿Insinúas que tiene la culpa de lo que le ha pasado?

—No. Solo digo que es parte de su vida y que tendrá que aprender a gestionarlo.

—A veces me dan ganas de...

María le agarró la mano y tiró de ella para ponerla en pie y sacarla de la cafetería.

—Pues eso precisamente... no.

—No sabes qué iba a decir —respondió Elena sonriendo.

—Sí que lo sé. ¡Claro que lo sé! La mejor forma que tienes de defenderla es protegiéndola.

Abandonaron el local vacío. La nieve cubría las calles y la calzada. Diez minutos antes de que salieran había dejado de nevar y ahora el sol brillaba escandaloso. María señaló las copas de los árboles parada frente a la entrada de la cafetería.

—¿Recuerdas el día gris y feo que hacía cuando hemos llegado? Mira ahora, ¡qué día tan maravilloso hace en la sierra de Madrid! Aunque ¡vaya rasca, amiga! Ya te podías haber hecho la ermitaña en Cádiz —bromeó sin mucho éxito.

Las dos mujeres se abrazaron sin poder reírse abiertamente en su despedida semanal.

—No puede pasar mucho más tiempo así —insistió Elena.

—Eso también lo sé.

El vuelo de las 11:00 desde México D. F. con destino a Madrid fue una pesadilla para todos los que despegaron en él. Salió con más de dos horas de retraso por una avería en un motor y por un pasajero que no llegó a embarcar, pero cuyo equipaje seguía en la bodega. El mal humor de Ángel, que amasó su furia durante semanas para llevarla

intacta y peligrosa a España, se extendió por todo su cuerpo como el picor de la morfina. Incómoda y por momentos insoportable. Varios miembros de la tripulación celebraron su entrada en la cabina porque siempre era más excitante tener a un famoso en el vuelo, aunque tres horas después de la demora y de un despegue entre rayos, ya no pensaban lo mismo.

Ángel no creía ni en la buena ni en la mala suerte, pero sí en los días que arrancan torcidos, y estaba claro que ese era uno de ellos. En otras ocasiones habría bromeado con azafatas y azafatos, hasta acabar con un *gin-tonic* y con la jefa o jefe de cabina a su total disposición. Tenía encanto. Siempre lo tuvo, y conocía sus revoluciones con la sensibilidad del pie del corredor sobre el embrague de un coche de carreras. En muchos viajes idénticos al de esa mañana, también habría intercambiado algo más que sonrisas con alguna pasajera que volaba a su lado. Mujeres de negocios que cruzaban el océano y que lo elegían. En esos intercambios que se producían a veces durante el vuelo, y otras en algún baño, coche de alquiler u hotel de Madrid, Ángel era un galán inofensivo. Ninguna de esas compañeras del espacio aéreo podía sospechar que, bajo ese gesto felino que dulcificaba con besos, dormía un depredador capaz de emborracharse en sangre. El dolor que era capaz de provocar estaba muy por encima del placer que lograba producir. No era un buen amante. Era solo estampa. Aunque a algunas y algunos, como Darío, eso sobradamente les bastara.

La salida de la T4 le pareció infinita ahora que él, «una especie de ratón de campo», esperaba a un animal más bello y poderoso. Las continuas discusiones con Ángel, las amenazas y los insultos no habían sino incrementado el deseo y la locura de Darío por ese «cateto güey», tal y como le gustaba referirse a él delante de sus compañeros. Era complejo descifrar que su amor por Ángel jugaba una parte importante en su desproporcionada saña contra Carolina. El periodista levantó la cara en busca de un ídolo y solo pudo ver a un hombre escondido dentro de su abrigo. Ángel llegó hasta donde estaba sin levantar la cabeza.

—¿Cómo estás, Darío? —le dijo con un abrazo somnoliento—. Me llevas al hotel. Estoy roto. Necesito una ducha.

Lo vio durante todo el trayecto dormido a su lado y, de alguna forma, él también quiso poder descansar y perder la conciencia. Solo

ahora era consciente del poder que ese hombre ejercía en él. Tuvo miedo de tener un accidente porque se sentía fuera de control. Darío se miró en el espejo retrovisor y comprobó cómo hiperventilaba. Antes de hacer una locura y lanzarse encima de él, o rozarlo o besarlo sin que se diera cuenta, tecleó el nombre del hotel en Google Maps. «Que sea su voz la que me guíe, yo con resistirme ya tengo suficiente.»

Aparcar en la Gran Vía era imposible. Los coches particulares solo podían pisarla en un movimiento de flujo constante, sin opción de paradas o descargas. Allí estaba Darío, nervioso y excitado, deseando en el fondo que Ángel se despertara y le echara en cara su torpeza. ¿Sería eso el amor? El periodista al que muchos habían deseado «todo el dolor que has causado» bendijo aquella maldición que con gusto recibiría si fuera ese hombre quien se lo infligiera.

Una hora y media después, Ángel le anunció por WhatsApp que «bajaba en dos minutos». Ya juntos en el cóctel bar de hotel, los dos cómplices charlaron.

—¿Qué somos en realidad? —Darío se sorprendió de la falta de prudencia de su cerebro.

—¿Tú y yo? —respondió el mexicano, y levantó la mano para llamar al camarero.

—Sí, claro. No tiendo a hablar de la humanidad, ni a hacer preguntas de presentador de documentales científicos. —Darío le quitó todo el picante al juego que inconscientemente había iniciado.

—Ok —sonrió Ángel—. Disculpa... Una botella de agua con gas, con hielo y una rodaja de limón, y un Campari.

—¿Has comido?

—No. Algo en el avión. Pero ya sabes..., nada. Engañar al estómago.

—Pide algo. Un sándwich. Lo que sea para no tomarte una copa a palo seco.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó el periodista. Le hablaba como... una madre o cualquier otra mujer dominante preocupada por su salud.

—Pero ¿qué dices, Darío, amigo? ¿Qué te pasa? ¿Te va a preocupar ahora que me haga..., no sé..., daño al estómago? ¿Que me emborrache? Eso te viene bien, ¿no crees? —Ángel le plantó la palma de la mano en el muslo a unos centímetros de la rodilla

Darío sintió una erección tan súbita que le hizo toser.

—Estoy bien. Tienes razón. Otro para mí... —dijo elevando la voz y buscando al camarero, que asintió a lo lejos.

—Y ahora, hablemos de lo que no me deja dormir, Darío. ¿Dónde está? ¿Está con Elena? —Ángel apartó la mano de la pierna del periodista, que comprendió al instante que no habría recompensa sin una pieza a cambio.

—Yo no creo que se escondan juntas, pero sí creo que están juntas en esto.

—¿Por qué crees que no están en otro país, tumbadas ahora mismo en una playa paradisiaca riéndose de nosotros?

—Pues porque no hay registro de que hayan salido y no son espías, joder, Ángel... No te montes películas. —Darío le dio el primer sorbo a su cóctel—. Carolina no tiene familia cercana, ya lo sabes. Sin la abuela que la cuidó después del fallecimiento de sus padres, ya no tiene otra atadura que su carrera profesional. Podrían estar en cualquier sitio, créeme...

—No tienen esa capacidad, ni contactos. No es fácil abandonar un país sin dejar rastro. Están aquí y no creo que muy lejos.

—¿Seguro que no están juntas?

—Creo que no, porque Elena es muy lista y sabe que separadas multiplican sus posibilidades de no ser visibles. Es una putada, pero seguro que es un plan cutre y les está saliendo bien. —sonrió al buscar los ojos de Ángel.

—A mí no me hace gracia, Darío —respondió amenazante el mexicano—. Ni puta gracia. Es mi mujer. Y quiero que salga de donde está.

—Lo mismo está muerta.

—¡No te atrevas a decir eso! —Ángel le lanzó la mano hacia la camisa y no llegó a agarrarlo, aunque dejó claro que le habría agredido sin pensarlo dos veces—. Carolina es mi mujer y la quiero... de vuelta.

—Pensé que ibas a decir que la querías. —Darío se irguió apoyando las palmas de las manos en sus rodillas. Abrió las piernas para dejar clara su excitación y su coraje. Sonrió—. Que la querías, tú, que la has maltratado como si fuera un animal de la calle... Si está muerta...

—Darío... —Ángel volvió a levantar la mano, pero el periodista no se amedrentó.

—Como decía, si está muerta, posibilidad que me vendría muy bien para convertirla en mártir primero, y malvada que merecía morir después, habrá sido porque se ha quitado la vida por todo lo que le hiciste. A nuestro enviado *paparazzi*, las chicas del servicio de tus papás ya le adelantaron alguna cosita..., que tienes la mano muy larga. ¿Qué más te da? ¿Qué te importa lo que le pase a Carolina? No es tu mujer, ni es mi amiga. Es nuestra lotería. Y gracias a que es una cobarde nos va a enriquecer mucho más y ya veremos si no nos hace el favor de desaparecer para siempre. —Guiñó el ojo a Ángel, que ya no pudo contestarle con ese orgullo del esposo ofendido que no venía a cuento—. ¿No te parece, amado esposo?

Las manos de Ángel subieron por los muslos de Darío hasta casi rozarlo. Él, rodeado por el bullicio de la arteria principal de Madrid y por la imprudencia del enamorado, se dejó hacer. No había estado más excitado en toda su vida. Ángel le mantenía la mirada. Darío quiso comprender por qué lo hacía, qué interés tenía en mantener una *affaire* homosexual en medio de todo ese lío mediático. ¿Era para tenerlo de su lado? ¿O para controlarlo más? Ángel hundió sus pulgares en la entrepierna de Darío, que suspiró sin disimulo. Un momento después, los dos subieron al ascensor.

Darío, frente al espejo, parecía ese ratón de campo en el que pensaba en la Terminal 4, con el cuello a merced de la boca de su depredador. «Por mí como si me devoras, ya arreglaremos mañana lo que vamos a destrozar hoy.» Fue la primera vez que Darío no mezcló el sexo con el abuso o el insulto. La primera vez que no habló ni humilló a su amante. Lo disfrutó como el viaje soñado, como un amanecer perfecto. Pasó unos minutos en ese lugar que no había pisado nunca y en el que vivía la mayoría del planeta: el territorio del deseo, el amor natural, el miedo a la pérdida, la ansiedad. Lo disfrutó sin reserva alguna. Se dejó manipular, arrastrar, apretar... Y también convencer, retorcer, intuir... Toda la plenitud que creyó vivir contrastaba con la distancia y frialdad de Ángel, capaz de poner su cuerpo al servicio de su prosperidad. Nadie los miraba dentro de aquella habitación repleta de luz natural. Pero lo que para uno era un sueño para el otro era trámite. *Business*, pensó Ángel a modo de orden

militar. Eso fue justo antes de cerrar los ojos para deshacerse dentro de la boca de su víctima.

Un par de minutos después, Darío miraba al techo con los ojos entrecerrados. Ángel se había levantado rápidamente hacia el baño. Darío decidió que colocaría ese encuentro en el cajón de los chantajes sexuales que tantas veces había provocado. El utilizado ahora había sido él. Pero sentía que estaba enamorado y, aunque su carácter le impedía sentir la picazón del amor, sí advertía cierto sufrimiento por no ser correspondido. «Eso nunca ocurrirá, él nunca podría quererme», se dijo en frío. Después apoyó su mano debajo del ombligo y se acarició al recordar el roce de su rostro, sus maneras animales y, por un segundo, cayó en la trampa: «Pero... ¿y si ocurriera?».

Un grupo de señoras que probablemente había pasado la tarde entre tortitas de nata en algún café del bulevar precedía a la silla de Roberto. Soraya iba algo más despacio de su ritmo habitual, pero aprovechaba el freno de este pelotón de abuelas para disfrutar un poco más del paseo. Divertidas y exaltadas, comentaban algo sobre el paradero de la actriz Carolina Arjona. La mayoría hacía referencia a *Verdades*, la revista en la que trabajaban Darío y Eloísa. Argumentaban que la publicación nunca se había equivocado en nada de lo que había dicho acerca del caso y barajaban las diferentes teorías como si ya las hubiesen discutido en varias tertulias. «La secuestraron —dijo una—. Está claro. Esa chica está en algún desierto de por allí, violada y con el cuello cortado. Ya han desaparecido muchas.» Cada una exponía su teoría. «Pues yo creo que está viva y que piden tal barbaridad como rescate que no pueden resolverlo», dijo la que iba más a la derecha, envuelta en un abrigo de lana deformado por las horas de asiento. «Era actriz, tenía dinero», apuntó la más seria, con cara de flauta y boca de aguja. «No será suficiente —dijo la del abrigo—, tendrá que hacer algo el Gobierno.» «Sí, hombre —marcó la que iba por delante de todas liderando el regreso a casa—. Lo que me faltaba, que me quitaran dinero para sacar a esa mujer del agujero en el que esté. Que no se les ocurra...» «Era buena chica —dijo la que parecía una flauta delgada—, buena actriz...» La del abrigo, auténtica académica de las revistas del corazón y, por tanto, reproductora de su

lenguaje, insistió: «Quizás no era tan buena chica, ¿no habéis leído...?».

Soraya logró adelantarlas en un paso de cebra. Dejó atrás el zumbido de las mujeres que seguían comentando lo guapo que era el marido, los supuestos enemigos de ella, la desaparición paralela de su mejor amiga, la mala suerte que la perseguía desde la muerte de sus padres...

—No soporto tal nivel de odio —dijo Soraya.

Roberto casi había perdido la cuenta entre tanto comentario y tanta suela que contar.

—116, 117, 118...

—¿Eso es lo único que me tienes que decir?

—No me importa lo que haga esa señora.

Cualquiera que hubiera oído a Roberto pensaría que no sabía nada de Carolina Arjona. Por eso Soraya no podía imaginar que su hermano llevaba varias noches dedicado en cuerpo y alma a especular desde sus decenas de perfiles sobre el paradero de la chica. Cómo había preparado varios escenarios con testigos falsos, informes policiales que no existían, rumores que había creado en su imaginación y que ubicaba en barrios y con personajes inexistentes. Tampoco sabía Soraya que una manada de tuiteros y *haters* hambrientos había acudido a su llamada para corroborar, con toda seguridad, que las suposiciones eran ciertas. Por cada mentira que él lanzaba, aparecían no menos de dos testigos para corroborarla: «Yo estaba allí y la vi. Es verdad que no era una buena mujer. Guarra. Puta mentirosa». Roberto recibía las contestaciones como un aplauso el artista. En las redes sociales era capaz de alcanzar la velocidad que lo había postrado en una silla de ruedas y que tanto echaba de menos. En ese circuito también era un campeón.

—¿De verdad no te da pena esa chica y todo lo que se dice de ella? —preguntó de nuevo Soraya.

Roberto dejó de contar para contestarle y calculó cuatro pasos en el paréntesis:

—A mí me da pena un enfermo. Alguien que sufre por una enfermedad, no esta chica. Ese es el verdadero mal: estar enfermo. — Roberto lanzó de un golpe todo el aire por la nariz y lo convirtió en una exhalación animal. Continuó a lo suyo—: 125, 126, 127...

Soraya, asustada por la frialdad de su hermano, le respondió autoritaria:

—Tú no estás enfermo, Roberto. Lo tuyo es... otra cosa.

La última calada al cigarro le sabía amarga y se le pegaba a la garganta. «¡Qué manía de apurar el cigarro si sabes que no te gusta!», se reprochó Paloma. No era este el único reproche que la acompañaba por cada rincón del hospital de Algeciras. Llevaba allí veintiséis días, merodeando por los pasillos azules con la instalación eléctrica a la vista. Conocía la planta en la que estaba ingresada Vanesa como si la hubiera construido ella. Esa luz mortecina y las notas indicativas apuntadas a rotulador en las puertas de los baños le asqueaban. «Ellos» y «Ellas», rezaban torcidas y escritas con una caligrafía tan pobre que parecía la de un menor. Le hubiera gustado un centro sanitario con más luz y mejor atmósfera. En este no lograba encontrar consuelo ni escapatoria. Desde el día del ingreso en urgencias, cuando seis horas después un grupo de médicos se reunió con ella para preguntarle si la niña había perdido mucha sangre en algún trauma reciente como un accidente de tráfico. «¿Por qué me preguntan eso?», pensó. Los análisis de Vanesa no eran normales. Algunos de sus valores estaban alarmantemente bajos y no debía estar en la calle sin plaquetas y con una sangre que, según logró entender, era más agua que sangre roja. «La niña se tiene que quedar», sentenció el médico, y entonces ella calculó que serían un par de días, hasta que descartaran lo que fuera y las dejaran irse. Dos noches de sillón incómodo y a casa.

Pero ese plan nunca se cumplió, recorrería muchas veces los pasillos de ese hospital. Forzada por la costumbre, llegó a buscar la capilla y se encontró con un cuarto con una mesa alta repleta de figuras, flores y velas. Un cuarto más pequeño que la habitación de Vanesa, llena de médicos a ratos y de máquinas en otros. Los términos «quimioterapia» y «radioterapia» entraron en su lenguaje diario con facilidad y sin resistencia, de tan comunes como eran en los pasillos, en la cafetería. Pareciera que el mundo entero tuviera cáncer. «La enfermedad no está donde parece», le dijo un camarero del hospital con el susurro de los adivinos. «Y tanto», le contestó ella, que pensaba que su tiroides la iba a llevar a la tumba y resulta que era su hija la que

agonizaba a su lado sin que pudiera verlo. Vanesa con las venas llenas de agua y ella preocupada por un trozo de carne sin más. Benigno. Recordaba aquel informe y el escaso valor que le dio al recibirlo. Ahora que cada mala noticia sobre Vanesa, y recibía varias cada día, era peor que la anterior. «Y yo que pensaba que la que se pudría era yo.» Todo el miedo que había tenido no había servido para nada. Todo lo que le asustaba no era temible. Ahora sí, identificaba el pánico real, no el inventado por una mala mecánica en el alma. Tenía miedo. Y no por ella.

Al final del pasillo de urgencias se veía claramente el Peñón de Gibraltar. Pensó en Vanesa y en ese sueño que la dejaba adormecida la mayor parte de los días. «¿Y si cambiáramos de tierra y nada de esto hubiera ocurrido? —Miró hacia la costa africana—. Te habría llevado a Tánger o a Asilah. Quizás así habría podido hacerte crecer sana y preciosa.» El puerto de Algeciras funcionaba a ritmo completo. Unos barcos descargaban y otros partían repletos hacia sus destinos. Imaginó el trapicheo en las calles aledañas y le pareció oír una persecución a los lejos con gritos de alto y algún disparo. Estaba detrás del cristal, pero la ventana superior estaba abierta. La conexión con un mundo exterior, regado de problemas solucionables, la confortó.

Soraya no había faltado a su cita diaria con el cigarrillo en el parque ni una sola noche. Ni la lluvia, la escarcha, la nevada o el hielo habían logrado persuadirla. Si acaso, se lo había fumado de pie, para evitar mojarse el pijama. Esa noche hacía frío y nada más. Se columpiaba conectada al suelo únicamente por la punta de sus pies. Miraba las punteras desgastadas y tarareaba algo, tan acostumbrada a estar sola que no la sintió llegar. Carolina se sentó en el columpio de al lado. Estaba muy pálida y llevaba un pelo extraño que no se correspondía con el de las fotos de los periódicos, las revistas o las imágenes que había visto en televisión, pero sin duda era ella.

—¿Eres tú? —le dijo entre el miedo y la excitación de haber recibido un regalo que rompiera su rutina—. ¿Eres tú..., aquí? ¿La chica de la que todo el mundo habla?

Carolina asintió. Estaba emocionada ahora que por fin la veía de cerca. Era más frágil aún de lo que había imaginado. Delgada y mayor

de lo que esperaba, o tan solo envejecida prematuramente por las circunstancias. Era rubia y el tono ceniza de las mechas no le favorecía. «Eso que eres peluquera», pensó Carolina con ternura.

—No quiero que me encuentren. ¿Me ayudarás, Soraya?

—Mamá, ¿tengo la culpa? Mamá, ¿tengo la culpa? —la misma pregunta se repitió hasta caer en el infinito en las noches de Malena.

Dos años después de la muerte de su madre, la niña continuaba hablando con ella en sueños y todo se resumía a aquella pregunta angustiada e injusta, teniendo en cuenta que debía ser su mente, encerrada en ese bucle, la que le contestara. Malena estaba a punto de cumplir nueve años, pero no había abandonado sus rutinas de huérfana prematura. Muchos días, al igual que la noche del funeral, acababa tendida en la cama que compartieron sus padres. Mantenía una tristeza que la sofocaba hasta hacer imperceptible el fuego que le correspondía por su edad. Malena no era niña, ni mujer ni nada. Era un fantasma al que sus tutores no sabían tratar. La pena y la rabia ocupaban su rostro como si su cuerpo estuviera poseído y la niña que era cuando Clara estaba viva nunca volvió a habitarla. Lo que parecía un proceso de duelo lógico se transformó en una vivencia preocupante.

Sus profesores comenzaron a pensar que nunca podría llegar a ser una adulta sana, demasiados miedos y llantos en medio del recreo, falta de atención en las clases que derivaba en una especie de ausencia cuyo final era un gimoteo insoportable para sus compañeros, nulo interés por aprender, preocupación constante. Una maestra la observaba a veces desde la ventana de la sala de profesores y la describía: «Parece un gorrión atravesado por una flecha. Como ese cuento en el que un pájaro pequeño sangraba. Ese dolor le ha atravesado la curiosidad». Más de una vez intentaron charlar con ella para después ponerse en contacto con Santiago, pero casi siempre encontraban al padre al otro lado del mundo, y a la niña, igualmente, en las antípodas de la realidad. En un grupo de *mails*, le alertaron

sobre la falta de atención de Malena y su tristeza. Él respondió con una visita semanas más tarde al colegio para explicar que el entorno de su hija, es decir, sus vigilantes, Jemina y Simón, le aseguraban que la niña estaba triste, pero que iba mejorando: «Va comiendo. A ratos está algo más alegre. Cuando se olvida de ello, juega». Él se sentaba con ella cuando podía, pero salvar la distancia de los viajes se hizo cada vez más complejo. Malena lo esperaba como un gato enfadado que solo quiere que le abras la ventana de casa cuando regresas de vacaciones. Santiago fue incapaz de conectar con su hija, más allá de un cariño asentado en las primeras capas de sus cimientos, una mirada que siempre era generosa y preocupada, un gesto entregado siempre que estaban juntos, pero pocas palabras, una comunicación que se cortó un buen día y dejó de fluir. A un lado y otro de la calle, un padre y una hija se miraban esperando que el otro cruzara, sin saber qué decirse, sin saber por dónde empezar.

El impulso profesional se había transformado en un viento constante que llevó a Santiago a los rincones más alejados del mundo y de la tragedia que había assolado su vida. Ya era casi un viudo consagrado y aún no había tenido tiempo de pararse a sopesar la transformación que había sufrido. Hacía y deshacía la maleta como si fuera una pequeña nueva vida encapsulada. Decidió disfrutar de cada uno de sus viajes como si fuera un espía al que regalaran una identidad renovada para los siguientes nueve, siete o dieciséis días. Los espacios de tiempo a los que se atrevía a mirar no superaban las dos semanas. El escape mutó a compulsión sin que lo advirtiese. La soledad era su amiga en esos saltos y el anonimato de cualquier viaje de negocios lo alentaba. En Australia o en Japón, que visitaba al menos tres veces al año, lograba desprenderse de su última capa de piel de forma completa. A veces, era capaz de pasear por un bosque de bambú sin recordar que ella había existido, sin saber quién era Clara y quién era él, como si tuviese veinte años y estuviera terminando la carrera y pudiera soñar con enamorarse por primera vez. El respaldo de Simón y Jemina era fundamental en lo que Santiago, en instantes de lucidez, a menudo en el despertar, calificaba como una etapa de curación. No estar más tiempo con Malena lo destrozaba. Era un animal que huía del fuego y reconocía que necesitaba estar mejor para poder ayudarla. Los informes del colegio eran muy alarmistas

comparados con las noticias de casa. «Quizás un cambio de colegio», pensó.

—¿Otro *gin-tonic*, señor? —dijo la azafata.

—Pues claro. Nadie me espera en Nueva Delhi.

Una cena extensa y sin límites en Kabuki. Sabía que ese regalo impactaría a Simón. Su amigo estaba haciendo mucho más de lo que hubiera hecho un hermano por él. Por eso reservó una mesa para celebrar su cumpleaños. Simón, a estas alturas, se había convertido por derecho en el padrino de Malena. Su verdadero padrino, el hermano de Clara, apenas la llamaba desde la muerte de su hermana. Dos horas antes de la cena, Santiago había llegado a casa procedente de Doha. Malena dormía de nuevo sobre su cama. Pudo darle un beso que ella se sacudió como si sus labios fueran una araña perdida en su cara. Jemina se quedaría a dormir, aunque fuera sábado, porque «Ustedes dos, jóvenes, necesitan renovar sus votos de amistad», dijo la limpiadora sabia.

—¿Te gusta el sitio, Simón?

—Mucho, te has pasado. No hacía falta tanto lujo. Sabes que lo hago encantado porque... —Los dos levantaron la copa a la vez como si se tratara de un conjuro.

—Tú lo harías por mí —concluyeron al unísono.

Bebieron su primer sorbo de vino y lo disfrutaron con un par de segundos de silencio.

—Ya no sé cómo agradecerte todo lo que haces por Malena. Ahora brindamos por tu cumpleaños y por todo lo que quieras, pero cuéntame antes. ¿Cómo está mi hija? Los del colegio no dejan de escribirme preocupados por ella.

—Malena va poco a poco, Santiago. —Simón dejó la sonrisa en la servilleta al limpiarse los labios—. Tiene sus días, pero habla poco y es una niña reservada desde que Clara murió. No dice nada sobre la muerte, ni sobre ella...

—¿Y sobre mí? —preguntó Santiago.

—Tienes que entender que no estás casi nunca. —Santiago giró levemente la cara—. No, no, no, Santiago, por favor, no te lo tomes como un reproche. Yo soy tu amigo. Y debo decirte las cosas tal y como

son. Estás poco porque estás haciendo lo que tienes que hacer, que es darle un futuro a esa niña y, de paso, curarte tú, que también lo necesitas.

—Menos mal que tú también lo entiendes. —Santiago sintió la dulzura de la comprensión de su amigo.

—¿Cómo no voy a entenderte? Jemina y yo a veces lo comentamos. Os habéis quedado sin ella muy pronto. Y os habéis quedado los dos. No es solo Malena. Tú necesitas recuperarte para poder ayudar a la niña. Ella va creciendo. ¿Has visto qué mayor está?

—La veo dormida y me parece mentira que se parezca tanto a Clara. ¿Te has fijado en que tiene el mismo lunar en la mejilla izquierda? Cuando era bebé parecía una mancha grande al lado del hoyuelo, pero ahora es el mismo de Clara. Duerme del mismo lado que ella. Reposa la cabeza sobre una de sus manos encima de la almohada, igual que su madre. A veces me da miedo ese parecido, y no sé si me inquieta verla por eso.

—No lo creo. No se parecen tanto. Créeme. Malena es aún una niña. Alta, pero una niña...

Los dos dejaron que la imagen de Clara, espigada y vibrante, ocupara un hueco en aquella cena.

—Yo te entiendo, Santiago. Quieres hacerlo todo bien, pero este es un proceso muy complicado. Ha sido muy abrupto y sí, han pasado casi dos años, pero no hay un tiempo definido para encajar la pérdida. Cada uno hace lo que puede y tú tampoco has tenido una vida muy tranquila que digamos.

Santiago tomó la servilleta y se la puso sobre las piernas. Un gesto que lo ayudó a cambiar de conversación por pura generosidad. Habría seguido hablando de Malena durante horas; sin embargo, era el cumpleaños de Simón y estaban en Kabuki.

—¿Y tú? Hablemos de ti. ¿Qué tal en ese nuevo trabajo?

—Pues la verdad es que estoy muy contento. Muy ocupado los fines de semana porque los mejores eventos de E-Sports se celebran esos días. Viajo mucho por España. Estoy rodeado de críos siempre y me lo paso pipa. Es como ser un chaval de nuevo, rodeado de juguetes y de esa adrenalina que no tiene tanto que ver con el miedo de los adultos, sino con la excitación de las partidas.

—¿Lo llaman «partidas»?

—Yo sí. Y les hace mucha gracia. Ellos son nuevos ídolos del rock. Críos rodeados de chavalitas, como si fueran raperos del perreo y mierdas así...

—No es nada tranquilizador lo que me dices...

—Es que no lo es. Prepárate para el machismo del futuro. Ríete tú de nuestros padres. Estos vienen finos...

—¿Y de chicas? ¿Algún amorcito?

Simón sonrió.

—Tengo una canadiense con la que contacté por Internet gracias a otra amiga. Empezamos con algún Skype guarro.

Santiago se recostó para ver a su amigo gesticular con los brazos como si fuera un gorila a la carrera. Le hizo gracia ver a Simón casi como en sus años de instituto.

—Y ahora quedamos para ir a esquiar por el mundo. Pasamos tres o cuatro días esquiendo y follando y volvemos a casa tan contentos.

—Esto que me cuentas es muy romántico —ironizó Santiago.

Simón manipuló su teléfono para buscar algo.

—No me enseñes fotos, por favor —le pidió Santiago—. No quiero ver fotos guarras.

—Ni yo comer pez globo de ese que te puede matar, no te jode.

—No vamos a comer eso.

—Comerse eso es mucho peor que comerse esto —dijo Simón ya fuera de sí, convertido en un mandril que sujetaba un teléfono con la foto de unas tetas enormes pegadas a la pantalla.

—¿Y la cara no me la enseñas? —respondió Santiago algo serio—. No sé... Una foto juntos... Algo que no sean...

El camarero interrumpió la conversación con un buen plato de sashimi.

Los amigos entraron en una fase de la cena que los distrajo de sus preocupaciones y los ayudó a sentirse cercanos y cómplices. Ya en los postres y después de varias botellas de sake, Santiago no pudo evitar volver a Malena.

—Mañana me gustaría hacer algo especial con ella. Algo que la anime. Tú, que ya la conoces mejor que su propio padre —Santiago se señaló con los pulgares—, ¿qué harías?

—Llévala de compras —respondió rápidamente Simón con la alegría del alcohol japonés.

—¿Para comprar ropa? —dijo Santiago sorprendido.

—Sí. Lleva toda la semana vestida con el mismo pantalón vaquero y con camisetas. Se ha puesto la misma cazadora y le ha quitado unas muñecas que tenía cosidas o algo así. No sé, creo que le apetece tener ropa nueva. Se está haciendo mayor, es normal.

—Siempre le traigo cosas de los viajes...

—Eso no lo usa. Mucha ropa de marca, pero la niña no es idiota. Los paquetes huelen a aeropuerto y a ropa comprada en los últimos minutos antes de que salga el avión, que nos conocemos, Santiago. Llévala de compras y pasa una tarde con ella. Quizás la ropa te ayude a conectar.

—¿La última botella de sake? —preguntó Santiago.

—Y las que vengan...

—Gracias, amigo, y ¡feliz cumpleaños!

—De nada. Gracias a ti por esta cena de alto ejecutivo. La próxima vez volvemos al Alfredo's a comer hamburguesas y a ponernos tibios de cerveza. Y esa la pago yo.

—Nunca podrías parecer un alto ejecutivo con ese jersey de adolescente.

—Yo no te digo que pareces un señor mayor dentro de esas camisas.

Santiago y Simón rieron, gesticularon y se imitaron como si fueran imágenes de un espejo. Lo hacían mucho cuando salían de copas y los ayudaba a ligar, eran tan habilidosos que muchos creían que habían tomado clases de mimo. No les importó que las mesas de alrededor los mirasen. Acabaron su repertorio de gestos copiados con el de apretar el nudo de la corbata. Un camarero se acercó para retirar los platos y los felicitó.

Elegir la calle Preciados como destino de compras no era la opción más atrevida; sin embargo, Santiago pensó que entre El Corte Inglés, Zara y Mango tendría garantizado que Malena encontrase algo que le gustase. No hubiera sabido definir el estilo de su hija. Malena seguía siendo para él la misma niña que viajaba con ellos cuando vivía Clara, la misma que aprendió a jugar en la arena entre las piernas de su madre o que disfrutaba siguiendo a ritmo lento el paso de los

escarabajos. La nueva Malena le parecía una extraña, mucho más ahora que llevaba esos vaqueros desgastados y una camiseta con una cazadora fina que no reconocía, unas zapatillas negras y una gorra de visera dentro de la cual escondía su coleta. Esa misma mañana, Malena se había despertado a su lado y lo había abrazado con la languidez de una goma que ha perdido toda su fuerza. Para Santiago, la muerte de Clara había roto el entresijo de nudos que Clara y él construyeron con una educación amorosa y firme, cuidada y precisa, y la niña, «tan bien armada y plena de recursos», tal y como les gustaba felicitarse, se había desmenuzado como cordel que hubiera caído al agua, víctima de la catástrofe. Lo había abrazado, sí, pero como te abraza un muñeco de trapo de brazos largos. Él le había propuesto ir de compras y ella había respondido con un ligero brillo en los ojos que él interpretó como alegría apagada.

Habían desayunado juntos en una cafetería nueva para evitar ir a comer tortitas en la que frecuentaban con Clara. Para esta nueva etapa de madurez habían elegido huevos revueltos y yogur con cereales. Ahora caminaban juntos por la calle comercial más transitada del país, pero bastante descongestionada a las diez de la mañana del domingo. Decidieron entrar en Zara; si eran capaces de terminar pronto las compras, podrían ir al Retiro a montar en bici antes de comer en el barrio de Salamanca. Santiago pulsó el botón del ascensor para subir a la planta de niños. Malena miraba hacia el suelo como si la cabeza fuera un peso muerto. La colección de primavera-verano empezaba a mostrar bañadores y camisetas de playa. Los vestidos blancos de niña con volantes troquelados y su versión en colores lisos con cuadros vichí eran los protagonistas en los expositores.

—¿Te gustan esos vestidos? ¿Quieres probarte alguno?

Malena negó con la cabeza con un gesto determinado y seco.

—¿Por qué no coges lo que te gustaría probarte? Creo que va a ser lo más fácil, ¿no crees? —Santiago apoyó su mano en el hombro de Malena, que sin decir palabra la agarró para llevarlo hacia otra zona de la tienda.

La niña dejó los vestidos a un lado y se dirigió hacia otro perchero.

—Quiero esto —dijo.

—Pero esto es ropa de niño —le contestó Santiago con dulzura, pero sin comprender la confusión de su hija.

—Quiero esto, papá —insistió Malena.

Santiago se dio cuenta de que quería unos pantalones con bolsillos. La niña tocó una camiseta con un dibujo de una moto.

—Quiero probarme esta ropa, papá.

—No hay problema, Malena. Si esto es lo que te gusta. No hay problema, cariño.

—Ya no quiero ponerme más vestidos. Ni faldas, papá. Quiero vestir como un niño.

Santiago advirtió que lo que le estaba diciendo no era fácil, su hija estaba compartiendo con él una confianza, algo que no sucedía desde la muerte de Clara.

—¿Y estos te gustan? —Santiago cogió un peto blanco de verano.

—Sí, pero en gris.

Padre e hija hicieron juntos una selección de ropa para ir al probador. Todas las prendas estaban pensadas para acabar en los armarios de los niños. Santiago se sentó en un banco tapizado frente al probador y la vio salir con cada uno de los modelos. Había crecido mucho y seguía flacucha, su aspecto cada vez más desgarrado y la gorra, que no se quitaba en ningún momento, le daban un aire *skater* que no le entusiasmaba, pero al que no se opondría. Solo era ropa. «No voy a discutir con mi hija por una estupidez así.»

Malena parecía algo más tranquila en la cola de la caja. Miraba a su alrededor con la vista más alta. Santiago recogió las dos bolsas de mano de la cajera y salieron a la calle.

—¿Algo más, Malena? ¿Unas zapatillas?

—No. Ya tengo estas.

—Si no quieres nada más, nos podemos ir al Retiro. ¿Te apetece?

—Sí, quiero algo más, papá. —La niña levantó la cara y Santiago pudo verla por primera vez desde hacía semanas o, quizás, meses, con el sol en el rostro.

Estaba pálida, lógico si nunca se quitaba la visera, aunque en su palidez había algo verduzco. Tenía la piel jugosa y aterciopelada de los niños, pero el color de los daños adultos.

—Esta tristeza continua no te está sentando bien, cariño —dijo Santiago al ponerse en cuclillas y coger la cara de su hija entre sus

manos—. Yo también la echo de menos. Aun así, tenemos que empezar a remontar y estar mejor. Quiero que seas, aunque sea muy poco a poco, algo más feliz cada día. ¿Lo intentarás, Malena? ¿Querrás ser un poco más feliz cada día?

—Tú nunca estás, papá... —dijo ella, y escondió la cara en su pecho.

—Ya lo sé, mi amor. Tengo mucho trabajo y es un momento importante... no solo para mí..., para nosotros. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo ella bajando de nuevo la cabeza.

—¿Qué puedo hacer para que seas un poco más feliz hoy? ¿Hay algo? ¿Pídeme lo que quieras? —Esto último sonó desesperado.

La niña lo miró a los ojos con una valentía ensayada, se notaba que lo que le iba a pedir no nacía de la improvisación.

—Papá... —dudó.

—Dímelo, Malena. No tengas miedo. Pídeme lo que sea.

—Es que lo que quiero...

—En serio... —Santiago sonrió para ayudarla a sincerarse.

—Quiero que me cortes el pelo.

Santiago bajó los hombros en señal de descanso.

—¿Y tanto drama para esto? ¿Quieres ir a la peluquería?

—Sí —contestó ella.

—¿Es por eso que llevas todo el rato la gorra? ¿Porque te ha crecido demasiado el pelo?

La afluencia de gente a la calle Preciados empezaba a llenarla de sonidos. Sin embargo, Santiago y Malena sintieron que podían disfrutar todavía de unos segundos de intimidad.

—Deja que vea cómo tienes el pelo. —Santiago hizo el ademán de quitarle la gorra y ella se revolvió.

—No, yo... —Agarró la punta de la visera y la echó hacia atrás hasta dejar que su melena cayera como un pompón.

Su madre siempre presumía de la cabellera de su hija. La niña nació con una cantidad de pelo extraordinaria, y ya desde muy pequeña llamaba la atención por sus mechones lisos pero gruesos y pesados. Santiago palideció. Colocó despacio sus manos en los hombros de la niña y la obligó a que se girara para mirar con detalle su cabeza. La niña tenía un trasquilón en el flequillo a ras del comienzo de la frente. Su pelo parecía partido por un huracán.

—¿Lo has hecho tú? —Santiago preguntó despacio para no dejar ver su enfado.

Malena se había cortado grandes mechones de pelo por toda la cabeza. Sobre la oreja tenía un hueco de unos seis centímetros de diámetro que parecía una brocha corta. Daba la sensación de que le hubieran pasado una maquinilla por zonas.

—Lo he hecho yo. Con la tijera y tu máquina.

—Ya veo. —Santiago la miró de espaldas. Era un auténtico desastre. Más propio de una muñeca vieja que de una niña.

—Papá, quiero cortarme el pelo. —Malena aprovechó que estaba de espaldas para expresar con claridad su deseo—. Quiero cortarme el pelo como un niño. Eso es lo que quiero para ser feliz, papá. Quiero ser un niño.

Los mensajes de Santiago eran tan reveladores como dos horas de terapia. En ellos, la psicóloga que lo atendió a él después de la muerte de Clara, y a ambos durante su breve y destructiva enfermedad, no reconoció la serenidad que siempre le había transmitido Santiago, un hombre que estaba sanamente dolido y desesperado después de la muerte de su mujer. Una vez dejó de visitarla, ella se quedó tranquila y predijo un buen desenlace para su paciente. Ahora, dos años después, le mandaba un SMS que anunciaba a un Santiago muy distinto. La terapeuta lo citó a última hora de ese mismo día, consciente de su angustia.

—La verdad es que me sorprendió tu mensaje, Santiago. Nunca te había leído, ¿cómo te lo diría?, tan asustado...

—Tú sabes que lo único que siempre me ha dado miedo es lo que le pueda pasar a Malena. Y Malena no está bien.

—¿Por qué consideras tan grave lo que le pasa? Cuéntame qué es lo que crees que le ocurre a tu hija.

—Creo que es una niña transgénero —soltó Santiago a bocajarro.

—Muy bien —asintió la psicóloga con un gesto entre la sorpresa y una disimulada normalidad.

—¿Muy bien?

—Sí. Muy bien. Si ya sabes qué le pasa realmente, tenemos mucho terreno ganado. ¿Estás seguro?

—Solo quiere ponerse ropa de chico y me ha pedido que le corte el pelo corto. —Santiago respiró y resopló con angustia—. Me ha dicho que para ser feliz quiere ser un niño.

La psicóloga, impertérrita como un cisne de hielo en el centro de una mesa de una gran boda, insistió en su pregunta:

—¿Y por qué estás tan seguro de que es una niña transgénero?

—Pues ¿por qué va a ser?, no me jodas, te lo acabo de decir.

—Porque se viste de chico.

—Sí, y se ha cortado el pelo y dice que quiere ser un niño —enumeró algo más enfadado.

—Ya veo.

—¿Ya ves qué? ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—Lo que tienes es muy poco para afirmar que es una niña transgénero. Los tratamientos con niños que desean un cambio de sexo, si es el caso de tu hija, precisan de una evaluación y un seguimiento rigurosos, un acompañamiento especial, tanto médico como psicológico, y nada, nada, nada de alarma a su alrededor.

—No es para estar desesperado, ¿me dices? ¿Tú no lo estarías?

—No estamos aquí para hablar de mi posible reacción ante una circunstancia así, sino de la tuya. ¿Por qué estás mucho más fuera de control que cuando te vi poco después de la muerte de tu esposa, una situación de alto estrés, que supiste llevar con tanta inteligencia y serenidad?

—Porque nadie me ha preparado para esto.

—Esto puede no ser nada.

—No estoy nunca en casa. —Santiago desvió la mirada y bajó la cabeza. Ella dejó que el silencio hiciera su trabajo—. Nunca estoy. ¿Cómo voy a ayudarla en algo así? He leído que estos niños necesitan de mucha atención.

—Estos y todos, Santiago. Deberías despejar la duda que ya estás verbalizando. ¿Qué es lo que realmente me quieres preguntar?

—¿Puede tener que ver lo que le pasa a Malena con mi ausencia?

—¡Bien, Santiago! Por ahí vas bien. No entres en la culpa, pero sí en un pensamiento lógico. Puede tener que ver y no, pero tendrás que

estar más cerca de tu hija para saber qué le ocurre y por qué. Eso es evidente, y no tendrás otra forma de hacerlo.

—¿Por qué no puedes ser más suave, como el resto de tus colegas?

—¿Por qué me has llamado si querías que lo fuera?

—Porque yo no sé si Malena es una niña transgénero.

—Ni yo tampoco. Y no lo sabré.

—¿Y si la ves?

—Puedo verla, aunque, si estás tan seguro, yo recurriría a especialistas.

—No lo estoy.

—Me pareció escuchar que sí.

Santiago se rindió ante su sonrisa. Tantas horas juntos en los peores momentos los habían preparado para un nivel de intimidad profesional que él valoraba mucho. No era su amiga, como Simón, pero sí una inestimable ayuda.

—Estoy regular.

—Ya lo veo. No pasa nada. Empezaba a ser un poco extraterrestre que aguantaras todo lo ocurrido con esa... Si no encuentro la palabra...

—Ella empezó a sonreír.

—Si no encuentras la palabra, no te pagaré la sesión —bromeó Santiago.

—P...

—Perfección —dijo él entre risas.

—Yo quería decir mejor... paz. Con esa especie de paz con la que vinisteis los dos a verme con el diagnóstico. Tanta paz y tanto amor...

Los dos se dejaron abrazar por un silencio que permitió entrar a Clara en la habitación para acariciarles la nuca.

—A veces siento que, cuando tiene que aparecer, aparece. Como si estuviera aquí.

—No se lo digas a mis colegas porque me insultarán, pero yo también creo que de alguna forma reaparecen, acarician y apoyan.

—Pero en esto de Malena, con Malena...

—Estás solo. Y creo que lo mejor es que empieces a llevarlo no como un peso, sino con esa paz que tenías y tienes aún en algún lugar. Dilo. Dímelo.

—Estoy solo con Malena.

Ella afirmó con la cabeza y lo animó a repetir.

—Estoy solo con Malena.

—Está bien, Santiago. La semana que viene tengo un hueco. —La terapeuta sacó una agenda de cualquier parte como una maga profesional.

—La semana que viene no estoy.

—Pues el martes de la siguiente.

—La siguiente tampoco.

—¿Ni el sábado?

—El domingo, quizás.

—¿De dentro de... dieciocho días?

—Sí. No puedo cambiar esos viajes. Lo siento.

—No puedes... —dejó ella en el aire—. Está bien. Nos vemos entonces. Si pasas antes por aquí, y puedes, llámame y te hago hueco.

—¿Puedo mandar a Malena mientras tanto?

—Creo que tenemos que seguir un poco tú y yo.

—No me lo pones fácil.

—Tú a mí con tu agenda, tampoco.

El espejo del baño devolvió a Jemina una imagen con la que no quería pelear. Ella podía acreditar sus más de treinta años de lucha para sacar adelante a sus hijos y a toda su familia. Lo había hecho todo en su sector: limpiar oficinas, cocinar en restaurantes mugrientos, trabajar de día y de noche sin apenas dormir en meses que venían propicios, borrar las huellas de decenas de borrachos en bares y discotecas, cuidar de ancianos, cuidar de niños, bañarlos a todos, asearlos, aguantar sus gritos, sus llantos y escupitajos, sus vómitos, su mal humor y sus fiebres, también sus terrores nocturnos. Les había dado a pedacitos su vida, la que no podía compartir con sus hijos. Algunos vinieron a España por un tiempo, pero ella no podía hacerse cargo y, ante la ausencia de familia que pudiera echarle una mano, regresaron con su padre. Allí eran felices. Ella mandó suficiente dinero hasta que crecieron, y ahora dos de ellos eran estudiantes universitarios. Lo había conseguido. Dos de sus chicos, con la hija mayor —un cerebro según le contaba su hermana— a la cabeza, deseaban cambiar la suerte de su apellido y nada los iba a frenar. Nada

que tuviera que ver con esos principios que se fueron erosionando lejos de la religión y de los suyos.

Se ató el pelo y se cepilló bien los dientes y la lengua. Insistió hasta casi sentir una arcada. «No pasa nada por sentir la náusea», se decía. La vida le había brindado una oportunidad inesperada y ella, que lo había aceptado casi todo, ella, que no había nacido para limpiar culos, sino para estudiar como su hija, aunque nunca tuvo la opción, no iba a parar ahora, no iba a hacerse la ofendida por ciertas peticiones. Era el momento de ser fría y práctica.

Jemina salió del baño hacia la entrada del piso. Vio a Simón recostado en el sofá. Jugaba con el móvil. En un gesto amplio, se metió la mano en los pantalones desabrochados y se rascó los genitales. Jemina apartó la mirada y se fijó en el aparador que había frente a la puerta. Allí estaban los ciento veinte euros convenidos. Los cogió rápido y los metió en su bolso. El pago no llegó a reconfortarla, pero la justificación le sirvió para continuar.

—Me voy a buscar a Malena —le dijo.

—Está bien —dijo él sin apartar la mirada de su móvil—. No tardes.

El reloj que estaba encima de la pizarra marcaba las seis menos cuarto. Quedaban apenas quince minutos para que terminase el tiempo del examen de matemáticas. Malena no había resuelto más que un problema y calculaba que el resultado era erróneo porque le daba un decimal. Los aciertos solían ser redondos y contundentes. No sabía en qué se había equivocado. Cuarenta minutos atrás había dejado de hacer cálculos para centrarse en una empresa que requería de una valentía extraordinaria. Lo había pensado mucho y un examen le parecía el mejor vehículo de comunicación. Precisaba de intimidad y, de alguna forma, ese papel firmado por ella en el encabezamiento y que solo leería su profesora se la otorgaba, pero ahora que tenía el folio delante, no sabía qué escribir. Daba vueltas con el bolígrafo en los márgenes, y hacía volar la punta que no llegaba a posar. El tiempo se terminaba.

Miró a sus compañeros, algunos tensos, otros pasotas frente al documento, imaginó unas notas que se repetían trimestre tras

trimestre y recordó sus buenas calificaciones de cursos pasados, su forma de estudiar y su capacidad para concentrarse. Ahora era imposible, su mente estaba secuestrada por lo que sentía y por el pánico que le impedía reaccionar. Levantó su cabeza de pelo corto y observó los lazos, las coletas y las trenzas de sus compañeras, una de ellas había venido al examen con un mechón azul. La profesora anunció los últimos cinco minutos de la prueba y empezó a recoger sus cosas en silencio. Era la última clase y parecía que ella también tenía prisa. Malena volvió al papel y clavó el bolígrafo en el centro de la parte trasera del folio que estaba en blanco, apretó la mano como si pudiera dotarlo de fuerza para que escribiera solo. Era demasiado difícil. Y si no salía bien, y si ella no lo entendía, y si se enteraban los otros niños... El timbre sonó como el disparo de pistola en la salida de una carrera de perros.

Malena cerró los ojos y pensó en su madre. Creyó sentir un abrazo que le bajó desde los omóplatos hasta tocarle las manos. «Gracias, mamá», pensó. Abrió los ojos llorosos y en los últimos segundos, antes de que la profesora le quitara el papel, garabateó en la esquina inferior derecha una frase con una caligrafía que, de ser advertida, tendría que ser leída con lupa. Una especie de gusano de tinta escrito con la fuerza de una tormenta. La voz que nadie podía oír y que ella no era capaz de compartir. «Que lo lea, que lo lea», deseó mentalmente cuando la profesora recogió su prueba.

Al pasar por delante de la mesa principal, vio la pila de exámenes al lado de la carpeta de la profesora. El suyo, casi en blanco, ya había sido separado con otros que tampoco estaban completos. Un primer filtro que aligeraba el trabajo de la docente. Estaban boca abajo. En el de Malena, con dificultad, podía leerse un mensaje de auxilio: «Tengo miedo».

Los comentarios en Twitter alcanzaron grados de violencia inéditos. La rabia de la red social más infestada de odio se sumó a la labor de *haters* y publicaciones sin ética. Los *haters* encontraron en la actriz desaparecida la figura que siempre habían deseado: alguien lo suficientemente famoso como para darles pábulo a nivel internacional e incapaz de contestar. Tan duras fueron aquellas semanas que algunos de los que disfrutaban de la sangre fresca de los perfiles más duros sintieron cierto reparo por contarse entre sus seguidores.

La historia de Carolina se convirtió en una excusa para alentar la violencia y la maldad contra cualquier mujer. Desde las expresiones hirientes, aunque infantiles, del tipo «Con esas tetas y ese culo de mierda yo también habría desaparecido», o «Eras la peor actriz de la historia. El cine agradece tu muerte», hasta las que sonaban más a delito que a comentario: «Ojalá te encuentren colgada en tu armario un día de estos, so puta», «Te escondes para jodernos, pero ya verás cuando te encontremos», o «La niña del futuro está en una fosa en medio del campo y le han quemado la cara y el coño con gasolina». Se puso de moda en las redes especular con el paradero de su cuerpo y lo que comenzó como un informe forense de guion de serie B saltó a la chanza. Utilizaron imágenes de una película francesa en la que la actriz aparecía en una escena tendida sobre la calzada, víctima de un atropello, para hacer montajes variados y situarla en cualquier parte con el propósito de convertirla en el GIF de mayor repercusión: su cuerpo en medio de un corro folclórico, en el capó de los coches, en las alas de los aviones y en los brazos de personajes famosos que posaban de frente y que con un sencillo corta y pega podían sostener el cuerpo de la actriz con comentarios del tipo «La maté porque no me la pude

follar» o «Te lo merecías, guarra». En algunas páginas pornográficas, los más enfermos ya habían subido vídeos cortos con montajes de violaciones grupales de ese *frame* inmóvil de Carolina.

Elena comenzó a asustarse. Tenerla escondida no estaba funcionando como ella esperaba. Su esposo mexicano, ese depredador que ella reconocía como a un chacal, recorría los platós de televisión lamentando su pérdida y se sumaba a todo tipo de teorías de la conspiración que nacían en mentes tan retorcidas como la suya propia. Terminaba cada comparecencia televisiva con una mirada a cámara y un mensaje a Carolina. Ángel la defendía de las acusaciones más sucias y aseguraba que su desaparición solo podía tener que ver con una amnesia o algún tipo de trastorno, ya que «nuestra relación era envidiable». Cuando algún periodista le mencionaba la posibilidad de que tuviera una relación amorosa con otra persona, él fingía sentirse profundamente dolido: «Carolina es lo mejor que me ha pasado y no podría vivir sin ella».

Elena reconocía delante de María que la situación se les había ido de las manos y ya era incontrolable. Por primera vez, sintió que su iniciativa podía ponerla en peligro y mandó un teléfono de tarjeta con María para hablar con su amiga.

—Hola, Carolina, mi niña..., ¿cómo estás?

—Elena, ¡qué sorpresa! Creí que me dijiste que no debíamos hablar bajo ninguna circunstancia. ¿Ha pasado algo grave?

Elena cogió aire y suspiró sin disimulo.

—Mira, Carolina, la verdad es que las cosas no van... No van muy bien.

—Algo sé... Aunque creo que son más bien tonterías, ¿no te parece?

Elena apretó el teléfono con las manos para que Carolina no notara la tensión en su voz.

—¿Y qué sabes? Y, sobre todo, ¿cómo lo sabes?

—Pensaba contártelo cuando nos viéramos porque sé que no lo aprobarías, pero somos amigas y no voy a mentirte, nunca lo hemos hecho. Creo que lo que está pasando es bueno y a mí me ayuda a soportar todo esto.

—¿Y qué es eso que me tienes que contar?

—Que me he echado una amiga, Elena. —Una sonrisa clara recorrió las ondas que las separaban.

Elena sintió pánico.

—¿Qué amiga, Carolina? ¿Quién está ahí contigo?

—Nadie, nadie. Es una vecina. Nos vemos en mi casa siempre o en el parque de noche, por seguridad. Vemos series juntas, y películas, y le cuento miles de anécdotas de mis rodajes...

—¿Y de tu vida... íntima?

—Sí, sabe lo de Ángel y México, pero no te enfades, es mi amiga. De verdad...

—¿Cómo sabes que es tu amiga? ¿Cómo sabes que le importas lo suficiente y que no te traicionará? —Elena subió la voz hasta gritar.

—No lo puedo asegurar. Presiento que no, y para mí es suficiente —contestó Carolina asustada como si estuviera encogida en un rincón —. Me parece que vive esta amistad clandestina con la misma emoción que yo. Se llama Soraya, y es una buena persona.

—Todas lo son al principio —respondió Elena muy seca.

—Es peluquera. Y vive con su hermano, que está en silla de ruedas por un accidente de moto. Él apenas habla. Y ella está muy sola. Solo quiere compañía, como yo. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, pero reconoce que es muy goloso revelar tu secreto.

—No le des más vueltas. Ya está hecho. ¿Quieres que te cuente algo que te hará reír?

Elena reconoció a su mejor amiga en la oferta y se relajó ante lo inevitable.

—Ahora somos iguales.

—¿Cómo iguales? Carolina, no me asustes, que a veces hablas como si de verdad te hubieras vuelto loca.

—Que, como es peluquera, me ha teñido el pelo de su color y me lo ha cortado como ella y ahora somos iguales.

—¿Y de qué color tiene el pelo? —Elena no tenía hijos, pero le pareció que esta hubiera sido la típica conversación de madre paciente con hija en la edad del pavo.

—Rubio con mechaz feas. De esas que parecen pajizas mezcladas con una especie de rubio ceniza sin brillo... Y lleva una media melena a la altura de la mandíbula.

—No puedo imaginármelo.

—Ven a verme.

—Sabes que no puedo, Carolina.

—Estoy espantosa y realmente irreconocible. Te sentirías muy orgullosa de mi obra.

—¿Te ha visto María?

—No, lleva diez días sin venir. La última compra me la mandó por mensajero con orden de dejarla en la puerta. Soraya me ayudó a colocarla.

—Soraya ¿qué más?

—No lo sé. ¿Qué importa eso?

—Tienes razón, ya poco importa.

—¿Qué te pasa? Te noto muy baja.

—No sé qué te habrá contado Soraya, pero te están amenazando en las redes. Ángel recorre los platós para ganar dinero a tu costa y, en el fondo, lo que consigue es azuzar la violencia que genera tu caso. Te escondí para protegerte, aunque creo que te he puesto en una situación muy delicada.

La voz de Carolina se hizo más grave:

—No te asustes, Elena. Lo has hecho con la mejor intención y ahora tendremos que solucionar lo que venga, como siempre. Estas semanas al menos me han servido para recuperar las fuerzas.

—He pensado que podría sacarte del país y que te marcharas un tiempo. Luego podrías retomar tu carrera en Hollywood...

—¿Írme de aquí?

—Carolina, siento decirte esto, pero este país ya ha demostrado que no te quiere y que no le importas. Es más, diría que son más los que te odian que los que te admiran. Tengo que ser tan directa porque creo que lo mejor es que te vayas para que nadie te haga daño.

—No creo que marcharme sea la solución. Comencé a huir el día que me sacaste de aquella finca y necesito que eso pare. No me importa estar escondida, pero no lo estaré para siempre. No me iré.

—Sería temporal.

—Es una decisión de vida, Elena —respondió Carolina enfadada—. ¿Les estás dando la razón?

—¿A quiénes?

—A los que amenazan, a los que mienten. A todos esos mierdas, Elena. Son mierda. Gente malvada. Mierda que apesta mucho, pero,

en el fondo, mierda nada más.

—Está bien, Carolina, veo que quizás por primera vez en nuestra vida no nos entendemos. Creo que no eres consciente del peligro. Me da miedo que salgas a la calle y alguien pueda hacerte daño. Hay mucho pirado y mucho enfermo dando ideas.

—Agradezco tu preocupación. Pero la próxima idea sobre mi futuro será mía, si no te importa.

Elena sintió la aguja del reproche en todo el pecho.

—Me parece bien.

—Algo se me ocurrirá. Ahora me toca a mí.

Carolina colgó sin ser cortante, pero con la rotundidad de quien finaliza una conversación que queda suspendida por algún tiempo. Elena captó claramente ese «Hasta nuevo aviso».

El baño de Roberto fue, al principio, un acto violento para los hermanos. Ellos, que de niños se habían bañado centenares de veces juntos, se veían en esta situación como adultos, y ni la costumbre ni lo cotidiano de aquella rutina lograron vencer del todo el pudor de Roberto aquellas primeras semanas. Ella insistía en ayudarlo y él se dejaba porque, quizás, era ese el lugar en el que se sentía más solo. Con los ahorros de algún dinero que recibieron en herencia a la muerte de sus padres, Roberto se compró la mejor silla de higiene para paraplégicos; con ella prácticamente podía asearse solo, aunque había partes del cuerpo a las que le costaba llegar porque las manos también habían sufrido serios traumatismos en el accidente. «Ya no puedo girar la muñeca como antes», le decía a Soraya. Ella, si lo veía de buen humor, le contestaba: «Eso es lo de menos, ¿no te parece?». Soraya y Roberto comenzaron a permitirse el humor negro solo dentro de aquella ducha de plato, él se sentía tan indefenso en sus manos que vivía aquel rato como quien acude gustoso al confesionario para hallar cierta tranquilidad, y allí, cubierto por el agua tibia y al observar el movimiento de los brazos de su hermana por debajo de la silla, era capaz de hablar de su incontinencia urinaria, del uso de pañales nocturnos, de la estimulación de los esfínteres e, incluso, de una posible nueva sexualidad.

Roberto y Soraya no eran mellizos, pero la vida los había convertido en algo parecido. Aquella rueda que perdió el contacto con la carretera los vinculó para siempre de una forma que no podían haber imaginado. Siempre se quisieron. Mucho. Y se protegieron. La muerte de sus padres, «un caso de esos en los que la una lleva a la otra», solía decir Soraya, los situó en un escenario de compromiso que aceptaron. Y ahora, cuando se quedaban solos al abrigo de esa ducha, eran los mejores amigos y también los mejores hermanos. Solo ahí, un código de relajación les permitía ser un poco más felices y dejar la rabia de Roberto a fuego lento sobre su escritorio.

—Dentro de la ducha siempre me pareces un niño, Roberto.

—Más que un niño, un bebé, ¿no te parece? Y un bebé... ¿imbécil?
—suspiró para dejar salir el cansancio y la desesperación.

—Sé que podrías hacer esto solo y...

—Lo iré haciendo. Para eso me he comprado la silla.

—Pero quiero que sepas que a mí me encanta ayudarte y que podamos charlar en este lugar. Fuera, ya casi no hablamos. Estás siempre...

—Déjalo, Soraya.

—Pero tú no eres así.

—Tú no sabes cómo soy.

—Eso es cierto, yo no puedo ni imaginarme lo que sientes y cómo lo sientes.

—No te pongas pesada y dramática. Peliculera. Es exactamente lo contrario. Yo no siento. ¡Pellízcame el culo si quieres, o los huevos! Ya verás que me quedo tal cual.

—No voy a hacer eso, animal. Podrías empezar a pensar en...

—Pienso mucho, Soraya. Toda la noche, todo el rato, cada minuto
—Roberto empezó a acelerar el discurso y su voz pareció transformarse.

—No te pongas así. No te enfades conmigo. Tienes que empezar a confiar en que la vida te puede sorprender... —Soraya le estaba enjabonando la espalda y se adelantó hasta poder mirarlo a la cara para guiñarle un ojo.

—La vida me sorprendería si, de repente, me llevara por delante un autobús y se acabara esta puta mierda de una vez.

Soraya estaba tan acostumbrada a sus salidas de tono que las dejaba pasar como una brisa.

—No, Roberto, a veces la vida te sorprende con algo, no sé cómo decirte, en principio imposible.

—Un milagro, ¿quieres que vaya a un curandero a que me venda un brebaje y nos saque la pasta?

—No estoy hablando de tus piernas. Estoy hablando de que hay mucho más que puede pasar, aunque te parezca mentira.

—No, Soraya. Esa es la mierda que te venden los libros esos de autoayuda, pero la vida es esta putada que nos compramos por cuatro ratos de felicidad. Para algunos ni tres, ni dos...

—Los milagros existen. Y si no te gusta hablar de milagros, lo imposible ocurre.

—Lo que tú digas. —Roberto cerró el grifo.

Soraya se situó detrás de él para empujarlo y sacarle de la ducha.

—Toma la toalla. —Ella tomó otra y empezó a secarle los pies.

—Yo, por ejemplo..., he prometido no contarlo, pero tú eres mi hermano y contigo creo que puedo. —Soraya le pellizcó los tobillos—. No puedes contarlo, Roberto, dime que no lo contarás...

El chico imaginó un idilio de barrio, un amante casado, un embrollo típico de su hermana. Se preparó para reprenderla.

—¿Qué has hecho, Soraya?

—Dime que no...

—No, no voy a contarlo —aseguró él sin dar importancia a lo que iba a decirle.

Ella señaló el suelo en silencio y sonrió.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿El suelo? ¿Mojado?

Ella exageró la sonrisa.

—Es que te vas a quedar de piedra.

—¡Dímelo ya! —gritó Roberto—, o no me lo cuentes.

Soraya se llevó el dedo a los labios y susurró:

—Ella nos oye y no puede saber que te lo he dicho.

—¿Ella? ¿Es la vecina de abajo? —Soraya asintió—. ¿Y nos escucha? —Su hermana volvió a mover la cabeza con una expresión cada vez más resplandeciente—. Y esto, que parece una película de terror, ¿te hace sonreír así?

—Sí —susurró. Se incorporó y colocó la toalla en el regazo de su hermano. Después se sentó sobre sus rodillas y acercó la boca a su oído—. Es Carolina Arjona.

Roberto apenas percibió un siseo.

—¿Quién? ¿Qué dices?

—Que es Carolina Arjona. Nuestra vecina de abajo es la actriz desaparecida.

La respiración de Roberto se cortó.

—¿Estás segura de que es ella?

—Y tanto, somos amigas.

Su hermana tenía razón. Los imposibles ocurren. Su víctima, la mujer que le había hecho más famoso en las redes sociales de lo que nunca llegó a creer, vivía bajo sus pies. Carolina Arjona dormía cada noche debajo de su silla de ruedas. Roberto comenzó a reír.

—No es gracioso. Es sorprendente, pero no es gracioso. Está escondida y lo está pasando mal.

—Le paso por encima, empújame, Soraya... Es lo mejor que he oído en mucho tiempo. Empuja la silla, que vamos a pasar por encima de la cabeza de la mujer más buscada del país, empuja, empuja. — Roberto parecía haber perdido el control.

—No digas eso, Roberto. —La expresión de Soraya cambió, arrepentida ya de haber compartido su secreto.

—¿Ya no te hace gracia que algo me haga feliz?

—¿Y por qué iba a hacerte feliz? —dijo asustada.

—Déjalo, hermanita. —La risa de Roberto comenzó a diluirse, apoyó la frente entre sus manos—. En serio, déjalo. Ya está. Llévame a mi habitación. Tengo mucho que hacer.

El rey de la rabia y la ira en Internet no podía sentir los cuarenta y dos kilos de su hermana sobre sus rodillas. Tampoco la humedad que se pegaba al pelo de sus piernas y a sus genitales, pero sí percibió algo que había olvidado desde que sufrió el accidente. Fue instintivo y sensorial. Solo ocurrió dentro de su cerebro, pero por primera vez en mucho tiempo Roberto experimentó placer.

Pizco presumió que Magdalena no había acudido al trabajo esas semanas por el ataque de la última noche de luna llena. El vagabundo

no podía dejar de pensar en esos cortes que la desnudez de Magdalena le había permitido descubrir. La chica se autolesionaba. Pero cuando Magdalena regresó a la terraza, el vagabundo dedujo por su conversación con Perico que no había trabajado por el levante. Aunque no muy fuerte, había convertido el aire en chicle, y el calor y el bochorno le habían quitado a Perico hasta las ganas de hablar. Ahora que Pizco miraba a Magdalena, evocaba la noche de luna en la que su furia revolvió los vientos, en cómo la agredieron, en cómo apareció él y, una vez más, tuvo que huir. El recuerdo de otra huida le metió el corazón en un balde de cemento. Intentó disimular que no podía dejar de mirarla. La aparición de Lidia, que entró en la plaza como un cohete, fue providencial:

—¡Papá! —gritó la pequeña.

La figura de su madre desde el coche, parado una esquina más allá, parecía derrotada por la curvatura de su espalda.

—Está hecha mierda, Pizco, *pa* mí que a veces no puede con la niña y que el amor que la tiene no es bastante. Ya ni baja para dármele. —Perico cambió el gesto para recibir a su hija—. Pequeñuela, ven a los brazos de tu padre santo. ¡Mi Lidia guapa!

La niña lo abrazó con la contundencia de los amores claros y primeros.

—Papá...

—Dime, hija.

—¿Hoy vendrá gente?

—Eso espero, porque este señor y yo parecemos vaqueros en la llanura y los bisontes no llegan, mi amor.

—Pero se ha ido el levante, papá.

—Sí, nuestro hombre del saco ya se ha ido. Ahora vendrán los que se gastan los dineros y podremos trabajar —señaló a la camarera, que repasaba con una bayeta las mesas— Magdalena y yo.

Dos señoras ataviadas como si fueran a hacer un *tour* por el desierto, a juzgar por la cantidad de cachivaches que portaban, se acercaron al camarero.

—De-sa-yu-no... —pronunció una de ellas.

—Pues claro —respondió Perico—. Vengan aquí, mis Amazonas. —Retiró dos sillas de una mesa a la sombra y ellas respondieron con una sonrisa tan larga como la curva de sus viseras de plástico de colores—.

Les voy a traer: dos cafés y dos pinchos de tortilla con una barrita para cada una, que se ve que son de buen comer. Y un buen zumo de naranja. ¿Ok?

—Ok —contestaron ellas con un acento perfecto, sin entender nada.

—¡Hala, Lidia! —le dijo el camarero a su hija de camino a la cocina—. Si quieres practicar inglés, ya sabes...

—*One, two, three...* —contestó ella.

Y su cuenta arrancó la carrera de una mañana repleta de clientes. Perico decidió contarles a todos que era el Día Mundial del Bisonte.

Pizco y Lidia asistían a la mañana de trabajo de los dos camareros como quien disfruta de una larga ópera desde su palco; para la niña y el vagabundo este era el escalón del portal en el que dormía Pizco. A las doce, el sol picaba como si fuera junio y en esa esquina arañaban un poco de sombra. Lidia entró en el bar y trajo un plato de patatas. Quedaba solo una hora para la comida, pero los horarios tenían pinta de alargarse al antojo de las mandíbulas de los que llegaban a la plaza como si hubieran programado reemplazarse.

—Si me lo dicen ayer, no me lo creo, chiquilla —le dijo Perico en movimiento a su hija.

—¡Habrán venido de los barcos, papá! —gritó ella agarrada de las rodillas de Pizco.

—Será eso, pequeña. Si son piratas, ¡bienvenidos todos! —El camarero estaba muy contento. Había días que creía que sus jefes no podrían pagarle el mes. Eso era Tarifa: el todo y la nada, igual que sus vientos.

—Yo creo que ella ha venido en un barco también —dijo Lidia, y miró a Magdalena—. Vino en un barco de noche...

La niña comenzaba otra de sus fábulas para imaginar los orígenes secretos de aquellos personajes que rodeaban la vida de su padre, y Pizco la escuchaba mientras seguía con la vista a Magdalena.

—Vino en un barco sola. Y llevaba remos de corales rojos. Tan grandes como estas dos farolas —Lidia señaló las lámparas que lucían noche sí y noche no, según les venía—. Y ha viajado desde el mar porque es... es de las montañas de África.

Pizco pasó un brazo por encima de su hombro y movió el índice hacia los lados. Ella se lo tomó como si fuera un juego de acertijos.

—Entonces, es... de donde están las pirámides.

El vagabundo volvió a negar con el dedo.

—Es una princesa.

Pizco cerró ligeramente la mano y dio dos golpecitos al aire que Lidia tradujo como una afirmación.

—Una princesa que ha dejado a un príncipe en su reino..., en otra playa..., más allá del Peñón. Pero no es del Peñón.

El índice de Pizco negó de nuevo.

—¿Es de otro sitio? Su príncipe se ha convertido en pájaro. No. No. Espera. —Lidia se puso muy nerviosa porque el final que más le convenció se presentó de improviso—. No. Escucha.

Pizco giró la mano y extendió la palma en señal de petición.

—Ella es el pájaro. Ella es el pájaro y estaba en una jaula y cuando se escapó de la jaula se convirtió en niña porque se rompió un ala por el levante y cayó aquí, en Tarifa, y se despertó y ya era la camarera... y... y... —La inspiración de Lidia se cortó como racha de viento—. Y... ya está. Ese era el final. ¿He acertado, Pizco? ¿Magdalena fue un pájaro? ¿Por eso lleva uno tatuado en la espalda?

Pizco cerró el puño hasta marcar más sus venas hinchadas por el calor. Y marcó dos golpes en el aire. Lidia le agarró la mano sin mirarlo, como quien coge la empuñadura de un bastón, y pensó orgullosa: «Sabía que tenía razón».

Todo el personal del hospital la conocía como la habitación lunar. La habían decorado gracias a la donación de unos padres que perdieron a su hijo de ocho años por leucemia. Quisieron recordarlo ayudando a otros niños enfermos. Y Vanesa fue una de las primeras habitantes de la habitación lunar. Paloma observó a su hija recreándose en los detalles del espacio. Vanesa solo sabía que le estaban poniendo la medicina y, aunque ya había cazado al vuelo varias veces la palabra «quimioterapia», no asociaba la quimio a la medicina: la quimio también podían ser las pastillas que venían con la comida, o las sesiones de masaje por la mañana cuando las enfermeras le daban crema. Quimio podía ser cualquier cosa, pero lo que bajaba por la goma era la medicina, y las medicinas curaban y, si curaban, el rato de la medicina era para estar contenta. Ya le habían dicho que el

viaje a la Luna era largo y que, por falta de costumbre, podría marearse o incluso vomitar. «Qué exagerados son los mayores», decidió la expedicionaria. Una lámpara de diseño futurista presentaba las diferentes fases lunares gracias a una pantalla con sus formas recortadas.

—¿Me la enciendes, mamá?

—¡Cómo no, cariño! ¡Cómo no...!

—Levanta los brazos, Carmen, y ponlos detrás de la cabeza.

—¡Qué incómodo es esto, doctor!

Pilar observó cómo las manos del médico se hundían en los pechos de Carmen. Después de palparlos con cuidado y detenerse en el lateral externo del seno derecho, llevó las yemas de sus dedos hasta sus axilas. La palpación, a la que ella se sometía con regularidad cada año, se alargó algo más de lo normal, o eso le pareció a Pilar. El médico carraspeó y volvió a la axila derecha.

—Carmen, Carmen..., ¿cuántos años llevamos viéndonos en este cuchitril?

—Pues unos cuantos, doctor.

—Y siempre para mandarte a casa con un par de pastillas para el dolor de cabeza y poco más.

—Exactamente.

—Vístete.

Pilar esperó con el estómago encogido. Algo le anunciaba que no iban a recibir buenas noticias. El manoseo de las axilas, el calor en la habitación y la respiración algo más agitada del médico. Carmen se abrochó el último botón de la camisa y se dirigió a la silla que quedaba libre.

—Mira, Carmen, tienes una exploración dudosa porque, efectivamente, tienes un bulto en el pecho y puede que alguna inflamación más. Has hecho muy bien en venir a verme porque te vas a tener que hacer unas pruebas para que nos quedemos tranquilos.

—¿Unas pruebas de qué? —preguntó Carmen.

Pilar agarró el pañuelo que se había puesto al cuello y se lo quitó para agarrarlo entre las manos. Descargó la tensión arrugándolo.

—Una ecografía y una mamografía.

—¿Las dos?

—Sí. Necesito que te hagas las dos y ya veremos si algo más.

—Pero, doctor, sabe que estoy embarazada. —Carmen se llevó la mano a la tripa—. No me puedo hacer ese tipo de pruebas.

El médico bajó la mirada y respiró dos veces.

—Sabes que, si no fuera importante, no te lo pediría, Carmen.

—No voy a poner en peligro... —inició una réplica que se interrumpió cuando el doctor dio un pequeño golpe seco con el bolígrafo en la mesa para interrumpirla.

—¿Quién es el médico aquí, Carmen?

—Usted, doctor, pero precisamente por eso...

Pilar retorció el pañuelo entre los puños hasta notar cómo llevaba sus fibras a la máxima extensión. El doctor fue tajante:

—Carmen, te vas a hacer las pruebas.

—No.

—Sí, Carmen, te las harás porque es importante y porque yo te aseguro que no te va a pasar nada. —El doctor extendió la mano y la posó sobre la de Carmen.

Ella palideció. Pilar no pudo rasgar la seda del pañuelo, arrancó a llorar y hundió la cara en el tejido. El médico la dejó desahogarse.

—Pero ¿qué os pasa a todos? ¿No se supone que la que tiene las hormonas revolucionadas soy yo?

Mi niña Noa:

En estos cuatro meses he intentado contarte todo lo que puedas necesitar. Ya queda poco. Voy a tener que acelerar el relato de aquellos últimos días porque será lo que te oriente hacia la claridad que tanto necesitas y que creemos que no encuentras. Se me ha ocurrido que quizás te ayude trabajar esos recuerdos y vivencias como si fueran datos que te permiten navegar de la misma forma que lo hacía Google Maps. ¿Recuerdas cómo era un navegador? La vida que te hace falta recuperar puede ser una ciudad que aún no sabes señalar, pero que está dentro de lo que cubre tu satélite. Tienes que encontrar el lugar y ahí hallarás toda la información. Viajarás como el propio localizador, desde una visión desde lejos hasta la cercanía del detalle de todo lo vivido. Y supongo que con ello recuperarás los olores, el tacto de las primeras cosas, lo agrio de tus enfados, las cosquillas... Sabemos que ya recuerdas. Es imposible que no lo hagas. Es cierto que el proceso se está ralentizando un poco respecto a nuestras previsiones, pero va todo bien. Ya sabíamos que esto no eran matemáticas exactas. Tu naturaleza es la que manda. Tus lecturas cerebrales indican que nos presientes, que de alguna forma que no podemos precisar revives tu pasado. Hay una parte de ti que ya está despierta, piensa en ella, intenta focalizar, busca el punto, navega, Noa, navega hac...

Noa aguantó la respiración hasta hacerla sólida entre las clavículas. Entonces se vio subida a un juego infantil de barras, con la forma de tres marcos de puerta de diferentes colores y tamaños. Ella estaba suspendida en el más alto, apoyaba todo su cuerpo en el punto de contacto con una barra amarilla de pintura desgastada, que tenía

un diámetro de apenas cuatro centímetros. Un ligero viento inesperado podría derribarla; el sudor en las palmas de las manos le asustaba, no podía soltarse para secarlas, ni siquiera abrirlas porque perdería el equilibrio casi pendular que la mantenía estable; los brazos le temblaban por la tensión y por una laxitud exagerada en los codos que le venía de familia. Intentó analizar cómo salir de aquella trampa en la que se había metido sola.

Había subido de un salto desde una barra inferior. En el mismo movimiento, había descrito una curva para acabar con la tripa sobre esa barra. La fuerza de los brazos y el impulso con las piernas habían hecho el resto. Tan osada había sido su maniobra que ahora no se sentía capaz de bajar de nuevo a la barra roja que fue su último peldaño. No podía dejarse caer porque le parecía que se balanceaba desde un quinto piso. Si daba la vuelta hacia delante, la fuerza la lanzaría de cara hacia el cemento. Si daba la vuelta hacia atrás, podría romperse una pierna o la nuca. Las palmas de las manos comenzaron a resbalar sobre la barra. Estaban tan mojadas como recién lavadas bajo el grifo. Hacía calor y el sol llegaba a su cabeza con los rayos vírgenes, sin haber tocado a ninguna niña de aquel patio. Esa era la ventaja de estar en las alturas: tener la mejor vista y estar más cerca del cielo. Pero ahora deseó estar en el suelo con sus amigas y sus cromos. Quiso no tener que demostrar su valía con chiquilladas como esta porque ahora no podía pedir auxilio. Ella no bajaría de aquella barra en los brazos de un adulto. No pasaría por semejante humillación. Ese sí sería un golpe del que no se podría recuperar. Pero el orgullo no apaciguó el pánico que comenzaba a burbujear en su sistema circulatorio. Estaba roja de ira, de miedo, y también, por el esfuerzo.

Se columpió firme y erguida hasta sentir que sus piernas y la inercia podrían lanzarla casi de pie para aterrizar ilesa. Confió. Giró sobre su propio cuerpo, pero lo hizo antes de lo calculado, la barra se le escapó entre esas palmas como tostadas untadas de mantequilla. El impulso la lanzó varios metros más adelante y sus pequeñas muñecas no pudieron frenar el impacto de su cuerpo. La cara chocó contra el suelo como si fuera una pelota. Varias personas corrieron a auxiliarla. Sangraba por la boca y sentía un fuerte dolor en las encías del maxilar superior. Tenía un labio partido que ya bombeaba como un pequeño

corazón, transformado en una bola gigante bajo la nariz. Una de sus profesoras le dijo que no se moviera hasta que viniese el médico, «Te has partido un diente», y se lo entregó. Dolorida y magullada, se incorporó. Escupía sangre.

Los recuerdos de Noa se arrugaron como papel de periódico hecho pelota y saltó hacia otro momento indeterminado pero que adivinó cercano. «El navegador, el navegador. Sigue cerca, sigue el recorrido...» Se vio frente a su madre. Pudo mirarla a los ojos. Con una mano pequeña, le entregaba un diente sangrante dentro de la palma de su mano. «No puedo arreglarlo, lo siento», le dijo su madre. Noa lloró hasta deshacerse dentro de aquella gota de saliva que caía de su labio inferior. Toda su boca era un foco de dolor, aunque nada era comparable a la rabia que sentía por ser tan estúpida. Su pulso se aceleró en lo que recordó como una despedida.

—¿Por qué estará haciendo eso? —preguntó el doctor.

Noa se pasaba la punta de la lengua por los dientes centrales como si los estuviera contando.

—Ya casi está lista —respondió una voz desconocida.

—Puede —dudo él—, pero le queda el tramo más difícil.

El silencio hizo que Noa detuviese su maniobra bucal durante unos segundos.

—¿Sabes cómo la imagino siempre? Como esos escaladores que se quedan en su tienda a 300 metros de hacer cima, sin oxígeno, en medio de la tormenta. Conscientes de que podrían perder lo poco que les queda de vida en ese último tramo del ascenso.

Noa quiso decirle que no veía ninguna cima, que no sabía dónde estaba y que sufría, que cuando recordaba el dolor le dolía, que cuando no recordaba nada se quedaba como muerta. Visualizó una frase en la primera página de un cuaderno, «En otra vida fui trapecista», vio unas manos pequeñas que arrancaban esa hoja y envolvían con ella un pedazo de diente roto. Una lágrima se deslizó hasta el lóbulo de su oreja derecha.

—Dale algo para que descanse. Creo que ha tenido un pico de actividad importante. Tengo la sensación de que ya experimenta lo real. Su cuerpo da síntomas de ello.

—Lo que no sabemos es si será capaz de soportarlo. Tampoco de si es capaz de distinguir la realidad de los recuerdos. Sé que quieres creer

que sí —dijo la voz femenina.

—Tienes razón —afirmó él—. Parecía más fuerte. Pero no sé si lo es.

Un tubo le succionó la saliva. Se durmió alumbrada por una lámpara grande y amarillenta con la silueta de unas manos y un torno de dentista en la retina.

La investigación sobre el paradero de Carolina Arjona se estancó como agua contaminada. Las mentiras de Darío y Eloísa aún tenían la fuerza de la juventud gracias a que sus mentes enredadas repetían las mismas falsedades desde decenas de ángulos diferentes. Cualquiera que aplicara la lógica durante unos segundos sería capaz de descifrar las innumerables piezas que no encajaban. «¿Hacemos titulares para los intelectuales? ¿Tú los haces? —era algo que Darío preguntaba habitualmente a sus becarios—. Porque yo me meo en todos ellos. Aquí alimentamos carroñeros porque nosotros somos precisamente eso. Quien no esté dispuesto a comerse un cadáver está de sobra en esta redacción.» Los que le habían escuchado ese discurso más de dos veces ya no lo consideraban original ni vibrante, pero sentían que Darío seguía en sus trece. La palabra «carroñeros» sonaba entre sus muelas a vísceras deliciosas. «Soy una pesadilla. Lo sé. Pero ¿sabéis qué no sé? No sé dónde está la puta loca esa de Carolina y eso es porque vosotros no sois tan buenos como pensaba.» Azuzaba a su equipo en busca de una sorpresa que no había llegado por mucho que la invocara, ni una noticia, ni una pista, la nada más absoluta. Las trampas, por muy buenas que sean, no sirven de nada si se utilizan con regularidad, hasta el animal más estúpido las olisquea. «Y el público es estúpido, aunque nunca lo suficiente. Si lograra encontrarte...», se relamía en el paseo de ida y vuelta a casa al imaginar qué haría con aquella noticia si fuera suya, si pudiera manipularla, si pudiera, por qué no, hacerla desaparecer de nuevo para contar lo que deseara y enterrar de una vez por todas lo que anunciaba el nombre de su revista: las verdades.

—No la he encontrado. Me esfuerzo, Ángel, aunque, de verdad, reconozco que estamos bloqueados. —Darío detestaba un gesto reflejo que había heredado del miedo que sintió un día ante un profesor de la EGB. Cuando estaba realmente nervioso, giraba la mirada hacia la izquierda y perdía la vista, por un instante, camino de sus tobillos, era como si su nivel de concentración le impidiese mirar a los ojos de alguien e hilar un discurso convincente.

Ángel Correjón, como el cazador que era, supo interpretar ese signo de debilidad.

—Es muy decepcionante que no sepas dónde está. Ha pasado más de una semana desde que llegué a Madrid y nada de nada...

El gesto de vacío en las manos del mexicano enfureció a Darío, que sabía entender el doble mensaje que le mandaba su interlocutor: «Nada tienes, nada te daré».

—Eres un salvaje, Ángel. A veces, pienso que eres peor que ella —masculló Darío, y dejó caer su cara hacia delante hasta casi rozar la barbilla con el pecho.

—¿Qué has dicho?

Darío sintió la autoridad y los malos modos en una de las mesas más visibles del comedor del Amazónico, uno de los restaurantes de moda en la capital. Para intentar cortar el espectáculo de insolencia que habría aguantado con gusto en la intimidad, pero no en público, Darío levantó la cara.

—Que eres mucho peor que ella muchas veces —le reprochó—. Que nadie más que yo detesta a esa actriz arrogante y pueril, pero que tú eres igualmente detestable.

Un camarero que tenía intención de preguntarles qué deseaban beber se dio la media vuelta.

—Ser detestable para una rata como tú no es algo que me preocupe —Ángel le contestó rápido y soberbio. Bajó una de las manos de la mesa y la escondió. La curva del brazo y su movimiento dispararon la imaginación de Darío. Su pulso se aceleró—. Pero cuando me insultas, no piensas en lo que tú eres ahora para todos. —El mexicano señaló a los ejecutivos del comedor, que afortunadamente estaban a lo suyo—. Tú, Darío, eres un fracasado, un friki y un maricón.

—Pero te sirvo.

—Eso creía.

—No tienes nada más.

—Empiezas a no servirme de nada. No tienes ni idea de dónde puede estar. Esas dos zorras te han hecho un lío importante. —Ángel bajó la segunda mano hasta apoyarla en el comienzo del muslo, según adivinó Darío—. Empiezo a estar cansado. Cansado de tus noes, de tu falta de inteligencia y de tu falta de contactos.

—¿Y no estarás en realidad más cansado de esa zorra que te ha hecho un lío a ti? —Darío dejó de imaginar las manos del hombre al que más deseaba para centrarse en frenar su estrategia. O lo paraba o lo aplastaría. La sensación de desvalimiento le caldeó la sangre y se ruborizó.

—Antes quería que la encontraras para poder hablar con ella. —Ángel levantó la mano para que les atendiera el camarero que había huido previamente—. Ahora quiero lo mismo que tú, Darío. Quiero que sufra, quiero que la destruyas, y que abandonar lo que construimos se convierta en la peor decisión de su vida, que cuando dentro de unos años piense en el momento en el que salió de mi casa, se arrepienta hasta las lágrimas de haberme dejado tirado allí, con toda mi familia en brava chanza.

Ángel había mostrado una cólera reconocible para Darío en sus prácticas de sexo por dinero. Una ira difícil de orientar que tanto puede herir a quien la genera como a quien esté cerca de él. Una escopeta cargada y colgada de un hilo, disparando sin control dentro de una pequeña habitación.

—Si eso es lo que quieres y estoy en disposición de conseguirlo, lo tendrás —Darío buscó pelea, aunque una parte de su cuerpo le pedía a gritos que se dejara humillar—. Y lo haré porque es lo que me satisface a mí y no a ti. Lo haré por mí, Ángel, y tú, una vez más, saldrás beneficiado. Me dará igual. Porque ya no me haces tanta gracia, porque tus amenazas son un chiste y porque tampoco fue para tanto. Eres mediocre, me pones animal, pero eres un pobrecito, y la prueba es que llegaste a creer que te importaba una mujer a la que querías dominar, aplastar y anular, y al final, tanto poder, tanta finca y tanta leche y ni siquiera has sido capaz de llevarte por delante a otra mindundi como tú.

—¿Mindundi? —preguntó el mexicano sin comprender el significado de la palabra.

—¡Qué pena das, Ángel! —Darío se creció aún más y bajó la voz—. Haciendo el memo con las manos apoyadas en el paquete. ¿En serio? ¿Con eso quieres jugar conmigo? ¿Es todo lo que tienes? Eres un trozo de carne al que alguien un día le dijo que era especial. Exactamente como a ella. Pero no valéis nada. Ni Carolina ni tú. Por no saber, no sabéis ni hacer daño.

Darío se sobrepuso por enésima vez en su vida al anuncio de un posible sentimiento amoroso, de nuevo se había alzado sobre sus emociones más primarias para apagarlas antes de que lo abrasaran, y ahora, si el mexicano quería, se irían a la cama y, si no, agenda.

Carolina subió las escaleras con las manos metidas en los bolsillos del chándal. Había estado paseando entre los columpios unos quince minutos, llevaba un cigarrillo en la mano que no había llegado a encender pero que completaba su identidad. Era Soraya. A esas horas de la noche y bajo las farolas desgastadas, todo el barrio la hubiera identificado como la peluquera que trabajaba con los chinos. Carolina llegó a su puerta y tocó dos veces con los nudillos. Soraya, vestida con un pijama muy similar, abrió despacio.

—¿Qué? ¿Cómo sienta volver sola a la calle?

—Nunca pensé que algo así pudiera resultarme tan excitante. — Cerró la puerta sigilosa—. No quería subir.

—Mañana puedes irte por la tarde hacia el local de las chinas. Un paseo más largo. Yo no trabajo y no saldré hasta que tenga que sacar a Roberto.

Carolina sonrió agradecida. Adoraba a su nueva amiga.

—Gracias, Soraya, ha sido fascinante.

—Y raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Te miraba desde la ventana y, de alguna forma, me estaba viendo a mí misma.

—Me encanta tener tu pelo.

Las dos amigas se miraron de frente y buscaron cada detalle del flequillo, la distribución de las mechas.

—¿Tienes dos espejos? —preguntó Soraya.

—No. Solo uno pequeño de aumento.

—Suficiente. Vamos a tu habitación.

Corrieron por la casa como si fueran dos gemelas de tres años, chocando con las paredes y los marcos de las puertas.

Se colocaron frente a los espejos para poder comparar sus dos imágenes, una al lado de la otra. Soraya movía los ojos desde su reflejo a la cara de Carolina, y esta hacía lo mismo en sentido inverso.

—El flequillo no está exactamente igual —dijo Carolina.

—Tú tienes un remolino en medio de la frente que no ayuda. Eso y una cara preciosa que yo no tengo.

—Ambas somos Soraya.

Rieron a la vez. La vecina centró su atención en la actriz y dio por finalizado el juego de las comparaciones.

—Yo quería ser robot cuando tú lo fuiste. Bueno, yo y la mitad de España, y todo mi colegio. Estabas maravillosa como Alisa.

Carolina imaginó ser otra persona, no encarnarla durante unos meses o unos días, sino ser realmente otra mujer, haber nacido en otro lugar con otras oportunidades, no haber sido nunca Alisa, que no le hubiera sonreído la suerte... Le resultó confortante despreciar por unos segundos su biografía, envidiar la monotonía y las altas dosis de realidad de una vida sin el respiro de la ficción.

La rutina puntual paseo-baño-cena de Soraya y Roberto se resintió. Los encuentros con Carolina se prolongaban unos minutos más cada día. Lo que comenzó siendo una visita nocturna en las horas de aquel cigarrillo solitario pasó a convertirse en un carrusel de idas y venidas que se sucedían desde la mañana hasta la noche. Soraya aprovechaba cualquier hueco en el trabajo para gastar, o malgastar en opinión de Roberto, el tiempo junto a su nueva amiga. Hasta ese momento, Roberto había menospreciado esos ratos que su hermana le regalaba y en los que intentaba sin éxito alcanzarlo y construir un mundo entre los dos. Ahora que ella faltaba, que él había cambiado esos minutos por el vacío de una habitación con la puerta abierta, Roberto sufría por unos celos fraternales que nunca sospechó tener.

Carolina Arjona no solo era una mujer a la que había llegado a odiar, llevado por su propia campaña de desprestigio y persecución en las redes. No podía hacer odiar sin odiar él mismo. Esa mujer convertida en un nombre sin emociones ni dolencias, despojada de capacidad de sufrimiento y de bondad para hacerla detestable a los ojos de los otros, le había usurpado a su hermana a golpe de hechizo. Roberto lo achacaba a las carencias afectivas de Soraya, porque estar con él no era tarea fácil y lo reconocía sin complejos, pero «esa» solo podía utilizarla y hacer de la frágil Soraya otro monstruo similar. Roberto se cargaba de razones para coronar en las redes una caza mayor real, con abatimiento de la presa y exhibición del trofeo. Solo necesitaba encontrar el modo de que la estrategia funcionase. Solo la sonrisa de Soraya, en los escasos segundos en los que Roberto bajaba la guardia, le hacía dudar. Sabía que su hermana había perdido el rastro de la felicidad hacía tiempo. La responsabilidad adulta la alcanzó demasiado pronto y, sin poder elegir, se transformó en un híbrido madre-padre-hermana sin equilibrio. «Soraya era lo que podía ser dentro de ese caos y poco más», le dijo una de aquellas psicólogas a las que visitó tras el accidente y a la que abandonó antes de que la terapia le sirviera de alivio. Soraya, a la que había visto desinflarse como un globo hasta quedarse con el aire justo para rodar por el suelo, parecía ahora junto a Carolina feliz a ratos. Una parte de él no quería despojarla de ese aire nuevo que le permitía alzarse unos centímetros sobre su pobre vida, pero otra parte, la que dominaba sus instintos, sabía lo que tenía que hacer: aprovechar esa oportunidad del destino y hacerse definitivamente famoso por ser el cazador de la actriz que nadie encontraba. ¿Sería capaz de empuñar la escopeta que disparara, o lanzaría su paradero a las redes para que otro más valiente o más loco hiciera el trabajo por él?

Pensaba en ello mientras revisaba el *feedback* de los miles de seguidores de sus perfiles cuando recibió un mensaje directo en su cuenta más popular. Reconoció al instante a su interlocutor: Darío López, el periodista que pilotaba la búsqueda de la actriz. El único hombre que debía odiarla incluso más que él. Su tenacidad en el seguimiento del caso era la mayor prueba de una rabia que, como la enfermedad, era capaz de consumir la vida de quien la sufría. Roberto

se relamió antes de leer su mensaje: que alguien de la fama de Darío lo contactara probaba su influencia y poder.

«Algunas cosas de las que escribes me hacen pensar que estás más cerca de Carolina de lo que dices. Me gustaría que hablásemos», le escribía Darío.

Solo alguien que conociera a fondo a Carolina podía hacer una segunda lectura de sus tuits. Roberto escuchaba alguna de las conversaciones que mantenían Soraya y Carolina, y con cuidado utilizaba referencias y detalles de su vida haciéndose pasar por alguien que la trató: «Carolina Arjona desayuna sola cada día a las siete y media de la mañana. #hastaqueteencuentre», «Carolina Arjona adora la tarta de manzana quemada. #hastaqueteencuentre». «Carolina Arjona se baña cada jueves durante una hora y llora bajo el agua. #hastaqueteencuentre O te ahogues...». Se sentía orgulloso de ese *hashtag*: #hastaqueteencuentre. Esas descripciones de las rutinas de Carolina podían ser puras invenciones, pero Darío fue capaz de descubrir en ellas a su amiga real. Y la vanidad de Roberto hizo el resto.

«¿Y si te dijera que sé mucho más de lo que crees sobre dónde está?» Roberto se sintió al mando frente al líder de la persecución.

«Te creería. Sabes cosas de Carolina que me sorprenden. O eres un fan friki y loco, o realmente sabes algo que yo no sé.»

«Y eso no te gusta nada.» La lengua digital y venenosa de Roberto lanzó un latigazo a su adversario. Todos lo eran.

«Pues no. Tampoco me gusta perder el tiempo. Por eso, si tienes interés en que esta conversación siga, tendrás que darme algo.»

«Está en Madrid», contestó a la primera Roberto.

Darío calculó que lo tendría hecho en cinco minutos. Aquel chaval, porque sin duda era un chaval, al otro lado de un terminal que echaba fuego le recordaba en su discurso a los pobres ingenuos a los que destrozaba en sus ratos de sexo pagado. En apenas unos segundos estaría llorando, no por lo que le dijera, simplemente porque la inferioridad castiga al que la sufre. Y ese chico agitador y divertido era, claramente, inferior.

«Jajaja. ¿Me vienes con esas? Jajaja. ¿De verdad? —“No sé qué he hecho hoy para que todos los imbéciles del planeta piensen que me pueden chulear”, pensó Darío—. Tu discurso me sigue pareciendo de

pele mala de tarde de domingo. Dime algo que te haga ser tan importante como crees. A mí, tus miles de seguidores no me impresionan nada. Tienes pinta de ser otro mierda que se cree alguien porque le llamen *hater* otro par de mierdas que..., ¿sigo? No hace falta, ¿verdad?»

Roberto dejó de disfrutar con el chat. Su mente veloz debía decidir si entregar su trofeo a Darío, no a cualquiera, sino a Darío, o bien dejar a un lado al periodista arrogante, «aunque es un puto genio», y seguir adelante sin saber muy bien qué hacer. Tenía claro que los acontecimientos que pasan a la historia son aquellos que acaban en tragedia. ¿Sería capaz de ser parte activa en un final trágico?

Desde el lugar que ocupaba y en una silla de ruedas, apenas podía escuchar las conversaciones de las dos mujeres a través de la ventana de la cocina. Lo poco que contaba su hermana y lo que veía por el balcón se circunscribía al parque y un tramo de la calle que se perdía enseguida tras el edificio. Hasta ahí llegaban sus dominios físicos, mucho más estrechos para su vergüenza que los digitales. ¿Qué final podría darle él a la historia de Carolina Arjona? Siempre le gustó fantasear con que alguno de sus seguidores llevara su lealtad hasta extremos tan reales como delictivos, pero ¿lo haría él? Se sintió cobarde y, por una vez, la respuesta inmediata no acudió a su teclado. No fue capaz de reflexionar ante el miedo de perder un contacto tan importante.

«Mira, Darío... Hay un centro de estética regentado por unas chinas. Está en la calle...»

Después de enviar aquel mensaje, Roberto pasó más de dos horas frente a los monitores sin reaccionar. No podía escribir porque su impulsividad le atormentaba. Le había hecho entregar su presa. La dirección del centro de estética chino acabaría llevando a Darío hasta la única mujer occidental que trabajaba en él, y Soraya y sus rutinas servirían de enlace directo al paradero de Carolina. Como si fuera un fan adolescente, le acababa de regalar a un hombre que no conocía el mapa del tesoro. Ahora él, parapetado detrás de decenas de identidades falsas, volvería a ser nadie, a la sombra en la que estaba antes de saber que una de las actrices más famosas del planeta pisaba bajo su techo.

Roberto se rascó la tripa sin grasa pero flácida, propia de quien ha perdido rápidamente mucho peso. Quizá existiera un golpe de manillar que evitara la caída. Roberto oyó la puerta de casa y dedujo que Soraya regresaba del trabajo o del piso de su amiga. Carolina estaría sola. Soraya lo saludó desde la cocina y le anunció que iba a darse una ducha. Roberto supo que ese era su pistoletazo de salida. ¿Para qué esperar que lo hiciera otro? Volver a sentir la excitación de la noche de su accidente le quitó de un latigazo el arrepentimiento. Él estaba hecho para esas velocidades, «y no para estas», pensó al hacer rodar su silla.

Pasó por la cocina y cogió uno de los cuchillos imantados al lado del microondas. Como muestra de su determinación, agarró el más grande. Lo dejó tumbado, perpendicular a sus piernas colgantes porque, aunque no sentía, temía el dolor. Su fantasía le permitía soñar aún con que una cuchillada o un impacto profundo provocara el despertar de su sistema nervioso. «Pero para eso casi hay que morir», valoró. Dejó atrás el salón en el que ya nunca se recostaban juntos para ver películas y salió decidido al rellano de la escalera. Tomó el ascensor, el cuchillo se elevó unos milímetros cuando el ascensor arrancó con un impulso previo tan característico de ese cacharro en el que jamás se había fijado. Bajó solo un piso.

Cuando salió se topó con la puerta tras la que se escondía Carolina Arjona. Sabía que siempre tardaba en abrir y que, en muchos casos, por prudencia, no lo hacía. Ni cartas, ni publicidad ni equívocos en la entrega de una pizza de domingo. Pero Carolina sabía de su existencia, y el cariño por su hermana sería suficiente para que abriese esa puerta. Roberto escondió el cuchillo bajo sus glúteos. Llamó al timbre. Los siguientes segundos se estiraron hasta quedar unidos por una única fibra que era su respiración agitada. Oyó los pasos de Carolina, que giró la llave y abrió sin reparo.

—Hola, sabía que en algún momento vendrías.

Roberto no pudo creer lo que veía. Allí estaba Carolina Arjona..., disfrazada de su hermana. Tenía el mismo corte de pelo y su color, y vestía un pijama gris muy parecido a los de Soraya. Sacó el cuchillo y se quedó paralizado frente a ella, con el arma en una mano y la otra prendida a una de las ruedas dispuesto a lanzarse sobre ella. Carolina retrocedió y su primer reflejo la llevó a cerrar la puerta, pero, en ese

segundo en que uno acierta o yerra sin segundas oportunidades, miró a aquel chico lleno de rabia y miedo, y soltó la puerta. Se quedó parada frente a él. Quiso entender en él todo el odio que la acechaba como si Roberto lo encarnara. Quiso sentir cómo debe ser la maldad que se come a uno por dentro.

—Tú no deberías estar aquí —le dijo Roberto con una voz temblorosa.

Sus posibilidades de hierirla eran mínimas. Ella tenía la ventaja del movimiento y él solo un cuchillo enorme. «Eres solo un niño», pensó ella. Sin miedo, agarró la hoja de la puerta y la cerró lentamente, como si estuviera sola. Dejó al otro lado a Roberto, indefenso sobre su silla de ruedas, más cargada de lo habitual por su cobardía. Carolina fue a la cocina y llenó un vaso con agua.

«¿Cómo te podría convencer? ¿Cómo sanaríamos, Roberto?»

Y fue entonces cuando lo vio claro. Por primera vez desde que abandonó la casa de Juárez, Carolina supo lo que tenía que hacer.

La visita al médico de Carmen fue probablemente el momento más difícil en la vida de Pilar. La acompañaba a la consulta para conocer el resultado de las pruebas. Ambas miraban la misma revista en la sala de espera con las últimas noticias sobre Carolina Arjona. Pilar sentía lástima por lo que le estaba pasando a esa mujer, aunque, por lo que contaban, puede que lo mereciera. Carmen pasó las páginas en busca de imágenes. En el encabezamiento de la noticia había dos pequeñas fotos de Darío y Eloísa como autores de la investigación. Carmen tiró de las páginas como si quisiera despedazarlas y gruñó:

—A mí esto me da asco, Pilar. No me creo una sola palabra. Sé de lo que hablo.

Salió la enfermera y Pilar no tuvo la oportunidad de entender la reacción acalorada de su amiga. Cuando entraron en la consulta, todo pasó muy rápido. Sin hacerlas esperar, el médico les confirmó que Carmen tenía un cáncer de mama y, según las pruebas, presentaba además metástasis en el hígado. Las dos mujeres se quedaron en silencio frente a él. Pilar aguantando las lágrimas para no repetir la reacción de la consulta anterior, y Carmen mascullando una respuesta:

—No me parece bien que me hayan sometido a estas pruebas en mi estado. Usted, doctor, sabe que estos estudios pueden poner en peligro la vida de mi bebé.

Los ojos del médico se abrieron como si la luz hubiera bajado de intensidad hasta reproducir una atmósfera teatral.

—Carmen —le dijo suavemente—. He hablado con la psicóloga que estuvo el otro día en tu casa. —Pilar se giró hacia ella sorprendida por esa visita que desconocía—. Sus informes confirman que no sufres ningún tipo de trastorno de la personalidad ni nada similar. Sé que no estás alucinando, sé que no estás enferma, y por eso no acabo de entender por qué continúas insistiendo en el tema de tu embarazo. No es una fantasía, no es un sueño... Hasta ahora, te hemos dejado mantener esta especie de..., no sé cómo definirla, esta... broma verbal, pero a estas alturas y dada la gravedad de lo que te acabo de decir, ¿por qué lo haces?

Pilar se sujetó las manos como si sentirse las palmas pudiera protegerla del choque emocional que estaba a punto de recibir. Como el pasajero de un coche que tras perder el control va a comenzar a dar vueltas de campana sin saber en qué momento se detendrá ni qué lo frenará. Carmen, mucho más tranquila, contestó desde una sinceridad granítica:

—Lo hago porque lo necesito, doctor.

—Carmen —el médico insistió y cambió la forma de dirigirse a ella deliberadamente para reforzar lo oficial y evitar lo emocional—, usted no está embarazada.

—Eso es lo que usted dice, doctor, pero yo sé lo que siento — insistió ella.

—Usted tiene cáncer y tiene que centrarse en superar esta enfermedad y olvidarse de fantasías.

—Doctor, usted no lo entiende. Yo sé que estoy embarazada — Carmen se resistió desde una queja casi infantil, desprovista de lógica y razones.

—Usted, Carmen... —la voz del médico se elevó levemente desde una rectitud intensa y desconocida para ellas—. Usted, repito, no está embarazada ni puede estarlo. Carmen... —Un profundo suspiro permitió al médico caer sobre sus brazos en la mesa. La miró fijamente a los ojos. Vio en ella a su paciente de los últimos años, a esa mujer

ahora enferma a la que había querido un poco más que al resto por su naturaleza fresca.

En ese instante el viento golpeó la ventana como un pájaro que pierde la cordura y se estrella contra el cristal en busca de salida. El impacto recordó a los tres que seguían en la misma vida y que no podrían elegir otra por mucho que lo desearan. Un silbido grueso del viento rodeó el edificio del hospital hasta morderse la cola. Fuera, a ras del mar, la temperatura del aire se volvió ardiente e irrespirable hasta aplanar las aguas y detenerlas.

—Carmen —el médico retomó la palabra—, de verdad que lo siento... Tú no puedes estar embarazada. Carmen, tienes sesenta y ocho años.

A la tercera vuelta, Pizco intuyó que algo no iba bien. Los días estaban revueltos e incómodos como si el mar quisiera despegarse de sus fondos para caer como un mantel embravecido. Había días así en Tarifa, mañanas en las que la naturaleza no era armoniosa ni equilibrada, sino convulsa y caótica. Pareciera que los devenires del viento y las mareas se estuvieran jugando en una partida de cartas caliente a pie de calle. Pizco no disfrutaba de esos días porque le estrujaban el alma un poco más que los otros. Dicen que los depresivos sufren en estos temporales que paralizan el tiempo más de lo habitual; que el miedo se acrecienta y la desesperanza se tumba remolona en las hamacas vacías. Quizás fuera el tiempo el que había encerrado con llave a Carmen en su casa, pero Pizco nunca la había visto encerrada. Bajo la lluvia y contra el viento habían encontrado siempre el rincón en el que guarecerse para mimarse el corazón y la espalda. Su ausencia le estremecía hasta acercarlo al pánico que no quería recordar.

No encontrar a Carmen era extraño, pero mucho más aún no encontrar a Pilar. Si Carmen no estaba, pensaba Pizco, Pilar enloquecería. Carmen era el amor para ambos. Haberla encontrado en su caminar de elfa por las calles de esa ciudad mágica y cruel era lo mejor que les podía haber pasado a los dos. Carmen era la prueba de que la maldad nunca vence del todo, de que incluso en el episodio más amargo hay un pequeño resto de dulzor. Era tan etérea y extraña que podría haberse esfumado como el olor de un buen perfume que aguanta poderoso hasta el instante en el que se pierde del todo. Así era Carmen, su Carmen, mucho más importante que la Paya y mucho más necesaria que ella, la mujer sigilosa que concentraba lo bueno y lo repartía con unos pocos.

Pizco llegó hasta la puerta del mercado. Todos los tenderos que la piropeaban al pasar y que le seguían la conversación cuando ella hablaba de ese embarazo trabajaban sin parar esa mañana de sábado. Se detuvo entre las columnas y sopesó acercarse a uno de ellos para preguntarle por Carmen. Sería la primera vez que hablara en muchos años. A estas alturas había olvidado el sonido de su voz. Se había despojado de toda su identidad con la renuncia al habla. «Quitarse la voz es como quitarse lo que te infla el cuerpo. Si alguien merece que corra ese riesgo eres tú, Carmen —pensó Pizco—. Porque sin ti qué haré...»

Pizco fue capaz de adelantarse y traspasar el umbral del mercado hasta situarse a esa distancia de la gente a la que no estaba acostumbrado, no por miedo, sino por vergüenza. Pero no fue capaz de hablar, se dio media vuelta y se marchó por donde había venido. En su movimiento hacia la puerta pudo oír que el pescadero comentó a sus clientas lo raro que era que la hija de Rosa la Paya llevara días sin venir y que eso explicaba la presencia del vagabundo. «Son amigos», recalcó. La fuerza que no encontró para recobrar el habla lo empujó de forma decidida hacia el único lugar donde podría encontrarla.

La famosa casa de la Paya lucía una loseta cerámica con un recordatorio. «Aquí vivió...» «Aquí vive Carmen», corrigió Pizco. Se dirigió hacia el patio andaluz cuajado de luz y mosaicos que conducía hacia la escalera que compartían Pilar y Carmen. La subió hacia el piso de la única persona que aún le conmovía. Sabía que vivía en el segundo y que, bajo sus pies, como una buena brasa que le caldeaba la vida, estaba Pilar. Pasó por delante de la puerta de la vecina y advirtió un silencio congelado, algo más frío que el que hacía la calle irrespirable. Cuando se situó frente a su puerta, imaginó todos aquellos días y noches que muchos aún rememoraban en las tabernas del pueblo, incluido el famoso bar de los pescadores que abría de madrugada. La casa de la Paya, la casa de las mayores juergas de Cádiz. Llamó al timbre y tocó la puerta con la palma de la mano e intentó moverla levemente. Inmediatamente percibió la resistencia de varios cerrojos que cumplían con disciplina su función. Carmen tampoco estaba allí. Los atunes juntaban sus cuerpos a pocas millas del Estrecho. El viaje más largo estaba a punto de llegar a su fin. Quedaba el embudo, la gran prueba. ¿En qué embudo estaba Carmen

para haber perdido el rumbo y la marea que la llevó casi cada día hasta él? Pizco no pudo soportar la idea de la pérdida y se quedó allí mismo hasta que cayó la noche. Se tumbó en el felpudo y se durmió.

Magdalena pasó un par de horas después por la puerta de la casa más famosa de Tarifa. Había echado de menos la presencia del vagabundo en los alrededores de la terraza. Se dio cuenta de que, ahora que vivía en Tarifa, le costaba entender ese lugar de locos sin él.

De nada serviría contarle a Soraya el encuentro con Roberto. Carolina lo había desplazado a ese cajón de las vergüenzas en el que no queremos mirar. «Es tu mierda, tú te la quedas.» En un principio, sintió la necesidad de perdonarle, únicamente para sentirse bien y encontrar cierta paz después de la agresión. Pero su cuerpo también le pedía a gritos el enfado y la incomprensión, el permiso para no perdonar a los que no lo merecían. Sin embargo, contarle a Soraya lo ocurrido la hubiera herido para siempre. Su amiga y salvadora en esta etapa de transición seguiría junto a su hermano, jamás dejaría de cuidarlo y acompañarlo. Roberto tampoco viviría otra vida que no fuera la de Soraya. Ambas afirmaciones le parecieron trágicas después de ver hasta dónde llegaba la sinrazón de ese chico traumatizado e irrecuperable. «Irrecuperable —musitó Carolina—, ¿en qué momento dejé de confiar en las oportunidades de la vida?» La actriz cándida y frágil, capaz de enamorar por esa especie de condición traslúcida del alma, había envejecido mil años en los últimos meses. Había avanzado como barca en un lago tranquilo hasta alcanzar los rápidos, y ahora que los había superado, después de muchos golpes y mucho miedo, se sentía vieja y triste. «Hay algo en el envejecer que es hermoso —leyó una vez—, pero si ese envejecimiento es forzado, quizás no haya mayor castigo para el cuerpo y el alma.» No le gustaba la idea de haber adquirido una frialdad nueva, una piel mucho más áspera, aunque sabía que nunca sería capaz de retroceder hasta el día previo a pisar aquella finca mexicana, un lugar que ahora recordaba como un cementerio de animales en medio del desierto. Carolina dejó de ser como fue a la fuerza. Y eso no tenía por qué perdonarlo.

Golpeó tres veces el techo con el tapón del palo de la escoba. Había oído los pasos de Soraya al llegar a casa y tenía que hablar con ella. Debía acelerar ese proceso de cambio, concluir la transformación y poner punto final a la historia bizarra que le había tocado vivir. Roberto era un pobre diablo. Lo imaginó cayendo desde su ventana. No lo deseó, pero tampoco fue capaz de sentir lástima. Carolina, tal y como había hecho miles de veces con el texto de una separata, repasó las claves de lo que tenía que compartir con su benefactora. Memorizó las palabras y algún gesto que entraría a tiempo, como un acorde en una buena canción. «Tú abrirás las puertas que yo no me atrevo ni a tocar, Soraya.»

La introducción fue digna del poder de comunicación que tantas veces había hecho explotar en la grabación de una secuencia. Carolina sedujo a Soraya de tal modo que la esteticista la hubiera seguido hasta el fin del mundo. Todas las batallas le hubieran parecido necesarias para defender a aquella mujer que acababa de pasar de la euforia a la lágrima frente a ella y que, sin tener la capacidad de un camaleón, sí podía provocar la ensoñación de sus espectadores. Soraya dejó de verse en Carolina, ni su corte de pelo, ni su color ni siquiera esa ropa similar a la suya evitaron la distancia que se agrandaba a cada palabra. La actriz crecía y crecía hasta hacerse inabarcable. Carolina era una estrella porque tenía ese don, el de dejar de ser para dejar que otro lo fuera. Carolina era un camino y nunca un final, y por eso era una de las mejores actrices del planeta.

Carolina le explicó a Soraya lo fundamental que consideraba su ayuda para encontrar la forma de desenmascarar a los que le habían hecho tanto daño. El estímulo le había llegado cuando vio encarnado en Roberto el espíritu de todos los que la amenazaban. La única solución era encontrar una forma calmada y real de explicar lo sucedido.

—¿Cómo puedo contarle, Soraya...?

—No lo sé, porque no sé qué quiere contar.

—Tú conoces mi historia en líneas generales, pero necesito que te sitúes en un lugar en el que estés hambrienta de información y que formules las preguntas.

—Todo el mundo quiere saber qué te pasó, Carolina. Eso lo tienes claro. Para eso no me necesitas...

—Sí. Pero yo sé que lo importante es cómo pasó y que solo esas circunstancias dejarán desnudos a los que provocaron todo esto. No sé por dónde empezar, hasta dónde llegar. Me tienes que ayudar a dilucidar qué es necesario y qué no. Tú, por ejemplo, qué querrías que te contara.

—Tu llegada a México, los días en esa finca, qué te hizo tu marido y por qué eso acabó contigo desaparecida.

—¿Lo ves? —Carolina saltó con una emoción teatral.

—Pero creo que me lo deberías contar como solo sabes contarlo tú.

—Como solo sé contarlo yo...

—Sí, como lo cuentas en las películas.

Carolina se sorprendió. La sugerencia de Soraya sonaba algo pueril, propia de un fan despistado que quiere halagar y, en cambio, decepciona.

—Soraya, me han puesto verde en todas partes. Poco menos que me han culpado de mi desgracia y tú quieres que yo...

—Que lo cuentes como si fuera una película. Yo no sé hacer preguntas, solo sé lo que siento cuando te veo en el cine.

—¿Contarlo y grabarlo?

—Yo tengo grabadora en el móvil. —Soraya le mostró a Carolina la aplicación que utilizaría—. Luego podemos colgarlo en algún sitio, como si fuera una historia, una gran historia, como realmente es...

—Entonces...

—Cierra los ojos —dijo firme Soraya—. Siéntate y ponte cómoda.

Carolina obedeció. No tenía nada que perder más allá de desnudarse emocionalmente frente a una mujer que conocía hace pocas semanas y que se iba a llevar su voz grabada a su casa. Sabía que le estaba entregando un tesoro. Su primer instinto le hizo desconfiar, pero entonces miró a Soraya concentrada en probar la calidad de sonido de su grabadora y supo que no la defraudaría. Carolina disfrutó del calor al abrazar de nuevo la confianza en otro, sintió que ese gesto le devolvía en un *flash* la inocencia. Soraya estaba en el lugar opuesto a su hermano, ella nunca le haría daño, no sería capaz. La vida la había arrinconado con el accidente de Roberto, pero no era suyo el cuerpo que se llevó el golpe. Esa diferencia era importante. Y definitiva.

—Llegué a México un jueves por la tarde. Estaba nerviosa y pensaba que allí me esperaban los mejores momentos... —comenzó a relatar Carolina.

Soraya la interrumpió:

—No, no... Disculpa, pero no me refería a eso. Cuéntamelo como si lo estuvieras viviendo ahora. Ahora estás en ese coche. Ahora vas hacia la finca. Ahora tienes, no sé..., ¿calor?, ¿frío?

Carolina se concentró en lo que le pedía su amiga. No necesitó entender el porqué de esas exigencias. Su cuerpo supo que esa propuesta la sanaría.

—¿Cómo sabrás cuándo empezar y cuándo cortar? —le preguntó en un tono obediente y domesticado.

—Lo sabré. Confía en mí.

Carolina tragó saliva y viajó mentalmente hasta aquella tarde. Olvidó el vuelo desde Madrid, la transición emocional del encandilamiento a la euforia, esa engañosa sensación de amor redondo y grueso, completo, las buenas y largas noches de París, los primeros besos, las caricias de Ángel, el sexo que le pareció sorprendente y que se convirtió en castigo. Inspiró profundamente y volvió a empezar:

—La rueda derecha delantera tiene un ruido extraño, como si una lata golpeará el terreno con una cadencia musical. Ángel me da la mano y yo miro por la ventana. El desierto es exactamente como esperaba...

Tres días después, Soraya se levantó tambaleante hasta aferrarse a la encimera de la cocina. Un café muy cargado la devolvería a la vida y al tono que necesitaba para continuar. Carolina era incansable. Acaparaba todos sus ratos de tiempo libre después del trabajo y de atender a su hermano. Pero estaba satisfecha, sabía que el relato estaba ayudando a su amiga a sacar los hechos fuera de sus focos de dolor. La tarde anterior, antes de dejar a Carolina para pasear a Roberto, le había pedido el teléfono de su amiga Elena. Soraya no estaba preparada para elegir la mejor forma de hacer público aquel testimonio, no sabía cuál era el mejor escaparate para llamar la atención. Se sirvió una segunda cucharadita de azúcar y saboreó el

café. Buscó el número de Elena entre las notas en su móvil y pulsó. Al cuarto tono, dio por perdida la llamada al darse cuenta de que eran las 8:30 de la mañana. Iba a cortar cuando Elena respondió:

—Buenos días. ¿Quién llama?

—Hola... Me llamo Soraya y soy la vecina de arriba de Carolina. Ella me ha dicho que ya te ha hablado de mí.

—Así es, dime... —la respuesta de Elena fue seca.

—Quería pedirte ayuda. Carolina me ha dicho que te llamara para que nos ayudaras.

—¿Ha pasado algo? —respondió Elena seria y tranquila.

—No... Bueno, sí... Quiero decir que no ha pasado nada grave. Aunque lo que está pasando es bastante importante.

—Ahora no te entiendo muy bien, Soraya. Tú eres la peluquera, ¿verdad?

—Sí, soy también esteticista. Y estoy ayudando a Carolina a contar las cosas..., ya sabes...

—A contar ¿qué? Soraya...

—Todo, Elena. Carolina quiere contarlo todo.

—¿Y puedes decirme a quién se lo quiere contar?

—A todos. Carolina necesita terminar con esto y cree que la mejor forma es contarlo. Hemos pensado en algún medio digital donde pueda escucharse la historia en su propia voz, que todo el mundo conoce.

—¿Estáis grabando?

—Sí, claro, una grabación que empiece exactamente el día en que Carolina llegó a México. La idea es ir subiendo por entregas todo lo que pasó en Villa Coyote hasta que ella se queda en la cama. A eso no hemos llegado, estamos cerca de la boda, aunque Ángel aún no se ha puesto violento.

—¿Hablas de ello como si no hubiera pasado? —le reprochó Elena.

—Es la única forma en la que puedo ayudar. La escucho y lo grabo como si fuera una ficción. Necesito verlo con distancia. Es tan duro...

—Hablas como si hubieras dirigido películas, ¿todo esto lo has aprendido en la peluquería?

—Hoy en día, con un buen móvil cualquiera puede grabar en unas condiciones mínimas de calidad. Y yo sé lo que hay que hacer para apartar el daño. Para eso no hace falta estudiar mucho. Tengo un

hermano de veintiséis años en silla de ruedas por un accidente de moto y cuido sola de él. De otra cosa no, pero de ayudar sé bastante.

—Está bien, Soraya. Parece que lo tenéis claro. Ahora habría que encontrar la mejor plataforma para que Carolina pueda publicar todo lo que pasó en primera persona. Una web que no pueda ser rastreada y que la proteja hasta que termine las entregas. Porque entiendo que el final que desea es...

—Reaparecer. Recuperar la vida que le toca ahora.

—¿Como si hubiera sufrido un accidente, quieres decir? —Elena sonrió al otro lado del teléfono y tendió de alguna forma la mano a Soraya.

—Lo ha sufrido. Al menos, yo la escucho mientras lo cuenta todo en presente y es un golpe. Uno en el que también podría haber muerto, Elena. Le hizo mucho daño.

—Lo sé. Te confieso que hace tiempo que no sé qué hacer con esta historia. Sabrás que en las redes la están linchando. Carolina ya nunca podrá dejar atrás el personaje que han creado las *fake news*, pero está claro que no debe seguir así. Yo la escondí para ayudarla, pero ahora no sé si fue lo más acertado. Si se quiere explicar, por supuesto que puede contar conmigo. ¿Cuándo queréis empezar?

—Cuanto antes.

—¿Para cuántas entregas tienes ya?

—Eso depende de cómo queramos hacerlas.

—Si buscamos el impacto y que crezca rápido, yo las concentraría mucho. Intentaría contarlo todo en un máximo de tres días. Si no, el interés se desinflará.

—Pero ella lo está contando todo todo.

—Pues habrá que editarlo un poco. Buscaré a un editor de confianza. O a alguien de prensa.

—¿Prensa?

—No, un experto en comunicación. Lo buscaré en mi departamento de empresa. Tenemos que saber cómo manejar esto bien en las redes. Tiene que lograr una repercusión mundial. Carolina tiene que poder explicarse ante todos. Por ejemplo, habrá que traducir su testimonio a varios idiomas... —Su discurso cogió velocidad, estaba motivada y convencida al fin.

—Gracias, Elena. Este es mi número, yo sigo con ella, a la espera de lo que nos digas.

—Lo más importante es que planifiquemos un horario. Que el público y los medios estén esperando con ansiedad.

Soraya se dio cuenta de que Elena hablaba sola.

—Y también hay que encontrar la forma de que un título anticipe los contenidos...Vamos a tener que contar con un equipo, pero discreto. Perdona, Soraya. Te dejo. Tengo que llamar a María.

Soraya oyó el tono de la línea del teléfono y respiró aliviada. Se acercó a la puerta de Roberto arrastrando los pies y le escuchó respirar al otro lado. La mañana aún era silenciosa. Se tumbó en el sofá y se quedó dormida con el corazón empapado en café.

Lo más incómodo era tener que cambiarse las pantuflas cada vez que salía y entraba en la habitación. El gorro, la mascarilla y la bata no le resultaban tan molestos. Paloma se había acostumbrado en un tiempo récord a esa rutina para evitar contagios. Los gérmenes, las bacterias y los virus se le aparecían en sueños como enemigos asesinos de texturas viscosas y, a la vez, ligeras. Atacantes con capacidad para llegar suspendidos en el aire, pero también con la fuerza para adherirse a su piel y a sus labios, para reposar en sus poros hasta que estuviera cerca de Vanesa.

Los médicos se habían encargado de explicarle mil veces la importancia del aislamiento en un paciente con leucemia que debe estar protegido de cualquier amenaza externa. «Para que usted lo entienda —le dijo aquel doctor que capitaneaba el equipo—, tenemos que arrasar su médula. Debemos reiniciarla.» «¿Reiniciarla? ¿Resucitarla?», se asustaba Paloma, perdida en los planes médicos. «Sí, algo así. Ver cómo se despierta. Cómo vuelve a llenar su sangre de glóbulos rojos, blancos, plaquetas, y que sus nuevas células sean sanas y no enfermas.» Paloma había llegado a entenderlo al imaginar un árbol con los frutos podridos. Su niña no podía mantenerse porque una mutación le hacía producir eso, fruta podrida. Necesitaba hacer crecer desde su interior una copa repleta de manzanas, peras o melocotones sanos. Paloma imaginaba a su niña árbol sin corteza y expuesta a las agresiones después de la quimioterapia. Cualquier

bacteria o virus que, de no estar enferma, soportaría su sistema inmunitario, ahora podía matarla. Las medicinas de aquella bolsa entraban en su torrente sanguíneo y la dejaban vacía, desprovista de todo lo malo, pero también de todo lo bueno. «Es mi niña de cristal. Tan frágil como un cristal fino de los que se rompen con el roce de un labio.»

Por eso era tan importante que Vanesa durmiera en su habitación lunar camino de la conquista de algún planeta. Por primera vez en los últimos años, Paloma agradeció que estuvieran tan solas. Nadie vendría a visitarla. Solo ella, que siempre extremaría el cuidado en esa especie de cámara estéril y, si hiciera falta, se ducharía antes. No sería ella la que le entregara el mal. Aunque el mal, bien lo sabía Paloma, estuviera dentro. La madre y su angustia miraron a la niña, ya rapada, en su nido espacial. Salió hacia ese pasillo intermedio entre el mundo limpio y el mundo sucio. Allí había una enfermera. Le comunicó que salía a dar una vuelta. Era la una de la madrugada.

El hospital ya había tomado el color de la noche y los fluorescentes eran más tétricos que por la mañana, cuando por el desajuste horario tardaban en apagarse. Las respiraciones de los pacientes salían por debajo de las puertas para unirse a ras de suelo. Los familiares dormitaban o aprovechaban el insomnio para deambular camino de cualquier parte: el ascensor y sus botones, el cartel de «Silencio», la barandilla de metal y sus sesenta y ocho barras, la puerta principal y la plaza de enfrente, la cafetería con la luz cual faro en la noche. Paloma vio en un cartel informativo que Maternidad estaba solo un piso más arriba. Decidió subir por la escalera. No fumaba, no tenía hambre. Ver a unos cuantos recién nacidos la animaría. Solo pisar esa planta en la que estaban los niños que nacen, y no los que luchan para no morir, le sentó bien. Sí. Había niños en incubadoras, retoños que tampoco lo tenían fácil, pero no quiso pensar en ellos. Paloma se concedió unos minutos para disfrutar de la salud en sus primeras horas. Esa salud plena, salvaje y llorona.

Se arrimó al cristal de la sala llena de cunas: en las rosas había tres niñas; en las azules, solo un niño. Le sacó un gran parecido con una de las niñas y concluyó que podían ser mellizos. Evocó con nitidez el primer olor de Vanesa y el primer roce de su nariz pequeña, sus primeros gritos y movimientos de cachorro pringoso. Se echó a llorar

sin poder contener el amor que sentía por su hija, apoyada en el cristal, empañándolo a cada bocanada corta. Hiperventilaba en silencio, más presa del dolor que del pánico. Quiso que fuera ese día, quiso que le dolieran los puntos y quiso recuperarla. Entera. Como el árbol recién plantado, con la savia limpia y brillante, con el futuro agarrado entre los puños de uñas diminutas y largas.

Entonces sintió que alguien se acercaba y se limpió los mocos con la manga de la bata. Esa ya no valdría cuando regresara a la habitación lunar. La recién llegada le apoyó la mano en el centro de la espalda y, sin preguntarle, la impulsó delicadamente para que se diera la vuelta, hasta recogerla en un abrazo. Años después, por fin un abrazo. Paloma se aferró a ese cuerpo con una carencia tan honda como la pena. «Mi hija tiene cáncer, mi hija tiene cáncer», repitió hasta desgastarse. La mujer que la abrazaba la estrujó y la hizo volverse de nuevo hacia la sala en la que lloraban los recién nacidos.

—Yo también estuve una vez embarazada —le dijo—. Me llamo Carmen. Y también tengo cáncer.

Querida Noa:

Debo contarte algo que sabía que tenía que ocurrir y que siempre esperé con cierta angustia: estoy enferma. Para ser más honesta, debería decirte que estoy muy enferma. No estoy triste y no tengo miedo, te lo digo desde una tranquilidad y una paz inesperadas. Creo que es porque he querido esperarte y te he esperado, incluso más de lo que podía prever y soñar. Pero no mi cuerpo. Está claro que él no ha podido seguir el ritmo de mi ilusión, que lejos de envejecer ha rejuvenecido día a día contigo. Supuestamente hoy tendría que poder contarte mucho más que ningún otro día, aunque la emoción, la verdad, me deja sin pensamientos. Apenas puedo elegir qué decirte sin dejar de pensar en cómo hacerlo. Lo cierto es que la muerte entre tú y yo es un asunto extraño...

Me quedo sin palabras. ¿No te parece divertido? Yo, que soy como un loro, sin saber qué decir... Vayamos por tanto a las soluciones y los deberes porque ahora, y mucho menos por una circunstancia prevista, no podemos desacelerar. He dejado preparado lo que llamo «Un diario de vuelta», por si llega ese definitivo día de tu despertar. ¿Quién sabe cuánto tiempo habrá pasado? ¿Cómo estarás tú? ¿Cómo estarán los demás? Algunos, como te confieso, ya no estaremos. También es cierto que puede que no despiertes y que ni siquiera estés oyendo esto, pero hay algo en mí que confía. Sé que lo conseguirás. Tú puedes, Noa. Noa, después de tanto tiempo me sigue resultando extraño llamarte así...

Quiero que sepas, mi niña, que tus recuerdos y la posibilidad de volver a hablar contigo me han dado años dulces y preciosos. No cambiaría nada de lo que ocurrió ni nada de lo que ocurre. Como dirías en tu grito de pequeña pirata: «La historia no la escriben los cobardes, marinero».

Perdona que me haya quedado en silencio otra vez. Pensaba en lo feliz que me has hecho siempre. Noa, quiero que sepas que fuimos osadas y libres.

Y que realizamos en ti todos nuestros sueños. Espero que el tiempo nos dé la razón y que tú, mi amor, nos perdones.

La narración de todo lo vivido en Villa Coyote conmocionó a la opinión pública. Carolina se dejó ir por cada recuerdo, por muy doloroso y punzante que fuera. Eligió siempre el detalle y la descripción íntima. Fue en ese ejercicio de sinceridad en el que aprendió a perdonarse y pudo cauterizar alguna fisura profunda por la que aún manaban para perderse su confianza en la bondad de las personas y su seductora inocencia. Como si de sus reservas sanguíneas se tratara, Carolina había perdido en el trauma mucho más que amor y un enamoramiento adolescente con la propia vida. Había perdido un pedazo de su personalidad. A cambio, había heredado un vacío áspero en ese espacio, un hueco en el que no corría el aire y en el que no había posibilidad de ventilación, un habitáculo dentro del cuerpo en el que lo tóxico y lo podrido prosperaban potenciados por el encierro. Contar todo lo que pasó, y hacerlo en presente, la ayudaba a depurarlo con la ayuda de los días de duelo. Además, tenía a mano el descanso posterior, el aliento de la realidad, que la esperaban en ese barrio obrero cada vez que regresaba de sus recuerdos.

Lo que comenzó con las grabaciones de Soraya terminó convertido en un pódcast dentro de su propia plataforma, y era la voz de Carolina la que revelaba a modo de vivencia, que no de declaración o entrevista, lo vivido, sin juicios ni comentarios, simplemente los hechos, para que cada oyente sacara sus conclusiones. Y fue ese soporte y esa forma los que destrozaron todas las posibilidades de respuesta de depredadores como Darío. Carolina, con la ayuda de Soraya, Elena y María, había encontrado la manera más limpia de recuperar parte de su vida. Hacerlo desde ese halo de ficción que ella impregnaba con su voz y con la fuerza incontestable de la realidad.

Ningún periodista en su sano juicio, o con ganas de prosperar en sus medios, iría contra una corriente tan unánime y masiva.

Carolina narraba y, con su experiencia, representaba la de tantas mujeres que, al escucharla, se sentían capaces de reaccionar tras reconocerse como víctimas. No todas las historias de maltrato compartían la intriga de dos países, una familia política de culebrón y nido de culebras, un precedente de fama internacional, un personaje infantil icónico que representaba en el lenguaje de la inteligencia artificial el futuro de todos. Ahora la niña del futuro era otra mujer maltratada y ponía de manifiesto que el abuso y el acoso, la violencia y la intimidación no eran patrimonio de determinadas clases sociales. Que el dolor era dolor, y la herida, herida. Tampoco fue Carolina cobarde ni piadosa a la hora de cambiar o silenciar la identidad de los malvados. Llamó por su nombre a todos, dio especial protagonismo a Darío y, por supuesto, a Ángel Correjón, descrito como un coautor, no solo como una marioneta enferma. No encontró en todas aquellas horas de grabaciones ni un punto y aparte de perdón, no salió de su garganta el intento, forzado o no, de redimir a aquellos dos creadores de su historia de terror; por el contrario, los señaló, los marcó y los sentenció. El tono de lo que contaba era tan sincero, tan rocoso y brutal que muchos pensaron, al tratarse de grabaciones, que bien podría ser un testamento.

La búsqueda de Carolina se intensificó por nuevos motivos: antes todo el país la quería encontrar para lincharla por culpa de la campaña infame de Darío y Eloísa; ahora las mismas personas que hubieran prendido la hoguera en la que ardería se solidarizaban con la víctima y la querían de vuelta para abrazarla y poder perdonarse el haberla juzgado y deseado los mayores males. Quienes jalearon a Darío y sus invenciones se sentían injustos, y ese malestar era incómodo e impopular. Mucho mejor estar del lado correcto, encontrar a Carolina y salvarla. Un final de película.

El día que Irlanda comenzó a tuitear desde México fue definitivo. La mujer sin miedo, en esas tierras donde todas lo tienen, describía con la aridez del desierto que la rodeaba el sexo con violencia, el maltrato en cada frase, el desprecio y el aislamiento al que Carolina se

vio sometida en aquella finca. Fue Irlanda, con su voz dulce, la que contó desde allí cómo cada mañana entraba en la habitación de una de las mujeres más famosas del planeta y dejaba un pequeño papel bajo su almohada con un susurro. También cómo la comida resbalaba por su barbilla sin lograr que comiera casi nada o cómo la lavaba dentro de la cama porque era incapaz de levantarla.

Irlanda revivió la depresión de Carolina desde una claridad que ni la actriz podría haber alcanzado. En horas oscuras, no hay luz posible. Irlanda se ocupó de llenar esa parte de la historia. Para que no quedara reducida a simples semanas de tristeza y trastorno. Irlanda pronunció las palabras «angustia» y «dolor», y describió la tristeza profunda, las ganas de morir y la debilidad extrema. Envuelta en lágrimas, explicó para todos los que seguían aquel pódcast como un serial de alto impacto los planes para sacarla, las horas en las que la víctima revivió las violaciones para escapar, el contacto con Elena sin perder el control, aunque tras la puerta resucitara la atrocidad, su tía peluquera y la idea de transformarla, las mediciones para la fabricación de la peluca en esa casa mexicana rodeada de mujeres y la mañana en la que la despidió con una maleta pequeña en la entrada de la hacienda. Su saludo delante de la familia: «Hasta dentro de unos días, señora». El abrazo que se dieron en secreto, minutos antes, detrás de la puerta de aquella habitación impregnada de desgracia. Las dos mujeres se agarraron los cuerpos como si ambos hubiesen sido golpeados. Irlanda lo explicó emocionada, con la voz entre cortes y una especie de hipo corto. Las últimas frases de su testimonio fueron: «La tenía en mis brazos y las dos llorábamos. Le dije al oído: “Ay, mi hija, no tenga miedo porque yo no lo tengo”».

Carolina supo que nunca habría podido sobrevivir a aquello sin Irlanda. Su apoyo dio consistencia a la narración de Carolina, llena de agradecimiento. Volvió a intervenir en un par de ocasiones para contar los detalles de aquella boda fría o la indignación de muchas mujeres del pueblo que no aceptaban que el odio se extendiera como epidemia en su tierra. Todas valientes y aguerridas. Con todo que perder y también mucho que ganar. Irlanda, a petición de Elena, no concedió entrevistas y no atendió a los periodistas que se trasladaron hasta México para hablar con ella. Solo hizo lo que deseaba Carolina: contar lo que vivió como testigo de primera mano.

A estas alturas del fenómeno mediático, Darío ya era un cadáver social y un fugitivo. Ahora le tocaba a él dar la cara que exigía a Carolina desde hacía semanas, aunque prefirió quedarse en casa unos días hasta que amainase la tormenta. Su redacción le dio la espalda y lo repudió públicamente en la primera oleada popular a favor de la actriz. Una cosa era un montaje con unos besos en el parque y *paparazzi* amaestrado y otra muy distinta propiciar el maltrato físico y psicológico de una mujer. En los chismorreos periodísticos, la figura de Darío era la pieza más sabrosa: sus compañeros, que le habían halagado, presumían ahora del desprecio que sentían por él. Como perros rabiosos que encontraran un pedazo de carne en medio de un descampado, quedaban para rebañar la osamenta del cuerpo destinado a morir. Como si las vidas cruzadas de Carolina y Darío fuesen un balancín, como si una antigua báscula de laboratorio pudiera pesar el amor y la fama, Darío bajó donde estaba Carolina y ella subió hasta el punto que había conquistado inmerecidamente él.

Ángel Correjón, que había resistido en España a la espera de aprovechar un último plató de televisión, acabó por darse cuenta de que aparecer en cualquier medio público era un suicidio. Su única esperanza era que Carolina estuviese efectivamente muerta y que esas grabaciones fueran su testamento. De alguna forma reaccionaría. Pero ahora la tormenta soplaba tan fuerte que tuvo que coger un avión hacia México de incógnito, de madrugada y escondido bajo una gorra, tal y como tuvo que entrar Carolina unos meses atrás por los pasillos del mismo aeropuerto. Su último periodo de tranquilidad se concentró en aquellas nueve horas de vuelo. Cuando aterrizó, lo esperaban decenas de cámaras y un grupo de guardaespaldas que le había mandado su madre. En Villa Coyote lo aguardaban también una reclamación de divorcio y dos denuncias por acoso y violación. A pesar de ello, Ángel se sintió cómodo porque estaba en su país y porque sabía que todos los buenos propósitos se ahogan en las arenas movedizas de Juárez. Solo necesitaba tiempo, y allí encerrado lo conseguiría.

Darío se enteró de la huida de Ángel por un escueto *mail* en el que lo abandonaba con crueldad e intimidación: si intentaba contactar con

él de algún modo, se lo haría pagar. Añadió algún comentario sobre el asco que le había producido en ocasiones que no detalló para no dejar pruebas escritas y le cargó con toda la culpa, señalando aquel día en que lo buscó en el hotel Urban para presentarle a Carolina Arjona. Ángel eligió el papel de víctima y concentró toda la agresión y la violencia en Darío. «Tú soñaste todo esto antes de que pasara. Eres el único responsable.»

El estrés de Darío mandó a un chico al hospital. Era muy joven e inexperto en el oficio y se dejó maltratar más que otros, más preparados para saber cuándo huir. Este resistió, creyó que podía aguantar más, pero llegó un momento en el que dejó de oír los gritos de Darío en su oído, al volumen de la estruendosa música. Los golpes se mezclaron con el mismo dolor que lo encerraba y mecía, cual trozo de fruta dentro de una gelatina negra. Darío no controló el daño porque el chaval que estaba tendido en la cama se rindió. Fue una mancha de sangre oscura y la vista perdida lo que alertó al periodista. Lo levantó del colchón y lo envolvió en una gabardina antigua que ya no le gustaba, le limpió la sangre de la cara con papel de cocina y bajó con él hasta la calle. Eran casi las siete de la mañana de un miércoles cualquiera y hasta Chueca estaba vacía. Lo dejó tendido al lado de la puerta de un gimnasio. «Hay muchos maricones que madrugan para subirse a una cinta», calculó. Regresó a su casa y se tomó un café rápido. Hizo una pequeña maleta para irse unos cuantos días lejos de la ciudad. Quizá cerca del mar.

Cuando bajó a la calle en dirección a su plaza de garaje se aseguró de que nadie lo viera. En la acera de enfrente, una ambulancia se había parado para recoger el cuerpo desvencijado de un chico joven. Un par de hombres forzudos que habían dejado sus batidos de proteína en el suelo ayudaban a los enfermeros a subirlo a una camilla. Darío pensó que aquella escena era patética y que poco tenía que ver con él.

Los vientos de Algeciras le olían a Carmen a puerto. La ciudad estaba tan cerca de Tarifa que le parecía mentira la diferencia entre ellas. Hay ciudades en las que el ser humano se pierde para quedarse, y otras en las que el estar de paso forma parte de un estilo de vida mucho más impulsivo y alejado de los miedos y las culpas. Carmen y

Pilar no encajaban en Algeciras. Habían caído en ella arrastradas por un diagnóstico y por la ubicación del hospital Punta de Europa, el más grande del Campo de Gibraltar. Aunque la distancia entre Algeciras y Tarifa, media hora en coche, no era significativa, Pilar había ofrecido que usaran un piso que había heredado una de sus primas y que solo utilizaba en verano. Carmen no deseaba dar explicaciones en el pueblo, ni hablar de su enfermedad, ni de su embarazo fallido ni de nada que pudiera molestarla en momentos tan sensibles. Pero esa ciudad la alteraba por el peligro que emanaba su puerto, convertido en una de las principales entradas de droga a Europa, como alternativa a las costas gallegas. La casa de la prima de Pilar estaba cerca de los muelles, aunque casi cualquier lugar lo estaba. El puerto de Algeciras era como el salón del trono en esa parte de la ciudad que miraba al Mediterráneo y al Peñón. En eso, el hospital y el puerto iban de la mano: ambos daban la espalda al Atlántico, ambos miraban de frente al Peñón. Eran, sin duda, lugares extraños.

—Me da miedo pensar en el contenido de esos contenedores de colores —dijo Carmen mientras miraba a través de la ventanilla del coche la altura de las grúas. Una de ellas se movía sobre un carguero repleto.

—¿Por qué? —le respondió Pilar.

—Porque son una especie de cofres herméticos en los que todo cabe. Desde seres vivos hasta materiales pesados, comida, herramientas, medicinas, mobiliario, obras de arte, armas. Es como si todo lo que ha creado el hombre y lo que estaba antes de él entrara en esas cajas de colores.

—Eso no es una razón para que te asusten.

—Supongo que también influye que parecen ataúdes —Carmen miró rápidamente a Pilar y le agarró la mano—. Vamos, Pilar, no llores de nuevo, por favor. Tenemos que poder hablar de esto con normalidad. A mí tampoco me hace gracia.

—Pero tú te ríes —le cortó Pilar— y la verdad, no lo entiendo.

—No me río. Sonrío. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ya no puedo hablar de mi embarazo ni de mis sueños, ya no puedo refugiarme ni en un contenedor de esos...

—Todo esto va a pasar... Mira esta pequeña excursión que nos han permitido...

—Nos permiten muchas cosas. De hecho, podríamos estar en Tarifa.

—Pero eres tú la que no quieres.

—No de momento. No me apetece estar hablando del cáncer a cada paso. Y para estar encerrada en casa, me escapo a Tarifa cuando me dé la gana. Como ahora. —Carmen levantó mucho las cejas en un gesto que enamoraba aún más a Pilar.

—Pero ¿vamos a pasar por el pueblo? El plan era ir a las playas.

—A eso vamos.

—No entramos en el pueblo.

—No. —Carmen guardó un instante de silencio para cambiar de conversación—. ¿A ti te gusta Algeciras?

—Pues no. La verdad es que no me gusta nada.

—A mí me recuerda a Cantón.

—¿A qué?

—Cantón. Una ciudad china.

—¿Y en qué se te va a parecer Algeciras a una ciudad de por allí? Y además, ¿tú cómo sabes que se parecen?

—Porque en una época de mi vida me tocó mucho ir por allí. Tuve una tienda de ropa con mi marido y nos fabricaban el género en esa zona. Me tocó ir varias veces, y en Algeciras siento una alerta parecida. Es mucho más limpia y la gente no tiene nada que ver, pero hay algo que las conecta en mis recuerdos. Esa especie de... tensión.

—¿Ibas allí a hacer ropa?

—Sí. A vigilar el proceso de producción, más bien. Y a negociar precios.

—¿E ibas con tu marido? —Pilar recalcó la información que Carmen nunca había compartido.

—Al principio viajaba con él. Después comenzó a ir solo y a pasar más tiempo allí con excusas. Las semanas pasaron a ser meses, y en uno de esos viajes ya no regresó.

Pilar tragó saliva. No quería ser indiscreta y, aunque la curiosidad la mataba, prefirió no preguntar nada más. Carmen contaría lo que quisiera y no iba a forzarla. La sentía débil y algo más frágil, como si los sesenta y ocho años le hubieran caído encima cual cubo de agua en la consulta del doctor. Decidió hacer un comentario que en cuanto salió de su boca le pareció desafortunado:

—Al decir lo de los viajes a China, pensé que habíais ido a por un niño.

De alguna forma, el inconsciente de Pilar buscaba explicaciones al ensoñamiento, locura o broma del embarazo de Carmen. Había durado tanto tiempo que se había convertido en una especie de capa de ternura que abrigaba a todo aquel que no lo interrumpía, como si hablar de su embarazo imaginario dulcificara el mundo y le diera sentido, el permiso de lo irreal, de las locuras y de los deseos no cumplidos. Ahora que el cáncer había apartado el embarazo de su lenguaje y de su gestualidad, parecía que la vida de todos estaba algo más vacía de sueños y esperanza. Así lo sintió Pilar al ver que su amada nunca más se volvió a llevar la mano a la tripa o cómo perdió cierto rubor en la barbilla y cerca de las sienes.

—Muchas parejas viajaron años después a por niños, pero nosotros íbamos mucho antes a China por negocios. Nunca estuvo en nuestro radar el traernos un niño. ¿Para qué?

—Pues..., no sé, para tenerlo —respondió torpemente Pilar.

—Por eso. ¿Para qué íbamos a traer un hijo chino si ya teníamos al nuestro en España?

El cuerpo de Pilar se tensó hasta hacerse de roca. Pensó con la respiración acelerada qué debía preguntar, cómo debía hacerlo, y justo cuando empezaba a sentirse preparada, Carmen le dejó claro que no quería hablar más de ello.

—Hoy vamos a limpiarnos de muchas cosas. Entre otras, de todo lo que no merece la pena ser recordado. Cuando una está más cerca de la muerte...

—Carmen... —repitió Pilar con disgusto.

—Insisto, cuando uno está más cerca de la muerte, tiene claro qué es lo que no merece ni tan siquiera ser recordado. ¿Hacemos una especie de baño purificador en la playa del Cañuelo? ¿Dejamos en el mar los malos recuerdos? —El coche ya recorría la costa camino de Tarifa y las playas—. Yo estoy dispuesta a dejarlos ir definitivamente. Ya no los quiero, ni como parte de la memoria.

—Pero... somos lo que hemos vivido. ¿O no?

—Puede ser, pero elegimos lo que queremos ser cuando olvidamos. Tenemos esa capacidad. No estamos condenados a nuestras vidas, ni a nuestros amores ni a los malos recuerdos.

Podemos elegir olvidar. Y hoy lo volveré a hacer contigo en la playa del Cañuelo. ¿Quieres olvidar conmigo, Pilar? —Agarró la mano de su amiga y dejó que las lágrimas le llenaran los ojos.

La vecina quiso frenar en seco para recogerla en sus brazos como si fuera un cachorro de gato tiritando. Siguió conduciendo para llegar a la playa y, cuanto antes, olvidar.

Dejaron a la izquierda Los Lances y Valdevaqueros, y pudieron ver, como si fueran diapositivas proyectadas a través de los árboles, imágenes de la arena y alguna ola lejana. A la altura del hotel Dos Mares descubrieron una concentración inusual de cometas en esa época. Se mantenían erguidas e hinchadas más allá de las copas de los árboles. Carmen imaginó a los navegantes sujetándolas con una sola mano, con el codo apoyado en la cintura como escuadra y el otro brazo envolviendo la tabla. Esa imagen a contraluz siempre la emocionaba. El cuerpo de los surfistas en una perfecta diagonal, imposible de realizar sin la fuerza contrapuesta de ese motor de viento que es la cometa. «Habrán anunciado una tarde extraordinaria —pensó Carmen—. Volarán sobre el agua. Girarán y levantarán la espuma. Como si fueran dioses...»

—¿Por qué nunca hemos hecho *kitesurf*? —preguntó Carmen.

—¡Cómo vamos a hacer tú y yo *kitesurf*!

—Mi madre lo habría intentado. Estoy segura... —Carmen presintió la llegada de la playa de Bolonia. No podía verla desde la carretera, pero el andar de la duna le llegaba hasta el pecho como una vibración. El trasiego de siglos de Baelo Claudia, la ciudad romana de tratamiento del atún—. Y pensar que este pequeño rincón del mundo alimentaba a los ejércitos de Roma...

—Carmen —dijo Pilar con cierto desasosiego—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—*Kitesurf*, ahora los romanos...

—Mi madre me traía mucho a Bolonia. Le gustaba que subiéramos la duna. Allí me dejaba pasar la tarde entre su falda mientras me cantaba. Me solía contar historias inventadas de Baelo Claudia. Que los barcos entraban a por el atún, pero que en el fondo de ese centro de tratamiento había más que comida. Y yo tan pequeña me lo creía todo: que bajo la playa de Bolonia el agua se filtraba hasta convertirse en un río de pura plata, del mismo color de la luna. Y que de plata eran los

lomos de los mejores atunes... A mí todo me casaba y me parecía lógico. Sobre todo cuando nos quedábamos a ver la salida de esa luna gris y brillante que solo se puede ver aquí...

—Tu madre era una mujer con mucha imaginación.

—El alcohol ayuda mucho en eso. Borracha o de resaca. Así eran las tardes de Bolonia.

—A mí nadie me contó nunca nada tan bonito, Carmen. Ríos de plata bajo la luna y la tierra, atunes, barcos romanos... Yo creo que la Paya era demasiada mujer para ella misma, pero te quería muchísimo.

—No lo dudo.

—No será eso lo que hoy olvidemos.

—No. Por favor. Eso no.

Dejaron el coche en la subida hacia el faro de Camarinal. Comenzaron a caminar con cierto esfuerzo, aunque con la ayuda de un aire fresco de primavera. La pendiente continua agotaba a Carmen, cuyo cuerpo pesaba más después de las malas noticias. Pilar se fijó en una pequeña parcela llena de cabras, varias de ellas se asomaron hasta el límite de las rejas y las observaron desde lo alto de las rocas.

—Parece mentira que sintiera mi cuerpo como el colmo de la salud solo hace unos días y ahora, mira... Una pena. —Carmen resolló y se paró para tomar aire.

—Pues El Cañuelo no está cerca.

—Bajaré... —Carmen aceleró ligeramente el paso.

La cima no estaba tan lejos. Lo demás sería bajada y uno de los paseos más bonitos de camino a una playa. Lo harían atravesando bosque, bajo la sombra y al abrigo del viento.

El faro de Camarinal las recibió blanqueado, o eso dijo Pilar:

—Parece que lo han reformado. Está más... beis. O eso me parece.

Carmen divisó a la derecha la extensión alargada y pálida de la playa de los Alemanes. Las grandes casas esperaban en una escalera natural para abrazar el mar, en esa mañana más turquesa que de costumbre.

—La playa de los Alemanes es una de las más bellas, ¿no crees, Pilar?

—Yo, desde luego, he venido mucho menos. Tampoco he visitado mucho la de El Cañuelo. Creo que la última vez que vine era

veinteañera y que me trajo mi marido para liarnos. De noche te aseguro que no es fácil llegar.

—¿Bajamos?

Las dos amigas miraron de frente a la arboleda que las esperaba. Al fondo podían ver la espalda de la duna de Bolonia. Ese punto en el que una pared natural detenía la arena que volaba de un lado a otro de la playa. La frenaba en seco y allí, retenida, se amontonaba para disfrute de todos los que la escalaban.

—Te sigo, Pilar. Llévame a El Cañuelo.

Necesitaron más de cuarenta minutos para pisar por fin la playa, una de las pocas nudistas cercana a Tarifa. Para muchos era uno de los rincones más mágicos del parque natural. También uno de los más difíciles. «Los paraísos nunca están a la mano», dijo Carmen durante la marcha al menos en un par de ocasiones. Las dos mujeres se encontraron con tres personas en una de las esquinas de la playa y dos chicas sentadas al lado de la orilla. Todos estaban desnudos.

—¿No hemos venido a despojarnos y a abandonar todo lo que nos sobra? —dijo mirando a Pilar—. Pues vamos. Las cosas a medias nunca se recuerdan.

Carmen se quitó las zapatillas y dejó la bolsa que llevaba en la arena. Se acercó al mar y se puso de cara al viento. Empezó a quitarse la ropa despacio y dejó que los golpes del aire le llenaran la tela y los huecos. Pilar la siguió y se quedó un par de metros detrás de ella. La miraba absorta mientras se despojaba de su camisa, que ahora era una vela. Durante los últimos días, la había visto semidesnuda en varias pruebas, con ese camisón de hospital «que parece estar fabricado para desatarse y caerse», tal y como les dijo una enfermera, pero allí, en una habitación del hospital, no podía verla desnuda y joven. La enfermedad, siempre protagonista, no se lo permitía. Sin embargo, la playa y el viento devolvían el cuerpo de Carmen a un momento sin tiempo definido. Una mujer en la orilla del mar no tenía edad, ni a los ojos de Pilar ni a los ojos del viento. Este, más suave que otras veces, la rodeó por la cintura y le hizo un lazo en los muslos cuando Carmen, sin pudor ni movimientos cautos, se bajó la falda y las bragas y las dejó caer sobre la arena.

Pilar respiró hondo y cerró los ojos. El sexo de Carmen delante de aquel mar tranquilo y de un grupo de pájaros alborotados la había

transportado a lugares olvidados en los años de pubertad; esos que tenían que ver con el rubor y el miedo, con la excitación que no distingue aún el orgasmo de las cosquillas. Pilar se apresuró a desnudarse completamente como ella. A principios de marzo, el agua estaría helada, pero nada debía detener esos minutos que la vida les regalaba. Pilar se situó al lado de Carmen y se resistió a mirarla.

—¿Me das la mano? —dijo Carmen a la vez que se la ofrecía. Pilar lanzó su mano torpe contra la de ella e intentó controlar la respiración para que Carmen no advirtiera su nerviosismo—. Vamos. Juntas podremos hacerlo.

Las dos mujeres desnudas entraron en el mar frío, aunque apacible. No pararon. Solo encogieron el vientre cuando el oleaje calmado llegó a la altura de sus costillas. Se situaron en una zona de arena suave y algo pastosa, estaban mojadas hasta las axilas. El agua les cubría la desnudez, aunque la sal y la limpieza del agua permitían ver cómo flotaban sus pechos, apretados por la temperatura, algo vacíos por el paso del tiempo. Carmen se puso de frente a Pilar.

—Y ahora dejaré ir todo aquello que ya no quiero resistir. Ahora voy a borrar lo que deseo olvidar para siempre. Porque cuando mi vida acabe, no deseo irme con lo que me ha dolido y enfermado. Deseo irme casi vacía. Porque lo bueno no ha sido tanto.

—Tú no te vas a morir de esta —le contestó Pilar poco convencida.

—Puede que no. Pero vamos a aprovechar todo este trauma de hospitales y médicos para hacer algo que siempre debemos hacer. — Carmen acercó la cara a la de Pilar y la besó en la mejilla—: Cuidarnos.

En el mismo movimiento de regreso del beso, agarrada de las manos de Pilar, Carmen hundió su cuerpo en el agua hasta ponerse de rodillas. Pilar vio cómo agachaba la cabeza en una posición en la que bien podría haber ocupado un reclinatorio debajo del mar. Carmen sacudió la cabeza y el pelo se le agitó como un grupo de algas a la deriva. Luego levantó la cara y miró hacia el sol aún sumergida.

Pilar pudo ver su rostro precioso, como el de una niña llena de destellos. La vio tranquila y feliz. No pudo adivinar qué era todo eso que deseaba olvidar, si era Cantón, Madrid, China, aquel marido, ese niño de cuya existencia dudaba... «¿Puede vivir alguien con tantos secretos?», se preguntó. Eso es lo que la unía con tanta fuerza a su otra parte, al vagabundo de ojos verdes como gemas. Pilar pensó que Pizco

merecía saber de su enfermedad, que no sería justa si no le informaba de las razones de la marcha de Carmen. Supo cómo le dolería a ella la ausencia de aquella mujer y pensó que él lo sufriría de la misma forma.

Carmen soltó las manos de Pilar y dejó que el agua salada la llevara hasta la superficie. Dejó su cuerpo completamente relajado, como si fuera una tabla a merced de las corrientes. Abrió las piernas y los brazos, y sonrió. Las dos chicas que estaban sentadas en la playa se levantaron. Al entrar en el mar, se hicieron un nudo y se besaron en la boca. Pilar las miró, y cuando ellas advirtieron que estaban siendo observadas, le devolvieron la mirada de reojo. Ni ellas dejaron de besarse ni Pilar apartó la vista.

—¿Puedes agarrarme para que no me lleve el mar? —dijo Carmen.

—Claro. —Pilar se dio cuenta de que no había resaca alguna. Ni peligro. Pero, por alguna razón, la única mujer a la que quería más que a ella misma deseaba flotar en sus manos.

Se situó a su lado y la recogió en sus brazos poniéndose de cuclillas para agarrarla entera. Dejó la barbilla a la altura de su ombligo. Si miraba al horizonte, se topaba con el pubis de Carmen empapado y brillante bajo el sol, y si buscaba la referencia de la playa, daba con sus senos esparcidos en el agua como dos grandes medusas.

—Carmen...

—Dime, Pilar —respondió la mujer enferma en un susurro.

Y fue en ese segundo sin viento, ni nubes ni aire en la playa cuando Pilar creyó igual en los amores ventosos, que van y vienen como una ráfaga, que en los amores que paran el viento y lo transforman en brisa. En esa seguridad, Pilar se atrevió a decir:

—No sé si algún día tendré que venir aquí para olvidar, tal y como haces tú. —Pilar movió las manos y colocó una bajo la nuca de Carmen y la otra en el pliegue de su nalga para amarrar el arranque de su muslo. Una pequeña ola levantó su cuerpo y llenó la boca de Pilar de agua salada—. Pero hay algo de lo que estoy segura: pase lo que pase, yo nunca querré olvidarte.

«Tengo miedo.» Malena escribió su mensaje de socorro a modo de grito silencioso.

A la mañana siguiente, el pasillo central del colegio estaba tan transitado como la estación de metro que acababa de dejar atrás. La profesora entró en el aula y colocó sus cosas sobre la mesa, con el taco de exámenes corregidos. En cuanto comprobó que al menos el noventa por ciento de su clase estaba en su puesto y después de esperar protocolariamente el sonido del timbre, leyó las notas en alto al comienzo de la clase y citó en el recreo a dos niños y una niña. Y esa niña era Malena.

—¿Qué pasa, Malena?

No había pegado ojo desde que había escrito «Tengo miedo» en la esquina del papel. Lo primero que pensó es que había cometido un error y que el jefe de estudios la llamaría a casa después de haber sido informado por la profesora. De esa forma no recibiría auxilio, sino un castigo. La ausencia casi permanente de su padre hacía muy improbable que su gesto sirviera de algo, y se había convertido más en una amenaza para ella que en una solución. Deseó que la profesora nunca lo hubiera visto, pero esa cita en el recreo anunciaba todo lo contrario.

—Nada —contestó la alumna.

—Yo no diría eso después de haber visto tu examen. —La profesora la miró directamente a los ojos—. Mírame, Malena. No escondas la cara. ¿Qué te está pasando?

Malena necesitó llevarse tres dedos a la boca y empezar a mordisquearlos bajo un estado de tensión que le aceleraba el corazón a

cañonazos. «Lo sabía, lo sabía.» Y ahora que había logrado contactar, no podía salir de sí misma.

—¿Y? —insistió su maestra.

Malena empezó a llorar con los ojos muy abiertos y la vista puesta en el pie del perchero que había al lado de la pizarra. Las lágrimas le saltaban de los ojos, cuyos párpados habían desaparecido dentro de sus cuencas. Parecía que se los hubieran cortado.

—Malena, estoy seriamente preocupada. Primero estos años, tan raros de por sí, tan malos, dos años de duelo en los que has cambiado tanto... Ahora, el corte de pelo, el cambio en la ropa, y además...

Malena tiró de un padastro en el dedo corazón y se llevó la piel hasta el comienzo de la segunda falange. Le dolió y le ardió a la vez.

—Además, llegas con...

«Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo —pensó Malena—. No debía haberlo escrito.»

—... con tu primer suspenso rotundo.

Malena dejó de llorar y prestó atención. ¿Su profesora acababa de hablar del resultado de su examen? ¿Eso quería decir que no había leído la nota? ¿No estaba allí por su llamada de auxilio?

—Me vas a disculpar porque me he debido dejar tu examen en casa. Sin embargo, lo recuerdo como si lo tuviera delante. Aquí mismo. —Posó la palma de la mano en la mesa justo delante de su cuerpo—. No resolviste el problema y, por lo que vi, ni lo intentaste. Marcaste la solución con un círculo, tachaste el decimal como si yo no fuera a verlo y ya está. Me pareció más una burla que la resolución del problema. ¿Se trataba de eso, de una broma, Malena?

La niña negó con la cabeza.

—No es una broma, señora —dijo muy seria sin apartar la vista del perchero. Los nervios la hicieron reír contra su voluntad.

—¿Y encima, te ríes?

—No me río.

—¿Y qué estás haciendo entonces?

—Le pido perdón. —Malena intentó contener la risa desesperada.

—Malena —dijo la profesora muy seria—. Esto no tiene ninguna gracia. Voy a mandarte con la psicóloga del colegio porque tu actitud roza una falta de respeto que no esperaba de ti.

«Respeto», repitió mentalmente Malena. La risa se le cortó en seco. «Tenme respeto», le decía siempre. Odiaba esa frase.

—Si no tienes más que decirme, voy a llevarte con ella.

—¿Profesora?

—Dime, Malena.

—¿Dónde está mi examen?

—Ya te lo he dicho: me lo he debido dejar en casa.

—¿Y lo ha leído entero?

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —La profesora recordó como su futuro exmarido cuestionaba siempre lo que hacía, fuera bueno o malo, estuviera bien o mal ejecutado—. ¿Tienes algo más que decirme, Malena? Porque te lo advierto, me estás enfadando bastante.

«Me estás enfadando bastante», otra de las frases. ¿Los adultos no sabían hablar de otra forma? ¿Eran todos, en esencia, peligrosos? Malena dejó que las lágrimas regresaran para sentirse abrazada por esa humedad que, al menos, era caliente y que le recordaba que estaba viva.

—Anda, vamos, que ya no sé qué hacer contigo.

Profesora y psicóloga charlaron durante unos minutos al otro lado de la puerta. Malena no entendió el abrazo de consuelo que se dieron al término de la conversación. La psicóloga no esperó a estar sentada y le habló desde la puerta mientras la cerraba:

—Hola, Malena. Me alegro de tenerte de nuevo por aquí. Tu padre no creyó necesario que nos viéramos más, pero me alegra que estemos juntas de nuevo. Aunque sea por un mal examen. ¿Quieres contármelo?

—¿El examen? —respondió despistada.

—No. El examen, no. Lo que quieras contarme. Por ejemplo, tu nuevo corte de pelo y tu cambio de estilo. Está muy bien. ¿Por qué te lo has hecho?

—Porque quiero ser un niño —dijo sin titubear. El discurso cobraba solidez ahora que el espejo la llevaba a celebrar cada vez más su decisión. Le encantaba haber logrado su propósito con la ayuda de su padre.

—Hablemos de eso. ¿Por qué quieres ser un niño? Te lo preguntaré de otra forma. ¿Querías tener, por ejemplo, nombre de niño? Y si nos ponemos a imaginar, ¿ser otra persona? —La psicóloga

movió mucho las manos en un gesto que quería aparentar cierta locura y desenfreno.

—Sí, me gustaría ser otra persona —respondió con una sonrisa, la voz entrecortada y algo afónica por el miedo.

—¿Tú sabes lo que es ser una niña transgénero? —La psicóloga se dio cuenta de que se había precipitado y de que esa no era la pregunta, ni era el momento ni era el lugar. Pero hecha estaba. Recogió las manos y esperó.

—No.

—¿Ni lo has oído?

Malena negó con la cabeza. La psicóloga supo que tenía que rodear el camino.

—Pero quieres ser un niño.

—Sí.

—Para conseguir ¿qué?

—Que las cosas cambien.

—¿Qué cosas?

—Lo que pasa cuando papá no está en casa.

—¿Para no quedarte sola? ¿Te refieres a eso?

—Sí —dijo Malena con un tono dubitativo—. Es porque me quedo sola.

—Preferirías que tu padre estuviera más, ¿no es eso?

—Si él estuviera, todo sería diferente.

—Nosotras también sabemos lo importante que es que estés con tu padre, aunque, lamentablemente, él tiene un trabajo que hacer y completar y tú debes ayudarlo. No te veo muy convencida. ¿Te has vestido de chico para que él esté más atento?

—No. No lo he hecho por eso.

—Entonces, ¿es porque te sientes como un niño?

—Si fuera un niño, también sería todo distinto.

—Y mucho... El mundo de un niño y una niña son muy distintos. ¿Qué mundo dirías que es el tuyo?

—El de una niña.

—¿Y te gusta?

—No.

—¿Preferirías el de un niño?

—Sí.

—Malena —dijo la psicóloga muy despacio después de una pequeña pausa para desacelerar la conversación—. Nosotras y nosotros, todos los profesores, estamos aquí para ayudarte.

—¿Usted cree? —ironizó Malena desde un sarcasmo que no le correspondía por edad.

—¿Por qué me lo dices así? ¿Por el resultado del examen? El resultado del examen es malo. Podría decir que muy malo, y además, no le pusiste ningún interés.

—Estaba más preocupada porque tenía que escribir un mensaje.

—¿De móvil? —La pantalla del teléfono de la psicóloga se iluminó por una notificación.

Malena creyó ver que abría el WhatsApp.

—No. Un mensaje en el examen.

La psicóloga continuó preguntando sin prestar atención. Escribía con toda rapidez un texto largo y sus dedos golpeaban cada vez más fuerte la pantalla. Parecía enfadada.

—¿En el examen? ¿Qué tipo de mensaje? —preguntó sin mirar a la alumna.

—Escribí que tengo miedo. Puse en una esquina: «Tengo miedo».

—¿Has dicho «tengo miedo»? —La psicóloga levantó por un momento la cara de la pantalla, pero no dejó de ojear el móvil.

—Sí. Eso he dicho.

—Bueno, Malena... Pues eso, que lo vamos a tener que dejar aquí. —La psicóloga dejó el móvil en el asiento.

El movimiento de la pantalla advertía de la entrada de decenas de mensajes con frases muy cortas. Apenas una palabra. «Serán insultos», concluyó Malena. La mujer la rodeó con el brazo y la acompañó hasta la puerta.

—Querida —le dijo para despedirla—, tener miedo no es nada malo. Por el contrario, es una emoción muy sana. No te preocupes por eso. Como te he dicho, aquí estamos para ayudarte. Hablaré con la directora, y ahora vete a casa. —Empujó a la alumna con una mano decidida en la espalda—. Hasta pronto, Malena.

La puerta se cerró y la terapeuta se lanzó al teléfono para teclear con una rabia evidente. Malena comenzó a caminar hacia la salida de los despachos. Aún quedaba media hora para que terminasen las clases. Esperaría a Jemina en la puerta. Sería puntual como siempre y

volvería a casa con ella, porque era una niña y eso es lo que hacían las niñas cuando terminaban las clases: regresar a casa. ¿Qué podría hacer si no? Le quedaban veinticinco minutos para respirar y no saldría ni uno antes de que sonara el timbre.

El último cometido de Santiago era tan estrafalario como lo eran sus clientes millonarios. Había viajado hasta Fenghuang, una de las pequeñas Venecias chinas, para conocer en persona a uno de sus proveedores más importantes de máquinas de refrigeración que ahora parecía decidido a dar el salto y montar sus propios laboratorios. Para ello necesitaba la otra técnica, la más pequeña y definitiva, y podía conseguirla a través de los japoneses —cuya opción prefería no contemplar— o de los alemanes, cuyo contacto podía ser Santiago. El empresario chino sabía muy bien lo que hacía. El negocio de conservación de sangre de cordón umbilical había sido idea de los americanos, los bancos para guardarlo parecían un proyecto rentable a corto plazo y el primero que arrancara ese plan en Asia ocuparía una plaza privilegiada.

La compañía de Santiago les propuso fabricar tanques de nitrógeno líquido especializados para ese tipo de almacenamiento y dieron con el diseño perfecto al copiar el estadounidense. Desde esa posición de fuerza, citó a Santiago en su casa de fin de semana y vacaciones. La familia de su esposa era autóctona de Fenghuang y pasaban allí temporadas a lo largo del año. Él podía gobernar sus empresas desde cualquier lugar del mundo siempre que durmiese sus cuatro horas al día.

Santiago llegó a Fenghuang con tres horas de antelación y, aunque estaba muy cansado por el viaje, decidió dar un paseo por los canales y visitar la ciudad. Había llegado cinco días antes a Hong Kong y no había logrado ganarle la batalla al *jet lag*, seguía cayendo en un sueño tonto a eso de las seis de la tarde. A las nueve de la mañana, hora en la que llegó a la estación de autobuses de Fenghuang desde el aeropuerto de Tongren, estaba tan despierto como un búho en una noche cerrada de invierno. Un vuelo doméstico desde el aeropuerto de Cantón, que ya conocía mejor que su propia casa, más un tramo de hora y media en autobús.

Ahora que recorría esa ciudad encantada pensaba que todo había merecido la pena. Las más de dieciséis horas de vuelo hasta Hong Kong y las dos reuniones tensas con sus socios daneses. Las cuatro noches sin dormir por culpa del «*jet lag* chino, el más terrible», solía contar a sus compañeros. Y la distancia con Malena. Estaba muy lejos, sí, pero esa ciudad llena de canales le acercó a Clara nada más verla, le recordó su viaje de novios y todos los lugares preciosos en los que estuvieron juntos, lo dados que eran a dejarse llevar por cualquier excusa romántica para abrazarse. En Fenghuang, juntos, hubieran cogido esas barcas que ahora dormían en la orilla a la espera de turistas y de los habitantes que las utilizaban como medio de transporte diario. Santiago se fijó en un grupo de carpas debajo de una de ellas porque jugaban a moverla. En una tienda de la ciudad le aconsejaron visitar el puente y fue hasta allí escoltado por un grupo de vendedoras de coronas de alpaca. Pensó en Malena y compró una pequeña que parecía, por su peso, de papel. Crecía hacia el cielo como un capitel corintio, en forma de cesta repleta de hojas de acanto. Las florituras eran preciosas y enredadas. Una de las vendedoras salió corriendo y regresó con un pequeño traje regional con una falda con miles de pliegues y una chaqueta bordada cruzada al pecho, ambas piezas eran rígidas y abrigadas, las tocó y le pareció que el tejido estaba hecho de lana, regateó unos minutos con ella y, finalmente, se llevó el regalo completo: traje, corona y un par de pulseras. Malena probablemente le recibiría con un gesto de desaprobación por sus últimos días de ausencia, pero al menos podrían jugar con el regalo. Subió hasta el puente. Un niño con el pelo rapado empujaba un remo largo y dirigía con destreza una de las barcas. En ese momento cayó en la cuenta de que le acababa de comprar un traje de princesa rural china a una niña que le había pedido cortarse el pelo para parecer un chico. «Está claro que no soy un buen padre.» La alarma del móvil le alertó sobre su cita con el millonario caprichoso. Guardó el regalo de Malena en la mochila. En menos de veinticuatro horas estaría en su casa.

La reunión fue tan extravagante como generosa. La familia del empresario chino trató a Santiago como si fuera una celebridad. Quisieron impresionarle y lo lograron. Él se dejó querer desde esa terraza en la que podía ver el recorrido serpenteante del río. Con el

empresario cerró un trato verbal en la primera media hora de reunión, no se opuso a sus condiciones quizás porque un mercado nuevo no ofrece demasiadas pistas al que se adentra en él. Su esposa lo invitó a pasar la noche en la mansión. Santiago le explicó que tenía que tomar un avión en Cantón y que deseaba regresar a su casa junto a su hija. El matrimonio también tenía una niña que los rodeaba de vez en cuando con sus bailes y sus canciones. La mujer susurró algo a su esposo. Santiago disfrutaba de un licor sabroso apoyado en la barandilla de aquel balcón que parecía más la terraza de un templo que de una casa particular. El millonario chino se acercó a él y le dijo en un perfecto inglés que estarían encantados de llevarlo en helicóptero hasta el aeropuerto de Tongren y desde allí, en un avión privado hasta Cantón o Hong Kong, lo que él quisiera. Santiago aceptó la oferta y llamó a su secretaria para que aprovechara el tiempo que iba a ganar por si había algún vuelo para regresar antes a España. No se fijó en que su secretaria dormiría aún a la hora de su aperitivo.

—Es una pena que no pueda ver Fenghuang de noche con todas sus luces —dijo la esposa del empresario—. Es una de las ciudades más bonitas del mundo.

—Lo sé —dijo él amablemente—, pero esta ciudad me parte el corazón porque solo podría ya disfrutarla con mi hija, que me espera en casa.

La mujer le devolvió un gesto de afirmación y cierta emoción en los ojos. Se apresuró a pedir que prepararan el helicóptero.

El gesto impulsivo de la familia regaló a Santiago más de diez horas en España. Su secretaria encontró un vuelo con una única escala en Londres, solo apta por su duración para ejecutivos que viajan con muy poco equipaje. Santiago tenía previsto llegar a casa a las siete de la mañana del sábado, con un desayuno caliente para despertar a su hija, pero gracias a la generosidad de la familia china podría aterrizar en Madrid antes de las nueve de la noche del viernes y, con un poco de suerte, acostar a Malena.

Santiago esperó que el ticket del taxi se imprimiera hasta cinco veces. Había un fallo en el cartucho de tinta y toda la información aparecía como un borrón en cada intento. Después de resoplar un par

de veces, le pidió al conductor que no insistiera. No tenía mucho sentido perder el tiempo a tres metros del portal de su casa después de haberle ganado horas a su viaje de vuelta a lo largo de medio planeta. Santiago sacó su pequeña maleta y buscó las llaves dentro del primer bolsillo de la *suitcase*. El movimiento inverso al que siempre hacía cuando se iba de viaje: dejar en lugar seguro las llaves de casa para que no anduvieran de repisa en repisa y de hotel en hotel. Eran casi las diez de la noche.

Subió en el ascensor y le resultó extraño oír música tan alta a la altura de su rellano. Mucho más inexplicable le resultó confirmar que provenía del interior de su casa. Cuando abrió la puerta, le abofeteó un fuerte a olor a humo y encierro.

—¡Jemina! —gritó. Entró en la cocina y la encontró sentada en la silla y recostada sobre sus brazos cruzados—. ¡Jemina!, ¿te encuentras bien?

La mujer entreabrió los ojos como si se despertara de un desmayo. No llevaba puesto el uniforme. Sí su pinza de pelo negra, una camiseta ceñida y unos *leggings* negros con los que la había visto llegar a veces. Jemina intentó abrir del todo los ojos y con un esfuerzo extremo logró balbucear algo. Santiago pensó que la asistente necesitaba un médico, que había sufrido algún tipo de desvanecimiento. Hasta que se fijó en el cubo de la basura que había al lado de la mesa de la cocina. Jemina lo había sacado de su lugar habitual debajo del fregadero para tenerlo más a mano. Estaba lleno a rebosar de latas de cerveza.

—Jemina, ¿estás borracha?

La mujer ya estaba en pie apoyada en la encimera de la cocina.

—Señor, no me encuentro bien. —Jemina se sentó en el suelo y abrió las piernas con una separación de cuarenta y cinco grados. Dejó caer los brazos hacia delante y entrecerró los ojos. La postura que coge naturalmente una marioneta cuando la abandonan en su tiempo de descanso entre función y función.

—¿Dónde está Malena?

—Malena está bien, señor. Yo le aseguro que Malena está bien. Es la niña de mi corazón, señor —Jemina arrastraba las palabras—, y yo nunca le haría daño.

—¡Estás borracha, Jemina! —gritó Santiago—. ¿Dónde está? — elevó la voz hasta que pudieron oírlo en todo el edificio, con su boca pegada a la oreja de Jemina para espabilarla.

—La dejé en el baño, señor. —Jemina comenzó a llorar—. Está en el baño. Mi princesa está en el baño.

Santiago dejó a la mujer en el suelo de su cocina. Corrió hacia el pasillo que distribuía las habitaciones. Fue directo a su baño. Lo primero que sintió fue un intenso golpe de calor que se acrecentó con la visión de Malena en la bañera. La niña estaba dentro del agua. Tenía la cabeza apoyada en una toalla sobre la esquina al lado de la grifería. El resto del cuerpo hecho un ovillo. Jemina le había puesto un taburete tumbado en el fondo de la bañera para que le sirviera de tope. Malena parecía dormida por el calor. La retención del taburete evitaba, en principio, que el cuerpo de la niña resbalase y pudiera ahogarse. Pero ¿por qué estaba allí y por qué la había dejado así?

Santiago se acercó hasta el borde de la bañera, se arrodilló y recogió a su hija entre los brazos. Su cabeza de pelo corto y ese rostro pálido de un cuerpo que vive siempre en el invierno se apoyaron en el hombro de su padre como peso muerto. La sintió respirar. «Malena, cariño, Malena, despierta», susurró. La niña apenas se revolvió y emitió un ligero sonido que le hizo entender que lo oía en sueños. Santiago alcanzó el extremo de una toalla que colgaba de la puerta y con un tirón fuerte la descolgó. La dejó a su lado e izó un poco el cuerpo inerte de su hija, que resbaló sobre el borde de la bañera como si fuera el de un gusano. Cuando la tuvo encima, empapada y desmadejada como un trapo, la cubrió con la toalla. La cabeza de Malena se descolgó sobre el brazo de Santiago cuando la levantó hasta ponerse en pie.

El padre, casi siempre ausente, recordó aquella noche en que tuvo que meterla hasta tres veces en la bañera templada para bajarle la fiebre de unas paperas muy rebeldes. Cuántas veces recogió su cuerpo y lo enfrió a base de baños de madrugada. Y allí estaba él. El mismo padre. Destrozado por el cansancio, aturdido por lo inesperado, incapaz de asimilar que todo su mundo acababa de saltar por los aires como si un huracán lo hubiera sorprendido en plena calle.

Salió del baño en busca de Jemina. Abrazaba con fuerza a Malena y la recogía contra su pecho mojado. Cuando llegó a la cocina, Jemina

ya no estaba. La bolsa de basura había desaparecido y la ventana estaba abierta. El olor a humo y alcohol empezaba a refrescarse. «Jemina... Jemina, ¿qué?», pensó. Solo Clara sabía su apellido. Ella la ayudó en el proceso para que se sacara los papeles. «¿Qué has hecho, Jemina?», musitó. Antes de que la rabia lo cegara del todo, caminó hacia el salón con su hija desnuda en brazos. Dejó su cuerpo recostado en el sofá y le retiró la toalla para que no se enfriara. Buscó una manta y la cubrió. Se fijó en unas marcas que la niña tenía sobre la cadera. Parecían recientes. Seguramente desaparecerían con el paso de las horas. No quiso verlo. No quería verlo. Su mente sabía que esos puntos habían sido provocados por la presión de los dedos de una mano. Era evidente. Claro. Incontestable. Pero Santiago no podía verlo. Sus ojos veían un juego en el colegio, un cinturón demasiado apretado, un golpe contra algo imposible de adivinar. Cogió el teléfono y llamó a Simón. El tono de llamada lo llevó de forma rápida hasta el buzón de VOZ.

—Simón —grabó un mensaje—, soy Santiago. Llámame. Ha pasado algo y tenemos que hablar. Acabo de llegar a casa y me he encontrado a Jemina borracha y a la niña en la bañera. Me la llevo a un hospital porque está como drogada —Santiago hablaba muy rápido y de forma desordenada—. Me la llevo al Gregorio Marañón. Ven si puedes.

Santiago dejó el móvil en la mesa y se preparó para recoger a la niña y llevarla a la habitación, donde la vestiría. Al sentirla de nuevo desmadejada se preocupó aún más. Cuando estaba en una posición de sueño, solo parecía relajada, pero ahora cuando la izaba parecía un cuerpo que acabara de perder la vida. La dejó de nuevo en el sofá y, temblando, volvió a llamar a su amigo.

—Vamos, Simón, contesta. Vamos, contesta —dijo en alto a modo de plegaria.

En ese momento, el volcán que era Malena entró en erupción. Y lo hizo como si una bolsa de gas venenoso estallase en la gran boca de montaña, antes de que la lava se elevase hasta el cielo para bañar todo su mundo de ceniza y oscuridad. La niña, sin abrir los ojos, agarró con fuerza los cojines que la rodeaban y clavó en ellos sus uñas a la vez que emitía un grito tan largo como el dolor que sentía. Malena gritaba «no» como si la negación proviniese del centro de la Tierra. Sus

pequeños pulmones no podían albergar aire suficiente para mantener esa sílaba en el aire durante tanto tiempo. El grito se eternizaba a la vez que ella estiraba su cuello, apretaba los ojos y se llevaba las rodillas hacia el vientre.

Santiago la miraba como quien asiste a un parto de alguien desconocido por accidente. Con la estupefacción por el desgarró y la violencia que solo el cuerpo que alumbra puede sentir. Santiago se dio cuenta de que su niña gritaba con la ira de una mujer. «No, no, no...», repitió cuando ya se quedaba sin aire. Como si se tratase de un ataque, la convulsión paró y Malena volvió a su sueño. Santiago la miró. Estaba exhausta. Sudaba por el esfuerzo. Él tuvo que correr de nuevo hacia el baño, esta vez para vomitar.

El llanto de los recién nacidos selló un pacto de supervivencia entre Carmen y Paloma. La necesidad y la fortuna se dieron la mano y decidieron por ellas. Desde aquel momento en el que se abrazaron sin conocerse, la mayor de ellas adquirió el rol de madre y abuela, y Paloma, después de tantos años, pudo dejarse querer. No tuvo fuerzas ni para ese primer recelo lógico de quien no ha sido acariciado durante mucho tiempo.

Carmen se ocupó de Vanesa y se convirtió, con el apoyo de Pilar, en la segunda visitante principal de la habitación lunar. «Yo soy la más esterilizada», solía decir mientras movía su bata verde en días de prueba. «Yo vivo aquí como tú», le decía a la niña. En apenas unos días, Vanesa reconoció en ella a una de las figuras que le faltaba. Comenzó a llamarla «abuela Carmen» con permiso de su madre, que aceptó la propuesta encantada: «Entonces, yo tendré que llamarla mamá Carmen, ¿te parece?». La niña, cada día más débil, sonreía por fin. El hospital le había quitado el aire libre, pero a cambio le había traído una abuela y una tía, la tía Pilar, que entretenían a su madre y las transformaban en algo parecido a una familia.

Vanesa nunca le había confesado a Paloma cuánto echaba de menos una vida familiar como la que veía en los anuncios de la tele o en los dibujos escolares de sus compañeros, una familia grande y llena de primos y perros, algún hermano, un padre... Sabía, por muy pequeña que fuera, el dolor que le supondría a su madre la confesión de tal carencia. Mejor callar. Pero ahora que, sin pedirlo, había llegado una familia de regalo, Vanesa no podía ser más feliz ni estar más cansada. «Lástima que siempre tenga sueño, abuela Carmen. Ahora que estás, casi no puedo hablar contigo.»

Vanesa dormía más de dieciséis horas al día. Parecía una lactante. Su sangre, que Carmen y Paloma imaginaban transparente, era como agua fresca, desprovista de células que la mantuviesen. Su médula no acababa de resetearse como el equipo médico esperaba. Producía nuevos glóbulos rojos y blancos y plaquetas, pero no a buen ritmo y no en cantidades suficientes. Los médicos tenían que recurrir continuamente a la transfusión y, aunque la madre y la abuela postiza lo celebraban como una fiesta de regeneración, sabían en el fondo que esa no era una solución eterna. Vanesa estaba muy enferma, y su decaimiento y debilidad bajaban un tono los colores de la habitación lunar, como si nunca entrara la luz del todo, aunque las persianas estuvieran completamente abiertas.

Paloma había bajado a comer. Carmen dormitaba en el sillón que había cerca de la cama de Vanesa. Mentalmente, contaba las respiraciones de la niña. La interrupción del ritmo la despertó de un golpe:

—Vanesa, cariño, ¿estás bien? —susurró.

La niña abrió los ojos y se encontró las dos grandes lunas que eran los ojos de Carmen.

—Sí, abuela Carmen. Pero tengo sed.

La mujer se levantó para acercarse a la mesilla que estaba en el lado contrario. Rodeó la cama sin dejar de tocar a la niña, pasando su mano por sus piernas y sus pies, como hacen los buenos masajistas para no perder el contacto.

—Toma agua, cariño. Estás bebiendo mucho. Eso es bueno.

—Quiero levantarme.

—¿Te alzo la cama?

—No. Quiero ponerme de pie.

—Espera, entonces, que coloquemos todos tus cables de astronauta. —Carmen llevó el carro del suero y las medicinas al lado de la ventana por detrás de la cama. Tuvo que desenchufar la lámpara de noche para que no se enredaran—. Es importante que nunca pierdas tus cables, cariño, porque ellos te conectan con la Tierra.

Vanesa ya estaba sentada en el borde de la cama, muy delgada y pálida, con un pañuelo de nubes rosas que le había comprado Pilar en un mercado de Algeciras. Se movía despacio, hasta la sonrisa la tenía lenta. Carmen se colocó frente a ella y dejó el carro a su izquierda.

—¿Quieres que miremos por la ventana? Tengo algo que enseñarte.

Carmen le puso las zapatillas y la ayudó a ponerse de pie sobre la silla en la que ella había estado recostada.

—¿Quién es esa? —Vanesa vio un grupo de revistas que Carmen había puesto en el suelo. En la portada de casi todas estaba Carolina Arjona y los titulares anunciaban el resumen de su relato en Internet.

—No lo sé ni me importa —contestó Carmen—. Esas revistas hacen daño a las personas.

—¿Hacen daño a esa chica?

—Hacen daño y punto. Eso son guarrerías y tú no deberías pensar en ellas.

Carmen fue tan tajante que la niña no volvió a preguntar. La mujer la sujetó por la cintura y la ayudó a inclinarse hasta que logró apoyar las manos en el cristal de la ventana.

—Fíjate, Vanesa. Esa es la entrada del hospital. Y esa es la explanada en la que está la parada de autobús que utiliza mucha gente para venir a ver a sus familiares. ¿La ves?

—Sí. Mamá me trajo en autobús algunas veces antes del día en que nos quedamos. Es la línea 4.

—Buena memoria, mi niña. Pues ahora mira bien y busca los árboles.

—Casi no hay.

—Pero hay alguno. Fíjate, que tú tienes mejor vista.

—Hay dos.

—En la esquina, ¿verdad?

—En la esquina —repitió Vanesa.

—¿Y qué hay en los árboles?

La niña procesó todo lo que veía en la copa del árbol y bajo su sombra.

—Hay un hombre.

—¿Te parece guapo?

—No lo distingo desde aquí.

—Tiene los ojos verdes como si fueran esmeraldas y, si te acercas mucho, te tienes que poner gafas de sol para mirarlo a los ojos.

La niña rio.

—Eso no es verdad, abuela Carmen.

—Sí que lo es. Es un hombre mágico. Tú lo llamarías mago.

—¿Hace magia?

Carmen abrazaba a la niña por la cintura y dejaba que su cuerpo se apoyara ligeramente sobre ella.

—En mí, sí. Cuando me acerco a él, es como si tomara diez horas de sol en un minuto.

Vanesa no paraba de reír.

—¿Y te pones morena?

—Mira lo morenita que estoy siempre, que todavía tengo color, aunque llevemos semanas aquí metidas. —Vanesa se miró los brazos, tan blancos como la leche—. Hace mucho que no lo veo de cerca y por eso yo también estoy más pálida. —Carmen acercó el brazo que no abrazaba a Vanesa y se lo mostró.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Pizco. —Carmen suspiró como el sediento que acaba de beber.

—¿Y desde cuándo está en el árbol?

—Llegó hace tres días. Vino desde Tarifa en cuanto Pilar le contó que yo estaba aquí.

—¿Y no entra a verte?

—No. Él no va a entrar a verme.

—¿Por qué? —Vanesa mostró un gesto de exagerada preocupación.

—No es un drama, mi niña —dijo Carmen, y le apoyó una mano en la tripa a modo de consuelo—. Vivirá en ese árbol mientras yo esté aquí. Y además, me está esperando.

—¿Para una cita?

Ahora fue Carmen la que rio.

—Exactamente, Vanesa. Tenemos una cita.

—¿Cuándo?

—Esta noche, porque es noche de magos y de magia. —Vanesa abrió mucho los ojos—. Hoy es el equinoccio de primavera. —Vanesa asintió para que Carmen supiera que le sonaba el término—. Es 21 de marzo. Se aproxima una nueva luna llena y los atunes van a cruzar el Estrecho. El mar se teñirá de color plata esta noche. Y yo estaré con mi mago mientras él practica hechizos. Les pediremos a los dioses del

mar por nosotras. Tenemos que prepararnos muy bien para lo que va a ocurrir porque esta noche puede cambiarlo todo, Vanesa.

—¿Qué podemos hacer nosotras para que el hechizo funcione?

En ese momento, Pizco pudo verlas desde su posición bajo el árbol. Se puso de pie y se colocó la mano en la frente para cubrirse del sol. Alzó el brazo derecho y las saludó.

—¡Mira, Carmen!

—Pizco nos ha visto. Devuélvele el saludo.

La niña se llevó la mano a la boca, la besó y la apoyó en el cristal. El vagabundo movió los brazos como si pudiera atrapar un pájaro en pleno vuelo, saltó y atrapó ese beso imaginario, después se dejó caer en el césped y lo abrazó como si fuera un cachorro. Vanesa reía.

—¡Mira, Carmen! ¡Mira! Está jugando con mi beso.

—¿Sabes qué es lo que está haciendo, Vanesa?

—¿Es un truco? ¿Va a convertir el beso en un ramo de flores? Lo vi una vez en la tele...

—Sí. Es su truco, el mejor que tiene.

Carmen pisó la pequeña montaña de revistas del corazón y se alzó sobre ellas para que el vagabundo pudiera verla mejor. Levantó el brazo y lo saludó con la intensidad y la concentración de un mimo.

Él hizo lo propio y se abrazó el cuerpo para que pudiese verlo bien.

—Es su truco favorito —murmuró Carmen, y dejó que la emoción le pusiera los pelos de punta y le llevara un pinchazo a las sienes—, no tiene demasiados secretos, pero siempre funciona. Se llama Amor.

La enfermedad de Carmen fue una especie de puerta de las dolencias. Una vez entró en el hospital para realizarse las pruebas antes de su mastectomía, ya no pudo salir. Unas pruebas llevaron a otras, y estas a algunas más. Para algunos médicos parecía imposible que una mujer que presentaba tantas «goteras», tal y como ella las definía, hubiera pasado años de tanta tranquilidad y actividad sin percibir que su cuerpo comenzaba a fallar. «Todos os reíais de mi embarazo, pero a mí me sentaba muy bien. —El equipo entero de enfermeras deseaba abrazarla cuando explicaba su fuente de la eterna juventud—. Estar embarazada te carga de energía.» Y así fue como el

hospital al completo se sintió responsable de haberle roto el sueño a una mujer que había luchado desde la felicidad. Enfermeros, médicos y celadores atendían a personas mayores que maldecían su mala suerte, su cercano final, sus dolores, el abandono de sus familiares. Y Carmen, esa mujer de sesenta y ocho años, habitaba en el lugar opuesto. Había sido completamente feliz hasta ingresar en el hospital, e incluso ahora que estaba enferma tenía más energía que cualquiera de ellos. Quien pudiera mirarla durante más de cinco minutos entendía la actitud enamorada de su amiga Pilar, que claramente la veneraba. Por eso, nadie pudo negarle que esa noche saliera.

—Tengo una cita, doctor.

—Me encanta oír eso. ¿Y quién es el afortunado o afortunada? —dijo el médico despistado.

—Tengo una cita con las mareas, doctor. Y con la primavera.

—Esa es la cita que todos queremos tener, Carmen.

—Ahora que todavía las tengo para mirar a la luna —dijo Carmen estrechando con los brazos por arriba y por abajo su denso pecho.

Y hasta el aire de la habitación envidió su naturaleza.

El sol comenzó a caer en busca de la temporada de las noches cortas, dispuesto a pasar muchas más horas sobre el horizonte. También era una noche especial para los astros, desde el solsticio de invierno le ganaban luz y horas de vida al día, y con esta nueva cita llegaba, por fin, la explosión de la naturaleza. Ese 21 de marzo Pilar sacó del armario una chaqueta de punto y un echarpe que, por su textura suave, parecía más bien un arrullo de recién nacido. Miró a Carmen, que estaba de pie junto a la ventana. Tenía la frente apoyada en el cristal. Pizco no estaba en la explanada, lo buscó entre los árboles y en los bancos que había cerca del aparcamiento, pero no le pudo ver. Era viernes y los primeros calores animaban a otros planes. Pasar la tarde en un hospital no era uno de ellos. Los autobuses llegaban vacíos y apenas se veían coches en los alrededores.

Precisamente por eso, Carmen vio con claridad cómo una furgoneta azul marino, desvencijada y ruidosa, entraba en el aparcamiento y encontraba sitio sin problema. La puerta del conductor se abrió y apareció Pizco. Se había quitado su eterna

gabardina y llevaba una camiseta gris oscuro y unos pantalones vaqueros. Las mismas sandalias hechas pedazos, la misma barba sin recortar y todos los nudos en el pelo que tenía la última vez que estuvo con él. Carmen sonrió y se volvió para comentarle algo a Pilar. Al verla inclinada sobre la cama, extendiendo con esmero el vestido que ella se iba a poner, decidió callar para no herir a la mujer que más la quería en el mundo.

—Esta va a ser una noche muy especial, Carmen —le dijo con una sonrisa franca y dulce Pilar—. Pero, por favor, no olvides que tienes que ser tú quien se lo diga.

—No lo olvido, pero, créeme, eso no es lo más importante. Ni Pizco ni yo tememos a la muerte. Nadie que la haya deseado antes puede temerla.

—No sé por qué dices algo así —respondió Pilar enfadada—. No digas eso, y menos tú.

—Tengo cosas más importantes que hablar con él. Sé que Pizco está en mi vida por algo mucho más importante que contarnos estas tonterías...

—No son tonterías —a Pilar se le quebró la voz.

—Sí lo son. —Carmen le ofreció su brazo desnudo para ponerse el vestido. Previamente se había quitado la ropa y esperaba ese momento con una camiseta de tirantes y ropa interior de algodón blanco.

—A veces, me pareces una niña.

Con el halago, Pilar intentaba cambiar de tema y centrarse en las horas que tenía por delante y que ella consideraba más importantes que el propio fin. Por eso, la mujer enferma, la bella embarazada imaginaria, ya arreglada con un ligero vestido de flores, cubierta con su echarpe, cogió la cara de Pilar con las manos y, desde una sabiduría tranquila, insistió:

—La verdadera muerte es tener la vida y no saber qué hacer con ella.

La furgoneta de Jan era un trozo de chatarra con motor. El alemán la mantenía para cargar tablas y cometas si los días se ponían tan mansos que la escuela necesitaba llevarse a sus clientes a otras playas en busca de viento. Cuando eso ocurría, contrataban un servicio

de transporte mucho más limpio y decente para trasladar a los aficionados al *kitesurf*, y algún monitor conducía ese monovolumen cargado de material para cabalgar las olas. Pizco no tuvo que explicar las razones por las que necesitaba la furgoneta, solo necesitó ir a la escuela, en la que encontró a Jan sentado en su mesa haciendo números y trabajando en la nueva temporada. Pizco levantó una mano y se acercó al cuadro de llaves, abrió la caja y tomó las de la furgoneta; en un gesto de afirmación y aviso, le mostró a Jan el juego y el alemán le contestó con un gruñido. Pizco nunca pedía nada y cualquiera que lo conociera un poco advertía la necesidad en sus peticiones. No tenía caprichos. Volvió a mirar a Jan por si el alemán quería darle alguna instrucción acerca del vehículo, pero ese hombre con el que no compartía nada y a la vez lo compartía todo estaba concentrado mientras liaba un porro de marihuana y no parecía tener ninguna gana de charlar con nadie. Pizco salió de la oficina y arrancó la furgoneta, se fijó en la reserva de combustible, más que suficiente para llegar a Algeciras.

Una hora después, apoyado en esa furgoneta del color del agua del Estrecho en las corrientes de fondo, Pizco observaba los cuerpos de Pilar y Vanesa, de frente y pegados a la ventana, a la espera de que saliera Carmen. Él también la esperaba, desde el 22 de marzo del año anterior, día en el que paseaban y ella le dijo que se habían perdido la noche más mágica del Estrecho. «Las orcas ya han llegado —le dijo—, y esperan a los atunes. ¿Cómo es que tú y yo no hemos ido ya a esperarlas? No podremos ver a los atunes, pero sí a sus cazadoras. Y si ellas están, ellos también.» Pizco se apuntó la fecha como una de esas noches que no se volvería a perder. Ambos intercambiaban información con sentido en todos sus minutos de convivencia. No sabían de conversaciones superficiales o mensajes que se perdieran con el paso de los días. Carmen y Pizco se decían poco, pero lo que se regalaban era tan auténtico como una gema rescatada del fondo de la tierra. Por eso Pizco sabía que ella entendería que esa noche la esperaba y que la pasarían uno al lado del otro por encima de hospitales, enfermedades y reveses. «Porque la vida es una noche, Carmen», pensó el vagabundo.

La vio llegar abrazada a su chal. Con el pelo lleno de rizos abiertos por el viento. El aire le hinchaba el vestido al caminar. El *Nocturno*

Op. 9 N.º 2 de Chopin llenó el mundo que los rodeaba de dulzura. Pizco recordó cuántas veces escuchó la obra al piano estando enamorado y cuántos domingos la puso al despertar. Con el vestido engordado por el aire que la recorría desde los tobillos hasta la nuca, Pizco la imaginaba embarazada, con la tripa tensa y tersa, tumbada a su lado con cuarenta años menos, y en ese momento se dio cuenta de que todas las mujeres buenas brillan y que todas se van pronto porque siempre es pronto para que alguien especial se marche. Carmen se había dejado el escote al aire para decirle a él y a la mismísima primavera que ella no tenía miedo, que no tuvo miedo para estar embarazada sin estarlo, que no tuvo miedo para sentirlo, que no tenía miedo ahora que le tocaba. El balanceo de su caminar enviaba un claro mensaje de firmeza y alegría. «Un viento distinto al que todos esperan», pensó Pizco. A dos pasos de alcanzarlo, él se dio cuenta de que lo que otros llamaban amor se quedaba corto para abarcar lo que él sentía por Carmen. Superaba la admiración y huía de la posesión. No la quería para él. Ni siquiera la quería siempre a su lado. Si hubiera podido elegir, habría nacido dentro de su cuerpo, habría sido ella por unos minutos. Y si eso no era amor, ¿cómo podría llamarlo?

Carmen se detuvo delante de él y lo miró a los ojos como solo puede mirar una madre a su recién nacido. La reacción fue inmediata: los ojos verdes de Pizco se relajaron después de más de diez años y todo su cuerpo recordó lo que había sido. Se olió a sí mismo. Recobró la postura e irguió la espalda. Sintió cómo la voz le subía a la garganta como espuma de cerveza. Se llenó de lágrimas y risas sin mostrar ninguna de las dos, solo una inconmensurable sensación de agradecimiento por haberla encontrado y haberla tenido todos esos minutos y todos los que pasarían juntos esa noche. Pizco levantó una mano y la metió en el pelo de Carmen hasta dejar que su cabeza reposara en ella. Carmen cerró los ojos y escuchó la voz más grave y rotunda que había oído jamás. Una voz con textura de regaliz que le dijo:

—Eres la mujer embarazada más increíble que he visto nunca.

El traqueteo de la furgoneta les alegró la vida. Carmen no preguntó adónde la llevaba porque, aunque deseaba escuchar la voz de Pizco de corrido, entendía que para él no debía ser fácil, pero Carmen se equivocaba. El vagabundo estaba cómodo en este regreso breve. Era

consciente de que lo que estaba viviendo no significaba una recuperación, sino un mero paréntesis. El de Carmen. Una excepción necesaria, por lo excepcional que era ella. Lanzar su voz al viento de Algeciras le llenó de recuerdos que no deseaba resucitar, porque ser él le devolvía todo: lo bueno y también lo insoportable. La voz era solo un instrumento necesario para poder hablarle a ella del lugar al que iban porque hay espacios que necesitan ser contados. Después, el hombre de los ojos como vidrieras volvería a su silencio, y a su gabardina, y a su esquina sin memoria.

La miró y coordinó su sonrisa cuando ya dejaban atrás Tarifa.

—Será solo por esta noche, Carmen.

—Ya me parecía a mí que no tendría la suerte de escucharte cada día —dijo amable—. ¿Adónde vamos, Pizco? ¿Me llevas a Bolonia, como los buenos novios?

Ambos rieron.

—No. Vamos a Atlanterra. Hoy pasaremos la noche, si tú quieres, en la cueva de las Orcas.

Pizco aparcó la furgoneta al inicio de una cuesta que parecía más una pista para guardias forestales que un camino de acceso a las urbanizaciones. Carmen bajó de su mano y lo siguió a través de los matorrales, ya dentro de la maleza. Habían dejado la pista y, por lo que ella podía distinguir, no seguían ningún tipo de sendero, ni siquiera uno antiguo que hubiera dejado un rastro. Pizco iba delante y caminaba tranquilo sin soltarle la mano. No se paraba dubitativo en busca de alguna marca o señal. Carmen se dio cuenta de que sabía muy bien dónde estaba y adónde iba. «Mi Pizco infalible», pensó. Estaban a una buena altura respecto al mar, pero no tanto como para encontrar un abrigo parecido a la cueva del Moro. Fue lo primero que recordó cuando Pizco le habló de la cueva de las Orcas. La cueva del Moro se hizo muy famosa porque un investigador alemán que trabajaba en la zona y que la descubrió se encerró en ella y no desistió hasta proteger el lugar como si fuera un nuevo templo. Él ya advirtió que el Campo de Gibraltar estaba lleno de abrigos naturales o excavados con pinturas o grabados en la roca que merecían la atención del mundo, lo que desde ese momento se denominó «arte sureño». Logró su propósito para el más espectacular de ellos, aunque no para todos. ¿Sería uno de esos abrigos la cueva de las Orcas? ¿Era posible

que hubiera una cueva de ese tipo tan cerca de las urbanizaciones de la playa de Atlanterra?

Carmen seguía el descenso de Pizco sin entender muy bien qué ocurría cuando este se paró. «Aquí es», dijo. Saltaron con un paso alto una valla que ya estaba doblada y cedida. Carmen creyó ver un letrero que prohibía el paso prendido a ella, apenas podía leerlo porque colgaba mirando al suelo. Pizco tiró de su mano y lo siguió, rodearon la gran roca por su derecha, no demasiado alta pero sí extraña en esa ladera de la montaña, tan llana y limpia de piedra que acababa en arena a tan solo doscientos metros. Al rodear el abrigo rocoso, Carmen vio un poste de luz al otro lado. Quien lo hubiera construido habría estado trabajando a escasos metros de la cueva durante días. ¿Por qué nadie le había hablado nunca de ella, incluida la Paya? ¿Era un lugar desconocido, entonces?

—Nunca había oído hablar de la cueva de las Orcas... Solo de la cueva del Moro y de su grabado paleolítico con esa gran yegua embarazada.

Pizco empezó a subir por la piedra en busca de la entrada.

—No habrás tenido novios interesantes en Tarifa... —Pizco se rio y su voz sonó aún más melosa.

Carmen confirmó que tenía una voz de azúcar.

—Los novios de Tarifa no fueron interesantes, en eso tienes razón. Pensé que encontraría novios más interesantes lejos de aquí, y ¿sabes lo que pasó? —Pizco se volvió para esperar su respuesta—. Que fuera tampoco eran interesantes.

La carcajada de Pizco se vio ligeramente amplificada por la cercanía de la cueva.

—Ya estamos, sube. —Pizco le tendió la otra mano para que Carmen rodeara la roca con su cuerpo y accediera a la entrada del abrigo.

Era pequeño, con una boca que no debía tener más de un metro y medio de altura y un ancho similar. En su interior cabían sentadas cuatro personas, y en las paredes había decenas de símbolos. Carmen quiso contemplarlos, pero antes se acercó hasta la boca de esa especie de ballena de piedra y miró al mar.

—Es un balcón precioso, Pizco.

El sol caía despacio, agarrado al cielo en los minutos previos a una de sus noches de boda.

—Hoy el sol estará nervioso. Esta mañana se ha levantado en busca de este punto. Fíjate. ¿Ves esta muesca que hay en la boca de la cueva?

Carmen distinguió una especie de mordisco en la parte superior del agujero, una rotura que acababa en una especie de punta de flecha.

—Esa muesca y este abrigo no son naturales. Fueron excavados y preparados por alguien. Creo que era una especie de puesto de vigilancia.

Carmen volvió a mirar los símbolos dibujados. Pudo ver dos de ellos en un rojo desgastado sobre la piedra color arena y una sucesión de puntos que recorría la pared del fondo de lado a lado.

—Estos puntos marcan un calendario solar. El sol comienza a iluminarlos en el solsticio de invierno. Funciona como un reloj de sol. La luz entra en la cueva y, gracias a esa muesca, marca los puntos durante los meses que hay entre el solsticio de invierno y el equinoccio de primavera, que es hoy.

—¿Hoy llegará al final de su recorrido? —Carmen miró a la derecha del interior de la cueva y buscó el último punto de la línea.

—Exactamente. ¿Y qué hay al final de esa línea de puntos? —Pizco le señaló un símbolo inclinado que parecía un anzuelo al que le faltara una punta.

—El dibujo me suena, pero ahora mismo... No sé, no caigo. No me esperaba algo así.

La luz seguía bajando.

—Es el símbolo de Aries. El símbolo del carnero. ¿Y no se parece a nada más?

—No... Lo siento... ¿A qué me debería sonar?

—Es el dibujo que tienen en su lomo todas las orcas del planeta.

—¿Y crees que el dibujo tiene que ver con el zodiaco o con las orcas?

—El zodiaco es muy posterior a esta cueva y a quienes la construyeron —respondió Pizco—. Este pudo ser un puesto de vigilancia de la entrada de las orcas, también conocidas como «carneros del mar».

Carmen recuperó como acto reflejo su escepticismo. Su necesidad aprendida de dudar de todo. Algo que decidió guardar en un cajón el día que murió la Paya. Precisamente para superar la muerte de una madre tan poderosa y mágica, y para huir de los malos recuerdos de su etapa en Madrid, Carmen abrazó la fantasía y con ella la inocencia el mismo día de su marcha. Aunque ahora, escuchando a su vagabundo profundo hablar de carneros y símbolos del zodiaco, recuperó su claridad mental y rápidamente huyó de ella. «¡Cómo no te voy a creer, mi pellizquito en el corazón! Si me has traído aquí para contarme una historia hermosa.»

—¿Y quién lo hizo? —preguntó Carmen de nuevo interesada.

—Pudieron ser los fenicios, y puede que lo hicieran para elegir el punto de la colocación de la almadraba. —Pizco miró al horizonte—. Carmen, tú sabes lo difícil que es elegir bien el punto de la colocación de la trampa de redes que es la almadraba. También sabes lo estresante que es la *levantá*, porque puede que, al izar las redes, los pescadores no hayan capturado todo lo que esperaban por una mala colocación de la trampa. Antiguamente, la única forma que tenían de intuir cuál era la mejor colocación era concretar la posición de las orcas. Ellas esperan el paso de los atunes. Si ellas están, como tú me dijiste hace un año, ellos vienen. Y donde espera la orca está la zona de paso seguro de los atunes.

—¿Tú las has visto alguna vez?

—Pocas. Pero se ven. Ellas sí se mueven por el Estrecho y se pueden localizar. Nunca he visto un banco de atunes. Sí he estado ayudando en una *levantá*. Me llevó un amigo pescador. Un amigo de un día, o una noche..., ya no me acuerdo.

Carmen percibió la nostalgia. Se imaginó a Pizco en sus primeros días en Tarifa. Perdido en este hogar de vientos, extraño y furioso para quien no ha nacido en él.

—Me gusta este lugar, Carmen, y te he traído aquí porque cuando te miro creo que, en algún momento de nuestra vida, ninguno de nosotros miraba al lugar preciso. Creo que nos queremos porque caímos en trampas, porque no estábamos en el puesto de vigilancia adecuado. No vimos llegar a las orcas...

—Yo no voy a preguntarte por tu pasado, Pizco, ya lo sabes...

—Yo tampoco quiero saber qué te pasó, ni por qué regresaste ni qué te pasó en Madrid... Solo quiero confirmar que no soy el único idiota que conozco. —Pizco la recogió en sus brazos y Carmen se dejó abrazar.

—¿Es verdad que cuando llegaste a Tarifa viviste en el castillo de Santa Catalina? Hay gente del pueblo que lo cuenta.

—Es verdad.

—¿Viviste en ese palacio? ¿Y se puede entrar?

—Sí. De hecho, me llevaron allí un par de okupas. Estaba prácticamente vacío, pero quedaban cosas de su último uso como estación meteorológica. Tenía un sofá arañado por los gatos en el que pasé muchas horas de aquellos primeros meses.

Carmen presintió el dolor que le iba a causar aquella conversación.

—Desde la fortaleza de Santa Catalina verías muy bien el camino a la isla de Las Palomas...

—Sí, estábamos en lo alto de ese punto.

—El sur del sur, lo llama mi gente. El camino que separa el Mediterráneo y el Atlántico. El lugar en el que los mares se encuentran. Allí, pase lo que pase, siempre hay viento. Aún no acabo de entender cómo hay gente que va a la playa Chica. A mí, ese sitio me revoluciona el cuerpo.

Carmen se retorció entre los brazos del vagabundo, que sonreía. Siguió hablando mientras miraba el horizonte, cada vez más suavizado y difuso por el atardecer. Cogió aire:

—También se lo voy a decir a Pilar: me muero. O eso creo, Pizco. Bueno, esto ya se lo he dicho a Pilar, lo que le voy a decir también es que quiero que lancéis mis cenizas justo en ese lugar, en el camino de la isla. Esto es lo que te pido: suéltame..., y donde el viento me lleve. Comida para los atunes, al fin y al cabo.

Pizco marcó una respiración fuerte.

—No pienso estar vigilante hasta ese día, Pizco, pero sé que viene —dijo ella con voz clara—. No me da miedo morirme.

—Eso ya lo sé.

—Me muero, Pizco, pero ella no debe morir.

Lo primero que pensó Pizco, alarmado, es que algo le ocurría a Pilar.

—No podemos permitir que Vanesa muera.

Pizco soltó el aire que se le había quedado suspendido en la garganta por el malentendido.

—Tenemos que hacer que mi niña pase la almadraba y la libre. Yo me quedaré, pero ella debe pasar, y no sé cómo ayudarla. ¿Sabes tú cómo hacerlo, mi pellizco en el corazón? —Carmen puso una de sus manos contra el pecho de Pizco y sintió su cuerpo velludo y acolchado. Deseó dormir sobre él.

—Es la niña que estaba en la ventana...

—Sí. Es la ventana de su habitación lunar. —Carmen comenzó a llorar despacio, sin cortes de respiración ni aspavientos, como si la tristeza le cayera sobre el alma como una lluvia cálida en el verano.

El sol se asomó por el hueco de la cueva de las Orcas y les doró la frente. Pizco y Carmen ya eran un ovillo de palabras y caricias que iban y venían como las olas.

—Pensaré en ello, Carmen. Si tú me lo pides, pensaré en...

—Un truco, Pizco —lo interrumpió—. Le he dicho que eras un mago. —Carmen se limpió la cara y la nariz con una esquina del echarpe—. Esa niña es nuestro pequeño atún. Apenas ha hecho su primer viaje y necesito que ella sí pueda lograrlo.

Dejaron un silencio de reposo para que el ritmo de su corazón bajara hasta el nivel del horizonte.

—Yo caí en la almadraba, Pizco. La vida me puso la trampa y no la vi.

—Yo creí evitarla. —Pizco apretó el brazo de Carmen y la aproximó más a él, como si fuera fuego y él estuviese helado—. Pero fui directo a la orilla, donde me esperaba una orca. Me partió en dos, Carmen.

Ambos supieron que los malos recuerdos no merecían ver esa puesta de sol. Carmen se retiró de su cuerpo y lo miró sonriente, admirada por el color fluorescente que adquirirían sus ojos con ese brillo solar.

—No podemos permitir que ella muera. Ayúdame con Vanesa. ¿Y tú? ¿A cambio? ¿Tú necesitas algo, mi pellizco en el corazón? —le dijo más relajada al agarrarle la mandíbula y acariciarle la sien.

—Nada, excepto que te quedes un poco más para que nos podamos marchar juntos.

—Lo tendré en cuenta. Prometo tenerlo en cuenta.

Un rayo de sol como una espada entró en la cueva empujado por un viento tan caluroso que olía a desierto. Con su punta de lanza, acarició el símbolo del carnero y marcó, como tantos siglos atrás, la llegada de las orcas, de los atunes, el nuevo camino de prosperidad hacia la luna llena. La cueva se llenó de luz y de calor. Un grupo de orcas removi6 el mar muy cerca de la orilla de la playa de Atlanterra, aunque Carmen y Pizco no pudieron verlas. Ni eso ni la marca del sol sobre Aries. Estaban enredados en un millón de besos, ya casi desnudos, luminosos. Pizco le acarició el pecho enfermo como si fuera un tesoro. Se buscaron la lengua sin aire. Se olieron el pelo y las manos, y cuando Pizco le recorrió el cuerpo buscando el salitre que llevaba en la propia sangre una mujer nacida en el Estrecho, fruto del poder de dos mares, el vagabundo no pudo creer que la vida le devolviera toda la luz para llevársela de nuevo.

La escapada de Carmen no era un secreto porque ella misma se había encargado de anunciarla de consulta en consulta por todo el hospital. Lejos de impedirlo, su salida era lo más emocionante que había pasado en meses, desde que recibieron la visita de un grupo de bomberos que relató a los niños sus misiones arriesgadas, historias de película para hacerles olvidar que no podrían vivir la Navidad en sus casas. Habían pasado tres meses desde aquel evento que llenó el hospital de risas nuevas, mangueras y los sonidos de las sirenas de un par de camiones que estuvieron aparcados en la explanada de entrada toda la mañana. Y ahora toda la atención, los rumores y chismorreos bondadosos eran para la noche de una mujer de casi setenta años, con cáncer de mama y metástasis en el hígado, que se había marchado en una furgoneta de surfero con un hombre desconocido. «Esta Carmen... —se decían las enfermeras unas a otras—. Nos va a revolucionar el patio.» Una de las jefas gritó desde su mesa: «¡Pues buena falta nos hacía!». El cirujano jefe oyó el revuelo desde los pasillos. No imaginó, ni por asomo, que tanta alegría pudiera tener que ver con una paciente «en la parada intermedia». Tan cerca de la muerte como de la vida.

Pilar volvió a abrir el grifo de la ducha. Las enfermeras habían entrado ya tres veces desde las ocho de la mañana y a las tres les había dicho que Carmen estaba duchándose. La vecina sabía que no eran necesarios tantos disimulos porque estaban al tanto de su ausencia. Pero Pilar estaba inquieta y temía que le hubiera pasado algo. Carmen era más poderosa que un banco de atunes en movimiento; sin embargo, cuando la sentía lejos, tendía a fragilizarla y desproveerla de esa fortaleza. Prefería oír el agua cayendo de la ducha e imaginarla

dentro del baño, cerca y segura. Porque si la imaginaba lejos, ¿cómo podría imaginarla?

Carmen llegó al hospital a las once de la mañana, con el calor del sol pegado a la clavícula derecha, iluminada durante más de una hora por los rayos que entraban por la ventanilla del coche. Durante todo el viaje de vuelta estuvo sentada de lado, contemplando la belleza de la costa. Ya había dejado todas sus miradas en Pizco durante la noche, y en ese viaje en el que le corrían por la sangre los veinte años de su juventud, miraba al mar con la emoción de su madurez y la incontinencia de una adolescente, como si no pudiera esperar ni un segundo para observar el siguiente kilómetro de arena y olas atlánticas. Pizco la observaba de vez en cuando. Al despertar de un breve sueño entre estrellas y ruidos que provenían del mar, el vagabundo había vuelto a enterrar su voz en las profundidades del Estrecho. Carmen lo sabía y en ningún momento buscó de nuevo ese sonido que no quería olvidar. Ahora también contaba con sus suspiros, con el olor de su pelo y su piel, el tacto de sus cejas pobladas sobre sus ojos verdes y la elevación de sus nudillos, más huesudos y pedregosos de lo que esperaba. La dejó en la puerta principal del hospital. Se despidieron con una mirada llena de paseos y plazas. Se despidieron como tantas mañanas y tardes en las callejuelas de Tarifa, con la seguridad de que el sol siguiente les devolvería un encuentro.

Carmen subió al ascensor que daba al área de enfermería de su planta. «Buenos días, Carmen», le dijeron todas a una. «Buenos días, guapas», respondió ella con los mismos andares que hicieron famosa a la Paya cuando salía de tarde y enamoraba a locales y forasteros. Al llegar a su habitación, oyó el sonido de la ducha. Abrió la puerta y se encontró a Pilar sentada. Hacía ver que releía una revista.

—Pilar, ¿qué haces? —le dijo con ternura señalando al baño.

—Es un poco tarde —respondió algo avergonzada, pero aliviada por su presencia.

—Anda, cierra el agua, que ya somos mayores.

Pilar pasó a su lado encogida por el miedo a preguntar y por los celos. Pero al mirarla de reojo, la vio tan brillante y preciosa que decidió dejarlo crecer hasta que su felicidad, si tuviera que ser así, se hiciera para ella insoportable.

Con la entrada de la primavera, Tarifa florecía en todos los sentidos. Los balcones y los patios se llenaban de flores, y las calles y las plazas, de gente nueva. Los rayos de sol avanzaban lo que sería el verano y los primeros viajeros se asomaban ahora que la ciudad se dejaba dar las primeras caricias. Los establecimientos abrían sus puertas con la energía que les daba ese periodo de hibernación obligado en las ciudades vacacionales. Las plantillas en su mayoría renovadas esperaban el *in crescendo* de las siguientes semanas, que ya no pararía hasta el mes de octubre, y como en las buenas canciones, con los mejores solos al final, allá por el mes de agosto. Los espíritus andaban revolucionados. «Son los atunes, que vienen preparados para reproducirse en el Mediterráneo. El Estrecho vibra», contaba un guía en la entrada del puerto a un grupo atónito de turistas japoneses.

El dueño del restaurante le había hecho una oferta a Magdalena por toda la temporada. La chica había demostrado seriedad y, lo que era más importante, una buena caja cada jornada. Los camareros y camareras que servían las mesas de las terrazas de Tarifa tenían que ser rápidos e incansables, salerosos, simpáticos, afables e incluso, como extra, algo cantarines. Magdalena carecía de toda la parte empática de esa lista de necesidades, pero era sin duda la más rápida y eficiente de los restaurantes del centro. «Lo que tiene de borde lo tiene de espabilada», le dijo el dueño del bar a Perico.

No era lo mismo desayunar con Magdalena. Ella se sentaba apenas cinco minutos, a eso de las ocho, en la mesa de la terraza. Al menos, había aprendido a sentarse al lado de Perico y no en un rincón como aquel perro apaleado al que un día defendió. No charlaba, aunque intentaba hacer un movimiento de la cabeza con el que parecía que asentía, como los perros del cristal trasero en los coches de los 70. Perico había conocido a muchas camareras y camareros durante tantos veranos antes y después del *boom* del *kitesurf*. Dentro de aquella lista de nombres y caras que se iban solapando como los veranos, Magdalena era especial. Demasiado esquiva y enfadada. Perico, como padre de Lidia, la observaba siempre con interés y temor. «La niña, que un día se le debió cruzar a la madre o al padre —le comentaba a su esposa al llegar a casa—. No sabemos lo que les hacemos a los hijos..., o lo que ellos pueden llegar a hacernos a

nosotros.» Ese miedo lo empujaba a querer proteger a esa chica que, ante todo, deseaba que nadie la protegiera; si acaso, necesitaba resguardarse del peligro que suponía para sí misma. Pero eso no lo sabía Perico, ni su jefe del bar ni todos los sonados que la intentaban amedrentar con bromas de mal gusto desde una mesa repleta de vasos y jarras vacías.

—¿Dónde se ha metido el vagabundo? —preguntó por sorpresa Magdalena.

Perico la miró con media porra en la boca y los ojos muy abiertos, acostumbrado al silencio que siempre los acompañaba. Masticó hasta que pudo contestarle:

—¿Te importa? ¡Qué sorpresa, chiquilla! A veces pienso que no sabes ni quién está a tu lado.

—Tengo curiosidad. Es como si formara parte del mobiliario del bar.

—Eso no ha sido precisamente cariñoso, Magdalenita.

—No me llames Magdalenita y yo no soy cariñosa. —La chica pensó que iniciar una conversación no era una buena idea en ningún caso. Vivía mucho más tranquila en su soledad.

—Pizco está en Algeciras. Parece ser que esa mujer con la que lo ves a veces, la tal Carmen, la hija de la Paya, está enferma. Son amigos, o conocidos, o yo qué sé... El caso es que el maleante ese se ha ido para allá. Algún vecino me ha dicho que ahora duerme en la explanada que hay frente al hospital.

—Eso es muy romántico —dijo ella en alto sin pretenderlo.

El dueño del bar apareció por sorpresa con un café caliente entre las manos y se sentó como si le estuvieran esperando:

—Eso es muy estúpido, hija. Estar allí, que nadie le dará de comer, y todo por una mujer... Las mujeres, que son siempre la perdición de los hombres. Hasta de un pobre vagabundo sin historia, ni un duro para caerse muerto.

Magdalena se levantó y empezó a recoger su desayuno. Mientras el hombre que apenas visitaba su establecimiento, excepto las tardes de partida, se hinchaba en un baño de comentarios ofensivos, ella iba haciendo más y más ruido con el tintineo de los cubiertos contra los platos y las tazas.

—Y dices que no eres cariñosa... ¿Y te parece que es bonito que este al final sea otro imbécil que pierde la cabeza por una mujer? Si al final mandáis en todo, joder. Se acaba haciendo siempre lo que vosotras queréis.

Magdalena estalló un cenicero de cristal contra la mesa. Por el crujido, Perico dedujo que lo había roto y que estaba hecho pedazos bajo su mano.

—¡Te vas a cortar, puta loca! —dijo el jefe de ambos en un movimiento defensivo mucho menos arrogante que todo su discurso anterior.

—Perico —le dijo ella mirándolo a los ojos—, esto no va contigo, pero tú escúchame bien. No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra. Solo comandas y órdenes de cocina. No te mereces ni un minuto de la dignidad de ese señor. —La chica recuperó en un *flashazo* cómo el vagabundo se había enfrentado por ella. Magdalena levantó la mano. Uno de los cristales se le había clavado en la palma. Tranquila y sin expresar dolor, lo extrajo y lo tiró encima de la mesa—. Voy un momento al centro de salud a que me cosan y ahora vuelvo.

La playa de Benicàssim era el paraíso de la tercera edad en los días de primavera. Aquellos jubilados que podían regresar al primer rayo de sol aparecieron esa mañana de marzo como crías de tortuga en busca de la ola. Paseaban en bañador de un lado a otro de la playa. «Hace calor —pensó Darío—, pero no tanto. La vejez junto al mar es optimista.»

El periodista estaba sentado en una terraza a pocos metros de la playa. Tenía un desayuno completo frente a él, que ni siquiera había tocado. Se prestó a imaginarse rozando los ochenta. Así supo que quería morir pronto porque la única imagen que obtenía era la de un viejo decrepito y entristecido arrastrando los pies por esa playa convertida en geriátrico de primavera.

—¿Quiere que le caliente el café de nuevo, señor? —preguntó el camarero.

—No, está bien así.

Un café bien frío. Eso era su vida ahora mismo, un asco que nadie era capaz de tragar. Su cara había sustituido a la de Carolina en la

mayoría de las publicaciones. Algunas veces, incluso, los dos rostros compartían la portada como protagonistas de un duelo en el que el peso de la maldad había cambiado de lado. Ahora era él el perseguido. Sabía que muchos lo estarían celebrando: amantes, compañeros de trabajo, «envidiosos en general, mediocres del mundo», pensó al tomarse el primer sorbo de café que lo destempló. No incluyó en esa lista a Eloísa. La que había sido su compañera de baile en los últimos meses no le cogía el teléfono, ni lo haría, pero Darío sabía que no disfrutaba con todo aquello, sencillamente ejecutaba, y en eso era la mejor.

El portador de las peores noticias fue, tal y como correspondía, su exjefe. Lo llamó la tarde anterior para decirle que recibiría por *mail* los papeles de su despido, que los firmara y los devolviera por correo ordinario.

—No queremos líos, Darío.

—Haces lo que tienes que hacer —le dijo a su todavía jefe en un tono relajado.

—Eso es, Darío. Y por esa misma razón quiero que sepas que si en algún momento decides confesar el montaje y todas las mentiras con las que le has hundido la vida a esa pobre chica...

«¡Esa pobre chica!», decía el hombre que arrastró el cadáver de Carolina Arjona por las calles de toda España. Darío se echó a reír.

—Si algún día quieres hacerlo, aquí te pagaremos bien. Eloísa me asegura que merecerá mucho la pena. Ya sabes que yo no te juzgo, Darío. No es mi misión.

—Desde luego que no. No podrías.

—Bueno, tampoco te pongas chulo, porque lo mismo sí podemos.

—Eres bastante peor de lo que esperaba y te felicito por ello. Aunque, después de esta conversación, no pongas cara de cerdo dulce cuando entres en casa esta noche, por favor. Tu bajeza es también la de todos nosotros. No te salvas.

—Te digo que no te pongas chulo —el tono de su interlocutor sonaba mucho más amenazante— porque parece ser que hay un chico ingresado en un hospital que está dando tu nombre cuando le preguntan por la identidad de quien le dio una buena paliza... Que todos sabemos todo de todos...

Sí. Por supuesto. Darío sabía de su vida mediocre y de su amante del instituto. De su afición a beber más de la cuenta y de algún cuarto oscuro en el que había acabado cuando estaba muy muy borracho. «La vida oculta de nuestro jefe es tan cutre que no merece ni comentario», le dijo un día a Eloísa. La voz pastosa de su interlocutor irrumpió de nuevo:

—Si te gusta lo fuerte, pues te gusta y ya está. Pero si se te ha ido la mano y has mandado al hospital a un chiquillo, pues lo mismo estás en un lío un poco más gordo...

Darío decidió no contestar, pues dedujo que quizás le estaba grabando.

—Mañana te mando el despido firmado. Ya nos encontraremos. Me alegro de no volver a trabajar contigo.

Darío colgó antes de contestarle de algún modo que pudiera beneficiarle a él o a Eloísa. Dejó de pensar en su posición en la prensa española, algo que consideraba pasajero. Otra cosa era lo de ese chico y la paliza. Buscó la noticia en las redes y al instante apareció la cara del chaval deformada por los golpes en su Instagram. «No tienes otra cosa que hacer que enseñarle a todo el mundo esto... Puto crío chiflado.»

—¿Otro café, señor?

—¡No! —respondió alterado Darío—. Te acabo de decir que no. ¿Eres sordo?

El camarero se alejó entre los murmullos del resto de los clientes. «Maricas sin madurar —pensó el periodista—. Quién me manda a mí follar con críos. Los vicios de uno. Pero es que no me gusta otra cosa...» Acelerado y confuso, entró en una aplicación de contactos y quedó con un tipo con pinta de oficinista, probablemente casado con una mujer que Darío imaginó aburrida en extremo. Dejó el desayuno completo sin apenas probarlo y regresó al apartamento que había alquilado en el paseo marítimo por Airbnb. Su dueña era una inglesa incapaz de reconocer al mismísimo Sean Connery. Mientras dejaba diez euros debajo de un platillo, echó un vistazo a la orilla. El flujo de ancianos se había multiplicado por dos.

Ya había pasado la primera luna llena de la primavera cuando la administración del hospital llamó a Paloma para que pasara a recoger un paquete que había llegado a nombre de Carmen. La mayor parte de la plantilla del hospital sabía de la amistad entre estas dos mujeres. Se lo entregaron a ella porque junto al destinatario, entre paréntesis, podía leerse «Para Vanesa». No había remitente y la caja era muy pesada. Un celador conocido de la planta de Oncología le prestó una silla de ruedas para llevarlo, «Yo la uso como carro muchas veces», y Paloma percibió el tono de quien pretende intimar. «Estoy yo como para celadores», la madre angustiada sonrió por un momento. Paloma llegó a la habitación de Carmen acompañada de su nuevo amigo. La mujer aún iluminada por la noche en la cueva de las Orcas la invitó a entrar.

—¿Qué es eso, querida?

—No lo sé. Parece que es para ti y para Vanesa.

—Inmediatamente, Carmen adivinó la procedencia de aquel paquete.

—Esto es de Pizco, fijo —dijo al levantarse con rapidez hacia la caja. Hizo el ademán de cargarla y el celador se plantó delante de ella.

—¿Dónde vas, Carmencita? Ya se dice que tienes más..., bueno, que tienes mucho carácter, como tu madre, pero tú esta caja no la vas a levantar, y cuando te operen mucho menos.

—Me operaré si quiero. Quizás la vida no merezca tanto la pena.

Todos la miraron atónitos. Cuando la mujer más vital del hospital entraba en los discursos de abrazos a la muerte, los que la rodeaban no sabían cómo reaccionar.

—¡Es broma! Pues claro que me operaré. Lo único que digo es que, con metástasis y todo este jaleo, son ganas de andar quitándome alegrías. —Carmen se miró las tetas—. Creo que esta caja nos traerá intervenciones más importantes. ¿Me ayudáis a abrirla o no?

—¿Dónde está Pilar? —preguntó Paloma como si la echara de menos en un momento de tanto interés.

—Se ha marchado a Tarifa. Ha ido a coger algo de ropa de verano. Visitar las casas. Le he dicho que duerma allí, pero es cabezona y volverá en un rato. ¡Aprovecha, que tenemos un rato de intimidad! ¡Vete, vete! —le dijo al celador, que acababa de dejar la caja en el

suelo. El hombre se marchó por donde había venido—. Acércame ese cuchillo de la bandeja. Vamos a abrirla. ¡Venga!

Rompieron el adhesivo y encontraron la explicación al peso de la caja: estaba llena de libros y papeles fotocopiados y encuadernados. Sobre todos ellos había una nota escrita a lápiz. «La voz de mi vagabundo», dijo Carmen. Paloma pensó que su amiga estaba perdiendo la cabeza al hablar de la voz de ese otro loco, que además era mudo. Paloma le pasó la nota y Carmen se puso las gafas para leerla. Pizco solo había escrito cuatro palabras: «El paso del Estrecho».

Paloma comenzó a manosear los libros y a cotillear los títulos. Carmen miraba la nota por delante y por detrás, en busca de alguna pista que explicase el misterioso mensaje que tanto tenía que ver con la conversación y la noche que compartieron dentro de aquella cueva, perdidos del tiempo.

—No entiendo lo que nos quiere decir.

—Yo tampoco —añadió Paloma—. ¿Qué es esto, Carmen?

La mujer se fijó en las manos de Paloma, que sujetaban dos libros cuyas tapas mostraban fórmulas y algún dibujo esquemático del cuerpo humano.

—¿Por qué iba a mandarnos un vagabundo a ti y a mí libros sobre... —Paloma tuvo que buscar la palabra común a todos los títulos de nuevo. La había escuchado en algún programa de televisión, sobre todo en ese que hablaba de misterios los domingos por la noche—. Perdona, pero es que ni me sale la palabra. Carmen, ¿qué tendremos tú y yo que ver con la cri... crio... criogenización?

Carmen comenzó a reír y ya no pudo parar hasta varios minutos después. Dos enfermeras acudieron a la habitación para sumarse al escándalo y se encontraron a la madre de Vanesa rodeada de libros y a la anciana más envidiada, a pesar de su enfermedad, tirada en el suelo y retorcida por las carcajadas.

—¿Le damos algo? —le preguntaron a Paloma.

—No, creo que no —respondió ella.

Listados de empresas, legislación en Europa y Estados Unidos, precios de los procesos, artículos sobre la criogenización. Carmen y Paloma pasaron el día completo inmersas en la lectura. Pizco, para echarles una mano y guiarlas, había hecho una lista de preguntas

frecuentes y les había dado respuesta. Había sido cauto y delicado en extremo al tratarse de una niña, pero precisamente por eso su caso albergaba mayores probabilidades de éxito y, sobre todo, de respaldo de las propias empresas; entre ellas, la más veterana de todas, Alcor, que almacenaba en el desierto de Arizona más de cien cadáveres a la espera de despertarlos en un futuro. Pizco realizó el trabajo documental entre la biblioteca municipal y un locutorio, donde consultó material en Internet. Las claves de su resumen eran que el regreso a la vida de un cuerpo criogenizado solo había tenido resultados positivos en gusanos hasta el momento y que había sido un científico sevillano quien lo había logrado; que no había cobertura legal para criogenizar a un ser vivo antes de su muerte y que el proceso solo podía iniciarse una vez se produjese la muerte legal, es decir, la parada definitiva de su corazón; que los procesos de vitrificación acaparaban la atención de los investigadores no por el posible despertar de unos cuantos cadáveres congelados, sino por la posibilidad de vitrificar órganos sanos y con ellos crear bancos que cambiarían la historia de los trasplantes, ya que la comunidad científica confiaba mucho más en poder alargar la vida de una persona «sustituyendo sus piezas fallidas» que en poder revivirla. Al llegar al aspecto económico, Pizco les explicaba que había una opción bastante más barata que consistía en criogenizar únicamente el cerebro o la cabeza con la esperanza de que esto sirviera para algo dentro de un marco de avances futuros extraordinarios.

Carmen y Paloma se sintieron algo perdidas en la lectura porque no dejaban de sentir que estaban frente a un relato de ciencia ficción. No podían siquiera ilusionarse porque no había garantías, y el escaso número de personas criogenizadas no alentaba la esperanza. «Si esto pudiera funcionar, todos los ricos del planeta lo harían», llegó a decir Paloma. Carmen estuvo silenciosa durante toda la lectura. Tal y como predijo la hija de la Paya, unas horas más tarde de que abrieran la caja apareció Pilar y se unió a ellas. Fue la vecina quien planteó las dudas más domésticas pero imprescindibles: «¿Os dejarían hacer esto en España?».

En el fondo de la caja Pizco había dejado un papel con sus conclusiones: se trataba, sin discusión, de una locura no respaldada por la comunidad científica de prestigio, y era una decisión difícil, con

unos trámites tan complejos que, incluso contratándolo, quizás no pudieran llegar a hacerlo. Pizco no lo desaconsejaba y tampoco hacía lo contrario. Les proporcionaba una información exhaustiva para que ella, la madre, arropada por Carmen y por Pilar, pudiera decidir. Y les advertía que confiar en la criogenización, llegar a dar el salto de congelar el cadáver de alguien querido, no era un debate de un día o dos, y que decisiones de esa importancia deben ser meditadas y resueltas desde la tranquilidad. «No pudo evitar dejar este apunte a modo de consejo», pensó Carmen. Por otra parte, Pizco destacó un artículo en el que se analizaba la evolución de ideas que un día parecieron improbables y que ahora no solo eran posibles, sino que habían cambiado en parte la sociedad, por ejemplo, la opción de vitrificar ovocitos o embriones durante años y utilizarlos después sin problemas.

—La primera persona que congeló cordón umbilical también parecería una loca —dijo Paloma en voz alta.

—¡Cuántos niños de los que vemos correr en cualquier parque de Tarifa fueron un embrión congelado! —añadió Pilar.

—Pues muchos —concluyó Carmen.

Las tres mujeres pasaron el día entre informes y papeles mientras las enfermeras vigilaban a una Vanesa adormecida por la medicación y la debilidad. Durante el viaje lunar de la niña durmiente, tres mujeres ajenas a la ciencia leían con precaución y cierto espanto la propuesta de Pizco. En cada renglón sentían que aquello les quedaba muy grande: Estados Unidos, un almacén con cadáveres, contratos para ser devueltos a la vida...

—Tu vagabundo está loco —dijo Paloma a eso de las diez de la noche, después de leerse por segunda vez lo más revelador del contenido de aquella caja.

Nadie le contestó. Carmen se había quedado dormida con los papeles en la mano. Al verla, se dio el permiso de cerrar los ojos y recostar la cabeza contra la pared, y ella también se durmió.

Pilar estaba sentada en el sillón y seguía enfrascada en la lectura bajo la lámpara. Levantó la vista al advertir una alteración en el escenario que la rodeaba. Paloma había cambiado de postura sobre su sillón y se había puesto de lado. Pilar se levantó y comprobó que Carmen apenas había tocado la cena. En la bandeja quedaban los

restos de una tortilla francesa, algo de jamón york y un yogur sin abrir. Sí había probado la sopa de pescado. Pilar tomó una cucharada y comprobó que estaba helada. Se acercó a la cama en la que dormía Carmen y le acarició el pelo. Sintió un sabor a metal en la garganta y un tirón en el cuello para aguantar la pena que le deformó el gesto de la boca y le llenó los ojos de lágrimas hasta borrarle la visión. «Criogenización», pensó. Se imaginó congelada y muerta, suspendida en esos bidones gigantes que había visto en las hojas que había mandado Pizco. «Y de nuevo tú, vagabundo.» Carmen sonreía ligeramente en sueños. En una de las manos tenía un folio impreso con la imagen de un laboratorio, en la otra estaba el documento con las conclusiones.

Pilar había sido educada para vivir una vida lineal en la que los despropósitos y los errores no tuvieran minutos de baile. Y ahora, mientras le acariciaba el pelo a Carmen, pensaba que en otro tiempo, con otras oportunidades, ella habría sido una mujer rompedora. Que otra educación, otro colegio y, quizás también, por qué no admitirlo, otros padres la habrían situado en otro punto de partida en el mundo. Ella había corrido la carrera que le correspondía. ¿Estaba a tiempo de salirse de la ruta para ser la mujer que podía haber sido, aunque solo fuera por unos minutos? En ese instante volvió a verse suspendida en el tanque, «un ataúd de metal», pensó, pero ya no se vio sola. Quiso soñarse con Carmen. Las dos abrazadas, heladas como un fósil precioso, enredadas en una estructura dura e indisoluble como roca. Arrojó a Carmen y se volcó sobre su cara hasta tenerla a menos de un palmo. «Yo despertaría contigo en otra vida, ¿por qué no?» El pensamiento le hizo reír y, con la sonrisa aún en los labios entreabiertos, se acercó a la boca de Carmen y la besó. Paloma abrió los ojos y en medio del sueño pudo ver cómo Pilar envolvía a su amiga con su amor. Al separarse de ella y antes de que pudiera besarla de nuevo, Carmen murmuró en sueños, con un movimiento serpenteante y gozoso del cuerpo: «Ay, mi pellizco».

Paloma se hizo tan bien la dormida que volvió a caer en el sueño. Unos minutos más tarde, Pilar le apoyó una mano sobre la suya y le susurró:

—¿Cenamos algo?

—Claro —respondió Paloma, y se desperezó de forma ligera—. Voy a ver un momento a Vanesa y vuelvo a por ti.

—Te acompaño —dijo Pilar.

Y salieron juntas de la habitación. Una enfermera solitaria rellenaba un cuadro de turnos sobre una mesa.

—Carmen apenas ha probado la cena. Te la hemos dejado sobre la mesa.

La enfermera les devolvió una sonrisa. Pilar y Paloma se dirigieron hacia la escalera. La madre se estiró la cara con las manos para acelerar su despertar. Tuvo que agarrarse a la barandilla de color verde hoja.

—Se parece a la barandilla que había en mi colegio —le dijo a Pilar—. ¿Recuerdas tu etapa en el colegio?

—Sí, aunque mejor no recordarla mucho porque no fue muy feliz. Yo tuve unas monjas muy... difíciles.

—¿De las que pegaban?

—Sí, de esas.

—Pero eres católica, ¿no?

—Pues creo que no... —dijo Pilar lánguida—. Aparté de mi vida todo lo que tuviera que ver con dar golpes. Yo soy de la época de «La letra con sangre entra», y la verdad es que, con sangre, no entra nada de nada...

—¿No vas a la capilla a rezar por Carmen?

—¿Te refieres a ese cuarto oscuro y lleno de imágenes con una mesa contra la pared y ramos amontonados? No, no voy. Aunque de ir, iría a una que me diese un poco más de alivio.

—Sí, no es muy bonita, no. Yo tampoco voy.

Bajaron despacio la escalera y su silencio les permitió oír sus pasos acompasados.

—Me gustaría creer en los milagros, Pilar, pero no creo.

—Te entiendo, porque yo tampoco. Ya le supliqué a Dios bastante que hiciera uno para que ese animal dejara de darme palizas... Hubo un tiempo en que pensé que había sido Dios el que me lo había quitado de encima. Pero luego me di cuenta de que bebía y fumaba como una bestia y que por eso le dio un infarto. Ni Dios ni nada. No me libré de ningún golpe por la ayuda del cielo.

—¿Qué te parece a ti toda esta locura en la que nos han metido Carmen y su enamorado? ¿Deberíamos tomarnos esto en serio? Ese señor puede estar loco.

—No puede estarlo. De hecho, yo creo que lo está, y por eso le respeto.

Las dos mujeres volvieron a hacer ese silencio de punto y aparte mientras llegaban a la habitación lunar. Paloma abrió la puerta que separaba esas habitaciones aisladas de las otras que recibían todo tipo de visitas.

—Te espero aquí. No tengas prisa —dijo Pilar.

Paloma entró en la habitación lunar e intentó no mezclar todo lo que había leído con la imagen que le esperaba en el interior: la de su hija perdiendo su batalla. Le fue imposible.

—¿Y ahora qué hago, Vanesa? —le dijo a la niña dormida—. ¿Tú harías una locura por no perderme? ¿Y si me resisto y no te dejas ir?

Diez minutos después, salió y se encontró a Pilar frente a los ascensores. Miraba a una pared blanca y parecía ligeramente feliz. Entendió que esa especie de paz momentánea tenía que ver con la ilusión de los besos ansiados. Salieron del hospital hacia la cafetería, que estaba en un edificio aparte.

Sentadas frente al menú de la cena, Paloma decidió que podría ser Pilar su interlocutora más razonable.

—El médico me ha dicho que está muy mal. No se lo he dicho a Carmen porque no hace falta. Ella lo sabe. Yo ahora mismo estoy como... borracha. ¿Qué es esto que estamos leyendo? Insisto en que me parece una locura total...

Pilar eligió ser viento a favor en la conversación.

—Mira, Paloma. Conozco tanto a Carmen como si hubiéramos crecido juntas, aunque eso no ocurriera. Tiene el impulso y la fuerza de su madre y toda la bondad que, a veces, el egoísmo de la Paya le impidió mostrar. Compartía juergas, pero la vida era solo para ella. Era lista. Famosa. Envidiada. Y acabó muriendo con un final terrible, sin habla, sin movimiento, aunque Carmen no lo quiera recordar. Pues Carmen es mucho más que todo lo que te puedan decir de la Paya. No ha heredado su voz porque canta de pena —Pilar sonrió cómplice—, pero tiene mucho que dar. Y está claro que se lo quiere dar a Vanesa.

—¿No tiene familia?

—No una que quiera, al menos. La Paya se fue. Y en Madrid..., poco sabemos de su vida en la capital. No le gusta hablar de ello. Yo creo que toda la fantasía del embarazo tiene que ver con lo que le ocurrió allí. Dicen que se casó y hay todo tipo de versiones: que perdió un bebé, que un hijo se le metió en las drogas, que todo le salió mal porque se fue joven... Yo qué sé. —Pilar despreció el pasado con un gesto de la mano—. Ya no tenía casi relación con su madre, y la Paya sabía poco y, si lo sabía, no lo contaba. Yo no me creo ni una de las historias que circulan por ahí. Lo que sí sé es que Carmen ha venido a este mundo para dar vida y resulta que los demás se la han ido quitando. Y eso es injusto. No tengo ni idea de nada de eso que hemos estado leyendo, pero, si fuera posible, ¿por qué no vas a escucharla?

—¿A Carmen?

—Si no, ¿quién podría hacerse cargo de pagar esa barbaridad?

—Pero eso es participar de otra de sus fantasías, como era su embarazo.

—Solo las grandes fantasías pueden cambiar la historia. Alguien tiene que imaginarlo para que luego ocurra.

Paloma apartó el plato de crema de verduras sin apenas probarlo. Se dispuso a empezar su segundo y Pilar la siguió.

—Si hubiera una sola posibilidad de que Vanesa pudiera despertar dentro de unos años, ¿no se la darías? ¿Por qué? ¿Por miedo?

—Porque me parece un timo.

—Y si lo es, ¿qué ocurre? ¿Y si no lo es? ¿Y si tienes la oportunidad de salvarla y la estás desperdiciando por hacerte la lista?

—No digas eso, Pilar. Esto no tiene nada que ver...

—¿Es lo que quieres, tener razón? —Pilar la retó—. ¿Eso es lo más importante para ti? ¿Serías capaz de apostar por algo sin saber si vas a ganar o perder?

—¿Y tú, podrías? —le respondió Paloma visiblemente airada.

—No soy la mejor para contestar porque necesito que algo de todo lo que os está pasando pueda acabar bien. —Pilar lanzó los brazos hacia Paloma y se manchó el codo con el plato de crema—. Joder, ¡qué estúpida soy! ¿Lo ves? Ni una cena de menú puede acabar bien con los pronósticos que tenemos. —Dejó que la emoción la llevara como un viento fuerte—. Yo no puedo salvar a Carmen y ella es lo que más quiero. Es mi vida. —Necesitó parar para tomar aire—. Y Vanesa es

solo una niña... Ahora, con el peso de la realidad, parece mayor, pero es pequeña. Nosotras ya la hemos fastidiado bastante. Llevamos la carga de muchos errores y no tenemos ni la fuerza, ni quizás tampoco las ganas, aunque a veces aparezcan de repente y te rejuvenezcan. — Sintió el calor y la humedad de ese beso que acababa de darle a Carmen—. Esto es distinto. Si por alguien merece la pena hacer locuras es por ella.

Paloma dudó antes de plantear un detalle que no le encajaba.

—Toda esta discusión de nada sirve si no puede hacerlo.

—¿El qué?

—Pues... pagarlo.

Pilar rio.

—No la conoces. Mi niña de los vientos. Mi Carmen. En serio, no te imaginas lo especial que es. Escucha, Paloma: ella vendería la casa y todo lo que tiene si, con eso, una sola de nosotras pudiese salvarse.

Vanesa dormía en la habitación lunar. Paloma entró de nuevo en silencio. Se acababa de lavar las manos con un fuerte antiséptico y había dejado los zapatos en la puerta. Llevaba las pantuflas sobre los calcetines, gorro, bata y guantes. La tez de su hija se asemejaba al mármol blanco. Se fijó en los botones de colores del cuadro de mandos falso que ambientaba aquella expedición. ¿Y si el futuro no solo hubiera que soñarlo? ¿Y si su pequeña pudiera vivirlo? Al otro lado de la ventana la luz de la luna caía como una cortina gris. Un río de atunes sorteaba la almadraba. Otros se quedaban atrapados sin remedio al seguir la estela de la cola de algunos de sus compañeros de viaje. Una orca rápida e intuitiva se daba un festín gracias a las corrientes de la orilla.

«¿Y si pudieras hacer realmente tu viaje a la luna, Vanesa?»

Paloma se asustó. Supo que, pasara lo que pasara, no estaba preparada para afrontarlo.

4 de abril de 2046

El equipo de limpieza preparó la habitación de Noa como para una recepción de Estado. La importancia de lo que podía ocurrir en las siguientes veinticuatro horas lo hacía necesario: toda la realeza de la comunidad científica estaba destinada a pasar antes o después por aquella habitación.

—Eso si todo sale bien —dijo el hombre que la observaba cual Bella Durmiente.

—Saldrá —respondió su acompañante, por el tono cariñoso, algo más que una simple compañera profesional.

«Amistad», el vocablo lució en la mente de Noa como una bujía en un chispazo.

—Creo que nunca te lo he preguntado —dijo ella—, pero ¿por qué fue la elegida? De entre todas las opciones, ¿qué tenía de especial?

—Principalmente su edad biológica y el tiempo que ha pasado junto a nosotros. Fue de las primeras. Hay otros casos similares, pero su enfermedad fue ampliamente superada hace tiempo. Necesitábamos uno con un buen porcentaje de éxito y con una antigüedad impactante. Ella era la que reunía las mejores condiciones.

La mujer suspiró y Noa pudo sentir su preocupación.

—No quisiera yo esa responsabilidad. Decidir quién debe despertar.

—Había que elegir. Un programa lo hizo por nosotros. La responsabilidad de los algoritmos es mucho más llevadera, ¿no crees? —el doctor sonrió.

—Ya. Eso quieres hacer creer a los demás...

Noa pudo oír el roce de una tela y rememoró el crujir de las sábanas en las mañanas de invierno.

—Pero yo sé que tienes un vínculo especial con ella. ¿Serán estos los celos del futuro?

—Es solo una niña, por favor.

—Una niña con cuarenta y tres años.

— Chsss. Te he dicho que podría oírnos.

—Lo sé, lo sé. Su edad biológica es la que manda. Es una niña. Tienes razón.

Ambos mantuvieron un silencio tenso, aunque Noa supo que no se habían movido de su lado. No había sentido pasos ni tampoco el ruido de la puerta. Seguían allí.

—Ya ha pasado todos los controles. ¿Crees que puedo abrir la ventana?

—Por supuesto —respondió él—. Su sistema inmunitario está intacto y aquí, en plena montaña, solo puede respirar aire puro. Quizás sea mucho mejor que su primer contacto con este nuevo mundo lo haga a través de la naturaleza y no de nosotros, que somos lo más desnaturalizado que ya existe.

—Ya estás con tus quejas y malos augurios. Entramos en la era poshumana y estamos a punto de vivir juntos uno de los momentos clave de la historia de la humanidad. Tienes razones para ser más optimista y para estar más contento. ¡Mira qué sol! Aunque haga un frío terrible fuera, pero ¡mira qué sol!

Noa visualizó un paisaje: montaña, aire, frío, ventana..., las palabras se situaban en su cerebro de forma ordenada y concreta. Comenzaba a comprender, aunque aún no podía ejercer ningún control sobre su cuerpo.

Un viento helado se coló por la pequeña abertura de la ventana. La mujer se apresuró a cerrar. El viento quedó atrapado dentro de la habitación sin saber qué hacer. Buscó una escapatoria, pero la puerta también estaba cerrada. Destinado a morir al no encontrar un enlace, decidió romperse contra el cuerpo de Noa. Estalló contra su vientre y su rostro. Ella sintió un frío intenso y limpio. Recordó por un momento el movimiento de su pelo cerca de una playa. Corría bajo el sol con sus pies de niña pequeña. El viento jugaba con ella en pequeños remolinos que, a veces, conseguían formar a su paso

pequeños ciclones con la forma y el tamaño de cucuruchos. Dejó que la sensación la recorriera con este nuevo viento distinto, lejano y seco y frío. La piel se le erizó y le tembló el vientre a la altura del ombligo. Se concentró para sentir el movimiento de su pelo, pero no lo logró. El viento, un segundo antes, se desvaneció sobre su rostro con una última caricia en las mejillas.

—Nos quedan seis grabaciones de la madre. ¿Cómo crees que debemos distribuir las? —el tono de ella había cambiado.

Su tiempo de recreo también había terminado.

—Mañana —dijo él con cierta solemnidad— entraremos en la fase de Descripción e Instrucciones. Si estamos seguros de que comprende, entenderá qué hemos hecho con ella.

—Yo creo que ya lo sabe.

Noa intentó con todas sus fuerzas sentir algo físico a través de un movimiento cualquiera, un giro de cabeza, un desplazamiento del dedo de una mano, pero tampoco fue capaz. ¿Por qué no podía sentir su cuerpo? La rabia le aceleró el ritmo cardíaco.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué esa subida? —dijo la doctora al mirar el panel.

—Porque nos oye, porque lo presiente, porque se está colocando...

—Como un bebé antes del parto...

—Eso mismo... Quién sabe por lo que ella está pasando ahora mismo...

El viento que acababa de desaparecer y que había entrado por la ventana llevaba muchas décadas dando la vuelta al mundo. Y le llegó el final en esa habitación. Lo cierto es que él se sentía más viejo, pero Noa seguía igual. Igual que aquella tarde, treinta y dos años atrás cuando aún era un viento joven y cálido y la vio por primera vez tumbada en aquel hospital.

—Yo era un crío, ¿sabes? —dijo el doctor—. Un biólogo hispano que entró en esta empresa como si le hubiera tocado la lotería. Apenas creía en lo que proponíamos, pero el sueldo merecía mi fe y la de cualquiera. No hacíamos nada malo. Vendíamos esperanza y pensábamos que, en un futuro mucho más lejano del que promocionábamos en los folletos, quizás alguien lo lograría. Probablemente, convirtiéndolos en una especie de humanoides. Nos

gustaba tanto fantasear como la literatura de ciencia ficción. Éramos muy jóvenes...

»Pasamos los años viendo avanzar el mundo de la robótica y almacenando más y más cadáveres. Si un robot con apariencia humana podía hacer todo eso de forma programada, ¿cómo no iba la ciencia a ser capaz de reconstruir de alguna forma la vuelta a la vida de un ser humano muerto? Después empezamos a conservar órganos vitrificados con éxito, implantados en pacientes años después, y el banco fue un éxito mundial para la medicina, un bombazo. Llegó la inyección de inversiones que necesitábamos y eso nos permitió despertar seres vivos sencillos, y todos, de una manera o de otra, nos esforzamos en prolongar la vida. La comunidad científica se unió en este empeño. El descubrimiento de María Blasco sobre la longitud de los telómeros fue determinante para retrasar el envejecimiento y aumentar la esperanza de vida hasta los ciento cincuenta años. Ya sabíamos que viviríamos más. Ya éramos capaces de construir cuerpos con una apariencia idéntica a la humana; entonces, nos quedaba únicamente la última frontera: traer a alguien de vuelta y traerlo con sus recuerdos y con su almacenamiento cerebral intacto.

»Hace solo un par de años sentimos de verdad que podíamos hacerlo —el doctor sonrió abrazado a una nostalgia dulce y antigua—. Pero fue mucho antes, mucho mucho antes, cuando nos llegó esta rara propuesta. Recuerdo el momento en el que leímos aquella carta en el comité de dirección en los laboratorios del centro de Arizona. Nos pareció una propuesta extraña y, por eso mismo, tan atractiva. Googleamos la localización por curiosidad y ver su posición nos inspiró y nos vinculó con aquella niña de algún modo, no sabría cómo decirlo, transoceánico. Estaba enferma e ingresada en un hospital en un lugar que prácticamente unía dos continentes. Era algo... mágico. —El doctor se permitió el término, aunque fuese contrario a su mundo.

»Formaba parte de un paso natural estrecho del que se hablaba también en la carta. Tengo que decir que fue una de las cartas más sensatas que habíamos recibido. La firmaban tres mujeres. Una de ellas nos preguntaba: ¿Qué interés van a tener ustedes en despertar un cadáver? Y si despiertan a uno, ¿qué interés podría haber en despertar al siguiente? Recuerdo que todos los que estábamos en ese comité nos

reímos. Esas tres mujeres que demostraban no tener ningún conocimiento científico tocaban en la grieta del debate bioético que teníamos entre manos. Fue singular, distinto. Y el tiempo ha demostrado que por algo lo fue. Ahora me impresiona verme en aquel vuelo a Madrid para gestionar su traslado. Nunca podré olvidar la mirada de aquellas tres mujeres, su miedo y su ternura; las lagunas de su incomprensión al servicio del amor más grande que he presenciado y sentido. Ellas no sabían que ella sería la primera en ser despertada. Ninguno de nosotros lo sabía, y de verdad te aseguro que nos hubiera gustado poder decirles que mañana llegaría ese día con el que soñaban. ¿Sabes que una de ellas vivió un embarazo imaginario durante más de tres años?

El cuerpo de Noa se llenó de un líquido caliente y extraño. Sintió cosquillas en las yemas de los dedos y su temperatura corporal subió de golpe unas décimas.

—Es una lástima que hoy no pueda ser yo el que les escriba una carta para decirles que es ella la elegida, que ella es nuestra prueba definitiva del proyecto Noa.

4 de abril de 2014. Treinta y dos años antes

—Cierra la ventana —le dijo Paloma a Pilar—. El viento no me deja pensar con claridad. —Paloma aspiró aire de una forma sonora que delataba sus nervios y cierta angustia—. La decisión es demasiado compleja. Nunca llegaremos a tenerlo claro. Es mucho más que una apuesta. Es un disparo al aire, Carmen. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque no hay nada malo en discutirlo y tampoco creo que haya nada malo en hacerlo. Yo estoy en paz y preparada. Mi casa no dura ni media tarde en el mercado. Estoy forrada y me muero, ¿qué más puedo pedir en esta situación? ¡Cómo no voy a estar tan pancha!

Paloma y Pilar se miraron. Era difícil discutir tal ausencia de miedo. Esa liberación de todo temor acercaba a Carmen mucho más a la figura del gurú que de la amiga colaborativa.

—Conmigo contáis para todo. Ya sabéis lo que opino. Para mí es un rotundo sí.

—¿Por qué no escribimos, como nos ha sugerido Pizco dentro de los apuntes, una carta a esa empresa de Estados Unidos? Ellos conocen mejor las posibilidades y pueden decirnos cómo lo harían, porque lo que no me queda claro es cuándo y cómo...

—Según los datos, lo ideal es que estuvieran aquí para encargarse del cuerpo una vez se produzca una muerte legal.

Paloma respiró dos veces para controlar el ahogo que sentía en la garganta. Carmen se dio cuenta y se calló. Enseguida se recuperó Paloma y volvió a la carga:

—Sé que no es fácil para ninguna de vosotras, pero ¿os hacéis una idea de lo que supone para mí imaginarme cada fase de esta locura? Cada vez que tengo que pensar que mi hija puede morir, o que va a morir, para diseñar el plan de su mantenimiento en frío..., con un equipo entrando a por ella al poco de irse... —Empezó a sollozar sin que las demás pudieran entenderle ni una palabra más.

Carmen lamentó el dolor extra que le estaba causando a esa madre que quizás solo necesitaba vivir su adiós con tranquilidad. Pilar se acercó a Paloma y la abrazó. Ella seguía hablando entre saliva, mocos y respiraciones entrecortadas. Sus dos amigas dejaron que se desahogara.

Al rato, Paloma ya estaba mucho más tranquila. Con la cara visiblemente hinchada, pero liberada de la presión que estaba a punto de hacerla estallar como una bomba. Le sentó bien parlotear con los ojos cerrados y muy apretados; tragarse sus palabras sin que nadie pudiera descifrarlas. En esos minutos de desahogo, dijo muchas cosas que prefería que no hubieran sido escuchadas por nadie. Pertenecían a un amor tan poco compartido durante tanto tiempo que mejor no venderlo a cambio de cierto alivio. Lo que era de ellas dos sería de ellas dos para siempre.

—Nunca he tenido que compartir nada que tuviera que ver con Vanesa. Su padre se fue sin conocerla y estoy acostumbrada a lidiar con cualquier situación con la única ayuda de una niña mucho más lista que yo. Perdonadme si no sé manejar en la amistad. Sois... casi... mis únicas amigas.

—Pues a dos buenas te has ido a pillar —replicó Pilar emocionada.

—Más locas no podían estar —dijo Carmen.

Las tres mujeres rieron. La mayor de ellas, con la autoridad de quien mira de cara a la muerte, cogió de entre los papeles de Pizco los datos de la empresa estadounidense que más cadáveres almacenaba y que parecía más profesionalizada.

—¿Por qué no eres tú la que les escribe esa carta, Paloma? Creo que te sentará bien entablar un diálogo con ellos. Plantearles tus dudas, habrá muchas cosas que quieras saber...

—Querría saber si podré acompañarla.

—Pues claro, mujer, ¡cómo no vas a poder! —dijo acelerada Pilar.

—¿Por qué no les escribes y se lo pides? Si nos necesitas, te ayudaremos.

—¿Cómo empieza una..., una carta para pedir que vengan a por tu hija?

Carmen le tendió una hoja y un bolígrafo.

—¿Qué tal si empezamos por tu nombre?

Mi nombre es Paloma Fuentes Gómez. Mi hija Vanesa está enferma. Tiene leucemia. Mis amigas Pilar y Carmen me recomiendan que os escriba para...

Esa misma noche, las tres mujeres entraron en la habitación lunar de puntillas. Se colocaron alrededor de la cama de Vanesa y sellaron un pacto, el más difícil que les había tocado vivir. La carta estaba escrita y cerrada. Pilar sería la encargada de enviarla y antes transcribirla para mandarla también por *mail*. «¿Qué no harías por alguien a quien amas tanto?», le dijo Carmen cuando le apretó la mano. Vanesa sintió en sueños cómo la calentaba un círculo de fuego. Las tres mujeres como tres imágenes gemelas, cubiertas por batas, gorros y pantuflas idénticas.

—Mi pequeña —susurró Paloma cerca de su frente—. Tendremos que decidir por ti y sé que lo lograrás.

5 de abril de 2046

Los ojos de Noa se abrieron y las pupilas se comieron toda la luz de la habitación hasta que le dolieron. Respiró como si tuviera barro en las fosas nasales y en la garganta. Gritó al intentar moverse y sentir el

dolor en las articulaciones y los huesos. El sonido fue tan desgarrador que algunos creyeron que, en vez de renacer, moría. Pero fue así como todos lo imaginaron. El regreso definitivo acelerado por un cóctel químico que lanzó su corazón hasta el mismo cielo. Noa firmó su despertar con un llanto largo y agrio, lleno de flemas y ligeros rastros de sangre. Si no fuera por el tamaño de su cuerpo, cualquiera hubiera dicho por la intensidad de su desgarro que se trataba del parto de un bebé. Detrás de un cristal la observaban un coro de médicos y científicos, y también políticos. Al director del proyecto Noa le pareció distinguir entre ellos al mismísimo presidente. Él, muy cerca de la camilla, le sujetaba la mano. La miró gritar y revolverse en ese lugar que solo ella había visitado. La primera persona resucitada acababa de completar el corto camino que separa la vida y la muerte.

Las mañanas se volvieron cualquiera a golpe de rutina. El aburrimiento y la desidia alargaban el paso del tiempo hasta convertirlo en una goma demasiado gruesa para ser masticada. No era Darío un hombre preparado para bailar con la paciencia. No habían pasado más de diez días y sentía el peso del encierro como un prisionero en un zulo con luz escasa. «¿Cómo has podido aguantar tantas semanas escondida, Carolina Arjona?», se preguntaba mientras giraba a un lado y al otro del sofá, incapaz de ver un capítulo más de series o una nueva película. Empezó a dormir mal y a despertar en plena noche agitado, empapado en sudor. Tenía miedo, aunque no sabía de qué.

Una de esas mañanas cualquiera, Darío decidió salir a comprar cápsulas de café. Abandonó su encierro malhumorado, con la misma camiseta con la que había dormido. El *jean* que cogió de la silla de la habitación llevaba allí desde el día que entró en el apartamento. Antes de que pudiera visualizar el mar, un enjambre de *paparazzi* como avispas se le echó encima en un cuerpo a cuerpo con los gritos de una jauría. Estaban sedientos porque la vida les regalaba el ajuste de cuentas que nunca hubieran podido soñar: acorralar al hombre que les exigía guardias interminables y que los trataba peor que a sus víctimas. «El desprecio es mutuo, Darío», dijo uno de ellos mientras disparaba. Los cables de los micrófonos, que se extendían como enredadera detrás de las cámaras, anunciaban la presencia de la segunda tanda de depredadores. «Darío, Darío —comenzó a oír—, ¿le diste una paliza a Víctor Almanzor?» Él callaba, pero su cabeza trabajaba a la velocidad del rayo. «Almanzor... Será nombre artístico, ¿no?», respondió desde una soberbia conocida por todos. «¿Te

atreves, Darío, a burlarte de un chico que ha estado a punto de morir? ¿Has llamado para pedirle disculpas? ¿Es el primero o descubriremos más víctimas de abusos y palizas? ¿Te consideras un depredador sexual?» Darío sabía que ninguna de aquellas preguntas esperaba respuesta. Esa era su escuela y gran parte de sus enseñanzas. Se vio mientras explicaba a sus reporteros que no buscaba la información, sino violentar a su presa y lograr una reacción: «Prefiero que os pegue a que os hable, que grite a que os diga la verdad, a mí solo me importa lo que nosotros queremos contar, no lo que ellos tienen que decirnos. Su historia es nuestra y haremos con ellos lo que nos dé la gana». Eloísa ya tendría planificadas al menos tres entregas de su cobertura informativa. Darío decidió que la única solución era regresar a su madriguera. Se dio la vuelta y empujó con los brazos, con cuidado para no derribar a nadie. «Eso esperas, Eloísa.» Les regaló el plano de su huida, acosado por la prensa, incapaz de responder. Muchos excolegas apagaron las cámaras y se felicitaron por un material que llevaban buscando más de una semana, cuyo valor en el mercado, dada la reacción de Darío, los alimentaría por goteo durante el próximo mes.

Soraya paró la grabadora y miró a Carolina, que estaba tumbada en el suelo para aprovechar el frescor del terrazo.

—Terminamos, Carolina. Lo has conseguido.

—¿Crees que la gente lo entenderá?

—¿Que te vayas por un tiempo?

—Sí, que me haya despedido así y que les haya pedido paciencia e intimidad para recuperarme, con la promesa de volver.

—Por supuesto, y mucho más después de haberles contado todo al detalle. Carolina, ya no hay dudas. El problema es ahora de ellos. De tu amigo Darío y del hijo de puta de tu exmarido.

—Marido aún.

—Para mí es tu ex y, con un poco de suerte, un tipo que acabará en la cárcel.

—Además, hemos acabado a tiempo.

—Exactamente como habíamos calculado para estar listas para la visita de Elena.

—Estoy nerviosa, Soraya.

—Lo sé. Hace mucho que no la ves.

—Discutimos en nuestra última charla y todo esto ha sido algo que nos ha dejado... —Carolina movió las manos como si pudiera desmenuzar el aire de la habitación.

—Marcadas.

—Exactamente. Más tristes y sucias. Nuestra amistad también ha sido una víctima de toda esta locura.

—Elena te adora, Carolina. No sabes cuánto nos ha ayudado a que todo lo que hemos grabado aquí haya tenido la difusión que necesitaba.

—Sí. Es sumamente eficiente.

Soraya la observó con la mirada perdida dirigida a la lámpara de techo, pero con los ojos muertos y la mente en otra parte.

—Quizás hemos madurado tarde, sobre todo yo...

—Eso es una suerte..., aunque ahora te pueda parecer una desvent...

El timbre sonó como una picadura de insecto. Breve y concentrado.

—Ahí está.

—Abre tú —le dijo Soraya.

—No, tú —susurró Carolina a la vez que la invitaba con la mano a acercarse a la puerta.

Soraya se levantó. Carolina aprovechó esos segundos para soltarse el pelo, amarrado en una pequeña coleta. Soraya abrió la puerta.

—Hola, Elena. Pasa.

—Entonces, tú eres la amiga secreta, Soraya —dijo con un tono cálido Elena.

—Pues ya te he conocido en persona y ahora me marcho —respondió Soraya, y levantó ligeramente la cabeza—. Mi hermano Roberto seguro que me necesita. Es la hora de comer y voy a intentar que pasemos este rato juntos. Encantada, Elena. Carolina está ahí. Hasta luego.

Soraya se marchó y Elena entró sin elevar la vista, cerró la puerta y se quedó un par de segundos con la mano en ella.

—¿Sabes cuántos días has pasado aquí? —preguntó a Carolina sin volverse aún.

—Llevaba la cuenta exacta hasta que la conocí —respondió Carolina.

—Me alegro de que la hayas tenido.

—Lo sé. Me alegro mucho de que por fin hayas podido venir a verme. —Carolina se acercó hasta Elena, que ya se había dado la vuelta y la miraba con los hombros bajos, como si la hubiera empapado una tromba de agua aunque estuviese completamente seca—. Ven aquí. No seas insoportable. Ya sé que lo sientes.

Las dos amigas se abrazaron sin los saltos y la alegría que ambas habían dejado atrás.

—Me ha impresionado mucho lo que has contado en esta especie de telenovela que te has montado —dijo Elena entre la risa y el llanto. Con la cabeza aún soportada por el abrazo.

—Ha sido de película —bromeó Carolina.

—¡Y tanto! Aunque en este caso, perdona, pero creo que al guionista se le ha ido un poco la mano.

Las dos mujeres compartieron una carcajada con los ojos.

—Puto guionista —dijo Carolina.

—Por favor, ¡que pare de una vez!

Comieron juntas unas verduras al vapor y salmón al horno. Elena había traído un vino excelente para esa ocasión especial.

—Te he echado de menos y te echaré de menos aún más cuando te vayas.

—¡Cómo me conoces, Elena!

—Si ya no has dado esa rueda de prensa es porque no tienes ninguna intención de presentarte ante nadie.

—No. No quiero participar de su juego y tampoco lo quiero personalizar todo en Darío. Al final, con esto se han beneficiado todos, y cada cual ha hecho lo que tenía que hacer para sacar partido. Ahora no quiero brindarles nada. Los quiero lejos, estar fuera de su alcance es más prioritario para mí que mi carrera profesional.

—No te vas a Hollywood entonces, como te propuse.

—¿Y dónde voy a estar tranquila en Hollywood?

—Ya... Tienes razón. No podrás.

—Me voy a Japón. Tengo un plan muy sencillo para despistarlos y el lugar perfecto para hacerlo.

—¿A Tokio?

—No, me voy al sur. La última vez solo llegué hasta Hiroshima y pretendo seguir esa ruta. Necesito estar tranquila, viajar, moverme, recuperarme con otras personas y en otros lugares.

—¿Necesitas que haga algo por ti? ¿Que emita un comunicado...?

—No. Me he despedido en mi última grabación.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—No lo sé. Espero que mucho.

—Muy bien, seguro que es lo mejor porque tú lo has decidido. — Elena sintió la punzada de la distancia y el miedo a la pérdida. Su amistad se iría con Carolina a Asia y se diluiría en los escenarios coloridos y tranquilos de otro continente—. ¿Te saco entonces los billetes para...?

—Ya tengo los billetes, Elena. —Carolina le cogió las manos—. Me voy esta noche.

—Pero...

—¿Te acuerdas de nuestro amigo Nacho en la facultad? Pues ahora tiene una agencia de viajes y me ha ayudado mucho. Me voy en cinco horas.

—¡Cinco horas! —repitió Elena—. ¿Soraya lo sabe?

—No. No lo sabe nadie. Solo tú.

—¿Y se lo vas a decir?

—No. ¿Se lo dirás tú por mí?

—Claro, pero por qué no se lo dices tú y...

—Un hermano, esa casa, una historia larga de contar, y como te he dicho, ya no tengo demasiado tiempo.

—Carolina. —Elena le apretó las manos que no se habían soltado desde que la niña que bailaba junto a ella en los patios habló de su partida—. Tú no piensas volver...

—El mundo es un lugar extraño y hermoso, ¿no crees? Es posible que regrese, pero, ahora mismo, reconozco que todo esto en lo que vivimos me da asco. Lo hemos parado, pero ¿qué hubiera pasado si no lo hubiéramos conseguido? ¿Hasta dónde somos capaces de convivir con el odio y la rabia para saciar esa sed vampírica? Ya no me gusta esta vida, ni sus protagonistas, ni sus fiestas ni la gente que te sonrío y a la media vuelta te juzga... Ya no me gusta estar aquí. Ya no lo quiero.

—Mi niña —le dijo Elena mientras le acariciaba el pelo—, qué viejita y sabia te has hecho en tan poco tiempo y... ¡qué mal te quedan

estas mechas color ceniza que te echan unos treinta años encima! — recuperó la risa. Esa risa ahogada por la pena que es un pequeño estallido de cariños guardados, de amores buenos, de la lealtad que se esconde en algunas decisiones, por muy dolorosas que sean.

—Estoy más fea que nunca, en eso tienes razón. —Carolina empezó a llorar sin abandonar la sonrisa.

—No te reconocerían ni tus padres si aún pudieran verte.

—Agradezco mucho que no hayan podido conocer esta parte de mi vida.

—Sí. Habrían sufrido mucho. Como todos los que te queremos...

Las dos amigas se abrazaron de nuevo con la intención de repetirlo antes de mirarse a los ojos, quizás, por última vez.

Dieciocho horas después, Carolina Arjona, transformada en una mujer mayor y muy mal peinada, caminaba ligera por el aeropuerto de Kuala Lumpur, con un brío y una fuerza impropias de la edad que aparentaba. Daba unas zancadas de atleta cuando tomó uno de los trenes satélite con la intención de volver en el siguiente y dibujar un periplo en forma de lazo que la hiciera desaparecer en aquel baile de idas y venidas de ninguna a ninguna parte. En el quinto trayecto dentro del aeropuerto, se bajó. Cogió un vuelo hacia el este, pero su destino no era Japón. Carolina sabía que para llevar a cabo un cambio radical en su vida necesitaba no dejar huella alguna, ni siquiera en el recuerdo de una amiga a la que tanto había querido. Tomó el camino de las puertas de las que partían habitualmente los vuelos hacia Indonesia, Singapur y Hong Kong. Nadie volvió a ver jamás a la actriz conocida como Carolina Arjona.

El paseo marítimo estaba tranquilo y desde la terraza no había podido encontrar ni rastro de los *paparazzi*. «Ya tienen lo que necesitan, ¿qué más podrían buscar aquí?» El periodista acosado bajó sin la certeza de que estuviera realmente solo. Nada más poner un pie en la acera, dos cámaras salieron de una esquina y tuvo que aguantar la ráfaga de disparos y la carrera de aquellos dos fotógrafos que lo sobrepasaban una y otra vez para cortarle el paso por esas manzanas

tristes de las ciudades de veraneo cuando aún no ha llegado el verano. Darío caminaba rápido y con la cabeza casi enterrada en el pecho. «Solo han dejado a los gráficos, por lo menos no tengo que aguantar las preguntas.» Habían pasado cinco horas desde que lo rodearon por primera vez y seguía necesitando su café. Esta vez no pararía hasta conseguirlo. Necesitaba frescura y nervio para adivinar la estrategia de Eloísa y ser capaz de zafarse de ella o enfrentarla. Se trataba de un partido que no podría ganar, pero la forma en que lo jugara determinaría su posible absolución futura. «No hay nada que emocione más a la gente que la recuperación de alguien hundido, desahuciado, denostado. ¿Somos o no una raza cruel?»

Quedaban apenas treinta metros para llegar al supermercado. Advirtió un movimiento rápido en la acera del paseo marítimo, alguien cruzó de forma imprudente y un coche pitó a modo de queja. Un tipo en chanclas y bermudas se plantó frente a él. Pudo ver cómo los fotógrafos se restregaban en la pared para capturar la escena. El tipo, enrojecido por la carrera, cerró la boca y respiró de forma muy sonora. Darío no dio ni un paso atrás. «Si me pega, me hace un favor aunque no lo sepa.» El agresor agredido despertaría empatía, menos que el justiciero, pero sí alguna reacción afable. «Nos encanta ser jueces, y somos adictos a perdonar a los desconocidos porque eso nos hace sentir bien, porque en nuestra vida privada no somos capaces de perdonar realmente. Esta práctica con el famoso de papel cuché nos redime.» Esta filosofía vital era de Eloísa. Pero no fue un puñetazo lo que recibió Darío. De haberlo sido, quizás habría sabido anticiparse y librarse del golpe. Sin embargo, no fue capaz de evitar el escupitajo que le alcanzó la cara con tal fuerza que hasta le escoció.

—¡Maltratador! —gritó el tipo. El aliento le olía a vino.

Darío lo entendió rápidamente. Lo que le habían grabado esa misma mañana ya había sido emitido, «y ese pobre señor, cabreado y borracho, lo habría visto en cualquier bar o en su triste casa. Viene a pagar conmigo otras cosas». Darío rebuscó en sus bolsillos un pañuelo de papel y no lo encontró. Nadie hizo ademán de entregarle uno. Se agarró con la mano contraria la tela de la manga corta de su camiseta y se limpió la cara. Cuando abrió los ojos, el atacante malhumorado ya había desaparecido. Los *paparazzi* chequeaban las fotos para ver si habían cazado el escupitajo en pleno vuelo. Darío retomó el paso y al

llegar a la altura del kiosco de prensa se imaginó en la portada de todas aquellas revistas, con la cara esperando que la saliva y las flemas de aquel hombre lo castigaran.

Fue en ese vistazo en el que Darío sintió por primera vez una sensación que había visto descrita en libros y películas. Percibió cómo su corazón se aceleraba hasta perder el control y se llevó la mano al pecho porque sintió un dolor muy fuerte. No podía creer lo que estaba viendo.

—Disculpe —le dijo al quiosquero—, cóbreme esto.

En la primera página de *El País* un titular informaba: «La Junta de Andalucía discute la posible criogenización de una niña de doce años». El subtítulo casi le detiene de forma definitiva el corazón: «La benefactora es la hija de la cantaora gaditana Rosa la Paya».

—¿Se encuentra bien? —preguntó el quiosquero mientras recogía la moneda de dos euros.

Darío no pudo contestar. El sudor se le enfrió como si su cuerpo hubiese saltado a los polos y comenzó a temblar. Todo ese viento helado que le recorrió el cuerpo comenzó a calentarse a la altura del pecho. Tenía los pies helados a escasos metros de un Mediterráneo ya caliente. Sin embargo, a la altura del final de su esternón esa ventisca se convertía en un viento asfixiante y ardiente. El calor extremo le hinchó las manos. No recogió la vuelta. Se alejó del kiosco decidido, con los ojos como platos y una expresión amenazante. Sintió un ardor en la garganta que le supo a fuego. Estrujó el periódico y aceleró aún más el paso. La ira es veloz y tremendamente impaciente.

Vanesa murió una mañana de mediados de mayo algo más fría y lluviosa de lo habitual en esas fechas cerca del mar. Una mañana de niebla espesa y escurridiza que, como el cuerpo de la niña, se negaba a despertar. Pocos días antes, Vanesa cayó en un sueño profundo, alargado hasta el fin por los fármacos elegidos para luchar, sin éxito, contra la infección. Una auténtica avalancha de enemigos, capaces de acorralarla en alguno de los procesos que, aunque asépticos, se hicieron necesarios una vez su intrincado laberinto empezó a fallar. Tuvieron que intervenirla por diferentes episodios caóticos y, posiblemente en uno de ellos, un error humano o la mera exposición de su cuerpo debilitado fuera de la habitación lunar la enfrentaron sin remedio a una infección. «Una bacteria resistente», dijeron. Un cuerpo enfermo con la sangre vacía, incapaz de pelear con los monstruos, cada vez más poderosos. La niebla no aflojó el vuelo de los pájaros, que, como cada vez que moría un niño, se posaron por toda la ciudad sin que nadie le diera otra explicación que no tuviera que ver con el viento, la humedad o esa calma que respiraba maldición.

La carta con la respuesta de Alcor, el gigante americano de la criogenización, había llegado al hospital de Algeciras vía *mail* en primer lugar y, poco después, por correo ordinario. La velocidad de la respuesta en papel había resultado sorprendente para todos. Concluyeron que algún despacho de abogados o alguna empresa de representación en España se habría hecho cargo. El equipo científico de la compañía estadounidense fue escueto en su mensaje; según Carmen, para no generar dudas y no errar por falta de diligencia en esa fase final, en la que las horas pesan como años de vida. Querían a Vanesa y se mostraban muy interesados en negociar con la familia

para que la niña formara parte de un proyecto en el que trabajaban desde que criogenizaron el primer cuerpo. Si la madre de Vanesa firmaba de vuelta un consentimiento, complejo y con más de veinte páginas, la empresa enviaría un equipo de guardia que viviría en Algeciras pendiente del desenlace. Antes ya habían solicitado el historial de Vanesa, tratamiento y medicación elegida. Les pidieron a Paloma, Carmen y Pilar sus pareceres acerca de todo lo que ocurría a su alrededor, no tanto por la información médica que pudieran aportar como por su visión de testigos ignorantes pero capaces de atesorar secretos más avanzados que la propia ciencia. ¿Cómo había cambiado su respiración o su forma de dormir? ¿En qué grado era más áspera su piel o más agrio su olor corporal? «Necesitan saberlo todo — dijo Carmen—, porque dentro de mucho tiempo sabrán interpretar cosas que ahora vemos y a las que no damos importancia.»

Carmen hablaba desde un convencimiento que nada tenía que ver con la fe. «Soñar no será suficiente», repetía en esos días de despedida, con la misma sonrisa con la que preparaba la fritura cuando aún sentía el apetito de las embarazadas. Y fue la paz de Carmen y su seguridad las que ayudaron a Paloma a despedirse de Vanesa con arrumacos y canciones que ella inventaba. Y le dieron fuerza para recibir al equipo de Arizona y presentarles a su hija con la tristeza aparcada y el orgullo acharolado. Pilar asistía a esa especie de ritual que le anudaba las tripas sin entender la serenidad de Carmen y, mucho menos, la decisión y la fortaleza de Paloma.

Y en esa especie de baile de aguas y corrientes que remueven los fondos, llegó esa mañana entre el cariño y el miedo. La muerte, dada la naturaleza de lo que estaba pasando, se convirtió en algo diferente. Fue un acontecimiento político y social, no exento de un debate bioético que algunos nombres importantes aceptaron como necesario, entre ellos filósofos y religiosos comprometidos, pero que provocó la estampida de otros. El caso estaba en la prensa y producía a partes iguales admiración y rechazo. Mientras, el equipo estadounidense aguardaba concentrado su momento para actuar. Su cometido no debía parecer en ninguna de sus formas ni teatral, ni espiritual, ni circense. Ellos estaban allí para llevarse a Vanesa a otro lugar antes de que la vida se le escapase del todo. Y Paloma, Carmen y Pilar, para llevarla en calma, como en una balsa de bambú sobre el agua reposada

del amanecer, hasta ese lugar indefinido que era su única puerta al salón de las segundas oportunidades.

Uno de los médicos le regaló a Paloma en su primer encuentro un libro muy pequeño, *El tiempo del loto*. Contaba la aventura vital de un hombre dedicado a acompañar a los niños en la hora de su muerte, un cometido que muchos padres, abuelos o incluso profesionales no podían soportar. Ese hombre, gracias a una experiencia en la infancia, en la que presencié la muerte de su hermana pequeña, defendía que los moribundos necesitan ser guiados y, sobre todo, sentirse arropados. Los niños, en su mayoría desconocedores del significado de la muerte, mucho más. La mente de Paloma se expandió en aquellos días como una galaxia y comprendió rápidamente lo que aquellos hombres y mujeres esperaban de ella.

—Tú no debes soltarla —le dijo un científico joven que, a su vez, le agradeció su conmovedora carta—. Tú eres la madre y serás la única capaz de traerla de vuelta si algún día lo consiguen.

Paloma no se rindió en ninguno de los minutos que la tuvo cerca. Encontró un rincón en un baño que había al lado del ascensor en el que llorar durante pequeños ratos que eran como aguaceros en tormentas de verano. Salía de allí con la cara casi amoratada por el esfuerzo y los labios inflamados. Con la nariz ancha por la congestión y el pelo alborotado por el miedo. Pero cuando entraba en la habitación lunar y cogía a Vanesa en sus brazos, sonreía como lo hace una campeona de halterofilia, con la espalda a punto de partirse y un dolor en todo el cuerpo, igual que el latigazo eléctrico de un rayo. Con el dolor transformado en fuerza y la pena rabiosa e insaciable, en una esperanza eterna, casi mineral.

La desenchufaron con cada cual en su puesto, listos y concentrados para que la niña emprendiera un viaje de ida sin vuelta asegurada, un traslado hacia la muerte en el limbo. Su corazón se paró en el momento anunciado y quiso Paloma estar con ella hasta el último segundo con la lámpara de la sombra de la luna cerca, aunque desde fuera, sobre el mar, un sol escondido tras la niebla la iluminara como sábana tendida en una cuerda. No hubo prisas ni angustias; con sigilo y profesionalidad, el equipo de médicos completó su protocolo en un ambiente de intimidad. Paloma asistió como observadora de esos minutos en los que la vida restante se escapa como arena en un reloj

mientras la preparaban para el traslado. Su destino estaba ya escrito en ese país al que nunca creyeron que podrían viajar. El gigante con sueños de gigantes las esperaba. Carmen y Pilar se abrazaron más de una decena de veces en aquellos minutos de espera en cada recoveco, esquina o ventanal del pasillo. Pensar en la próxima vida de Vanesa era también, aun sin desearlo, pensar en la propia muerte. Saber que no estarían para verla y, a pesar de todo, necesitar creer en ello.

Cuatro días después de la muerte de Vanesa

Paloma viajó con el cuerpo, y en esos días de aeropuerto en aeropuerto, Carmen pudo finalizar los trámites de la venta de su casa y encargarse de todos los gastos, que se vieron sensiblemente rebajados por el interés científico de la compañía. Tras el pago del contrato de criogenización, Carmen dispuso que Paloma pudiera costear su estancia allí. Un seguro económico que también la estaría esperando a su vuelta y que gestionaría un fondo de su confianza. Carmen apostó toda la herencia de la Paya a «una locura de amor». Poco antes de firmar ante notario, le dijo a Pilar: «En el fondo es todo muy coherente. Esta es mi gran fiesta. Una juerga muy cara a la altura de mi madre, la Paya». Pilar le cogió la mano y la apretó para que Carmen sintiera su apoyo. «Algo te tuvo que quedar además de la magia, niña.»

El centro de Alcor en Arizona era impresionante. Paloma vivía entre el asombro, la tristeza y, en instantes breves y revueltos, la duda. Sin embargo, tuvo claro en cada fase del proceso que su vida en los siguientes meses de duelo debía estar concentrada en tomar decisiones para que ese sueño, por muy difícil de creer que fuera, se hiciera realidad.

El equipo trabajó mucho más con Paloma que con el cuerpo de Vanesa, que siguió un protocolo de criogenización estándar. Insistieron en la preparación de la madre para lo que ellos denominaban en sus dossiers «Instrucciones: El despertar y los recuerdos. El diálogo». No se trataba evidentemente de un diálogo al uso, sino de una técnica por la que apostaban, aunque nunca habían llegado a testarla con ningún ser humano, ya que nunca habían

avanzado más allá de la fase de Espera. «Los recuerdos son vehículos», le decía el biólogo joven que hablaba español y que acogió a Paloma en Algeciras y con el que construyó una relación cercana que, dada la intimidad del momento que les tocó compartir, podía parecer hasta una verdadera amistad. Un grupo de psicólogos los acompañaba en muchas de aquellas sesiones de entrenamiento. «Estamos trabajando juntos y tú eres la pieza fundamental, Paloma. Tú la trajiste al mundo una vez. Creemos firmemente en que solo tú puedes traerla de vuelta.»

Paloma agradecía la confianza aunque no sabía qué hacer para que aquella aventura prosperase.

—¿Cómo puedo ayudarla? Necesito invertir mi tiempo en ayudarla a ella, no en que me curéis a mí. Mi duelo seguirá por mucho tiempo, pero ahora ¿no deberíamos centrarnos en ella? —dijo al fin decidida en una de aquellas reuniones en las que hablaban sobre todo de cómo era la niña y su relación con ella.

—Vas a tener que confiar en nosotros, Paloma —le dijo el doctor que se encargaba del equipo.

—Estoy aquí para eso. Haré lo que sea necesario; no obstante, me gustaría empezar ya.

La jefa de psicólogos tomó la palabra:

—Ya estás ayudando a tu hija, aunque no te des cuenta. Nosotros creemos que una buena forma de hacerla regresar sin crear un conflicto irresoluble es ayudarla a crear una identidad paralela, unida, muy cercana, pero nueva. Por eso charlamos contigo. Estamos en esa búsqueda, queremos hallar pistas para construir lo mejor posible el escenario de su regreso.

—¿Una nueva identidad? Pero será Vanesa... —respondió con gesto preocupado Paloma.

—Sí, pero, para que todos lo entendamos, es como esa persona que abandona su vida anterior para empezar en otro lugar, con otras personas, otros olores y otras oportunidades. Alguien que vive, por supuesto, con los recuerdos de su vida anterior, pero que, por elección, se aleja de ella para emprender otro camino.

—Carmen dice que Tarifa está llena de ellos —musitó Paloma con una media sonrisa. El traductor no entendió ese pensamiento en alto y lo dejó pasar.

—¿Disculpe? —preguntó la psicóloga.

—Nada —dijo Paloma—, solo pensaba en personas que conozco y que sí cambiaron su vida, dejaron atrás lo que no querían y se expusieron a una nueva aventura. Mi amiga Carmen representa para mí algo así. Soy una gran partidaria de las segundas, terceras, cuartas oportunidades.

—Entiendo. —El equipo de psicólogos asintió con un gesto grupal de aprobación—. Las segundas oportunidades no son solo para los criogenizados, afortunadamente, pero ellos, si algún día despiertan, que todos los que estamos aquí creemos que lo harán, necesitarán ese recurso para enlazar con su vida anterior y, a la vez, desconectarse un poco cuando lo necesiten. No sabemos cuándo se producirá ese regreso ni qué vínculos quedarán activos. Estar demasiado apegado a su vida anterior puede ser muy doloroso, no permitir una recuperación y dañar esa oportunidad por la que todos estamos trabajando.

—¿Y eso no será muy..., no sé, liso para ella?

—No. No tiene por qué. Los que despierten vivirán una situación no solo excepcional, sino inédita. Debemos armarlos para sobrevivir a ello y creemos que esta será la mejor manera. Debemos confiar en los recursos de nuestra mente, que son infinitos.

—Usted siempre la llamó Vanesa, ¿verdad? ¿Solo Vanesa?

—¿Cómo que solo Vanesa? —respondió algo aturdida Paloma a la psicóloga.

—¿Hay algún otro nombre que las uniera? ¿Algún apodo?

Paloma repensó e intentó buscar entre esos recuerdos que quería congelar como insectos en ámbar.

—Ahora no se me ocurre nada. Creo que estoy un poco cansada e impresionada. Si no les importa, yo también necesito digerir lo que me acaban de contar. ¿Podemos dejarlo para mañana?

Una de las noches siguientes a aquella reunión, aunque no fuera capaz de precisar cuál exactamente, Paloma durmió más de dieciséis horas. Su mente entró en un sueño profundo para realizar un trabajo que ella no lograba completar despierta. Y fue uno de los sueños el que le dio la respuesta. Al abrir los ojos, aceleró la respiración y echó a correr por los pasillos del centro hasta encontrar al que ella llamaba cariñosamente «mi bata gris favorita». El joven biólogo desayunaba en la cafetería cuando la vio aparecer con legañas y una coleta mal hecha.

—Ya lo tengo —le dijo emocionada—. Reúne a todos. Creo que he encontrado la respuesta que esperáis.

Eran días tristes; sin embargo, una chispa de alegría inédita calentaba a Paloma. Ella nunca se había sentido tan valorada y querida, aunque ese cariño fuese protocolario. Eso no le importaba, disfrutaba de la atención y la curiosidad que la vida de su hija y ella despertaban entre aquellos hombres y mujeres altamente cualificados. Paloma, aunque echaba de menos a Carmen y a Pilar, deseaba pasar mucho tiempo en aquellas instalaciones para seguir paso a paso el proyecto, pero también para reconstruirse emocionalmente, sentirse útil y, por supuesto, estar lo más cerca posible de su hija. Media hora después de haber entrado en la cafetería como cola de viento, eligió la silla que estaba en la cabecera de la mesa de la sala de reuniones y comenzó a hablar muy segura de sí misma, centro de la atención casi devocional de los asistentes.

—Vanesa cuando era muy pequeña tuvo una amiga imaginaria —dijo de forma solemne.

El traductor se apresuró a hacer llegar el mensaje. El equipo comandado por la psicóloga dio un respingo coreografiado, como si por fin hubiesen visto el resplandor a lo lejos, en la cúspide de ese faro que creían apagado. Paloma continuó ante esa expectativa positiva.

—No sé por qué eligió ese nombre. Había una cantante que vio una vez en la tele, la intérprete de la canción de aquella película de un italiano con su hijo en un campo de concentración... —El grupo la miraba perdido—. Bueno, da igual. Tampoco creo que fuese por eso, aunque sí fue la primera vez que oyó el nombre de Noa... Un día la encontré en la cocina sentada en el suelo. Merendaba con su amiga Noa. Le había preparado su taza y su plato y una cucharilla en el suelo frente a ella. Yo le pregunté con quién hablaba y ella me dijo que con su mejor amiga. Lo consulté en el jardín de infancia y me dijeron que era normal, un recurso muy saludable para la construcción de su entorno y su personalidad. La relación entre Noa y Vanesa era muy feliz, llegó un momento en que a mí me costaba distinguir las bromas de la fantasía porque, por ejemplo, algunas veces me dirigía a Vanesa para llamarla a cenar o al baño y me respondía que Noa era ella. Siempre me lo tomé como un juego. Cuando Vanesa era Noa, era más valiente y alocada, menos reflexiva y más impulsiva, y cuando

regresaba Vanesa, ella recobraba su calma y esa especie de madurez que siempre estaba en sus ojos y que a mí me hacía temblar. Le cogí mucho cariño a Noa, pero luego pasaron los años, Vanesa se olvidó de ella y yo también. La olvidé como olvidé sus primeros balbuceos o el sonido de sus primeras palabras, el ruido de su llanto las noches de los cólicos o la succión de su boca en mi pecho. Todos olvidamos esas emociones porque vienen otras más fuertes. Los niños son infinitos. — Paloma necesitó tragar saliva y respirar—. Ahora me encantaría poder recordar las patadas que me daba en la tripa en los últimos meses de embarazo o el color de sus ojos cuando nació...

La sala se llenó de un silencio más duro que una gran roca de mármol. Una de las mujeres del equipo se llevó una mano a los ojos y se limpió lo que Paloma identificó como lágrimas. Algunos pudieron recordar el primer llanto de sus hijos, el olor de sus pequeñas manos el día de su nacimiento y sus voces cuando aún gateaban por un pasillo.

—Pasa muy rápido —dijo la mujer que había llorado.

—Ahora entendéis que no me acordara de Noa —continuó Paloma—, pero creo que Vanesa me la ha enviado en sueños. Creo que me ha ayudado a recordarla.

El director del proyecto anotó algo en una libreta y los miró.

—Este será el proyecto Noa —dijo—. Está decidido. —Los asistentes sonrieron y la mujer aún llorosa se atrevió a aplaudir despacio, ciertamente emocionada—. ¿Por dónde quiere empezar, Paloma?

—¿Podré verla? —ella dejó escapar un poco de la ansiedad que mantenía a raya.

—Hemos pensado que lo mejor es que desarrolle una conversación con ella en la que le cuente... lo que se le ocurra. —El doctor miró a todos los presentes—. Por ejemplo, ¿usted le leía cuentos?

—Sí. A temporadas..., pero sí. Últimamente, quiero decir, antes de su diagnóstico, he estado un poco más pendiente de mí que de ella porque me parecía tan... autosuficiente. —Paloma tragó saliva y cogió el vaso de agua que estaba en su puesto.

—Pues la lectura de cuentos es un estupendo referente. Eso es lo que tiene que hacer. Grabaremos su voz y también transcribiremos lo que le cuenta. Serán archivos que puedan ser utilizados en el caso de

que Vanesa... —el médico sonrió y corrigió—, nuestra Noa pueda regresar.

Paloma se abrazó en un gesto espontáneo para darse calor y masajear su corazón, que sentía de cristal.

—Podrá verla si quiere, si eso le ayuda, instalaremos una cámara y podrá mirarla para hablar con ella. —El médico cedió ante la presunción de algo excepcional. Percibía algo en aquella mujer que le emocionaba y le llenaba de esperanza—. Pero ¿seguro que quiere pasar por algo así, Paloma? Será una imagen borrosa, poco clara y...

—Pero será ella, doctor —dijo Paloma, y apretó las manos alrededor de sus bíceps como si pudiera tener a la pequeña contra el pecho.

—Esto es lo menos científico que he hecho en toda mi carrera —reconoció el doctor ante todos—, pero ¿cómo podremos lograr el segundo despertar de una vida sin emoción?

Todos los presentes asintieron y el biólogo sentado al lado de Paloma se acercó y la abrazó en un gesto que los representaba a todos.

—Entonces, ¿está lista para empezar?

Paloma se encerró unos segundos en ese abrazo y salió de él con el rostro de una niña y el pelo alborotado de una tarde de juego y felicidad.

—Hay un atajo para hallar lo inolvidable dentro de un océano de información, y sabemos que usted lo logrará —concluyó el director del proyecto Noa.

Paloma miró a todos uno por uno, agradecida y cómplice, con un punto de euforia en las pupilas. Le hubiera gustado tener cerca a Carmen y a Pilar en ese momento, cerró los ojos y pensó en ellas tres, juntas, con las manos agarradas en torno a la cama de Vanesa cuando aún respiraba y viajaba camino de la Luna. Al día siguiente las llamaría. Sintió un dolor agudo en el centro de los ojos y a la vez un agradecimiento tan vasto como el desierto que los rodeaba. «Hemos tenido mucha suerte, mi amor, nunca creí que diría esto», dijo despacio para ella y para Vanesa. Volvió a abrir los ojos y allí estaban todos, iluminados por la oportunidad de transformar la historia de la humanidad.

—Si puede ser, me gustaría empezar hoy mismo. Estoy lista.

18 horas antes de la muerte de Vanesa

La estación de Santa Justa olía a asfalto a pesar de que Sevilla estuviera impregnada ya del olor de las flores. Darío viajaba con lo justo. Una pequeña bolsa de viaje, por si tenía que pernoctar en Algeciras o en Tarifa. «Ya se verá.» Nada de lo que rodeaba ese viaje estaba dictado por la lógica o la cordura. El periodista había cogido ese tren con la cabeza embotada por la falta de aire. La respiración acompasada que perdió frente al kiosco cuando leyó el titular sobre la niña que iba a ser criogenizada le hizo caer en una especie de cojera en su manera de inspirar y espirar; perdió el ritmo y tuvo que ser responsable y consciente de cada acción respiratoria para sobrevivir. Le dolían el diafragma y las costillas, la ansiedad le provocaba temblor de manos y sequedad de garganta y, a ratos, una sensación de mareo que confundía con un amago de infarto o un desvanecimiento, asociados a intensos golpes de calor y a un ahogo constante que le oprimía el pecho ya exhausto. Estuvo a punto de pedir ayuda a una de las azafatas para que localizaran un médico entre los pasajeros de los ocho vagones de ese AVE; sin embargo, su inteligencia, abotargada pero siempre alerta, analizó las opciones y concluyó que lo más probable era que, por protocolo de emergencias, lo bajaran en una estación previa a la de Sevilla y lo mandaran en ambulancia a algún hospital, y él quería estar en un hospital, pero solo en uno, el de Algeciras. Desistió del deseo de dar la alarma y se tragó sus miedos mientras pensaba que «morirse no es tan fácil».

Sí intentó sobrellevar ese ataque prolongado de ira con alcohol. Su experiencia en otras etapas de crisis le había demostrado que el

efecto aparentemente ansiolítico de una copa se volvería en su contra con el paso de las horas, pero no estaba en condiciones de rechazar ese alivio instantáneo. Se tomó tres *gin-tonics* en el bar del tren antes de bajar en Sevilla. Cuando por fin puso el pie en el andén, su estado absolutamente desbocado no le permitió fijarse en esos olores recalentados, ni en la primavera florida que hacía famosa a la ciudad. Únicamente podía pensar en alquilar un coche y conducir hasta Algeciras. Rápido. Sin paradas. Directo a su objetivo.

Los molinos de viento le anunciaron la cercanía del fin de Europa. Google Maps le había recomendado tomar el camino más largo para evitar una importante retención en la ruta interior que paralizaba la entrada a Algeciras. Eran las seis de la tarde, lejos de la hora punta. Dedujo que se trataría de un accidente. No se vio con la paciencia necesaria para estar parado en una hilera de coches durante más de siete kilómetros, y decidió que la velocidad y la sensación de avance lo ayudarían a recortar las previsiones del navegador en, al menos, quince minutos. Durante el trayecto de más de dos horas, echó de menos haber comprado una cerveza o cualquier bebida que aliviara su deshidratación, pero decidió no parar, continuar, sufrir lo que fuera necesario.

Se imaginó entrando con el coche hasta el mismo mostrador de información del hospital Punta de Europa. Le hizo gracia y soltó una carcajada que le deformó la cara hasta alcanzar la expresión común de la locura, la rabia animal. Darío no era consciente —aunque así lo creyera— del estado de embriaguez alcohólica e iracunda que soportaba. Las imágenes de sus encuentros sexuales con Ángel y con los hombres que contrataba se solapaban en su mente y lo llevaban, como si su memoria fuese una cometa, del placer al odio y al asco, de la sangre de sus víctimas a la saliva de su amado. Por primera vez, no se excitó al pensar en Ángel y esa extrañeza lo puso en guardia por un instante y le hizo consciente de su estado peligroso. Cuando se atrevía a profundizar en el nudo de sus emociones, como si escarbara en una bola gigante de desperdicios húmedos en medio de un vertedero bajo la lluvia, se ausentaba del control del coche y eran sus automatismos los que mantenían el vehículo en su carril. Pero Darío, realmente, no estaba en esa carretera, ni en el camino de la sierra ni entre las decenas de molinos; Darío era un toro como los que pastaban bajo el

viento, inquietos porque la falta de agua o de comida, o el aire si soplaban fuerte y constante, los volvía locos.

Alcanzó la carretera de la costa y se agarró a la visión del mar cada vez más nervioso y angustiado. Las imágenes de los periódicos y revistas que reproducían en aluvión la noticia de la niña que podía ser criogenizada percutían sus pensamientos como si las lanzara, desde un proyector de diapositivas, un pequeño mono loco. Pensó varias veces en su llegada al hospital, qué diría y cómo lo haría, cuánto alzaría la voz y si sería capaz de golpear la pared, o la cama o la puerta. Ensayó las primeras palabras que utilizaría, la frase que dirigiría la conversación, y, sin poder evitarlo, volvió a ver el sexo de Ángel frente a él, la cara de Carolina, la celebración de cada mentira publicada, de cada pequeña victoria de su maldad, los años de universidad junto a Elena, las imágenes del desierto y de Juárez que buscó en Internet...

El claxon potente de un camión de cerdos lo arrancó de esos únicos minutos de concentración: había invadido el carril contrario. Regresó de un volantazo e insultó sin control al camionero, que estuvo a punto de superarlo con su tráiler y encerrarlo en la carretera para bajar a medirse a palos con él. Darío lamentó que no lo hiciera. La rabia le estaba mordiendo el cuello y las yemas de los dedos como pequeños cangrejos blancos de cáscara traslúcida que asomaran bajo su dermis. Aceleró y se alejó del camión. Aceleró. Aceleró. Cada vez más angustiado. Más nervioso. Y la respiración irregular y mareante. «Ya estoy cerca. Estoy cerca. Me la vas a pagar. Me la vas a pagar.»

Dejó el coche en medio del aparcamiento, tirado de cualquier forma como si hubiera caído del cielo. Al atravesar la explanada frente al hospital, pisó la hierba como quien quiere destrozar todo lo que haya escondido bajo ella. Darío tenía los ojos ensangrentados y no podía evitar una inundación de lágrimas, como si su cuerpo se desbordara al abrir la presa que llevaba tanto tiempo cerrada. Agua estancada, vida estancada. El daño que se queda tras esa puerta interior que por autoprotección no había vuelto a abrir. Sudoroso, se dirigió directo a las escaleras y comenzó a subirlas con una energía compacta; primero, de dos en dos, y al acercarse a su destino, de tres en tres, de tres en tres, de tres en tres...

Carmen estaba recostada en la cama y miraba por la ventana. Los árboles a lo lejos se balanceaban mecidos por un viento que amenazaba con su poder a medida que avanzaba la tarde. Pilar había entrado al baño. Carmen elevó la voz:

—Tendremos tarde de viento, y fuerte, Pilar. Parece que el cielo y el mar saben cómo está la niña.

—No te oigo —gritó Pilar.

Carmen pudo oír cómo corría el agua del lavabo.

Se giró a la espera de que se abriera la puerta del baño para repetir sus previsiones sobre la tarde de viento. Abrió la boca para repetir la frase y el golpe de aire se le quedó detenido sobre la lengua. Darío estaba de pie frente a ella. Tenía la camisa pegada al pecho y a la tripa por el sudor, y el pelo le caía por la frente como si fuera un marinero con fiebres. Carmen respiró despacio y se serenó; cerró las esclusas del pasado sin permitir apenas filtraciones. La puerta del baño se abrió. Carmen no pudo ver cómo salía Pilar porque el cuerpo de Darío se interponía entre ellas. Parecía un monstruo gigantesco lleno de veneno.

—No sabía que eras capaz de llegar tan lejos —dijo él con la voz aún contenida, pero con una cadencia sulfurosa.

—Ni yo tampoco —respondió Carmen segura.

Pilar intentó rodearlo para acercarse a la cama. Dudó entre proteger a su amiga con su pequeño cuerpo o correr hacia el pasillo para llamar a algún guardia de seguridad del hospital. El brazo del hombre que respiraba fuego le frenó el paso.

—¿Y esta quién es?

—Déjala en paz —Carmen casi deletreó la respuesta para enfatizar su orden, pero también para transmitir una calma larga, como una ola de mañana cuando el mar casi espejo comienza su sesión de caricias de arena.

Pilar sintió el peligro, tal y como lo había sentido todas aquellas noches en las que la cerradura de la puerta le anunciaba la somanta de golpes que traía en los bolsillos Antonio. «Porque la ira es la misma para todos», pensó desde el miedo, que también era el mismo, que siempre la hizo esperar, y arrodillarse, y aguantar... Solo que ahora no era ella, sino Carmen, y «el valor que tenemos para los que amamos siempre es más grande que el que guardamos para nosotros mismos»,

le había contado a la mujer que más quería en una de sus noches de luna en el hospital. Y ahora allí estaban las dos, frente a otra réplica de la ira, que es siempre guerra.

—Voy a llamar a seguridad —dijo valiente, con los músculos agarrotados.

Pilar esperaba el golpe, el grito, que tirara de las sábanas, que esa bestia volcara la cama, que rompiera a patadas las puertas del armario, que reventara la televisión contra el suelo... Sin embargo, la mujer de la que estaba enamorada retiró la sábana que la cubría y movió las piernas para buscar el lateral de la cama en un gesto de aproximación y serenidad. Le pareció una hembra tribal que, en medio de la selva y después de haberse topado con un tigre, acorralada por la maleza, se acercara hasta él y posara la mano en su cabeza. «No lo hagas, Carmen», suplicó muda e incapaz de reaccionar. Su amor la obligaba a pensar solo en Carmen, y no en ese hombre que para ella no tenía ni cara ni nombre, porque era otro igual que los otros.

En ese instante, el que precede a que la punta de los pies toquen el suelo fresco de terrazo, Carmen la miró despacio y sonrió. La primera sonrisa de Carmen desde el crujido de los malos tiempos, esos que suenan a fantasma como los tablones de madera en el suelo de las casas viejas. Las plantas de los pies de Carmen buscaron las zapatillas sin que apartara los ojos de su buena mujer, de Pilar, la que lo daría todo por ella, aunque eso la obligara a revivir el estallido de un plato contra su cabeza o la violación que siempre cerraba el ciclo del infierno. «Mi buena Pilar.»

—No te asustes, Pilar, chsss —intentó calmarla—. Puedes marcharte. Sal de la habitación sin miedo.

Pilar la miró incrédula. El monstruo seguía allí, cual horno que gana temperatura.

—De verdad. Hazme caso. No llames a seguridad. No me va a hacer nada por muy alterado que te parezca... Ya no. No ahora. Pilar..., en serio... Es mi hijo Darío.

Pizco sintió un latigazo de electricidad en la espalda y miró hacia la ventana de la habitación de Carmen. No logró ver nada y dio por terminada otra jornada de miedo al impacto. Su Carmen seguía allí,

tan rotunda como el sol que pronto se escondería. Pilar abandonó la habitación, aunque, por si acaso, se colocó cerca del mostrador de las enfermeras con el oído atento a cualquier ruido que pudiera alertarla. Carmen tenía un hijo. Después de todo, las fantasías de aquel embarazo tenían una explicación. Había un hijo. Y una madre. Que era Carmen. Y poco amor. Nada encajaba en esa tarde de locos en la que Vanesa parecía marcharse mientras todos los problemas, como un fantasma muerto con maletas, llamaban a la puerta. El viento silbaba fuera y acompañaba el misterio y la tensión como un brujo y su conjuro.

Dentro de la habitación, Darío siguió con la mirada a su madre, que, erguida y aparentemente preparada, se sentó en el sillón cercano a la ventana. Lo miró desde un olvido que le dolió aún más que el desprecio. Carmen y su desarraigo embravecieron la ira animal de Darío.

—¿Me tengo que enterar por un periódico de que mi madre ha enloquecido y ha decidido legarle todo a una niña a la que pretendéis congelar? —Darío se llevó las manos al pelo y aprovechó el sudor para peinarlo hacia la nuca.

—Eso parece, sí —dijo ella mientras miraba por la ventana.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Nunca he estado más cuerda.

—Una madre que abandona a su hijo... ¡dos veces! Porque esto es un abandono, madre. ¡Es eso!

—Tú y yo nos abandonamos hace tiempo, Darío. Mucho antes de lo que puedas pensar o recordar, aunque es evidente que no recuerdas casi nada.

—Yo era un adolescente, madre.

—Tú eras el mal, Darío, y presiento que lo sigues siendo ahora. No he querido leer demasiado, pero sé lo que le has hecho a esa pobre chica, y lo que parece que le puedes haber hecho a ese muchacho que está en el hospital.

—Tú te separaste de papá y lograste que se fuera —Darío, ya como adulto, lanzó los reproches que lo soportaban y le servían de excusa.

—Tu padre se marchó una mañana hacia un aeropuerto y nunca más regresó, Darío. Decidiste que era culpa mía y, por si no lo recuerdas bien, me torturaste. —Carmen lo miró y pensó que ya no

tendría el valor de insultarla como lo hacía siendo aún un niño, cuando le pegaba patadas y le tiraba del pelo, la amenazaba y descargaba su maldad en ella.

—Eras una... —Darío apretó los puños en una postura mixta entre el ataque y la protección del boxeador.

—Mira, Darío... —respondió Carmen muy seria y con una seguridad que solo los que no temen a la muerte llegan a conocer—, te voy a decir algo que nunca te dije entonces, pero que siempre pensé hasta que cumpliste tu mayoría de edad y te pude dejar en Madrid, solo, como querías estar, con la ayuda económica que necesitabas y la lejanía que reclamabas, porque la pedías, Darío, la exigías y me maltratabas para lograrla. ¿Te acuerdas? Pues esto no te lo he dicho hasta hoy, pero ya es hora: ninguno de los dos podíamos sobrevivir más en aquella guerra y lo mejor que pude hacer fue marcharme. No me fui sin avisar, como lo hizo tu padre...

Darío la interrumpió:

—¡No me puedes dejar sin nada! —el hijo con los ojos enrojecidos por la rabia levantó la voz y expresó su violencia con otro apretado gesto en los puños.

—No te dejas sin nada. Y no lo hago porque no puedo. La ley me lo impide. Eres mi hijo y algo te corresponde. Lo estrictamente legal se cumplirá, aunque no mereces más que esa niña y esa madre. La bondad sí es merecedora de una segunda oportunidad.

—¿Y yo no? —la voz sonó ahogada.

—¿Me estás diciendo que puedes cambiar, Darío? No creo que nadie que te conozca sepa quién eres de verdad. Eres simplemente malvado y me ha costado mucho asimilarlo, masticarlo. —Carmen se irguió en el sillón y lo señaló con autoridad y con cierto rencor—. Convencerme de que podía ser una mujer buena apartando de mi lado un ser cruel como tú. Pelearme con mi maternidad, abandonarla, Darío, ¿tú sabes lo que fue eso para mí? Yo ya hice mi parte y no fue fácil...

—No tengo nada que cambiar, madre. Y desde luego, si cambio algo, no será para satisfacerte a ti.

Carmen miraba por la ventana y no lo escuchaba. Seguía tumbada en el mar de esos recuerdos de tiempos negros.

—¿Puedes imaginar lo que es ver crecer en ti...? —La emoción salió limpia y sana, feliz, como era cuando estaba embarazada y lo esperaba—. Y luego, de repente, a tu lado, ¿ver cómo todo eso crece y es el mal puro, Darío?

—Pero soy tu hijo, Carmen. Te guste o no. —El animal que llevaba dentro Darío comenzó a arañar su cuerpo por dentro, acorralado y herido.

—Sí, pero yo no tengo porque aceptar todo lo que haces y arropar esa personalidad perversa con la que naciste. No estás enfermo. No tienes un trastorno. Eres, aunque te cueste reconocerlo, simplemente malo. Y la maldad... —Carmen hizo un gesto como si quisiera sacar la mano por la ventana y dejar que el viento se llevara una bola de fuego que sujetara en la mano—. La maldad... ¡lejos! —Carmen volcó la palma de la mano como si dejara caer de ella una piedra de acero y él creyó oír un imaginario choque contra el suelo.

Darío se abalanzó sobre ella.

—Si pudiera, te daría una paliza —dijo, y acercó su cara hasta poder olisquear la enfermedad de su madre—, pero eres una moribunda. Seguro que estás muy enferma, seguro que tendrás lo que te mereces.

—Estoy segura de que a ti también te ocurrirá, y ahora sal de mi habitación y no vuelvas por aquí jamás. Quiero morir en paz —lo dijo como si fuera una sentencia esperada y positiva para las partes. Y comenzó a llorar despacio. Con un calor en los laterales del cuello que le anunciaron una punzada sobre la nuca—. Quiero poder dejar algo bueno. Y he podido sentirlo, Darío. —Carmen cogió la esquina inferior de su bata y se secó la nariz, que le goteaba—. Porque he encontrado una vida buena, con gente buena, en un lugar difícil al principio, pero lleno de sentido. Lo he conocido a él —Carmen señaló el bulto que era Pizco, que se recogía en ese instante dentro de su saco al lado de una de las fachadas del hospital.

Darío se asomó para verlo. Le temblaban las manos y la furia se le había dormido mecida por una especie de canto de cuna.

—¿Él? ¡Es un indigente que pide a la entrada del hospital! ¿Estás de coña, madre?

—Estoy segura —dijo Carmen mirando al exterior y dejando que el llanto la arropara— de que él, mi pellizco en el corazón, se cruzó en su

vida con alguien como tú. No sé si fue un hombre o una mujer, pero seguro que fue cruel e iracundo. Por eso está herido como yo, y lo estaremos para siempre. —Carmen volvió a mirar a su hijo—. Lo único que me queda a estas alturas de la vida es no perdonar la maldad, aborrecerla y detestarla, y ahora te pido por favor, otra vez, que te marches.

Darío quiso que toda la cólera que sentía se derramase sobre ella entre insultos y zarandeos; sin embargo, la vio allí, flaca y pálida, y la odió tanto como todo lo que odiaba, que era lo dulce y lo suave, lo acariciado y lo vivido.

—No te perdono, Darío. Regresé aquí para cuidar de otro ser egoísta pero no despreciable. Tu abuela no era mala. Se portaba mal, que es otra cosa, ¿lo entiendes? Tú eres otro cantar. ¡Estás en este mundo para hacer daño a los demás! —afirmó, y le clavó la mirada para empujarlo lejos de su espacio—. ¡Sal, por favor! —La madre miró el cristal y sintió que el cuerpo del viento se deslizaba sobre el ventanal como un niño que hubiera caído patinando sobre el hielo. Deseó creer en los milagros, pero la vida ya solo le permitía concentrar su fe en uno de ellos, y ese era la segunda vida de Vanesa—. Hago lo que tengo que hacer. Lo sé muy bien.

Darío, en un latigazo de ira, estiró el brazo y, con una mano que parecía una garra infectada, la agarró del pelo y de un tirón le soltó la pinza que le sujetaba los rizos a la nuca.

—Yo tampoco te perdonaré.

Carmen se sacudió sus manos y estuvo a punto de alertar a Pilar, como aquella noche en la que llamó a una amiga para decirle que, si no volvía a llamarla en una hora, avisara a la Policía porque temía que su hijo pudiera hacerle daño, o como la noche en que volvía del trabajo y él, aún adolescente, se subió al coche que ella había aparcado y lo empotró contra una columna marcha atrás, la columna detrás de la que ella se refugiaba. Quiso gritar como gritó muchas noches, para decirse que él merecía todos los esfuerzos, aunque sabía que su rumbo no cambiaría; y se habría dejado amoratar la cara y las costillas si eso lo hubiera transformado en ese ser que ella esperó con todo su amor, hasta que empezó a descubrir que era un monstruo. Pero no ahora. Ahora ya no. La muerte la ajusticiaría y, si fuese por haber decidido no

amar a su hijo, que así fuera. Pero que fuera en calma. Y que fuera. Sobre todo. Por encima de cualquier cosa. Que fuera sin miedo.

Darío levantó las manos en señal de desprecio, con la ira empotrada entre ellas como si estrujara un tronco de árbol.

«Tu corazón es negro —pensó Carmen—. Y tu savia, veneno.»

Y al fin, la amenaza y su maternidad abandonaron definitivamente esa habitación hasta el día de su muerte.

Paloma recogió el café de la máquina. Ya era tarde y era su quinto del día, tenía que seguir alerta. El estado de Vanesa empeoraba y ella debía ser la alarma, la sirena que sonara en el momento preciso, con todos los sentidos en pie y sin fallos. No quería dormirse ni reposar porque quizás, en uno de esos pequeños viajes, perdería el control, y con él, su condición de vigilante. «Una noche más sin dormir... Puedo aguantarlo.» Regresó a la habitación lunar. Los médicos mantenían a la niña allí, aunque le habían advertido que en cualquier momento podría ser trasladada a la UCI, no hasta que fuese imprescindible, por su confort y el de ella. Cuando atravesó la puerta que separaba el ala de aislamiento de otras habitaciones presintió lo extraño y amenazante. Se colocó las pantuflas, el gorro y se limpió las manos con el líquido desinfectante. Al acercarse a la de su hija, un escalofrío la sorprendió a la altura de las clavículas. Abrió acelerada, confundida por el presentimiento de que algo malo ocurría. Dentro de la estancia, al lado de la cama de la niña, había un hombre. Se había puesto una bata, pero nada más, ni gorro, ni guantes ni mascarilla. Respiraba con un sonido ronco, como los animales preparados para atacar.

—Soy el hijo de Carmen —dijo.

Paloma se sorprendió, pero supo inmediatamente que le decía la verdad, como si una parte de ella siempre hubiera sabido que Carmen había sido madre antes que ella. Lo que nunca hubiera imaginado era que en alguna parte de ese hombre, a primera vista despreciable, estuviese la mujer con más luz que había conocido.

—¿Te ha dicho ella que vinieras a ver a Vanesa?

—¿A la niña famosa? —dijo él con un tono claramente despectivo. «Famosa», pensó Darío, y en su mente cayeron como granizo las imágenes de Carolina. Su sonrisa joven cuando la conoció, su belleza

intocable antes de que él interviniese en su vida. La mujer que lo había hundido, capaz de reaccionar desde ese lugar del que nadie sale, en el que habitan los desvalidos y heridos de muerte. «Quién iba a pensar que ganarías la partida.» Dio un paso adelante aproximando su cuerpo a Vanesa.

—No te acerques, por favor —le dijo Paloma, ya posicionada frente a él al otro lado de la cama—. Su estado es muy crítico, y aquí no deberías estar sin mascarilla ni guantes. Te pediría que te fueras si no vas a respetar las reglas de esta zona. —Paloma, visiblemente nerviosa y algo asustada, se acercó al cabecero de la cama y cogió el timbre para avisar a las enfermeras.

—No te preocupes, ya me voy. —Darío levantó la cabeza y le mostró una cara desencajada en la que parecía tener fauces en vez de boca. Los ojos vidriosos y un sonido pastoso en la lengua lo hacían aún más temible—. *Crionizable* —pronunció.

—Criogenizable —le corrigió ella mientras miraba a la puerta a la espera de la ayuda que había solicitado. La palabra «socorro» se fijó en su pensamiento.

—Parece una broma —dijo él, y se acercó de nuevo a la niña y le pasó la mano por el pelo.

—Te he dicho que no la toques, por favor.

Vanesa dormía incapaz de oír lo que ocurría, inmersa en una batalla mucho más dura y compleja. «Suciedad» fue la segunda palabra que le asaltó al verlo junto a su hija. De repente, Vanesa se despertó desde una debilidad extrema.

—Mamá —dijo delante de los dos—, mamá...

—Dime, hija —respondió Paloma, y contuvo las lágrimas.

—¿Quién ha venido? ¿Es papá? —La ternura de los niños encontró su hueco.

—No, hija. No es papá. Es el hijo de Carmen. Quería conocerte..., pero ya se marcha.

Los ojos de la niña buscaron la figura masculina dentro de su habitación.

—Le veo la cara, mamá.

—Sí, se ha olvidado la mascarilla y por eso también se va. Despídete.

Darío fijó en la almohada de la niña una mirada turbia y comenzó a sudar. El aire se hizo cemento dentro de la habitación. Tras esos segundos en los que solo el viento se atrevía a moverse, por fin, se abrió la puerta. Una de las enfermeras más veteranas entró rápidamente y, sin explicaciones, entendió la mirada de auxilio de Paloma.

—Señor, en esta habitación solo se puede entrar con nuestro permiso y debidamente protegido. Es una irresponsabilidad que esté así aquí. ¡Váyase, por favor! ¡Ahora! —dijo ella firme.

Paloma se tumbó al lado de Vanesa y la recogió en sus brazos.

—¡Mucha suerte! —dijo irónico, para mostrar la maldición que dejaba dentro de aquella habitación—. Que no os sorprenda la muerte. —Señaló a la enfermera y a Paloma, que tapó con las manos los oídos de su hija enferma—. Sobre todo —pronunció lentamente—, que no os sorprenda. Manteneos despiertas. —Musicalizó la última frase, y tanto la enfermera como la madre creyeron estar dentro de una película de terror.

Darío salió por la puerta y arrojó la bata al suelo para que se quedase dentro de la habitación. La encargada del área de aislamiento se apresuró a recogerla y salió detrás de él para asegurarse de que se marchaba, dispuesta a llamar a seguridad si esa tensión se prolongaba. Paloma no la vio hasta que, a la media hora, regresó con el carrito que portaba el termómetro y el tensiómetro. Ninguna de las dos quiso comentar lo ocurrido, como si hubieran visitado el infierno y necesitaran olvidarlo.

La cafetería del Puerta de Europa estaba a una distancia del hospital que permitía algo más de distensión y lo convertía en una especie de refugio. Darío cruzó la explanada sin dejar de mirar el saco en el que Pizco se refugiaba del mundo. Entró en la cafetería y emitió un ruido ronco que le hizo envejecer veinte años delante de los presentes. No eran más de doce, pero ocupaban casi todas las mesas a la hora de la cena. Darío se dirigió a la barra y se sentó en uno de los taburetes vacíos.

—¿Aquí ponéis copas?

—Sí, señor —respondió el camarero.

—Pues ponme un *gin-tonic*. Se acerca la noche.

—¡Qué pocas veces te despiertas ya, mi pequeña princesa! —le susurró Paloma a Vanesa.

La niña no pudo apenas contestar y se quedó de nuevo dormida antes de que su madre le dijera hasta siete veces al oído: «Te quiero».

Una hora después y calentada por el abrazo, Paloma se movió hasta el sillón que había al lado de la pared del baño. Ni el café pudo derribar el sueño que la perseguía desde la mañana. «Tres noches en vela, mi amor —pensó—. Media hora. Voy a dormir solo media hora y vuelvo a verte, pequeña.»

9 horas antes de la muerte de Vanesa

La noche se cerró como cortina de teatro, pesada y llena de polvo. Una especie de sabor a piedra llegaba desde el desierto. La boca del saco de Pizco parecía la salida de una crisálida de mercadillo. Era lo suficientemente grande como para que no se asfixiara dentro de su túnel de tela, y también lo suficientemente pequeña para protegerlo de los caprichos del viento. Una cola de brisa como una serpiente ansiosa se coló por ese hueco y le llenó la boca y los oídos de ese polvo arenoso. Pizco hacía la noche cuando lo deseaba y, en ese tiempo de espera y devoción, no aguardaba ni luna ni mareas, dormitaba gran parte del día en un estado de hibernación para prevenir la angustia. Quería tanto a Carmen que se hubiera hecho larva para transformarse a su lado. Soñaba con ello dentro de su tubería de algodón, con la espalda pegada a la pared como gato. Y en su duermevela, ahora que la oscuridad lo arropaba con esa manta de las ausencias de los desconocidos que tanto le confortaba, imaginó el perfil de Carmen y lo solapó con la imagen de Yebel Musa, la conocida montaña de la Mujer Muerta que se puede ver desde Tarifa al otro lado del mar, en la costa africana. «Quien dice muerta, dice dormida», le gustaba comentar a ella en sus paseos cuando lograban la mejor perspectiva para mirarla. «Una mujer dormida vigila el Estrecho», Pizco comenzó a caer en un sueño profundo. Debajo de la cama de tierra que era la montaña de la

Mujer Muerta, miles de peces golpeaban sus cuerpos contra otros, en un pasillo en el que no cabían y que se frenaba como la pasarela del ferry a Tánger en cuanto llegan veinte pasajeros más de los previstos, y era esa masa de vida la sangre de la mujer dormida, y ese perfil de la montaña, su llamada desde África, cuando una vez esas tierras fueron una sola, cuando esa lengua de agua aún no las separaba.

Pizco arrugó el ceño; un silbido de un papel que cortó el aire cuando lo levantó del suelo le anunció la pronta pesadilla. Se vio desde el cielo estrellado, a decenas de kilómetros de altura, en una visión alegórica y cenital. Su cuerpo era Europa. Su cara, en el sur del sur, buscaba el beso a la montaña de la Mujer Dormida, que era Carmen y también toda la costa norte de África, cuando, de repente, un movimiento brusco, un escalón profundo, los separó. Tembló el universo y se hirieron los cuerpos entre rocas y lava. Pero, en cada segundo del caos divino, él intentaba besarla y ella, dormida, buscaba su boca, lanzarle los brazos, amarrarse ahora que llegaba el encuentro de los mares. Y fue ahí cuando entró el agua y los inundó con una violencia inédita y planetaria. Pizco pudo ver desde la altura de las estrellas la formación del Estrecho que los dividía. Y al final del temblor, se posaron las cenizas y las rocas, reposó el agua, y ellos, como Europa y África, quedaron definitivamente separados. Pizco, encerrado aún en la pesadilla, estiró el brazo para poder tocarla. Su pelo eran las olas que llegaban hasta la costa española, pero su figura seguía siendo perfil lejano de montaña. La rozó y sonrió, extendió los dedos.

Un dolor agudo le estrujó todo el cuerpo. Bruscamente, despertó del sueño al oír el crujido de sus falanges rotas. Algo, alguien las aplastaba desde el exterior. Desde la realidad.

9 horas y 15 minutos antes de la muerte de Vanesa

Darío le preguntó al camarero si podía servirle otra. Llevaba tres. Tres más tres o cuatro de la tarde en el tren. «¿Quién puede contar ahora?» El camarero, cansado de sus malos gestos y sus sonidos animales, lo invitó a dejar el local anunciando su cierre. La ira recalentada en el horno del odio lo llevó hasta la explanada. Desde la oscura noche y la

soledad de esos cuartos de césped que no pertenecían a nadie, Darío miró las luces amarillas de noche en las ventanas del hospital. Bajó la mirada y recuperó la ubicación de su objetivo. Allí estaba, a su merced, algo, una porción de lo que ella más amaba, dentro de un saco, sin cara, ni brazos ni piernas, sin sexo ni identidad.

Esperó a que el camarero que había salido por la puerta de atrás de la cafetería arrancara su coche y se marchara camino de alguna parte de Algeciras, esperaba que muy lejos de allí. En cuanto sintió la tensión de la soledad completa, arrancó con toda su fuerza el camino hasta aquel trozo de carne envuelto en tela y decidió que él pagaría todo el dolor de los últimos años, de la historia de Carolina, del desamor con Ángel, del desprecio que sentía por todo y todos, y de esos últimos minutos cara a cara con su madre. «Tú lo pagarás. Yo también te lo puedo quitar todo, madre. Yo también.»

Y lo demás, que recordaría a la mañana siguiente, fue solo una tormenta de golpes lentos. Patadas compactas, pisotones para agujerear el suelo, respiraciones ahogadas. Una lluvia de violencia contra aquella bolsa que se balanceaba al ritmo de sus embestidas. Y luego, la nada. El silencio estrepitoso de la muerte. Y el maletero de su coche de alquiler y el esfuerzo para cargar un cuerpo que pesaba más que el Peñón, que adivinaba a lo lejos. Y después, la carretera, la luna negra, las rocas que le recordaron los cortes de bajos acantilados cerca de la playa Chica o de quién sabe dónde... Las piedras que puso dentro del saco y la masa de agua que lo engulló hasta arrastrarlo dentro del mar. Por la mañana, todo sería difuso y alcohólico, pero el rastro de violencia le apretaría la boca del estómago con la certeza de un daño tan mareante como el traqueteo del tren de vuelta a Madrid.

8 horas y 50 minutos antes de la muerte de Vanesa

Vanesa se despertó por última vez en medio de la noche. Paloma dormía a su lado, rendida, en una postura imposible que repartía su cuerpo por cada hueco del sillón. Un brazo carnosillo sobresalía por debajo del reposabrazos rígido de la silla y una de las piernas colgaba suspendida a unos treinta centímetros del suelo. La niña se levantó para oír el viento al otro lado de la habitación lunar. Atontada por la

medicación y la debilidad extrema, quiso mirar las estrellas desde su cápsula espacial, pero lo que vio no fueron nuevos planetas, ni anillos brillantes ni cometas furiosos. Vio furia, sí, pero en la forma de un solo hombre que descargaba una violencia hercúlea contra el saco de dormir de Pizco.

Vanesa se quedó paralizada frente a la ventana. Se dio cuenta de que no viajaba hacia la Luna, sino que aterrizaba vertiginosamente contra el suelo de la Tierra. Sintió que la vida le daba vueltas; fijó la vista en el hombre y su rabia, y reconoció el rostro que había visto unas horas antes.

«Carmen —pensó—, tu mago.»

«Carmen —pensó—, tu hijo.»

Se volvió para avisar a su madre, despertarla a tiempo y, en ese segundo, en ese momento en el que las vidas deciden si se quedan o se van, Vanesa se desmayó. Y fue la última vez que estuvo despierta antes de morir.

5 horas antes de la muerte de Vanesa

Una horda de peces hambrientos atravesaron corrientes contrarias por instinto, llevados por la genética y la imitación. Bajo ese mismo mar pero por encima de su camino migratorio, un saco de tela se hundía sacudido por los cambios en los flujos marinos. Un cuerpo se movía entre corrientes, orcas y bolas de atunes. Los tiburones y los delfines lo presintieron, pero era tal la fuerza del agua, y lo estrecho del paso, y lo imposible del retroceso, que desistieron. Algunos atunes chocaron contra aquel elemento extraño. Todos, incluido el saco hundido con el cuerpo de un vagabundo, lograron sortear la trampa de la almadraba, camino del cálido Mediterráneo.

Los últimos días antes de que todo se precipitara, estuviste rodeada de amor, cariño y esperanza. No solo por mi parte, o la de Carmen y Pilar, de las que ya te he hablado en estos últimos mensajes, sino también de todo el equipo de profesionales cuyos herederos del proyecto serán quienes te despierten. Sabemos que lo más duro te toca a ti. Nadie ha estado donde tú estarás y, por tanto, nadie nos puede advertir de lo complejo o feliz o ilusionante que será. Nosotros confiamos en que no solo te dará la oportunidad que no tuviste; además, contigo nacerán las oportunidades de muchas otras personas. Por eso, mi pequeña, tenías que ser tú, porque no solo eres especial para mí, como cualquier hija para su madre, sino que eres especial para todos los que te arropamos en este viaje lleno de confianza, de dolor por la despedida, pero, sobre todo, de futuro. Tú eres nuestro futuro. Te quiero, mi niña Vanesa. Despierta, mi pequeña Noa.

Las tres personas presentes en la emisión de ese último testimonio, que fue grabado como parte de una retransmisión tan importante como la del primer viaje a la Luna, pudieron oír claramente el sonido del temblor de labios de Paloma al despedirse. Una de las técnicas que observaba el rostro de Noa en busca de una reacción, aunque esta fuera imposible, tragó saliva e imaginó que abría los ojos.

La última grabación de Paloma precedió al traslado de Noa hacia la Sala del Despertar. La llamaron así el día que comenzaron a construirla y, durante años, muchos pasaron por delante de ella y lanzaron una escéptica mirada a su puerta blanca y ligeramente ovalada. Antes de esa mañana de mayo de 2046, habían caído en las papeleras de medio mundo ensayos, pruebas, test e intentos de

revivificación en el mundo animal. Pero los últimos descubrimientos alumbraron la esperanza. Una vez pudieron despertar al primer animal de laboratorio, la euforia se desató y, con ella, la inversión, los mecenas y el apoyo gubernamental. No en todos los países, pero sí en el primero en acoger cuerpos criogenizados y empresas que daban ese servicio. Había llegado la hora. La puerta blanca de aquella cámara casi espacial, de la que Paloma decía a modo de broma que le recordaba a la habitación lunar en la que murió Vanesa, se abrió para dejar pasar a un equipo selecto, entre los que estaba el director del proyecto en el que tanto confió Paloma cuando llegó siendo un aprendiz joven a Algeciras, el grupo médico entrenado en el protocolo del despertar y Noa. Los minutos restantes escribieron la historia de cientos de vidas futuras.

El líquido entró en el torrente sanguíneo de Noa. Un cóctel preparado a su medida y ensayado en animales de su peso. El equipo estaba preparado para potenciar la dosis en tres etapas si no lograban despertarla. Sin embargo, no fue necesario. El cerebro de Noa ya llevaba semanas artificialmente despierto en esa especie de hibernación en la que mediante controles de sus funciones cerebrales podían constatar que ya estaba más cerca del regreso de lo que ningún ser humano había estado. De alguna forma, era como conectar su cerebro a modo de terminal a otros terminales digitales con funciones similares, dotarlo de las sustancias y el riego necesarios y dejar que la conexión del cerebro, al igual que su desconexión era la última etapa de la muerte definitiva, se convirtiese en la primera fase del camino de vuelta. Eso ya estaba hecho. Quedaba el último paso, traerla de vuelta sin que las máquinas respirasen por ella o movieran su corazón. Su conciencia acompañada de su cuerpo sería el logro que creían que ya se estaba produciendo en las áreas de la memoria y la comprensión. Las drogas diseñadas para lograr el efecto sacudieron todos los sistemas de Noa. Se desataron mil nudos de la enorme red de pesca que era su cuerpo, la red que debía atrapar de nuevo la vida. Como en un vídeo acelerado del crecimiento de las flores, el cuerpo de Noa se completó haciendo cadena, multiplicando y contagiando cada célula próxima y la siguiente. Como esa primera célula coronaria que, en un momento de la gestación, late solitaria entre millones de compañeras que se van contagiando, sacudida a sacudida, hasta completar el latido

fuerte que no cesará hasta el último día de la vida de ese corazón. Noa despertó y, para sorpresa de todos, lo hizo sollozando entre gritos y llanto, replicando la expresión más conocida del nacimiento de un bebé. Nadie imaginaba cómo sería ese despertar, pero fue trágico y natural como la vida misma.

—Noa, soy el doctor Martán. Eres el primer ser humano criogenizado que ha logrado despertar. Eres la primera resucitada de la historia. ¡Bienvenida de nuevo a la vida, has retornado!

Lo siguiente dentro de aquella habitación futurista y estéril fue el sonido de una tormenta de aplausos que, como truenos, iban señalando la distancia del siguiente grupo eufórico que celebraba el despertar de la niña. Abrazos y besos alrededor de su camilla, el doctor que nunca le soltó la mano en las primeras dos horas de vuelta y una vibración extraña e inédita, la de toda la humanidad, todas las personas vivas de un mismo planeta festejando un hito que prolongaba sus propias vidas.

El comité directivo del proyecto Noa fijó tres meses para confirmar una evaluación positiva. La niña había despertado y sus constantes eran normales, fue capaz de ver figuras borrosas el primer día de su retorno, pero no de hablar. El doctor Martán advirtió una sensación de miedo en la niña que, al principio, consideró lógica por el *shock* del regreso, pero que, pasado el primer día y dados sus pasos de gigante en la recuperación, atribuyó a una angustia concreta.

Al cuarto día de su vuelta y en un reconocimiento rutinario, Noa gesticuló con tal fuerza en su mirada que el doctor decidió prestar atención y tiempo a su demanda, una vez que los primeros protocolos habían sido superados. La niña de doce años lo miraba como si tuviera cosida la boca porque no podía articular palabra. De su garganta solo emergían sonidos guturales y flemáticos sin ningún significado. Pero era evidente que necesitaba decirle algo. El doctor pidió que el resto del equipo se fuera y se sentó al lado de la cama, incorporada desde la mañana.

—Tranquila, tranquila, Noa.

La niña le agarraba la mano y el brazo alternativamente con fuerza.

—Sé que son muchas sensaciones, que estás pasando por algo muy difícil y extraño. Pero estás perfectamente y es solo cuestión de

tiempo que te encuentres todavía mejor.

Noa lo pellizcó. Él apartó por instinto el brazo y volvió a colocarlo a su disposición. Ella lo agarró otra vez y apretó los párpados.

—¿Quieres decirme algo, Noa? ¿Es eso? ¿Tienes algo que decirme?

La niña movió la cabeza en señal de afirmación. El doctor Martán se levantó hacia el panel de control de la habitación y retiró el teclado de cristal de la mesa de trabajo. Seleccionó la función de teclado y lo agrandó, iluminó y coloreó para que fuese más fácil.

—¿Recuerdas cómo se escribe, Noa?

La niña volvió a mover la cabeza y emitió un sonido muy parecido a un sí.

—Volverás a hablar muy pronto —le dijo—, pero toma.

Colocó el teclado frente a ella, que con una mano débil y algo laxa en su postura buscó de forma ordenada y directa, sin dudas, las letras que fueron apareciendo en la gran pantalla frente a su cama. El doctor miraba el proceso con atención y comprobaba que Noa recordaba la escritura, lo que auguraba que recordaría muchas otras funciones aprendidas en su infancia. Pensaba en esto y no reparaba tanto en el mensaje. Noa se detuvo y se quedó mirando la pantalla. El médico pudo notar cómo se le humedecían los ojos, era la tristeza contraria a la emoción que él sentía. El doctor supo al momento, por la decisión de la niña a la que llevaba analizando los últimos treinta y dos años, que no se trataba de una alucinación ni de una trampa de su cerebro. La frase era demasiado precisa y directa.

Lo primero que escribió Noa en su regreso a la vida fueron dos palabras: «Hombre muerto».

En la primera semana de su segunda vida, Noa comenzó a hablar. Al principio, con sonidos sucios encontrados en la memoria, en las canciones y en las películas que le ofrecían como ejercicios. Su evolución fue vertiginosa. La ansiedad por cumplir con esa especie de misión con la que había regresado fue el acicate necesario para continuar.

La psicóloga, a los diez días de trabajar con ella, pidió que pudiera acceder a ciertos informes que Noa demandaba; esa decisión fue

motivo de discusión con otros responsables del proyecto, que lo consideraban arriesgado y peligrosamente impactante. Sin embargo, la psicóloga defendió en varias reuniones que, si esa era la ladera que Noa necesitaba remontar para encontrar un lugar dentro de esa nueva vida, habría que permitirle que la ascendiera. Su madre le dejó una lista de nombres para que, más allá de sus archivos de audio, Noa intentara recordar sus minutos de vida con Carmen y Pilar, las conversaciones y miradas desde la ventana al mago Pizco, el equipo de enfermeras, el colegio en el que estudió, la habitación en la que dormía, sus muñecas favoritas y un sinfín de vivencias que sobre papel parecían demasiadas para doce años, de los cuales habría que restar su etapa como bebé. «¿Vivimos tanto en ese tiempo?», preguntó uno de los encargados de escribir un diario fiel como testimonio del paso histórico que los presentes daban de la mano de esa niña. «Lo vivimos todo», respondió la psicóloga, sabedora del nivel de conciencia de su paciente, que para el resto del equipo estaba claramente despierta, pero que, para ella y en términos clínicos, estaba mucho más que eso; Noa estaba, también, alerta.

Una de esas tardes que las arropaban como manta en invierno, Noa empezó a hablar con ella desde una emoción que la frustraba.

—Nuriam...

—Dime, Noa, ¿qué necesitas?

—Es importante que pueda averiguar quién era ese vagabundo. ¿Me puedes ayudar?

Noa no solo había recuperado el lenguaje, sino también un discurso adulto y reposado.

—Te quiero ayudar, Noa. Aquí, gran parte del equipo no está seguro acerca de si te hará bien conocer tanta información de golpe. Yo creo que será una puerta gigante que abrirá tu mente de forma completa. Creo que te conectará de una forma que aún desconocemos.

—Yo no estoy pensando en conectar nada, sino en dar solución a mis dudas...

—Lo que está claro, Noa, es que tú has saltado en el tiempo treinta y dos años y buscas las respuestas como si fuera la mañana siguiente a la noche en la que te desmayaste. Eso puede ser una ventaja o no. Debemos evaluarlo. Sin embargo, de lo único que estoy segura es de que tú no eres una paciente que tenga miedo.

—No quiero que me protejan tanto. Quiero que me ayuden. Quiero saber si se solucionó.

La psicóloga no quiso revelarle que ella ya había investigado en la hemeroteca y que no había encontrado nada. Esa misma tarde llamaría a la Policía española, después de que el equipo de relaciones internacionales hiciera las gestiones pertinentes, para saber si tenían conocimiento de la existencia de ese hombre, vagabundo según Noa, o de algo relacionado con él. Podría ser una mera pesadilla que la acompañara en el momento de la muerte y que ella interpretara ahora como real. Nadie podría culparla más de treinta años después por confundir un sueño con un recuerdo, una fantasía con la vida real.

Noa era lo más parecido a un milagro que la humanidad había logrado por su propia mano y, como tal, nada de lo que la rodeaba se analizaba con normalidad. Ninguno de los más de diez niveles de decisión que la separaban de la cúpula política y científica, unidas por su éxito, iba a permitir que la niña se enfrentase a la información que demandaba sin antes chequearla y ser exhaustivamente investigada por «los equipos que sean necesarios». La psicóloga insistió en estar al tanto de esa información para decidir hasta qué punto debía recibirla de forma sesgada, o incluso recibirla, si su resultado derivaba en algo perjudicial o improcedente para su segundo desarrollo vital.

Por eso quiso estar entre las primeras en hablar con la Policía española. Fue finalmente la quinta en una lista de grupos de reflexión y debate entre ambos países, pero la única que escuchó los argumentos policiales con convicción y, conocedora de todos los detalles que le había confesado Noa, desde un lugar mucho más rico en información que el de cualquiera de sus jefes. La habían citado en una de las salas de conexión y cuando llegó hasta la puerta se topó con el doctor Martán, su superior más directo y la persona en la que más confiaba.

—Dime que el vagabundo existió. Es lo que veo en ella: verdad.

—Existió —le respondió él desde un punto extraño entre el asombro, el alivio y la preocupación—. Da igual lo que te diga. No te lo vas a creer y, la verdad, no sé si te va a ayudar o todo lo contrario. Habla con la Policía y ya veremos.

Nuriam vio la imagen de dos sillas vacías en cuanto entró en la sala. Una era para ella. La otra estaba en una gran pantalla. Un único foco pequeño le iluminaba la cara para que sus interlocutores

pudieran verla. Se sentó en su lugar y pudo sentir la angustia que producen las historias dolorosas de los niños. «¿Qué verías y quién era, Noa?».

—Buenas tardes —dijo Nuriam a la silla vacía de la pantalla—. Aquí, la asistente psicológica de Noa. ¿Con quién voy a mantener esta conversación?

El cuerpo de otra mujer invadió la pantalla. Llevaba un mono gris claro y un dispositivo que quiso reconocer como una base de datos para aportar la documentación necesaria.

—Buenas tardes, doctora, soy la inspectora Pardo, y creo que tengo a su disposición toda la información que pueda solicitar. Eso no quiere decir que la satisfaga, pero sí, al menos, le aportará respuestas. ¿Cómo está la niña?

—Lo siento, no se nos permite decir...

—Lo entiendo, no se preocupe.

Los ojos de esa agente demostraban sinceridad clara y un cansancio de años cuyo origen era difícil de determinar.

—Por lo que nos ha llegado, que no es mucho, creo que quieren saber todo lo referente a la desaparición de Santiago Melenchón.

—Pizco es el único nombre del vagabundo que Noa recuerda. ¿Conocieron ustedes, me refiero evidentemente a divisiones anteriores, a ese vagabundo?

—Nosotros tenemos registros de un vagabundo que coincide con sus descripciones y que vivió en Cádiz, y creemos que luego en Tarifa, entre los años 2003 y 2014 aproximadamente.

—¿Qué descripciones?

—Su mutismo. Es lo único de lo que nos han hablado. Eso y unos ojos verdes muy especiales o algo así... —La policía colocó su dispositivo de pie frente a ella y proyectó un mensaje que presentó ante Nuriam en forma de holograma—. Este informe es suyo, ¿verdad?

—Sí. Son las notas después de una de las sesiones con Noa.

—Hemos seleccionado los adjetivos y los nombres del documento que nos pudieran servir para la localización. —Las palabras elegidas se eliminaron y ocuparon un plano predominante—. Por lo tanto, era un hombre grande, moreno, de preciosos ojos verdes y mudo.

—Sí —confirmó Nuriam viendo su letra luminosa y fluorescente, que la rodeaba como estela de humo de cigarro, algo que solo había

visto en algunas películas antiguas.

—Pues esa descripción concuerda con un vagabundo que tuvo que ser atendido por golpes en un cajero en Cádiz. Parece que fue una agresión por parte de dos chavales en una noche de alcohol y drogas. Las imágenes del cajero en el que estaba este señor nos ayudaron a encontrarlos. Los chicos, una vez arrestados, también nos dijeron que el vagabundo no hablaba, tal y como apuntaron en el informe del hospital. En las fotos de las lesiones, podemos apreciar...

El rostro de Pizco con algunos golpes que le inflamaban el pómulo derecho y parte del labio superior se construyó a escasos centímetros de su cuerpo y la traspasó como carrusel de camisa en tintorería, otro recuerdo que Nuriam guardaba de su infancia.

—... que le dieron una buena paliza y que, como usted decía en su informe, tenía los ojos verdes. La verdad es que, en esos tiempos, estas personas, si no daban problemas y se llevaban bien con la Policía... Lo que quiero decir es que, si llegaban a encontrar lugares seguros para dormir y no robaban ni bebían o hacían sus necesidades en la vía pública, contaban con la ayuda y la comprensión de los agentes. En el hospital y tras cotejar huellas, pudieron saber que se trataba de Santiago Melenchón, un hombre sobre el que pesaba una orden de búsqueda por una denuncia de desaparición que presentó su hermana en Madrid.

»Lo que pudieron averiguar mis compañeros hace casi cuarenta años es que este hombre, que era ejecutivo de una importante empresa de congelación de cordón, lo que es la vida, ¿verdad?, acabó en la calle a causa de una depresión. Al parecer, descubrió que su mejor amigo había estado abusando de su única hija, huérfana de madre, durante más o menos dos años.

»Cuando dimos con él en Cádiz, la hermana se mostró más aliviada, pero ya sin mucho interés. La hija, Malena, ya se había marchado de casa de su tía dejando atrás una malísima relación entre ambas. Años después, y centrándonos en la noche de la muerte de Vanesa en el hospital Punta de Europa, hemos encontrado otra denuncia por desaparición, unos días después, pero coincide con la descripción que tanto ella como la hermana del tal Santiago hicieron de él en dos momentos muy distintos. Mis compañeros de entonces

recogieron la denuncia por parte de una mujer llamada Carmen; aquí anotado se puede leer.

El texto luminoso que se acercaba a ella como telón móvil destacó cuatro palabras anotadas al margen: «Carmen, hija de la Paya».

—Y dieron por válida la desaparición. Durante varios años, esperaron que apareciera por Algeciras o de vuelta a Cádiz, pero nadie lo vio. Esta señora llamada Carmen, según los registros —el holograma de otro documento oficial recorrió la sala—, también murió no mucho después del fallecimiento de Vanesa, y hasta el último día de su vida preguntó sin descanso por noticias del vagabundo. No pudimos darle la buena noticia que ella esperaba. Y por lo que veo —concluyó la policía mientras la miraba a los ojos—, tampoco podemos dársela a usted.

El silencio deshizo los documentos virtuales como polvo de hielo.

—¿Podría mandarme todo esto? Básicamente, el historial de Pizco.

—Santiago Melenchón...

—Bueno, sí, pero para ella es... Bueno, da igual... ¡Qué más da Pizco que Santiago!

—No es lo mismo. Fue Santiago durante una etapa de su vida y luego se dejó el alma en esa terrible experiencia con su mejor amigo, al que tuvo el valor de denunciar en frío sin hacer una locura. Tu mejor amigo violando a tu hija...

—Sí, ¡qué horror! Pero no sé... —dijo la psicóloga aturdida—. Al final, el castigado fue él. Decidió que él debía recibir el castigo.

—Sí... Es un poco más complejo, pero sí, algo así.

—Gracias, inspectora.

—Gracias a usted. Estoy aquí para lo que necesite.

La silla y la imagen completa desaparecieron. La intensidad de la luz subió ligeramente y Nuriam tomó el dispositivo al que habían trasladado los informes. Temía por el acierto de Noa y por la nueva puerta que acababa de abrir.

Nuriam recopiló toda la información y preparó una reunión con sus superiores inmediatos para darles a conocer las investigaciones de la Policía española, pero, por encima de todo, la validez del recuerdo de la niña. La persona de la que ella hablaba existió y es posible que todo lo que recordara también fuera real. La psicóloga apoyó con

decisión que Noa debía conocer los datos y poder asentar la complejidad de aquellos días. El equipo apoyó a Nuriam y creyó en su instinto. La mente de Noa los sorprendía con cambios y evolución a cada minuto. Si estaban en la cresta de una oportunidad única, quizás fuera el momento de vivirla con el riesgo que también merecía. Nuriam presintió que sería clave para la formación de ese nuevo ser, más independiente y maduro, que era Noa. Una niña entre dos mundos; en definitiva, una niña entre dos vidas.

—Hola, Nuriam, ¿cómo estás?

—¿Cómo estás tú, Noa? ¿Mejor? Cuéntame...

La niña estaba sentada sobre su cama con las piernas cruzadas. Llevaba un pijama blanco y estaba descalza. Había cogido algo de peso y estaba más sonrosada; sin embargo, una especie de nube gris le cubría la frente. Era evidente que no lograba abandonar lo que tanto le preocupaba.

—Sueño con ello cada noche, Nuriam, y ni siquiera sé si es real o solo una pesadilla de mi vida... —aún le costaba pronunciar cualquier palabra que la dividiera entre dos tiempos tan lejanos— anterior.

—Es absolutamente real, Noa —la psicóloga sonrió, consciente de la tranquilidad que con esa frase le regalaba.

La niña abrió los ojos como si la certeza la llenara de carne y kilos, como si ese recuerdo la amarrara a lo único que tenía de momento, que era su memoria.

—Si te parece, podemos ver juntas la información que tengo. Creo que no será necesario que te explique con detalle quién era él, aunque sí parece que desapareció en torno a la noche en la que tú te desmayaste y ya no recuperaste la conciencia hasta el momento de la muerte.

—No desapareció —dijo Noa tajante.

—Está bien. Yo te creo, pero no hay evidencias de lo que cuentas. No hay un cadáver, por ejemplo. Esta misma mañana, la Policía española me ha remitido nuevos informes porque han estado cotejando con diferentes cuerpos de seguridad que operan en las costas española y africana si había aparecido algún cadáver de hombre no identificado en los días o meses siguientes. Pero no hay nada.

La niña se encontró de nuevo ante un lugar sin salida y esa sensación de parada la remitió automáticamente al encierro. La psicóloga quiso procurarle diferentes caminos para que buscara más respuestas. Al fin y al cabo, Nuriam pensaba que las más importantes estaban dentro de ella.

—¿Qué te parece si te voy revelando qué pasó con todas esas personas de las que te habló tu madre?

—¿Carmen? —respondió Noa al instante.

—Por ejemplo, Carmen. Puedo contarte que fue hija de una de las mejores cantaoras del Campo de Gibraltar...

—Tenía el pelo rizado y unos ojos muy bonitos —prosiguió Noa—. Le gustaba que la llamara abuela.

Nuriam vio cómo los ojos de Noa, congelados, se perdían y miraban hacia dentro sin necesidad de rotar, una mirada hacia el alma, directamente hacia su memoria, que la surtía de imágenes claras e importantes.

—¿Cómo era, Noa?

—Era divertida y alegre. Y para mí, muy guapa —sonrió—. Era una señora muy buena que nos ayudó mucho. Estaba empeñada en que yo me tenía que salvar.

—Eso es cierto. Gracias a ella, entre otras cosas, estás hoy aquí. Fue la que promovió junto a Paloma, tu madre, que regresaras.

—Yo creo que Carmen lo quería mucho —Noa seguía como hipnotizada, inmersa en los recuerdos.

—¿A quién? ¿Al vagabundo?

—Carmen quería mucho a Pizco. Era..., no recuerdo bien la palabra, su..., su... pellizco. ¡Eso es! ¡Pellizco en el corazón!

—¿Los viste juntos alguna vez?

—No. Sé por mi madre que ella se escapó una tarde para pasar la noche fuera del hospital. A mí me engañaron y me dijeron que no se podía salir de la habitación lunar.

—Lo hicieron por tu seguridad, Noa. Estabas muy débil entonces.

—Y Carmen, ¿dónde está? ¿Murió como mi madre?

—Carmen era mucho mayor y estaba enferma. —Nuriam se acercó a la cama y se sentó en una silla más próxima—. Murió unos meses después que tú, y aunque tu viaje fue su mayor alegría, la desaparición debió afectarle. Lo buscó y buscó hasta el final.

—Carmen tenía una amiga. Era su vecina, se llamaba Pilar y siempre estaba con ella. También era mayor. —Noa se mordió el labio porque presintió que toda la lista de nombres caerían bajo el tachón del deceso.

—No tenemos constancia de que Pilar muriera. Según todos los registros, es posible que aún viva en la casa que tenía bajo la de Carmen. Eso me ha dicho la Policía. Han intentado ponerse en contacto con ella, pero no han podido. Ahora debe ser una mujer muy mayor. Tiene... —la psicóloga hizo la cuenta— noventa y tres años.

—Tengo que hablar con ella —dijo la niña.

—Lo estamos intentando, Noa, pero será necesario que alguien vaya a la casa.

Noa volvió de su mirada ensimismada y buscó los ojos de Nuriam.

—Yo quiero ir, pero no me dejáis. Morí en una habitación encerrada y sigo encerrada. Llevo más de treinta años encerrada en un sitio que tampoco me queréis enseñar, pero no os dais cuenta de que he vuelto por esto —Noa elevó la voz y, por primera vez, mostró una emoción redonda y perfecta, su pecho se agitó y su respiración se aceleró: la compleja naturaleza de Noa funcionaba como un reloj.

—Yo no te estoy diciendo que no a ese viaje. Tenemos que evaluarlo todo.

—¡Esto es importante!

—Lo sé.

—Mi madre está muerta. No estoy aquí esperando a nadie. Lo que tú no entiendes es que, para mí, estamos a solo unos días de que alguien matara a Pizco delante de mis ojos. Ya no puedo avisar a ninguna de ellas —los nervios anticiparon el sollozo—, pero al menos puedo contárselo a alguien que estuviera allí conmigo, Pilar, por ejemplo, alguien que estuviera allí y que pueda estar relacionado. ¡Escúchame!, isabes que tengo razón!

La psicóloga controló una respuesta afirmativa, aunque pensó que tenía razón y que la continuidad de su vivencia era imprescindible, pero no podía prometer que viajaría hasta su último escenario.

—¿Hay algún nombre más? ¿Algo con lo que pueda seguir pensando, al menos, desde esta cárcel en la que me tenéis metida? — Incluso en los reproches, Noa era dulce e incapaz de ser hiriente. Su ira era la de un gato que lanza la mano sin sacar las uñas.

—No seas agresiva conmigo, Noa. Yo estoy de tu parte —dijo la psicóloga calmada y, sin demostrarlo, dolida por no poder entregarle el sí que merecía.

—Lo siento. —La nobleza de Vanesa se hizo hueco a través de las grietas del tiempo—. Sigo nerviosa. Sé que esto no termina aquí. Algo me hace sentir que debo estar allí, que debo regresar a ese lugar para recuperar ese momento. Nuriam, creo que mataron a ese hombre a golpes. ¿No crees que merece la pena intentarlo? ¿Y si tengo razón?

La psicóloga recordó el rostro del vagabundo apaleado años antes de su desaparición en Cádiz, lo imaginó limpio de moratones y sangre, con sus ojos verdes brillantes, de la mano de una mujer de pelo rizado cuya risa se mezclaba con el viento que venía del mar. Imaginó a Noa, a Vanesa, caminando con ellos en esas playas que había visto en sus búsquedas. La costa del Estrecho, que según los últimos estudios había perdido su forma, pero no su cálido amarillo. Comprendió que Noa necesitara regresar, aunque solo fuera para pisar ese lugar que la devolvería definitivamente a la tierra.

—Voy a pedirlo hasta agotarlos, Noa. Creo que debes ir. —La psicóloga se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta, pero un paso antes de abrirla se paró para recordar los nombres que la niña había pedido—. No sé si esto te servirá, pero hay dos nombres más, dos hijos. —Noa giró de forma brusca la cabeza para mirarla—. Darío, el hijo de Carmen, y una chica llamada Malena, hija de Pizco. He podido localizarlos por sus apellidos. Ambos viven en Madrid. Con ella he tenido dudas porque no conserva su nombre de niña, pero creo que sé dónde está. ¿Llegaste a conocer en Tarifa o en Algeciras a una chica llamada Magdalena?

La trucha se le resbaló entre las manos como si aún estuviera viva. Tuvo que atraparla hasta en dos ocasiones después de que saltara hacia el desagüe del fregadero en un falso conato de huida. Magdalena la agarró fuerte con la mano izquierda y, con precisión de cirujana, clavó la tijera en su vientre y la rajó unos seis centímetros. Soltó la tijera y la apretó con ambas manos hasta hundir el pulgar derecho en la carne para sacarle las tripas. Rememoró la hendidura en la carne propia y el dolor caliente e instantáneo como si fuera hoy cualquier noche de aquellas en las que una pequeña cuchilla le dio aire y paz. Un recuerdo perfecto que ya se había quedado frío en la memoria pero que se resistía a desaparecer. Pasó la trucha por el agua del grifo y los pequeños restos de sangre y vísceras salieron del espacio abierto para dejar la carne brillante, preparada para el fuego.

Esa limpieza casi esmaltada le recordó a la suerte blanca que tuvo el día que conoció a Mateo en Tarifa. Un amante del *kitesurf* que, después de pasar el mes de agosto de 2017 en el pueblo, decidió que regresaría a Madrid con la chica de la que se había enamorado. Una chica difícil, sí, «pero no pude elegir. Me atrapaste», solía recordarle. Magdalena preparó la trucha y le introdujo una tira de jamón en la tripa. Le gustaba la salazón de la carne con el sabor del pescado. Una mezcla de tierra y agua, como eran Mateo y ella. Y se vio en la casa de Madrid, aterrada por la posibilidad de tener hijos, a la vez que comprendía que el hombre que tanto la amaba tenía sus razones y que todas eran buenas. Cómo aprendió a confiar más en lo que él sentía que en lo que ella pensaba. Porque era de él el acierto de mirar en positivo lo que estaba por sucederles, el de reírse de sus sombras y hacerlas pequeñas, y el de ser padres juntos. Y lo fueron. Para terror

de ella, que solo sintió dolor y miedo al tenerlos, porque ser niño era en el fondo de su mente un acto peligroso. Menos mal que fueron niños, dos varones, con una diferencia de tres años, nunca tuvo claro si hubiera soportado ver crecer a su lado a una niña. Quizás habría sido una tarea más exigente y traumática, pero es posible que la hubiera sacado adelante con un padre que con sus dos hijos fue siempre cariñoso, atento y protector. Un padre presente y amoroso que suplió con todo su cariño el que en ella se veía apagado, como acorchado en su centro.

Ahora, echó la trucha al fuego, uno de ellos ya está lejos de casa, trabaja en otra ciudad y llama cada vez menos; el otro sigue estudiando y no encuentra trabajo, pero está ahí, siempre cerca. Es el que más se parece a ella, y la trucha es para él. Magdalena abrió la ventana para lanzar los humos del pescado fuera de la cocina. Había aprendido a limpiarse, como si ella misma fuera esa trucha, pero a ratos vuelve Malena, que siempre se quedó en su nombre, aunque lo cambiara para que su tía o cualquier conocido no pudiera localizarla fácilmente cuando se marchó a los pocos días de cumplir los dieciséis. Mateo lo quiso recuperar cuando ella se sintió mejor: «¿Por qué no te gusta llamarte con tu nombre de nacimiento?». «No me gusta y ya está», respondía siempre seca. Porque nunca se lo contó, ni le dio explicaciones de las marcas que tiene en la entrepierna, ni de las circunstancias de la muerte de sus padres, porque Mateo es solo viento que empuja y no quiso dejar que las malas tormentas regresaran. Tenía derecho a ser injusta. «Si no te gusta tu nombre, lo cambiaremos de forma definitiva», le dijo un día, en un pacto silencioso y de silencio. Y así lo hicieron. Él, sin saber lo que hacía pero sí su porqué, y ella, que por fin pudo dejar a Malena en la esquina de un formulario, a los pies de los nombres de Clara y Santiago.

La tira de jamón saltó dentro de la trucha y la movió de nuevo como si hubiera recuperado el aliento. Magdalena se apartó de forma brusca y cerró los ojos para evitar que el aceite la quemara. Bajó el fuego y miró el reloj de la cocina. Aún quedaba media hora para que su hijo llegara a comer, decidió que serviría la trucha en un plato y la cubriría con papel de aluminio para que guardara el calor. Iba a agacharse para sacar el rollo del último cajón cuando sonó el timbre. Como los animales que crecen rodeados de depredadores, sintió una

alarma exagerada, un disparo de adrenalina. Apagó el fuego del todo y se limpió las manos en el mandil, se lo quitó despacio hasta oír el segundo timbrazo. «No pasa nada, Magdalena —se dijo—. No pasa nada, tranquila, Malena.»

Se acercó a la puerta para echar un vistazo por la mirilla a la vez que preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy Nuriam Pascuzzo, psicóloga de los laboratorios Alcor, y vengo acompañada de alguien que quiere hablar contigo.

Magdalena solo pudo ver la frente de lo que parecía una niña por su estatura y la sombra de la mujer que hablaba y de dos hombres que estaban detrás de ellas.

—No te asustes —dijo la niña—. Déjanos entrar o no podremos hablar. Vengo desde Estados Unidos para hablar contigo. Tengo información sobre tu padre.

Magdalena se apartó de la puerta como si quemara y respiró dos veces mientras los ojos se le movían de un lado a otro. Estaba muy alterada y le costaba pensar.

—Dadme un minuto —respondió.

Se alejó por el pasillo y regresó con el pelo mojado a la altura de las sienes y la cara sonrojada. Abrió la puerta y allí estaba, pegada a la puerta, flanqueada por los tres adultos que la protegían como si fuera un tesoro. La niña tenía los ojos muy azules y una mirada líquida, su ropa parecía la de una secta, de color vainilla, igual que la que lucían sus acompañantes. Estaba pálida pero parecía sana. Por la actitud y la postura, Magdalena dedujo que los hombres eran sus guardianes y la mujer, una especie de tutora.

—No te asustes —le dijo la niña—. Ahora te explicaré todo.

Los graves de la voz de Noa aparecían como empujados por olas de madurez incipiente. Su aspecto estaba en ese terreno intermedio entre el estallido y la contención, con su pelo lacio y la tersura grimosa de una piel particularmente transparente. Magdalena pensó que esa niña era lo más parecido a un ser mágico que había visto en su vida.

—¿Podemos pasar, Magdalena?

Ella asintió. La fascinación superaba en mucho a la desconfianza. Además, era la primera vez que oía hablar de su padre en las cuatro últimas décadas. Los invitó al comedor y les ofreció agua fresca. Ellas

se sentaron a la mesa y los hombres se apostaron en la ventana del balcón, lo suficientemente cerca para actuar y lo suficientemente lejos para otorgarles intimidación.

—Son muy profesionales —dijo la niña entre risas. Miró a Magdalena con una ternura que parecía tener siglos.

La niña de ojos de vidrio le hizo recordar muchas miradas de Clara, su madre, mientras la mecía y jugaba con ella a que aún era su bebé. «¿Desde qué lugar extraño me habla esta niña?»

—¿Cómo es tu vida, Magdalena? ¿Eres feliz?

La psicóloga sonrió con un orgullo maternal por la pregunta que la niña eligió para comenzar esa conversación.

—Mejor, si no te importa —dijo amable Magdalena—, explícame quién eres tú.

—Soy la niña que ha despertado.

Nuriam hizo el ademán de continuar el discurso, pero prudentemente cerró la boca a tiempo y dejó continuar a Noa.

—Soy la primera niña resucitada.

—Algo he oído —respondió torpe Magdalena, exteriorizando el *shock* que le producía tal afirmación.

—Soy la niña... —Noa dejó la frase colgada en el aire y se acercó a la mesa para aproximar sus manos a las de Magdalena.

Esta tomó el relevo al que la invitaba:

—... que se llevaron del hospital de Algeciras para criogenizarla en Estados Unidos. Eso pasó cuando yo aún...

—... tú aún estabas allí.

—No puedes ser tú. Es imposible.

—En el sentido estricto, es posible, aunque a mí también me parece un poco irreal. —Noa se pellizcó la mejilla para dar cuenta de su carne viva.

Nuriam celebró de nuevo su inteligencia y sabiduría. El tiempo le seguía demostrando que Noa creció durante los años que pasó durmiente y muerta.

—Soy yo y te lo puedo demostrar porque creo que conocimos a personas comunes. ¿Recuerdas a una mujer llamada Carmen?

Magdalena arrugó el ceño en señal de concentración.

—¿Y a Pilar?

—Pilar, no —dijo rápidamente para centrarse en el recuerdo que acababa de atrapar y que podía perder si otro pensamiento se cruzaba inesperado—. La tal Carmen sí me suena. ¿Era la hija de una cantaora?

Noa movió la cabeza en señal de afirmación.

—Lo sé porque siempre venía a buscar al vagabundo. Alguna vez me habló. Era amable, me pedía agua. —Magdalena se acomodó en la memoria, que era cada vez más sólida y concreta, como una lámina de dibujo que se fuera llenando de figuras, colores y volúmenes—. Sé que rondaba la terraza casi cada día y, ahora que lo pienso, ¿no fue ella la que tuvo que ver con lo tuyo? ¿No vendió su casa para ti? Creo que fue un escándalo en el pueblo, aunque en Tarifa se escandalizaban por cualquier caso.

Noa percibió su amor por aquel lugar. Un cariño que quizás no hubiera demostrado hasta ahora porque ella misma se sorprendió.

—Tienes muy buena memoria, Magdalena, porque efectivamente, vendió su casa para poder ayudarme y me sigue ayudando aún. Fue muy previsora y generosa. Tuvo mucha... fe.

—Parece que no se equivocó, por mucho que la criticaran entonces.

—Así es —añadió Nuriam, que se mantenía en un discreto segundo plano para observar a la niña y a la mujer que vivieron cerca en un mismo tiempo que solo se detuvo para una.

—Ahora que me crees y que parece que empiezas a recordar mucho más de lo que esperaba, te haré una pregunta algo más compleja: ¿recuerdas en ese tiempo a tu padre, Magdalena? —Ella le devolvió una mirada perpleja e huidiza—. ¿O mejor te llamo Malena para hacerte esta pregunta?

Magdalena se sintió agredida al instante y dejó de ver ternura en esa niña, ahora egoísta e insolente. Estaba a punto de levantarse para invitarlos a que abandonaran su casa cuando Noa continuó con la fuerza e intención de un campeón de esquí cuando encara una pendiente que lo llevará hasta el final del valle, sin ninguna intención de frenar.

—Tú te sentiste abandonada por tu padre, Magdalena, pero nada más lejos de la realidad. Tu padre siempre estuvo cerca de ti, al menos los últimos años de su vida.

La cara de Magdalena se tensaba entre mueca y mueca y saltaba del asombro a la perplejidad y a la incredulidad sin control, perdida, con toda su emoción a merced del caos que esa información suponía para las estructuras mentales que la habían soportado más o menos sana y cuerda.

—Pero ¿qué dices? ¡Estás loca, niña! Puede ser que hayas vuelto, pero lo que dices te convierte en una chiflada. Creo que os deberíais ir de mi casa.

Nuriam decidió que era el momento de intervenir:

—Magdalena, yo fui la primera que investigó todo lo que te contamos, con la Policía española. No te hablamos de impresiones, sino de información contrastada. Sabemos que tu padre no pudo soportar el no haber estado a tu lado en los momentos más duros de tu infancia. —La psicóloga recogió las manos en un gesto de privacidad y confianza—. Tu padre no se perdonó el no haber reaccionado. Ni siquiera la muerte de Simón en la cárcel —Magdalena llevaba años sin oír ese nombre en boca de otros, aunque ella lo recordara casi a diario —, ni siquiera eso le dio paz. De hecho, y para serte sincera, no tenemos claro que se enterase de ello aunque ocurriera no demasiado tiempo después de su encarcelación. ¿Tú sí te enteraste?

Magdalena asintió y la terapeuta pudo comprobar que había adoptado una postura corporal que correspondía más a una niña asustada que a una mujer. Había juntado las rodillas y las apretaba la una contra la otra, tenía los hombros adelantados y en el hueco de esa curva escondía el pecho y, en parte, la mirada.

—Entonces, Mag..., si no te importa prescindiré de los nombres, entonces, tú, ¿no recuerdas a tu padre en esos años en Cádiz?

La cabeza de Magdalena se movió de un lado a otro. Nuriam tuvo la impresión de que con ese balanceo y con la vista perdida intentaba comprender la desolación de Santiago y la rabia que debió sentir.

—Pues yo sí sé qué le pasó a tu padre. —Nuriam fue muy rotunda y, con una elevación del torso, llamó la atención de Magdalena, que la siguió en busca de la información y, sin pensarlo y desde la carencia, dijo:

—Yo también lo sé. Lo que pasó es que se fue. Que vino un día a mirarme de lejos cuando aún estaba con mi tía y que se marchó. Eso fue lo que pasó realmente.

—Lo siento, Magdalena, pero eso no es verdad. No se fue. Escucha bien lo que te estoy diciendo: estuvo a tu lado siempre.

—Hasta el día en el que morimos los dos —intervino Noa.

—Recuerdo tu muerte porque nadie hablaba de otra cosa esos días en el Campo de Gibraltar. Mi padre nunca se me acercó en aquellos días...

—¿Estás segura? Piénsalo, Magdalena. En esta conversación ya lo has mencionado. Antes de decírtelo, ya has hablado de él.

Magdalena respondió con la expresión de una mujer que cayese al vacío.

—¿No has mencionado a un vagabundo llamado Pizco?

Necesitó más de cinco minutos para encajar algunas piezas. Salió del comedor y se fue al baño a lavarse la cara por segunda vez en la última media hora. Su hijo estaba a punto de venir a comer. La trucha. La imaginó seca, porque para ella habían pasado más de treinta años aunque solo fueran minutos. La fritura le parecía parte de otra vida. «Mi padre era gordo —masculló—, mi padre era gordo.»

Cuando regresó, la niña, la mujer que ahora le hablaba y los dos hombres estaban en la misma posición que tenían desde que llegaron.

—Te siguió en silencio —retomó Nuriam—. Primero hasta Cádiz, cuando abandonaste la casa de tu tía sin haber alcanzado la mayoría de edad. Durante ese tiempo estuvo cerca, pero solo a rachas, porque fueron los años de su bajada a los infiernos. De esa época sabemos poco, pero sospechamos que, deprimido, entró de lleno hasta el fondo de la vida callejera, drogas, alcohol... —Nuriam hizo una pausa y bebió agua de una pequeña botella que llevaba en una bolsa—. Como te decía, sabemos que te siguió hasta Cádiz porque allí dos chavales le dieron una paliza y fue recogido por la Policía e identificado como Santiago Melenchón. —Magdalena tragó saliva—. Cuando tú te mueves a Algeciras, él, muy afectado por esos años de descontrol y dañado físicamente, te sigue, pero decide asentarse en el lugar en el que más puede observarte, Tarifa, mientras tú...

—Yo trabajaba en una terraza al aire libre.

Magdalena no necesitó más argumentos para zambullirse en ese otro tiempo con los ojos cerrados. Vio la plaza y las bandejas llenas de comida, vio sus pies saliendo del bar, cargada y con prisa, y a lo lejos, el vagabundo sentado en el banco que estaba delante de La Casa de la

Favorita, sus manos devolviendo el platillo de la vuelta y, a lo lejos, de nuevo, la figura del mendigo sentado en los escalones del portal en que dormía. No tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar sus ojos, único signo dentro de aquella desintegración de quien fue, por el que hubiera podido reconocerlo. Recordó cómo la miró de cerca el día del perro y la agresión de aquellos chicos. Cómo la defendió sin decir palabra...

—Si hubiera hablado, habría reconocido su voz —dijo Magdalena en alto.

—Esa ha sido precisamente la característica que nos ha ayudado a encontrarlo: el vagabundo mudo. No hubiéramos podido localizarlo de no ser por esa decisión de tu padre de dejar de hablar en algún momento de su vida. —Nuriam decidió avanzar—. Pues tu padre en esos días, en los días en los que Noa fue noticia...

—Estaba en los alrededores del hospital de Algeciras —Magdalena respondía desde una especie de hipnosis autoinducida—. Lo sé porque el camarero con el que trabajaba me lo contó. ¿Y qué pasó? ¿Por qué, si siempre quiso estar a mi lado, se volvió a marchar?

—No se fue. —Noa se precipitó y lo soltó a bocajarro como si no pudiera sujetarlo ni un segundo más—. A tu padre lo mataron a golpes esa noche. Yo lo vi, y sé quién lo hizo. Lo vi desde mi ventana, pero antes su asesino estuvo en mi habitación. Creo que lo mató para hacer daño a su madre, fue su venganza por elegirme a mí y no a él. Lo hizo por miedo, por celos. Lo hizo por mí.

Magdalena miró a Noa sin apenas pestañear. Algo le cuajaba dentro como si engordara.

—¿Estás segura de eso?

—Absolutamente. Darío López mató a tu padre a golpes como un animal la noche en la que yo también me fui. Si tienes dudas, podemos preguntárselo a él mismo. Darío vive en Madrid.

—Pero... ¿cuántos años tiene?

—Es un hombre de unos setenta años, pero los setenta de antes. Quiero decir que es un anciano, alguien muy mayor.

Magdalena no permitió que nadie la acompañara. Quedó con Noa en verse en un par de días en Tarifa. La niña visitaría a Pilar, y ella,

como le correspondía, a Darío. Tenía claro que la Policía no haría nada por un vagabundo al que nadie encontró si la única pista era la memoria de una niña criogenizada durante más de treinta años. Darío era un hombre que dormía con la muerte, pero con el confort y el olvido de todos, y a eso había que sumar que, en realidad, lo que quienes rodeaban a Noa deseaban era que la única niña resucitada de la Tierra dejara de buscar entre papeles viejos y se dedicase a iniciar una nueva vida.

Darío vivía en un edificio colmena a las afueras de Madrid. Un piso pequeño y perdido del mundo en el que un día habitó. Magdalena miró su buzón. Eran las siete de la mañana y un pequeño golpe de sol estallaba contra los cristales de ese enjambre de colores que eran las terrazas del inmueble con forma de C. El buzón estaba repleto de cartas, lo que hizo sencilla su localización a pesar de la enormidad de ese portal. Magdalena subió hasta el piso por las escaleras, era un segundo, y sin dudarle, llamó. Era temprano, aunque nunca es tarde o temprano para lo que ella venía a hacer. Era solo la hora. Esa que llega. Tuvo que llamar hasta cinco veces. Supuso que el habitante de la casa dormía a pesar de los ruidos extraños que nacían tras la puerta, como si arrastraran neveras y congeladores por el suelo e hicieran con ellos profundos surcos en el parqué. A los cinco minutos de una espera calmada como la propia mañana, «es raro que esté tan tranquila», pensó, Magdalena sintió la presencia de Darío al otro lado de la puerta, un sonido a flema traspasó la mirilla como si el escupitajo pudiera tocarla.

—¡La casa es mía! —gritó él—. ¿Qué quiere y por qué está aquí? Es mi casa y vivo como quiero —volvió a gritar antes de entornar la puerta.

El olor que salió de esa guarida parecía el de mil cadáveres amontonados. Magdalena no logró ver el interior entre las montañas de trastos viejos, bolsas de plástico y desperdicios que rodeaban al pequeño hombre que gruñía mientras sujetaba la puerta. Darío era una especie de colgador de perchero, la curva de su espalda lo había retorcido de tal forma que parecía una gárgola. Él la miró desde abajo y pestañeó para intentar reconocerla.

—¿Es usted policía?

—No.

—¿Y qué quiere entonces? —volvió a gritar como esos perros pequeños que ladran muy fuerte—. ¡Vivo como quiero! Estas son mis cosas.

Magdalena echó otro vistazo a la habitación. Había miles de revistas acumuladas en torres. Recortes en las paredes. Restos de comida y posiblemente ratas entre ellos. Sintió una náusea que le recordó a los nervios de muchas noches que deseaba olvidar. Darío se percató de su interés e hizo el ademán de cerrar la puerta. Ella se lo impidió y lo empujó para que entrara. Darío cayó sobre una montaña de bolsas apiladas.

—¿Qué quieres?

Ella se quitó la chaqueta y se la llevó a la cara para no tener que respirar ese aire podrido.

—Supongo que esto es lo que hace el mal, pudrir a quien lo soporta —dijo ella.

Darío rio. Entre sus muchos recortes en las paredes, Magdalena pudo ver fotos y portadas de Carolina Arjona, la que fue niña de las estrellas.

—He recibido la visita de Vanesa, la niña resucitada. Sabes quién es, ¿verdad?

Darío intentaba levantarse del suelo, pero volvía a caer como escarabajo que no pudiera volcar.

—Otra puta niña de las estrellas, supongo —respondió. La risa pastosa le removió el pecho que parecía deshacerse en cada tos.

—La niña le vio, Darío. La niña le vio esa noche en Algeciras.

Por un momento, el viejo dejó de moverse y su cara se transformó en la del perro que Magdalena vio esa tarde acorralado.

—Que vio ¿qué? —dijo desde la arrogancia y el enfrentamiento. Logró medio incorporarse porque la sensación de importancia le devolvió la respiración y la vida.

Magdalena tuvo que levantar el pie al sentir el movimiento de un animal pequeño revolviéndose en el suelo.

—Le vio matar al vagabundo...

—Yo no he matado a nadie, vete de mi casa.

—A golpes...

—¿Te parezco capaz de matar a alguien a golpes —dijo él desde una soberbia arrogante y maligna—, con este cuerpo que es como una

mesa rota?

—No me intente confundir. Hablamos de algo que ocurrió hace más de treinta años.

—Por eso, ¿qué vas a saber tú?

—Ella lo sabe. La niña lo sabe y yo la creo.

—Pues mejor. Sepa lo que sepa, mejor, —El animal rabioso que dormía dentro de Darío la miró a los ojos.

—Usted no sabe quién soy, pero si lo supiera, ahora tendría miedo.

—¿Y por qué tendría miedo de una mujer como tú?

—Porque quien se ha hecho tanto daño no teme al dolor de los otros.

—¿Y crees que yo le temo al dolor?

Magdalena volvió a mirar el aspecto de esa casa vertedero.

—¿Podría decirme al menos dónde está?

—¿Quién? —respondió él.

—El vagabundo.

—Mira a ver si está entre las bolsas de aquella esquina —soltó desde una carcajada podrida.

Magdalena tuvo la tentación de pegarle una patada.

—Estará por ahí —continuó él—, en alguna calle de España, dando tumbos, como estamos todos...

—¿Lo tiraste al mar?

—Comida para peces —rio él—. Lo has dicho tú, lo has dicho tú —canturreó mientras elevaba los brazos.

Magdalena vio cómo disfrutaba. Por su cabeza pasaron muchas noches de sudor y sed, muchas lágrimas y tormentas. Pensó que sería fácil quitarle la vida sin que nadie se diera cuenta, ni siquiera él. Pero entonces pensó en Noa y en Mateo y en sus hijos, y supo que ya no quería ser Malena, y que, quizás, ese era un buen sitio para dejar todo lo que apestaba en su pasado. Reconoció en Darío el mal al que había mirado algunas veces a los ojos, aunque aprendiera a evitar el contacto visual y a mirar incluso hacia dentro cuando Simón la obligaba a poner su mirada también a su servicio. Vio en el cuerpo desvencijado de Darío el cuerpo de Simón, tan retorcido y convulsionado, y se le tensaron los músculos. Confundió su maldad con todas las maldades e imaginó a su agresor esa mañana de sol en el patio de la cárcel cuando

sus propios compañeros le asestaron dieciocho puñaladas. Todas por ella, Malena. «Todas por mí.»

—Sería fácil —le dijo mientras lloraba consolada, con la sensación de que se desnudaba para dejar sus miserias, esas que tanto le habían pesado, en las ruinas de aquel hombre—. Sois todos iguales.

—¿Quiénes, querida? —respondió él con cierta sorna.

—Los que os despertáis con un sabor amargo en la boca y sois capaces de todo para satisfacer a ese dragón loco que lleváis dentro.

—Si no te importa, mientras me das la charla, ¿me podrías recoger un poco la casa? —Darío se retorció de risa de nuevo en el suelo. Había vuelto a sentarse entre los desperdicios mientras ella hablaba.

—¿Me provocas? —le tuteó. Olvidó su ancianidad y lo imaginó joven, vigoroso y letal.

Él siguió riendo. Ella, sin embargo, cada vez menos rabiosa, cada vez más controlada y sabia, se dio la vuelta y se acercó a la puerta. Antes de marcharse, miró al exterior para respirar un poco de aire limpio y le dijo:

—Mereces estar en un saco y recibir decenas de golpes para saber cómo se sintió él, pero, por otra parte, ¿sería tan fácil? Has estado demasiado acostumbrado a manipularlo todo, a diseñar cualquier cosa que pudiera ocurrir aunque fuese, incluso, perjudicial para ti, solo te ha importado ganar, presumir en tu soledad. Pero no seré yo quien te regale ese alivio, ni hoy ni ningún otro día. Vanesa, ahora Noa, está viva y feliz. Carolina Arjona seguro que también.

La risa de Darío, aunque continua, se nubló.

—Y yo, sin saber nada de esto ni de tu existencia, he sido capaz de levantar una vida llena y preciosa, después de haberme cruzado con otro como tú. La verdad es que te miro y lo único que pienso es que tengo mejores cosas que hacer.

—¿No vas a hacer nada? ¿En serio serás capaz de irte sin terminar lo que has venido a hacer? —Darío hablaba con una voz mucho más limpia y joven—. Eres tan sencilla y previsible, pequeña niña valiente y dolida a la que cualquier medio tío dejó maltrecha. —Pareció suplicar un final.

—Morirás pronto, Darío. No te preocupes. Te asfixiarás solo cualquier mañana, se te parará el corazón en medio de estas montañas de basura, gritarás agarrándote el pecho con un sonido sordo y

afónico, te desgañitarás sin que nadie pueda socorrerte. En ese momento, estarás completamente solo. ¿Cuántos años llevas así? Completamente solo. No habrá ningún amigo, ni amor, nadie estará contigo, y todo lo que has hecho se revelará como una maldición. Ya te darás cuenta, aunque es posible que ya lo sepas y que vivas rodeado de cosas porque no soportas el vacío que está acabando contigo. No mereces la pena, Darío. Yo no tengo nada que hacer aquí, aunque ahora no te des cuenta. Por lo que veo, y así se lo contaré a Noa, tú ya has vengado lo ocurrido. Te has enterrado a ti mismo, tal y como debía pasar y sin la intervención de nadie. Al final, y eso sí ha sido decepcionante, no me has parecido tan listo ni brillante. Eres vulgar, otro pedazo de mierda entre tanta basura, otro trozo de carne maloliente que se pudrirá con los otros restos. Acuérdate de mí el día que te caigas en la ducha, o se queme la casa, o dejes de respirar. Lo digo para que tengas al menos una cara familiar a la que aferrarte. Dicen que en la muerte siempre ayuda...

Magdalena pensó en Noa y en lo retorcido de esta historia en la que el recuerdo de aquel hombre que podría no haber nacido para bien de todos la mantuvo a ella, de alguna forma, viva dentro de una muerte suspendida.

Salió de la casa en busca del viento que se llevara ese olor que se le había fijado en la ropa. Sonrió porque supo reconocer sin vergüenza ni culpa que la podredumbre de aquel hombre la había hecho feliz. Con eso sería bastante. El mal para el mal. Y lo justo, solo para los justos.

El camino de la isla de Tarifa estaba vacío a esa hora de la tarde. Un viento húmedo y desapacible había ahuyentado a los visitantes, que buscaban abrigo sin el envite de un aire que parecía buscar pelea. Era una tarde violenta, y ese lugar, frontera de dos mares, era ventoso incluso en días de calma, y en horas de climatología adversa se convertía en un espacio de desafío más que de recreo. Noa estaba de pie en el punto central del camino, entre las playas y las rocas que lo enmarcaban y la entrada de la fortaleza de la isla de las Palomas. Miraba alternativamente de un mar a otro, sacudida por el viento que la balanceaba y atacaba como si quisiera derribarla.

Magdalena salió del coche y la divisó sin problema. Era como un pequeño faro en medio de un pasadizo extraño, una representación visual de lo que acababa de atravesar en esos años detenidos, en los que Magdalena la imaginaba flotando dentro de un bidón, como una medusa en el pequeño espacio de una botella. Comenzó a caminar hacia ella y necesitó cerrar la cremallera de su cazadora porque la humedad del aire le mojaba la piel. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que vio a Darío cara a cara y lo dejó allí, rodeado por sus miserias. El zumbido del aire ocultó su llegada, y al tocar a Noa, la niña dio un respingo como si un fantasma la avisara de que era la hora de despertar.

—Magdalena, no te he oído llegar.

—No me extraña. No es este precisamente un sitio para conversar. ¿No tienes frío?

La niña con ojos de anciana la miró y negó con la cabeza.

—No quiero saberlo —dijo de golpe.

Magdalena llegaba dispuesta a relatarle con detalle su encuentro con Darío, pero supo al instante que la decisión de Noa era la mejor. La niña había apagado el fuego de su curiosidad para encontrar por fin cierta paz.

—Pues si no quieres, no te lo contaré, aunque no ha pasado nada...

—No lo quiero saber —insistió ella cortante y firme—. Sea lo que sea, es demasiado íntimo. Si a ti te ha satisfecho, a mí también.

Magdalena se miró las manos, como si una parte de su alma buscara restos de sangre entre los huecos de sus dedos, y pudo sentir la tranquilidad de la indiferencia y el paso del tiempo.

—No hace falta, Magdalena. Tú sabes que no. Es una historia acabada y deberíamos dejarla ir ya, como el mar. Estoy cansada.

—Yo también, Noa.

Las dos se dejaron mecer por un brisa caliente que se había abierto paso entre los golpes del viento furioso. Una gaviota planeó sobre ellas y sus cabezas.

—Aquí siempre ha soplado mucho el viento, ¿sabes? —dijo Magdalena.

—Lo sé. Antes de venir, al citarme aquí, me he informado. He querido saber por qué querías que fuese este el lugar y no otro.

—Es especial para mí. Recuerdo bien haber pasado muchas tardes mirando al Atlántico y al Mediterráneo aquí mismo. Sentada un día mirando a uno, y la tarde siguiente, al otro. Como si pudiera vivir en dos mundos sin tener que desplazarme ni un solo metro. Me gustaba esa sensación y todavía me gusta —dijo Magdalena mientras miraba la cresta picuda de las olas en los dos mares—. La vida ha cambiado mucho en el Estrecho, o eso dicen los que viven aquí, pero hay algo que no ha cambiado para mí. Es un lugar en que parece que el viento mantiene la vida suspendida, como si todas las personas que hemos querido estuvieran acostadas sobre el mar.

—Cuando desperté con el recuerdo de lo que le había pasado a tu padre no pude dejar de buscar e investigar, y en estas horas, de camino por las plazas y los bares el pueblo, he hablado con algunas personas que lo recordaban. Me han contado que cuando llegó al pueblo vivió allí, en el castillo de Santa Catalina. —Noa se dio la vuelta y le señaló una construcción nueva con aspecto renacentista, una construcción en decadencia y abandonada—. Es una copia de un castillo italiano, ¿te

gusta? —Magdalena asintió—. Cuentan que en él, cuando fue abandonado como observatorio, se instaló un hombre con sus tres perros y que Pizco empezó a vivir con él. Fue su refugio cuando te seguía la pista por el Campo de Gibraltar.

—Un rey triste dentro de su castillo. —Magdalena se volvió y le dio la espalda a la isla.

Miró al balcón del castillo y allí estaba Pizco, con el pelo revuelto por el aire y los ojos entrecerrados para evitar el sol y la arena. Los mechones de pelo le parecieron banderas e imaginó un paisaje lleno de matorrales y nubes para él. Lo miró para buscarle los ojos, y la imagen de su padre le devolvió la mirada verde desde la lejanía. Magdalena sintió que la cuidaba en la distancia, que siempre fue su vigilante y que, por mucho que lo hubiese sufrido, nunca estuvo tan sola como pensaba. Su guardián a sotavento.

—Creo que fue un buen hombre, Noa. Me pregunto si quedará algo de él en el mar, parte de su ropa, no sé, me resulta más fácil imaginar que está suspendido dentro del agua como...

—Como estuve yo —finalizó Noa.

—Sí. Como tú. —Magdalena la abrazó con la intención de calentarla.

—Anoche leí también que hace seis millones de años África e Iberia se unieron y se cerró el paso al Mediterráneo. El mar que ahora vemos estuvo completamente aislado. Cuando eso ocurrió, empezó a secarse y descendió unos 1500 metros, ¿te lo imaginas? —Noa miró al mar que le quedaba a la izquierda y sonrió—. Me imagino aquí, en este mismo camino, parte de esa tierra conectada, más ancha, y miro hacia la profundidad del arco de Gibraltar como si fuera un precipicio que acabara en una cuenca rellena con un moribundo pequeño mar de sal. —Noa dejó que ambas se empaparan de los sonidos del Mediterráneo—. El tiempo no lo cambia todo, Magdalena. Creo que es la única conclusión a la que he llegado. Lo accidenta y desequilibra, pero hay flujos que se mantienen, que se van pero luego vuelven...

Magdalena volvió a mirar al balcón y después miró a Noa y pudo ver en ella la llegada de centenares de barcos fenicios a otro puerto. La niña estaba a punto de emprender la colonización de su nueva vida. Estaba preparada. Magdalena se acercó aún más y le besó la coronilla.

—En algún momento —prosiguió Noa, que parecía un oráculo en el repaso a miles de años de fenómenos geológicos—, el Atlántico volvió a rellenar el Mediterráneo. Fue la mayor inundación de la historia de la humanidad. Una especie de canal megarrápido que erosionó los fondos y los grabó para siempre por el ímpetu y la brutalidad de las aguas. —Noa aceleró su discurso excitada por un previsible final feliz—. El Mediterráneo subía diez metros diarios y, después de pasar miles de años aislado, se volvió a llenar en apenas dos años. ¿No te parece que la tristeza es algo así?

Magdalena ya no sabía cómo acompañarla en estos momentos de despedida y, a la vez, puntos de partida. Decidió apretarla un poco más y pensó que debía decirle que se quedara con ella hasta que lo deseara. Demasiado viaje hacia lo desconocido para una niña más madura que la mayoría de las mujeres que conocía, pero, al fin y al cabo, una niña. Una niña como fue ella, Malena. Y en ese momento se imaginó a sí misma, pequeña e indefensa, sola y aterida por lo fría que le parecía la vida.

—Tengo dos hijos, Noa, podrías vivir con nosotros...

Ella seguía mirando el mar como si necesitara despedirse, como si de alguna forma tuviera que arrojar una parte de sí misma a ese mar.

—Recuerdo que Carmen siempre me decía, cuando mirábamos al mar desde el hospital, que la existencia es un pasillo estrecho, pero que es esa condición extrema la que hace que la vida se concentre bajo las aguas y que todo deba convivir y rozarse y amarse en rincones angostos. Así pintado, parece lo más opuesto a la libertad.

—Tú eres libre, Noa. Quizás más que ninguno de los que te conocemos. Eres la única que ha vencido a la muerte.

—Pero aquí estoy, en el mismo pasillo, estrecho...

—Pegada a mí y a los demás —sonrió Magdalena—. Deberías venirte a Madrid estos meses, y si quieres, podemos venir a pasar el verano juntas por aquí. Nos sentará bien. ¿No crees?

La niña asintió. Una ola rompió contra las rocas y le salpicó los pies.

—Ayer estuve en la casa de Pilar. Ya no vive allí.

Una cometa plateada se aproximó desde el Atlántico. Caía la tarde y un cielo color fuego parecía impulsarla. Las dos se quedaron

hipnotizadas por sus lazos y piruetas. El navegante sobre la tabla saltó sobre una ola y giró sobre sí mismo.

—La tiene alquilada a una pareja de geólogos que trabajan en la construcción del túnel que va a conectar Europa y África. Me han dicho que ella vive en un centro de ancianos que pagan con el alquiler de la vivienda. Me han asegurado que está muy bien atendida, pero que divaga y que su cabeza va y viene como las mareas. Creo que debemos ir a verla.

La cometa giró bruscamente y regresó a su punto de origen cabalgando una fina capa de agua sobre la arena de la playa. Como si pudiera volar sobre un charco. Como si todos los mares, aunque temporalmente vacíos, estuvieran destinados a llenarse.

La residencia de ancianos era verde esmeralda y amarilla. Tenía una entrada llena de flores y gatos. Los huéspedes los alimentaban con cuencos de leche que distinguían como suyos por los colores. El administrativo que las atendió chequeó los cuencos para determinar que Pilar estaría en su habitación.

—Si el cuenco no está es porque Pilar ha regresado a su ventana. Si está fuera, su gato también. Dicen que los gatos huelen la muerte, pero yo creo que estos los mantienen vivos.

Cuando Magdalena y Noa llegaron a la habitación, la encontraron al lado de la ventana. Tenía el pelo encrespado, enredado en un nudo en la nuca. Llevaba un camisón blanco de tirantes. Magdalena soltó la mano de Noa y la dejó ir. La niña se acercó despacio y, a pocos metros de la anciana casi nonagenaria, comprobó cómo sobre sus rodillas reposaba su gato. Pilar miraba por la ventana con los ojos acuosos. Magdalena se había sentado en la silla de la entrada y con un gesto de la mano la animó a continuar. La niña arrastró los pies, sigilosa y algo asustada, y se situó frente a la mujer, de espaldas a la ventana. Pilar no movió los ojos ni hizo ademán alguno que confirmara que la veía o llegaba a oírla.

—Hola, Pilar, soy... Vanesa.

Y al pronunciar el nombre, esa mujer hecha esquirolas por los años, pero con un rubor en el pecho que parecía el mismo centro de la Tierra, giró la cabeza y la elevó para mirarla. El gato mostró su

incomodidad con un estirón de columna hasta formar el arco imposible de una comba a toda velocidad. Pilar le tocó las patas y saltó. Magdalena lo siguió con la mirada hasta perderlo en el pasillo.

—Soy yo, Pilar. ¿Te acuerdas de mí?

La mujer la observó desde una paz tan lejana que parecía galáctica. «¿Habrás sido así mi sueño de treinta años?», pensó Noa. La niña miró a Magdalena, que le sugirió con gestos que la tocara despacio. Noa obedeció y extendió la mano para rozar el brazo de Pilar. Ella le respondió con un manotazo que no pareció accidental. La niña se apartó, pero Magdalena entendió pronto que no se trataba de una afrenta, sino de un accidente. «Otra vez, los lugares angostos.»

Noa siguió la mano de Pilar y vio que señalaba una especie de cofre azul lleno de conchas. Era un joyero grande, y debajo de las patas tenía cuatro pequeños montículos de arena. Pilar empujó a Noa con la otra mano hacia él. La niña se acercó y antes de abrirlo supo que en su interior no encontraría anillos ni collares. Imaginó cartas o flores secas, una foto de familia, un mechón de pelo... Antes de tocarlo, volvió a mirar a Pilar para confirmar su permiso. La anciana había devuelto su mirada a la ventana, aunque Noa creyó reconocer en su rictus una ligera sonrisa.

Cuando abrió el cofre y vio lo que había en su interior, la niña necesitó sujetarse a la cómoda sobre la que estaba. Magdalena entendió por su expresión y, por las lágrimas que la asaltaron como delfines sobre el agua, que lo que ocultara llevaba años allí esperándola. Noa, que en ese momento parecía tener apenas tres años, cogió el cofre como si fuera de mármol y lo colocó sobre la cama con la ayuda de Magdalena. Le pidió con la mirada que lo abriera y acompañó el gesto con un puchero del bebé que un día fue.

Magdalena levantó la tapa con una solemnidad que acompañaba el estupor de la niña. Dentro estaban las cenizas compactas de... ¿Carmen? Sin necesidad de decir nada, la niña asintió. Sobre ellas, como escribe un niño sobre la arena, Pilar había escrito tres letras. Magdalena se llevó la mano al pecho y la asaltó el recuerdo de Carmen al llegar a la terraza de Tarifa con el pelo revuelto y los ojos enloquecidos por el amor a su padre. Buscó a Pilar y reconoció ese mismo amor en la mujer que vivía perdida en esa ventana, pero que muchos años atrás, lúcida y enamorada, terriblemente herida por la

pérdida, escribió las únicas letras que llenaban de esperanza y luz ese cofre oscuro. Las mismas que hubiera escrito Carmen: «N O A».

La niña quiso pasar la tarde junto a Pilar, semiarrodillada y con el cuerpo extendido sobre su regazo. De vez en cuando, la mujer le acariciaba el pelo. Magdalena creía que reproducía el mismo movimiento con el que confortaba al gato; sin embargo, Noa sentía que esas caricias eran solo para ella y que venían marcadas por todos los nombres: una por mi madre, otra por Carmen, otra por Pizco... Y así pasaron las horas de aquella tarde sin que nadie pudiera decir nada más allá de escuchar el viento.

Una enfermera interrumpió esa calma antigua que había caldeado la habitación y le dijo a Magdalena que en media hora tendrían que marcharse porque trasladarían a Pilar al comedor para darle la cena. Ella se acercó a Noa y le tocó el brazo.

—Tenemos que irnos ya —le susurró.

La niña levantó la cara como si hubiera dormido otros treinta años en el regazo de la anciana. La miró a los ojos y Pilar le devolvió la mirada. Era clara y sabia, silenciosa como la muerte y la buena vida.

—Volveré este verano —le dijo. Le agarró las manos y se las apretó fuerte. Pensó en el hombre que sujetaba su cometa sobre el agua y se colgaba de ella para saltar—. Pero hoy quería verte para que supieras que lo conseguisteis y que estar aquí... —la voz se le perdió en un suspiro tenso como un alambre—, perdona, y que estar aquí, que haber vuelto, que eso, que estar, que volver, me hace feliz.

Pilar abrió la boca y bostezó como un león que enseña sus fauces para regocijo de los turistas. Después tosió un par de veces y, con un hilo de baba fino como telaraña en el labio inferior, se quedó dormida.

Noa fue capaz en los dos años siguientes de ir separando su nueva vida de los recuerdos de la anterior. Durante bastantes meses tuvo que conectar algunas de las piezas que, en su opinión, quedaban sueltas. Para ello contó con la ayuda de un detective digital y de los algoritmos. La interpretación de lo ocurrido y las conjeturas que podía desarrollar con Nuriam eran solo eso, teorías. Depositó su confianza en el análisis frío de un ayudante tecnológico, pero el resultado no fue mucho mejor. Los algoritmos llegaron a relacionar todo lo que tenía conexión por fechas, acontecimientos señalados y documentación archivada, pero nunca fueron capaces de llegar hasta las verdaderas motivaciones de lo acontecido.

Lo que nunca pudieron comprender las máquinas, ni Noa, ni nadie que repasara una y otra vez la misma historia, fue la maldad de Darío ni el origen de su rabia. Porque no hay patrones capaces de explicar la maldad que presintió Carmen en su vientre y que años después le hizo desear no ver más a su hijo, ni el odio de Darío y su envidia. Por esa razón, Noa nunca llegó a saber quién era Carolina la Gallega, una mujer que vivía en Calafate y que tenía una tienda de vinos. Una anciana dulce y precisa que aún pasea cada día camino de la antigua escuela que compró y en la que vive con otros que llegaron de otras partes, algunas inventadas, en busca del fin de la Tierra, camino del punto más austral de América. La misma anciana que camina con la cadencia de una estrella de cine y que mira con unos ojos que siempre son familiares, por calientes y apaciguadores, y por extrañamente reconocibles.

No pudo Noa saber que esa mujer visita cada sábado por la mañana el glaciar Perito Moreno para escuchar cómo cruje, y mucho

menos que abandonó todo para retirarse a ese lugar escondido después de que su mejor amiga Elena muriese inesperadamente el 2 de julio de 2016, y con ella el mundo que una vez deseó conquistar. No fue por tanto capaz Noa de saber que fue el acto de justicia de estas dos mujeres lo que despertó el corazón salvaje de un alma enferma como la de Darío, ni que fueron amigos, ni tampoco que un día alguien lo quiso. Nunca pudo saber nada de esto, aunque ambas encarnaran, una en la ficción, otra en la realidad, la niña del futuro.

El día del segundo aniversario del despertar de Noa los laboratorios Alcor convocaron una gran rueda de prensa para dar a conocer los datos positivos y altamente exitosos del primer regreso a la vida de una niña humana. Noa compareció ante decenas de medios internacionales y sus explicaciones fueron escuchadas y seguidas por millones de personas a través de la red mundial. Contestó a todo lo que le preguntaron acerca de su regreso, de su esperanza o sus planes de vida, pero fue una pregunta la única que Noa recordaría el resto de su segunda y larga vida. La formuló un periodista asiático que esperó pacientemente su turno para ser el que cerrara esa comparecencia:

—Querida Noa —le dijo—, ¿dirías que hay algo que verdaderamente perdura en el tiempo?

Noa respondió mentalmente al instante: la venganza. Pero antes de contestar, se dio unos segundos para cerrar los ojos y pensar en aquellos días previos a la muerte, y se acercó de nuevo a su niña primaria. Recordó los besos y la sensación de picazón del sol a la salida del colegio de la mano de su madre. Pudo volver a recordar el olor a talco de la piel suave de la única abuela que tuvo, que sería para siempre Carmen, y vio con claridad la media sonrisa de Pilar perdida en la ventana mientras ella abría aquel cofre del que nunca hablaría...

—Supongo que el amor —dijo serena al abrir los ojos.

El periodista la miró de nuevo.

—Es una cuestión química probada hace años que la sensación conocida como «amor» es caduca y breve. Todo lo que no sea así solo puede ser interpretado como nostalgia. Es poco romántico, lo sé, aunque es una certeza.

Nuriam buscó los ojos de Noa desde el fondo de la sala.

—Yo no le puedo asegurar que el verdadero amor sea eterno, pero sí que es lo más cercano a la eternidad. ¿Cómo si no estaría yo aquí respirando ahora?

El silencio que inmediatamente precedió a la llegada de un viento rabioso se solidificó en la sala hasta que la respiración de Noa se hizo sonora. Cada uno de los periodistas miraba sus costillas y su tripa, la elevación de su pecho y sus inhalaciones y exhalaciones con el valor de lo imposible hecho realidad. Noa se dejó llevar por este recogimiento inesperado y, por primera vez desde que despertó, volvió a cerrar los ojos sin miedo (aunque no lo confesara le daba pánico no volver y quedarse atrapada de nuevo). Se dio el permiso de disfrutar de la muerte de su propia muerte.

—Así suena la muerte de la muerte —le dijo a la prensa sin abrir los ojos—. Y solo se puede alcanzar cuando encuentras el viento preciso. Yo tuve suerte. Tres mujeres irracionales como el propio aire me llevaron hasta la costa que no había pisado ningún navegante.

La mente de Noa se dobló como una carta que deseara quedarse guardada en un cajón. Sus pliegues la llevaron de vuelta a aquella habitación, adormecida por los fármacos, mascando el aire como única opción motora. Carmen le acariciaba el pelo y le rozaba la frente con los labios. Después le fue pasando la boca y su aliento por cada uno de sus dedos de los pies y las manos. Le olió el nacimiento del pelo y reposó la cabeza sobre ella para escuchar su débil corazón, le acarició el vientre y le pulsó el ombligo.

—Te vas, mi vida —le susurró Carmen—. ¡No sabes cómo me ha querido Pizco! Te dejo todo este amor para el viaje.

Un periodista agarró su bolígrafo con fuerza, seguro de que la frase que buscaba como titular llegaba por fin. Noa recuperó el presente al abrir los ojos.

—Su viento no va a estar sentado a la puerta esperándolos. ¿Qué hacen aún aquí?

¿Por qué no lo están buscando?

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Tarifa y a todos los que viven allí o acampan, transitan, veranean y cruzan el Estrecho de Gibraltar. A toda la vida marina y terrestre que me ha inspirado para crear a los personajes de *El viento no espera*. Al sur del sur y su luz y sus vientos. Al equipo del Hotel Dos Mares y a Javier Luis Goyeneche Collado, de Mundo Posibilidades, por llevarme a la cueva de las Orcas, al faro de Camarinal, por descubrirme la playa del Cañuelo y de los Alemanes. Gracias a 7 y Acción, en especial a Jorge Salvador, por darme cobijo y pizarra para plantear la novela en uno de los despachos de la productora que vio nacer esta aventura. A mi amigo y agente, Guillermo, por recordarme que rendirse nunca es una opción. A mi editora, Puri Plaza, por sonreír siempre al otro lado del teléfono con una comprensión tan profunda como las aguas que separan las tierras de esta historia. Gracias también a Ángeles Aguilera por animarme a escribir en todo momento, aunque este sea el más estresante y ocupado de mi vida adulta. Gracias a mi familia, española y argentina, por leer con tachones, por querer querer y por ansiar el final con ilusión. A mis amigas por discutir el título con la pasión precisa. A Tomás Alía y Perico por llevarme por primera vez a Tánger. A Matías por llevarme como el viento hasta Tarifa, una y otra vez, para hacerme caer en su embrujo. Gracias a todas las almas apasionadas que me rodean y que me recuerdan en cada atardecer que lo bueno, como el viento, siempre vuelve.

El viento no espera
Raquel Sánchez Silva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Lidia Vilamajó
© de la imagen de la portada, Elisabeth Ansley / Trevillion Images

© Raquel Sánchez Silva, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20014-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



